



Archivo del general Porfirio Díaz. Memorias y documentos. Tomo II
Alberto María Carreño (prólogo y notas)

México
Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas
Ilustraciones

Primera edición impresa: 1947

Primera edición en PDF con ISBN: 2018

ISBN (volumen): 978-607-30-0395-7

ISBN (obra completa): 978-607-30-0393-3

<http://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

2018: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en <http://ru.historicas.unam.mx>.

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM



ARCHIVO
DEL GENERAL
PORFIRIO DÍAZ
Memorias y documentos

Prólogo y notas
ALBERTO MARÍA CARREÑO

◆ Tomo II ◆

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DIAZ

COLECCION DE OBRAS HISTORICAS MEXICANAS

COMISION EDITORIAL:

DR. PABLO MARTINEZ DEL RIO

*Director del Instituto de Historia de la
Universidad Nacional Autónoma de Mé-
xico.*

PROF. RAFAEL GARCIA GRANADOS

*Del Instituto de Historia de la Univer-
sidad Nacional Autónoma de México.*

DR. JULIO JIMENEZ RUEDA

*Director del Archivo General de la Na-
ción.*

DR. DANIEL RUBIN DE LA BOR-
BOLLA

Del Instituto de Antropología e Historia.

PROF. JOSE M^a LUJAN

*De la Facultad de Filosofía y Letras de
la Universidad Nacional Autónoma de
México.*

COLECCION DE OBRAS HISTORICAS MEXICANAS

2

ARCHIVO DEL GENERAL
PORFIRIO DIAZ
MEMORIAS Y DOCUMENTOS

Prólogo y Notas de
ALBERTO MARIA CARREÑO

TOMO II

*ESTA OBRA SE PUBLICA EN COLABORACION CON EL INSTITUTO DE HISTORIA
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO*

EDITORIAL "ELEDE", S. A.

MEXICO, D. F.

1947

Carreño, Alberto María, prólogo, notas y apéndice

Archivo del general Porfirio Díaz: memorias y documentos / Alberto María Carreño.

Serie Documental 2

1 recurso electrónico

Libro PDF (130 MB)

ISBN del PDF 978-607-30-0393-3 (obra completa)

ISBN del PDF 978-607-30-0395-7 (volumen)

1. Díaz, Porfirio, 1830-1915. 2. México - Política y gobierno - 1867-1910 - Fuentes.

Primera edición impresa: 1947

Primera edición electrónica en PDF: 2018

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2018

D. R. © 2018. Universidad Nacional Autónoma de México

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria

Coyoacán, 04510, Ciudad de México

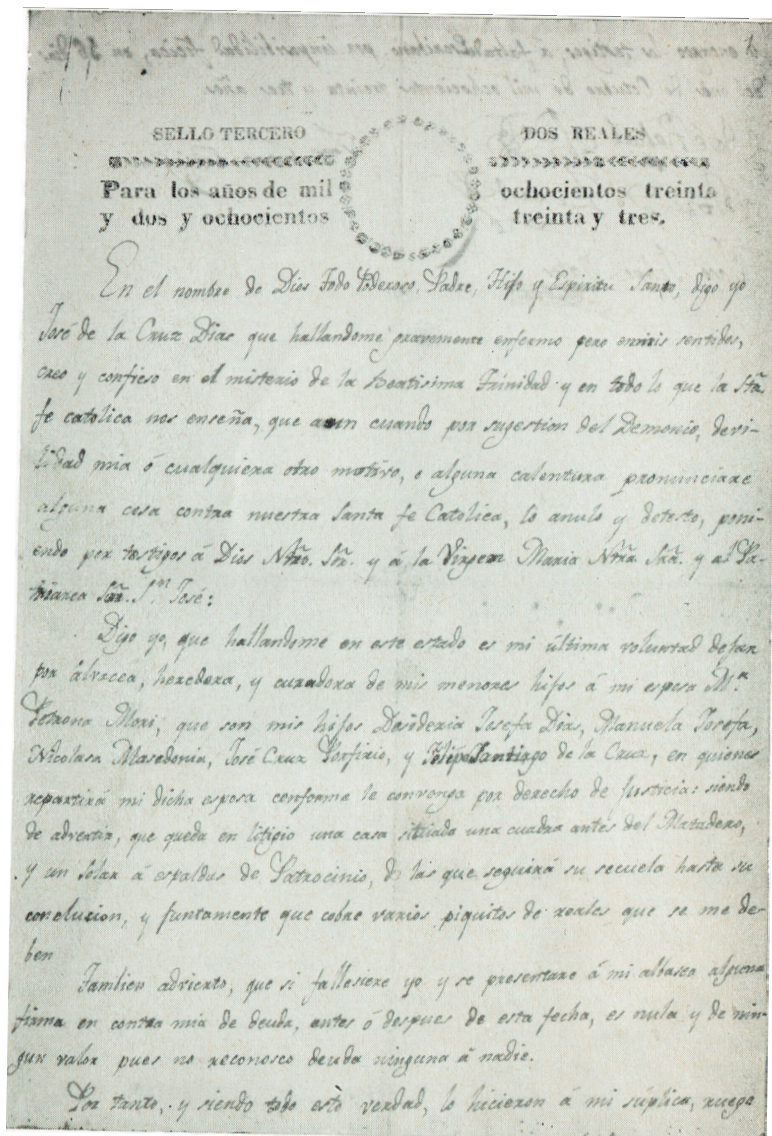
ISBN del PDF 978-607-30-0393-3 (obra completa)

ISBN del PDF 978-607-30-0395-7 (volumen)



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional <https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>

Hecho en México



TESTAMENTO DEL SEÑOR JOSE CRUZ DIAZ, PADRE DEL GENERAL PORFIRIO DIAZ.

y anexo los testigos, a falta de testigos por imparibilidad física, en 16 días
del mes de Octubre de mil ochocientos treinta y tres años.

José Rafael Ojeda
Joaquín de Lara
Joaquín de Lara

José María Díaz

FINAL DEL TESTAMENTO

CAPÍTULO XXVI

SITIO DE PUEBLA

Del 16 al 26 de marzo de 1863

El Ejército de Oriente se reorganizó bajo la dirección del general don Jesús González Ortega, siendo su cuartel maestre el general José María González de Mendoza; y la brigada que yo mandaba quedó como 2ª de la 1ª división, cuyo mando se encomendó al general don Felipe B. Berriozábal. La 1ª brigada de dicha división la mandaba el coronel Juan B. Caamaño, y la 3ª el coronel Manuel Márquez de León.

Entretanto el general Forey movió sus ejércitos sobre Puebla en febrero de 1863. A principios de marzo siguiente llegó a Amozoc, distante una jornada de Puebla, y el 16 de ese mes se avistó a esa ciudad.

El Ejército de Oriente se encontró en Puebla en diciembre de 1862, y en marzo siguiente comenzó el sitio por los franceses. Al principio la brigada de mi mando no tuvo colocación en la línea, y por varios días permaneció disponible como reserva. Cuando los franceses llegaron al frente de Puebla y comenzaron sus operaciones de sitio, destacaron una columna como de 10,000 hombres por nuestra izquierda y otra igual por la derecha todo el día con la intención visible de envolver a la ciudad en una línea que iban estableciendo fuera de tiro de cañón, con intención también muy marcada de estrechar después su diámetro y tomar en la nueva línea posiciones definitivas. Observado esto desde el cerro de Guadalupe, durante el día de esa maniobra, por los generales La Llave, Berriozábal, Antillón, Negrete y por mí, fuimos todos juntos, previo permiso correspondiente a proponer al general en jefe un plan de ataque que debía ser ejecutado precisamente en esa noche, porque más tarde sería inoportuno.

La cabeza de cada una de las columnas que envolvían a la plaza, dis-

taba de su centro y núcleo principal, diez o doce horas de marcha de día, y mucho más si se ejecutaba de noche por los accidentes naturales del terreno, distando de nuestra línea de defensa dos tiros de cañón. Por consiguiente podíamos atacar a una de esas columnas, con seguridad de que el núcleo principal del ejército enemigo no podría protegerla, y una vez derrotada, como era muy probable que sucediera, la fuerza victoriosa reforzaría la parte de nuestra línea que hacía frente al núcleo principal del enemigo, pues estando éste en la imposibilidad de proteger a sus columnas, podría atacar a la plaza por el lado más próximo, y nuestras tropas de refresco atacarían a la columna de la izquierda para atacar después todos juntos el centro.

El general González Ortega arguyó mucho, negándose siempre a aceptar nuestro proyecto, lo mismo que el general Mendoza. Después de medianoche y perdida toda esperanza, salimos cada uno a ocupar nuestros puestos muy desanimados, y previendo claramente cuál sería, como lo fué, el resultado del sitio.

Una vez ejecutado el movimiento indicado, y cuando al fin de dos días se encontraron en el cerro de San Juan los restos de las dos columnas francesas que nos circunvalaban, el enemigo estableció en él su cuartel general; y la línea de contravalación quedó definitivamente establecida. El primer punto objetivo del enemigo, casi sin emprender operación importante en lo demás de la línea, fué el fuerte de San Javier. Estableció allí su primera paralela, amagando simultáneamente a dicho fuerte y a otro que lo seguía por el sur, y que se llamaba Redientes de Morelos.

Establecidas sus baterías en la segunda paralela, demolió con ella el 26 de mayo de 1863 no sólo las fortificaciones sino gran parte del edificio de San Javier, en donde estaba la Penitenciaría, y después de varios días de cañoneo muy vivo lo tomó por asalto; y las tropas que lo defendían se retiraron a colocarse en las manzanas vecinas, presentando siempre al enemigo una línea de fortificaciones pasajeras.

Continuaron los ataques casi diarios por medio de los cuales los franceses seguían ocupando algunas manzanas, y nuestras fuerzas tomando sucesivamente las posiciones contiguas.

CAPÍTULO XXVII

MANUEL GONZÁLEZ

Del 10 de febrero al 31 de marzo de 1862

La parte tan importante que el general don Manuel González tomó en el sitio de Puebla y en todas las demás operaciones militares que después tuve que ejecutar, hace necesario que le consagre yo algunas páginas, a reserva de referir después sus demás proezas militares.

Don Manuel González había llamado mi atención en varios encuentros, lo mismo en Oaxaca, en el ataque de la manzana del Cura Unda, el 8 de enero de 1858, que cuando lo mandó Cobos el 5 de agosto de 1860 a cerrarnos la retirada para la sierra; pero tanto como admiraba su valor, se me había hecho odioso, porque en aquellos tiempos de poca tolerancia, lo eran todos los enemigos que de alguna manera se distinguían. Por este motivo y no obstante que personas de su familia me habían hablado para que me interesara yo con el Gobierno a efecto de que fuera admitido en nuestras filas, yo me había negado a hacerlo; pero un día, poco antes de que los franceses cerraran el sitio de Puebla, se me presentó diciéndome poco más o menos: “He solicitado de usted varias veces y por varios conductos, que me ayudara a conseguir un lugar en las filas del Ejército mexicano con mi carácter de teniente coronel. Usted se ha negado a ayudarme en ese trabajo o no ha podido conseguirlo del Gobierno; pero ahora que ya no hay tiempo de formular solicitudes, porque al enemigo no sólo lo tenemos dentro del país, sino muy próximo a atacar esta plaza, vengo a pedirle a usted otra cosa muy distinta: un lugar en sus filas y un fusil. Piense usted que, como usted, yo también soy mexicano.”

Le contesté que a un hombre de sus antecedentes y que tan generosa-

mente ofrecía sus servicios, no le podía poner en las manos un fusil; pero que tendría lugar a mi lado como un amigo, y que pronto le facilitaría la ocasión de que se diera a conocer; que yo tenía buenos antecedentes de él y estaba seguro de que antes de mucho tiempo sería admitido en su carácter de teniente coronel.

En efecto, cuando los franceses aún estaban estrechando el diámetro de su línea de contravalación, propuse un día al general en jefe ir a batir un puesto, un poco distante de sus vecinos, a derecha e izquierda y aun no comunicados con ellos porque no habían terraplenado o colocado puentes en las barrancas que los separaban entre sí, presenciando el mismo general en jefe y el cuartel maestre mis operaciones desde el cerro de Guadalupe; entonces puse una compañía a las órdenes del teniente coronel Manuel González, la que maniobró tan bien y con tanto éxito en esa operación, que a mi regreso, cuando todo había concluido, el general en jefe me preguntó quién mandaba aquella compañía y aproveché la ocasión para presentarle a González, mandándole en seguida que se retirara.

Refirió al general en jefe la manera con que ese oficial se me había presentado, y entonces dió orden al cuartel maestre, que se hallaba presente, para que González fuera dado a reconocer como coronel, no se si por equivocación o porque el general en jefe quiso darle el ascenso.

El general Mendoza no solamente lo dió a reconocer como coronel sino que ordenó que pasara a prestar sus servicios en el estado mayor del cuartel maestre, cosa que no se verificó, porque supliqué al general en jefe que González quedara a mi lado, para emplearlo como oficial de filas, disponible para las maniobras necesarias.

CAPÍTULO XXVIII

SITIO DE PUEBLA

SAN MARCOS. LA CERBATANA. POSICION DEL CORONEL
GONZALEZ, MANZANA DEL GENERAL LA LLAVE.

Del 1º al 7 de abril de 1863

Continuaban las operaciones del sitio de Puebla en la forma que he referido en los capítulos precedentes, cuando el Jueves Santo en la noche, 1º de abril de 1863, recibí orden para mover mi brigada de la plaza de San José, uno de los lugares destinados a las reservas, para ir a ocupar la línea de manzanas que había frente al enemigo, situadas de sur a norte, y que se encontraban en esos momentos ocupadas por la brigada que mandaba el general don Mariano Escobedo y que había venido defendiendo sucesivamente la serie de manzanas perdidas. La línea que yo debía ocupar comenzaba por el sur con la manzana en que está el convento de San Agustín; seguía para el norte la del Hospicio y toda esa línea de manzanas hasta la Merced, situada en el extremo norte. La manzana vecina a las mías, hacia el sur, que era la última que había al sur de la ciudad, estaba ocupada por el batallón Sánchez Román de la división de Zacatecas.

Ocupé toda la noche, hasta que amaneció, en recorrer la serie de manzanas que se me encomendaron para dar colocación en ellas a las tropas que debían defenderlas, lo mismo que a las trincheras que les servían de pasaje para ligarlas entre sí y en ordenar la ejecución de todas las obras que me parecieron convenientes para poner a mi línea en mejor estado de defensa. No fui atacado durante todo el día siguiente, y lo aproveché para reforzar las fortificaciones, usando todos los brazos disponibles.

En los momentos en que yo relevaba a la brigada del general Escobedo, fué ocupada por el enemigo la manzana del Hospicio, porque la fuerza que la cubría se había retirado sin esperar la que debía relevarla y conocido el

caso por el cuartel general, se me ordenó no la disputara en esos momentos sino que ocupara prontamente las que aún quedaban en nuestro poder. En consecuencia, interrumpida la línea de manzanas que yo defendía por la del Hospicio, mi comunicación tenía que ser tardía y por dentro de nuestra línea defendida.

Como a las seis de la tarde del 2 de abril de 1863, que fué Viernes Santo, comencé a sentir trabajos de zapa procedentes de la manzana del Hospicio, dirigidos contra la de San Agustín, por el frente de la casa de Iriarte, conocida con el nombre de Cuartel de San Marcos, que no era cuartel sino casa habitación ocupada por su dueño, y en la cual tenía una matanza de puercos y fábrica de jabón.

Al principio me parecieron subterráneos los golpes, pero a poco comprendí que se hacían perforaciones en los muros de la acera del Hospicio para sacar por ellas las bocas de los cañones y batirme en brecha el Cuartel de San Marcos. Me situé desde luego en esa casa, reforcé hasta donde era posible las obras de defensa de los puestos que daban a ese frente y coloqué tropa dispuesta a defender los balcones. Llegado el momento del ataque y listas ya las defensas construídas dentro de la casa, comenzó, a las ocho de la noche, el fuego de una batería que destruyó el muro que separaba las dos puertas de una tienda que quedaba a la derecha del zaguán, y rompió las puertas, lo mismo que los atrincheramientos que las reforzaban por dentro, y convirtió en una las dos puertas de la tienda. El techo de la tienda era de bóveda muy sólida y por ese motivo no cayó, como esperaban los franceses, puesto que le habían quitado la base.

Durante el cañoneo aplicaron los franceses un fuerte petardo a la puerta del zaguán del Cuartel de San Marcos, que previamente había yo reforzado por dentro con las baldosas del patio, las del mismo zaguán y con un gran hacinamiento de tierra. Debido a este refuerzo, el petardo no causó efecto alguno sobre la puerta y los franceses tuvieron que asaltar por la brecha abierta en la tienda.

El asalto fué resistido enérgicamente durante más de dos horas, al fin de las cuales el enemigo fué rechazado y volvió a sus posiciones, abandonando la tienda y zaguán que era lo único que había logrado ocupar.

Hubo un instante solemne en que el ímpetu de la carga de los franceses en el patio de la casa, desmoralizó a mis soldados que llegaron a

huir en desorden; pero lo pequeño de la horadación por donde tenían que pasar no permitió que se retiraran todos. En esos momentos disparé contra los franceses un obús que tenía en el patio, cargado con metralla y apuntado para el zaguán, y la descarga los desmoralizó al grado de que abandonaron el patio que ya ocupaban y se replegaron al zaguán.

Entre los soldados que huyeron del patio se comprendió el pelotón que servía el obús, quedando solamente el cabo. Entre él y yo cargamos de nuevo la pieza, cuando se adelantó sobre nosotros un zuavo que probablemente habría matado al cabo, si yo no salgo a su defensa. Saqué al efecto mi pistola, pero era tan mala, pues mis cortos recursos no me habían permitido comprar una buena, que se me desarmó y me quedé con el puño en la mano, el cañón en el carcax y el cilindro rodó por el suelo; arrojé el puño de la pistola al pecho del zuavo y me adelanté sobre él, pero sintiendo un golpe se creyó sin duda herido, porque había muchos disparos en esos momentos y regresó al zaguán en donde estaban sus compañeros.

El disparo del obús y la retirada consiguiente de los franceses reanimó a mis soldados que habían huído y muchos de ellos regresaron a su puesto y parapetados tras de una fuente que se hallaba en el centro del patio, se defendieron con ella e hicieron fuego vivo sobre el zaguán, en donde había yo hecho una excavación para reforzar la puerta de la calle con tierra y losas, y esa excavación servía de trinchera a los franceses. Entonces mandé al teniente José Guillermo Carbó con 50 hombres que subiera al corredor del segundo piso de la casa para atacar desde allí a los franceses. Como los fuegos de Carbó eran de la altura para la excavación, fueron tan eficaces, que muy poco resistieron allí los franceses, que fueron desalojados y se replegaron a sus posiciones.

Como a las diez y media de la noche todo había concluído en la manzana de San Agustín. Una vez que el enemigo volvió a sus posiciones salí con la tropa suficiente a cerrar la brecha que había abierto la artillería enemiga y a establecer allí la defensa, obra costosa para nosotros porque la hacíamos bajo el fuego de fusilería; pero al fin la terminamos y quedamos en mediano estado de defensa para el caso de que la brecha volviera a ser atacada, como lo fué al día siguiente.

Uno de los preparativos de defensa que me ocurrió hacerle fué una serie de diez perforaciones en la bóveda de la tienda, poniendo en cada una de ellas, a un soldado con una mecha encendida en la mano y cua-

tro granadas de mano con mechas unidas todas por el centro, para poderlas incendiar a la vez, con orden de hacerlo y echarlas por la perforación cuando se les mandara.

Pocos momentos después de que había terminado el ataque, vinieron a avisarme que en la calle de las Cabecitas, que pertenecía también a mi línea, era atacado el coronel Balcázar, jefe de esa manzana y que se me había agregado esa misma noche por lo insuficiente de mi brigada, para cubrir todas las manzanas cuya defensa se me encomendó. Me trasladé inmediatamente al sitio indicado y encontré que los franceses habían seguido el mismo procedimiento que habían empleado horas antes contra el Cuartel de San Marcos, esto es, que después de abrir brecha con su artillería, metieron por la brecha una columna de asalto, que aunque fué resistida enérgicamente, ocupó el primer patio de una casa que tenía el segundo muy largo y que por esa razón se llamaba “la casa de la cerbatana”. Llegué en los momentos en que perdía el primer patio, y ayudado por el licenciado don Miguel Castellanos Sánchez, atravesé un mostrador viejo de madera a la entrada del segundo patio, y coloqué allí a los soldados para que lo defendieran. El callejón que formaba el segundo patio fué defendido con heroicidad, quedando dos pelotones de nuestros zapadores en algunas de las piezas del primer patio, y se defendieron allí por más de cinco horas que éste permaneció ocupado por los franceses, lo mismo que algunas de sus piezas. Mandé perforar los muros para comunicarme con los zapadores que habían quedado aislados en las piezas y para proveerlos de municiones.

Practicada esa operación y contando ya con el concurso de los soldados aislados que secundaban mi empuje, logré arrojar a los zuavos a la calle, cubriendo en seguida la brecha por donde habían entrado; y por medio de esas perforaciones y de aspilleras para fusil, establecí fuegos convergentes a esa brecha para el caso de que sus defensores inmediatos se vieran obligados a abandonarla. Toda esta operación acabó al amanecer del 3 de abril, y en ella se hizo notable por su valor temerario el licenciado don Miguel Castellanos Sánchez, auditor del ejército.

El sábado de Gloria, 3 de abril, como a las nueve de la mañana, comenzó un cañoneo en la misma forma, frente a una casa perteneciente a la misma manzana del Cuartel de San Marcos por su frente oriental, mientras que el Cuartel de San Marcos estaba en su frente que ve al norte. Había yo encomendado al coronel de mi estado mayor, don Manuel Gon-

Recibo a D. Porfirio Díaz Viuda el feriado D.
 José Cruz y Díaz Secenta y dos p.^{os} que es la Cuenta
 del alquiler de la Casa, llamada Meson de la Soledad.
 a favor del Monasterio de Sta. Catalina de
 Sena el Ave. Cristo el Capataz; queda devuelto hasta
 primero de Abril de 1834. treinta y siete pesos.
 Eso es rebasado mas y ocho dias, que ocupó las tro-
 pas de Cavalier con dicho Meson. Por lo que Contre
 lo fixaron. Como Cabecera de Sta. fincar.
 Carimico Hernandez
 Qui. la Sta. Viuda quarenta y ocho pesos, y queda devuelto
 de hasta primero de Junio de este año de 1834. diez p.^{os}
 1834. He fixame con D. Sta. mas y años. Carimico

RECIBO A CUENTA DEL ALQUILER DEL MESON DE LA SOLEDAD, PRO-
 PIEDAD DEL MONASTERIO DE SANTA CATALINA DE SENA; MESON
 DONDE NACIO EL GENERAL PORFIRIO DIAZ.

zález, la defensa de esa casa con una compañía del batallón Morelos, de que era capitán don Máximo Velasco.

Como ya el sistema de ataque de los franceses comenzaba a serme conocido, la defensa me fué menos difícil: los cañones usados en esa ocasión fueron más poderosos que los de que se habían servido los franceses en los dos ataques anteriores, pues no solamente destruyeron el muro exterior sino dos más que le seguían paralelamente. Cuando llegué al lugar del ataque, estaba abierta en la manzana una brecha de las dimensiones de una calle ancha. No pudieron sin embargo los franceses dar el asalto, porque durante el cañoneo se les desplomaron los techos de la habitación en que habían colocado sus cañones y les taparon la batería. Mandé entonces salir a la calle al coronel González con sus soldados, con el objeto de apoderarse de los cañones, pero esto fué imposible porque tenían encima materiales muy pesados y porque no nos permitían trabajar los fuegos transversales y muy nutridos que nos hizo el enemigo. Desistimos de la empresa y pudimos ya con alguna tranquilidad cubrir nuestra brecha. En la noche les incendiámos el edificio desplomado, perdiendo por consiguiente el enemigo los montajes de sus cañones, y algunos de ellos se dispararon por sí mismos en los momentos del incendio, por haber quedado cargados. El coronel González fue herido al retirarse de este combate

Apenas concluído este ataque contra las posesiones del coronel González, y sin que precediera cañoneo, se lanzaron dos pelotones de zuavos por la brecha del Cuartel de San Marcos, donde habían atacado la noche anterior; y como el paso por el zaguán era difícil y estaba defendido desde el patio, cuando la tienda estuvo llena de zuavos, los soldados que la cuidaban por las perforaciones del techo, lanzaron simultáneamente las 40 granadas de mano que con anterioridad estaban preparadas con ese objeto. Como la sucesión de detonaciones conmovió mucho la casa, los soldados mexicanos abandonaron sus puestos y se replegaron al corredor, porque creyeron que esa parte de la casa se iba a derrumbar. Cuando desapareció el polvo y humo causado por la explosión de las granadas, los zuavos se habían retirado a sus posesiones, dejando a los muertos y heridos muy graves que no pudieron huir, y se limitaron a cañonearnos.

Después de este ataque, no volvieron los franceses a intentar nada contra mi línea por todo el tiempo que duró el sitio, no obstante que

cieron muy frecuentes y muy serios ataques contra los redientes de Morelos, el fuerte de Ingenieros y el convento de Santa Inés, que fué uno de los más notables, y contra otros puntos.

El día 5 de abril, comenzó un fuego en brecha procedente del lado de la manzana del Hospicio que ve al Oriente sobre la manzana que defendía el general don Ignacio de la Llave, en la calle de la Estampa de San Agustín.

Familiarizados ya con el sistema de ataque de los franceses, comprendimos que una vez practicable la brecha vendrían las columnas de asalto. Con este motivo nos preparamos a resistirlo.

El general Berriozábal puso en la trinchera que ligaba a San Agustín con su manzana vecina, hacia el Oriente, dos cañones para batir a metralla la calle que debía atravesar la columna que asaltaría las posiciones del general La Llave, y cubrió los balcones de una y otra acera, con infantes que tenían igual objeto.

Yo corrí con un grupo de cabos y sargentos sobre las azoteas bajas barridas por los fuegos de los balcones del Hospicio, a caer a un patio de la última casa que hacía frente al Hospicio, dejando establecida al mismo tiempo una cuadrilla de zapadores, que hicieran perforaciones que me abrieran una comunicación menos peligrosa.

En la caída al patio de la casa de la esquina, se me inutilizaron dos soldados, pero con los ocho que quedaron disponibles sostuvimos por las puertas de la tienda un fuego casi a quemarropa sobre la columna que atacaba al general La Llave, la cual fué cortada por nuestros fuegos, a más de los que recibía de la trinchera y balcones de la calle de San Agustín.

Cuando teníamos que hacer fuego a muy corta distancia en los combates de horadación, no acostumbraba yo cargar los fusiles con una bala, sino con cartuchos preparados con veinte pequeñas balas cada uno. Así se explica la eficacia de mis fuegos sobre la columna que atacó las posiciones del general La Llave.

En los ataques contra la manzana de San Agustín, la de la casa de la calle de las Cabecitas y la posición del general La Llave, encontraron los franceses una resistencia vigorosa que estaban lejos de esperar y que los obligó a retirarse. Fué tan grande la impresión que les causó esa resistencia, que llegaron a desesperar de tomar la plaza y celebraron un consejo de guerra para decidir si levantaban o no el sitio. Es muy oportuno consignar aquí la relación que hace de estos ataques el capitán G. Niox, del

Estado Mayor General francés, en un libro intitulado: *Expedición de México en los años de 1861 a 1867*. Reseña política militar tomada de datos oficiales, pues aunque su relato es inexacto en algunos puntos, como cuando supone que nuestra artillería era superior a la francesa, contiene por lo demás una narración completa de lo ocurrido bajo el punto de vista del ejército francés.*

He aquí ese relato:

“Ataque de las manzanas.—La toma del fuerte de San Javier no hizo avanzar tanto como se había esperado las operaciones del sitio; los mexicanos con una tenacidad, muy lejos de esperarse, se atrincheraron en las casas vecinas, a cincuenta metros solamente de los muros de la Penitenciaría, sus tiradores colocados en las azoteas hacían fuego sobre nuestras líneas de ataque cuyos trabajos dificultaban considerablemente. Las piezas de pequeño calibre que fueron llevadas al fuerte de San Javier, no fueron suficientes para destruir los muros de esas sólidas y macizas construcciones españolas; se intentó, aunque inútilmente, volar las puertas; un ataque de sorpresa tampoco tuvo éxito alguno; y ni la aplicación de una mina dió ningún resultado. Las masas de piedras y escombros acumuladas tras de los muros de las casas se transformaban en fuertes parapetos de cal y canto, en contra de los cuales de nada servían los arbitrios ordinarios de los sitios. El trazado regular de las calles, cuyo paso estaba cubierto por enormes barricadas artilladas, permitía al enemigo formar de cien en cien metros verdaderas líneas fortificadas de extrema solidez. Todas éstas eran dificultades imprevistas. El general en jefe dió orden de sitiar en regla cada una de las manzanas.

“Se subieron a las azoteas más altas de la Penitenciaría piezas de montaña para contestar los fuegos de los campanarios vecinos; se abrió una brecha en el convento de Guadalupe (manzana número 2), y en la noche del 31 de marzo el 18º batallón de cazadores se hizo dueño de la posición, a pesar de una vigorosísima resistencia, y habiéndose practicado una enorme abertura con el auxilio de un saco de pólvora, en la casa vecina (manzana número 9) se logró ocuparla también. Los mexicanos per-

* *Expedition du Mexique 1867. Recit politique et militaire par G. Niox capitaine d'état major. Paris.—Librairie militaire de J. Dumaine. Libraire Éditeur.—Rue de Paradis Daupine 30.—1874.—Páginas 261-267.*

Aunque en el libro original del general Díaz aparece como nota al pie del texto, dada su longitud se ha preferido incorporarlo al texto mismo. (A. M. C.)

dieron ochenta hombres muertos y sesenta prisioneros: los franceses dos muertos y ocho heridos.

“Se arreglaron en orden de defensa las manzanas tomadas; pero por su parte los defensores de la plaza construyeron en poco tiempo nuevas barricadas más a retaguardia, abrieron troneras y cubrieron con sacos de tierra los edificios vecinos. Su nueva línea de defensa fué trazada desde el Carmen hasta Santa Anita, pasando por Santa Inés, San Agustín, la Merced y la iglesia del *Señor de los Trabajos*. Retrocediendo paso a paso y volviendo a construir nuevas obras defensivas considerables, forzaban a los asaltantes a renovar incesantemente sus esfuerzos y sacrificios. El enemigo estrechaba el perímetro defensivo a medida del progreso de los asaltantes, y lejos de encontrarse debilitados por la pérdida de las manzanas de su línea primitiva, parecía que al contrario, juzgaba ventajoso replegarse a retaguardia de su segunda y tercera líneas, por causa de su menor extensión y ofrecer consiguientemente mayor facilidad de defensa. Por esto se dejó tomar sin grande resistencia las manzanas 8, 7, 6, 5, 3 y la 25, situadas fuera de su nueva área de defensa, y que poco les importaba perder; pero en la noche del 2 al 3 de abril, se tuvo que hacer un alto por causa de la manzana número 26 en la que se hallaba un cuartel. (a)

“Después de haber atravesado la calle bajo un nutrido fuego de fusilería, la columna de ataque compuesta de un destacamento del 3º de zuavos penetró en el edificio y dió con un departamento obscuro sin más salida que un estrecho pórtico por el cual era necesario desfilar uno a uno, al frente de dos obuses. Treinta hombres y el capitán Lalanne a su cabeza, se lanzaron por ese paso, y por él llegaron a un patio rodeado de muros almenados, en donde se hallaron con todas las escaleras destruídas y todas las salidas barricadas. Agobiados por una lluvia de metralla de granadas y fusilería, se vieron obligados a batirse en retirada, y volvieron todos heridos.

“En ese mismo instante, el comandante de Longueville se lanzaba de la manzana número 7 sobre la número 27, (b) con dos compañías del 51 y una sección del cuerpo del ingenieros; y después de haber penetrado en la primera casa vino a chocar con un muro paralelo a la fachada y en el que había dos líneas de almacenes. El capitán Melot logró sin em-

a) La casa llamada Cuartel de San Marcos.

b) La casa de la Cerbatana en la calle de las Cabecitas.

bargo sostenerse en un cuarto, en donde se hicieron esfuerzos para protegerlo, por medio de un camino cubierto al través de la calle; pero el fuego de fusilería de las azoteas y la metralla de una barricada cercana impidieron ese trabajo.

“El general de Berthier intentó infructuosamente dar la vuelta a dicha barricada por dos compañías del 1º de zuavos, pues que acogidas por un fuego terrible se vieron forzadas a retroceder. Se dió entonces la orden de evacuar esa posición insostenible, pero para ello era preciso pasar de nuevo a descubierto bajo las descargas de metralla que barrían las calles. Todos nuestros heridos fueron sin embargo transportados a hombros y a paso veloz; al amanecer del día, la compañía de granaderos del capitán Melot abandonó la casa en donde había dado tan bello ejemplo de valor y firmeza.

“El día 4 de abril se renovó el ataque sobre la manzana número 26: (a) tres compañías de los batallones 1º y 18º de cazadores a pie se arrojaron con la mayor intrepidez, y después de haber penetrado por las brechas, los cazadores llegaron sin embargo hasta los cuartos interiores, cuyas entradas se hallaban todas sólidamente obstruídas y los muros guarnecidos con tres órdenes de almenas y con los techos llenos de claraboyas; ante tales obstáculos insuperables, tuvieron que replegarse. Se abandonó el ataque sobre el cuartel y se trató entonces de ocupar la manzana número 34, mas no habiendo dado resultado un petardo que se adhirió a una puerta o cochera, se comenzó a colocar una doble línea de gaviones para poder atravesar la calle; también esta operación atrajo sobre nuestros soldados un fuego de tal modo vivo, que todos los gaviones fueron destruídos por las balas, que hirieron a todos nuestros zapadores. Fué, pues, preciso renunciar a ello. Se taparon las aberturas trazadas en la manzana número 25, (Iglesia de San Marcos), que se habían hecho para la salida de las columnas de asalto, y la artillería se limitó a hacer fuego sobre San Agustín, con el fin de impedir al enemigo que extinguiera un incendio que allí se había declarado.

“El general en jefe se trasladó a la manzana de San Marcos para examinar por sí mismo los obstáculos contra los cuales se habían allí estrellado los esfuerzos de nuestras tropas. Vió por todas partes barricadas erigidas y provistas de piezas de artillería, murallas almenadas, azo-

a) Este ataque fué el segundo al Cuartel de San Marcos y tuvo lugar el 3 de abril.

teas cubiertas con sacos de tierra, las cúpulas y campanarios de las iglesias cubiertas de tiradores perfectamente a cubierto. Pudo, pues, convenirse personalmente de las dificultades que presentaban esos ataques a viva fuerza, en que se perdían los más valientes soldados, porque siendo éstos los que van siempre a la cabeza de las columnas, caían naturalmente los primeros. Comenzó entonces por disponer que se emprendiera la construcción de galerías de zapa; y en la noche quedó comenzado un camino cubierto en dirección de la manzana número 34, pero en un punto dado se dió con roca viva y el trabajo no pudo continuarse.

“El día 5 de abril se trasladaron al Cuartel de San Marcos algunas piezas de a 12 con el objeto de abrir brechas, para lo cual las piezas de montaña no eran eficaces, ni aun en buenas condiciones. Al día siguiente seis compañías del 1º de zuavos atacaron de nuevo a la manzana número 34. (a) A las 5 de la tarde, una descubierta de treinta hombres mandada por el teniente Galland y un destacamento del cuerpo de ingenieros penetraron rápidamente por la brecha; otra sección siguió sus pasos con igual brío; un fuego espantoso de metralla y fusilería se cernió desde luego sobre la calle, muchos de nuestros soldados cayeron muertos y los heridos arrojándose hacia atrás paralizaron el combate de la columna.

“El comandante Carteret-Trecourt, cogiendo a un zuavo por el brazo, lo arrastra consigo hasta el espacio que separa los dos cuadros y en donde la metralla barría con todo lo que encontraba a su paso: el capitán Michelón y el teniente Avéque se lanzan en su seguimiento, esperando por este medio arrastrar consigo a su compañía. Inútiles esfuerzos. El capitán Michelón cae muerto y los otros dos oficiales heridos; el fuego del enemigo se concentra sobre las aberturas de San Marcos y hace imposible la salida de la columna, forzándola a renunciar al ataque.

“El teniente Galland organizó la defensa en los cuartos que había ocupado, pues que toda retirada se había hecho imposible. A las 9 de la noche el enemigo le propuso que se rindiera, pero él rehusó; no teniendo víveres sus soldados y conociendo la imposibilidad de resistir, éstos lo abandonaron sucesivamente no permanecieron con él más que dos sargentos, dos cabos y un zuavo. (b) En tales condiciones tuvo que rendirse a su vez,

a) Ataque a la posición del general La Llave.

b) No es exacto lo que dice el capitán Niox respecto del teniente Galland, pues aunque es cierto que era un oficial de mucho valor, no pudo organizar ninguna defensa, ni se rindió hasta las nueve de la noche; al principio contestó con brío a las intimaciones

después de haber obtenido para él y los que no lo habían abandonado el honor de conservar sus armas; cayeron, pues, prisioneros en la ocasión 36 hombres. Ese ataque infructuoso costó además un oficial muerto, dos heridos, ocho soldados muertos y diez y ocho heridos.

“Consejo de guerra.—Las contrariedades sufridas en la noche del 2 al 3 de abril, en la del 4 al 5, y del 6 al 7, no habían agotado todavía la energía de nuestras tropas; y sin embargo era imposible dejar de conocer que habían producido en su moral un efecto asaz penoso. Las circunstancias tenían, pues, un cariz de gravedad; el general en jefe reunió un consejo de guerra de los generales de división y de los jefes de servicio, con el objeto de oír su opinión respecto de la dirección de las operaciones ulteriores. En dicho consejo se discutió:

“1º Si era necesario en vista de la superioridad de la artillería enemiga, suspender los ataques y esperar la llegada de cañones de grueso calibre, que se pedirían al almirante en jefe de la escuadra del Golfo.

“2º Si era necesario suspender el sitio y mantener solamente una fuerza de observación sobre Puebla, para marchar desde luego sobre la ciudad de México.

“3º Si era necesario abandonar la circunvalación de Puebla y marchar sobre México con todo el ejército.

“Estos dos últimos arbitrios o resoluciones debían tener el grave inconveniente de aumentar la exaltación de los adversarios de la Intervención y la desanimación de sus sostenedores. El general en jefe desechó, pues, todos esos dictámenes y se resolvió a proseguir el sitio.

“Se abrigó la idea de dirigir contra los fuertes de Teotimehuacán y del Carmen un ataque análogo al que había hecho caer el de San Javier. Hubiera sido ese plan tanto más oportuno, cuando que embistiendo a la plaza por ese lado, se enfilaban los cuadros en el sentido de su menor espesor, disminuyendo en tal concepto considerablemente las dificultades; pero el comandante de artillería expresó el temor de que las municiones existentes no fueran suficientes para ese doble ataque. Fué, pues, preciso resignarse a proseguir el lento procedimiento y a la vez sangriento de los

que se le hacían, diciendo que los zuavos jamás se rendían; pero esta resistencia esforzada duró pocos momentos, y luego que comprendió que su posición era insostenible, se rindió a discreción con los treinta y tantos zuavos que los acompañaban en la zahurda en que se había refugiado; y esto se verificó antes de que oscureciera, cosa de tres horas antes de las nueve de la noche. (P. D.)

avances graduales hacia el centro de la plaza. Ya no había más que 600 kilogramos de pólvora de mina, y por otra parte no podía pensarse en hacer una guerra subterránea. Un período de suspensión iba forzosamente a imponerse a las operaciones del sitio, en espera de la llegada de nuevos contingentes de municiones.

“En ese primer período del sitio las pérdidas habían sido: un oficial general muerto, cinco oficiales muertos, dos oficiales muertos a consecuencia de sus heridas, 39 oficiales heridos, 56 soldados muertos, 443 heridos, de los cuales se hallaban todavía en las ambulancias 250.

“La artillería de la plaza había hecho cerca de 25,000 tiros de cañón y lanzado unas mil bombas.”

* * *

Inserto en seguida el parte oficial que rendí al general González Ortega, en jefe del Ejército de Oriente, del ataque de los franceses al Cuartel de San Marcos, que fué rechazado por las fuerzas que estaban a mis órdenes.

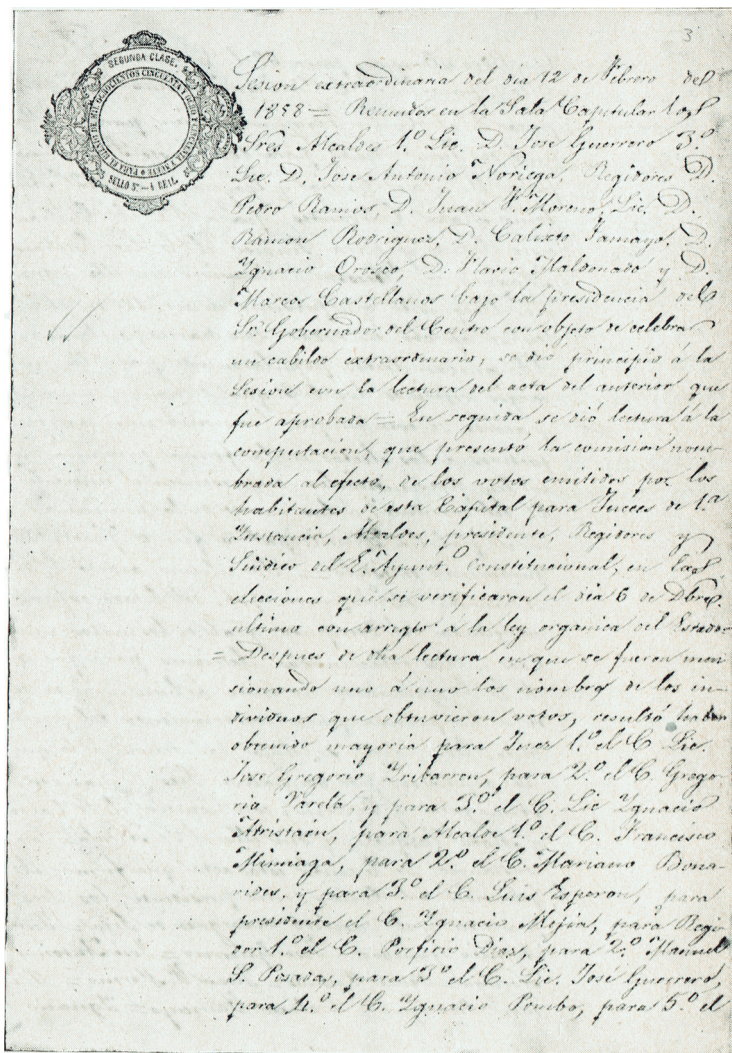
*Parte del general Porfirio Díaz sobre el combate sostenido
en el Cuartel de San Marcos en Puebla
2 de abril de 1863*

“Abril 2 de 1863.—Cuerpo de Ejército de Oriente.—General en jefe.—Con esta fecha me dice el señor cuartel maestre lo que sigue: “El señor general Porfirio Díaz, perteneciente a la división del ciudadano general Berriozábal, encargado de la línea de vanguardia de San Agustín me dice lo que copio:

“Tengo la honra de participar a usted que en la brigada de mi mando han ocurrido en la noche de ayer y madrugada de hoy, las novedades siguientes:

“A las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche, el enemigo que se halla en el Hospicio, abrió una brecha con artillería en el Cuartel de San Marcos, y se lanzó por ella en número considerable hasta ocupar la mitad del patio del edificio, y los defensores de éste el resto de él.

“En este estado permanecemos sosteniendo un rudo combate hasta la



ACTA EN QUE APARECE ELECTO EL C. PORFIRIO DIAZ COMO REGIDOR
 PRIMERO DEL AYUNTAMIENTO DE OAXACA.

medianoche, a cuya hora volvió el enemigo a sus puestos, dejando en su fuga muertos y armas, que aun no puede recoger, por no permitírsele nuestros fuegos.

“Como a las dos de la mañana, el enemigo que se hallaba cerca de la plazuela de San Agustín abrió una brecha con artillería en la manzana que manda el ciudadano coronel Balcázar, lanzándose a continuación hasta ocupar parte de una casa, y en cuya posición sostuvo un combate con los defensores de la línea hasta las cinco de la mañana, a cuya hora fué completamente rechazado, dejando en nuestro poder algunos muertos y armas, y en la calle otros de los primeros y varias de las segundas, que tampoco se le permite recoger.

“Excuso hacer a usted recomendaciones especiales de los pundonorosos jefes, oficiales y tropa con cuyo mando me honro, y sólo le diré que todos ellos han manifestado que conocen cuánto vale la dignidad de una nación libre, que los ha honrado confiando a su denuedo el crédito de sus armas.

“Por mi parte, felicito a usted cordialmente y al ciudadano general en jefe, reiterándole las protestas de mi justa consideración.—*Porfirio Díaz*”.

CAPÍTULO XXIX

SITIO DE PUEBLA MANZANA SANCHEZ ROMAN SANTA INES Del 19 al 25 de abril de 1863

En la tarde del día 19 de abril, hallándome de visita en la manzana que mandaba el coronel Sánchez Román, contigua a mi línea, fué aquella atacada vigorosamente, precediendo al asalto un cañoneo en brecha que descubrió el muro de una zahurda que la limitaba con la calle. La trinchera de esa manzana estaba trazada en curva, y defendía todo el lado que ve al occidente y la mitad del que ve al sur, y se había destruído toda la construcción interior que quedaba fuera del glamís, para dar campo de tiro a la trinchera, quedando solamente como cortina o máscara de la fortificación, las tapias y algunos cuartos exteriores que daban a la calle.

Cuando la brecha estuvo abierta, me ocurrió que un pelotón de rifles armados de revólveres, oculto en aquella zahurda, que era de las pocas piezas que quedaron sin derribar, podría contener el asalto, puesto que sólo por esa brecha podía venir, fuí personalmente, pasando el foso por una viga, a establecer el destacamento, a la sazón que los franceses habían penetrado por la extremidad de la misma calle sin abrir brecha y habiendo forzado una puerta por medio de un petardo. Cuando regresé de colocar el destacamento, los zuavos estaban ya dentro de nuestras trincheras, y habían hecho prisionero al destacamento que yo había colocado en la brecha, menos a dos o tres soldados, que, como yo, pudieron escalar las azoteas y caer a otras casas que aún estaban ocupadas por fuerzas mexicanas y salir de allí a la calle donde hicimos una suprema defensa que impidió el paso de los zuavos más allá de la manzana ocupada por Sánchez Román, a la que llamábamos la manzana del Mesón de la Rreja.

Tuve la desgracia de presenciar y hasta de ser actor en la pérdida de esa manzana, sin que las tropas que la defendían estuvieran a mis órdenes ni fueran de las educadas por mí; solamente porque me dió pena retirarme de la manzana en los momentos en que ella sufría un ataque.

Vino después el 25 de abril de 1863, el ataque al fuerte de Santa Inés que mandaba el general don Miguel Auza y fué de los más reñidos y notables y en el cual fué rechazado el enemigo dejando más de cien muertos en los parapetos y dentro de las obras de defensa y muchos prisioneros, entre los cuales había varios oficiales, lo mismo que entre los muertos.

El ataque de Santa Inés procedió de la manzana del Mesón de la Reja que pocos días antes le habían quitado los franceses al batallón Sánchez Román. El lado de la manzana de San Agustín, que hace frente por su costado sur a la del Mesón de la Reja, no es de altos, sino que se limita con la calle por la barda de la huerta; pero tiene una serie de piezas bajas, cuyas azoteas estaban barridas por los fuegos de fusilería procedentes de los balcones del Mesón de la Reja.

Durante el ataque a Santa Inés los fuegos tanto de mi trinchera que estaba en la calle con frente para donde debían pasar las columnas de los asaltantes, como los de los balcones de ambas aceras de la calle de San Agustín, eran muy eficaces sobre esas columnas, pero no me parecieron suficientes; y en los momentos en que el ataque era más reñido, saqué por una de las puertas que daban a las azoteas de los cuartos bajos de la huerta, unos pelotones de infantes que llegaron hasta la esquina bajo los fuegos que nos hacía el enemigo, y mis pelotones de los balcones de enfrente hacían los suyos muy eficaces sobre las columnas de asalto, cooperando así, casi decisivamente a cortar la columna y que los asaltantes que habían penetrado al convento de Santa Inés no fueran apoyados por el resto de la columna, que se vió obligada a retroceder. En este ataque se distinguió mucho el capitán don Timoteo Rincón que sucumbió en él con otros muchos.

Esa salida por las azoteas, en las que llevé pelotones de sargentos y cabos escogidos y los soldados más valientes, me fué muy costosa porque los fuegos de los balcones de enfrente eran muy certeros y porque nuestros soldados no los podían contestar por ocuparse de la columna que asaltaba por la calle al convento de Santa Inés.

Al día siguiente el general González Ortega dió algunos ascensos a los oficiales que habían tomado parte en ese combate, y me mandó a mí el de

general efectivo de brigada, cuyo nombramiento fué confirmado en seguida por el Gobierno Federal.

Consigno en seguida la relación que hace el capitán Niox en su libro citado, del asalto y rechazada de los franceses en el convento de Santa Inés. (Págs. 270 y 271).

“Ataque del convento de Santa Inés.—A ese fin se dirigían sus esfuerzos (del general Bazaine) al dar sus órdenes para preparar el ataque del convento de Santa Inés (manzana núm. 52), y uno de los puntos más fuertes de la nueva línea de defensa del enemigo. Dicha línea estaba entonces trazada por las manzanas números 34, 33, 32, 51, 52 y 53. La número 32 era la del gran edificio de San Agustín, cuyos fuegos cruzados con los de Santa Inés habían sido hasta entonces tan molestos.

“La artillería estableció baterías de sitio en la manzana número 30, situada enfrente de Santa Inés, y el cuerpo de ingenieros sus barrenos de mina. El ataque comenzó el 25 de abril en la mañana; la explosión de las minas destruyó una parte del muro exterior y otras partes exteriores del convento, y las baterías completaron la obra de destrucción y entonces fué cuando pudieron ser palpadas las inauditas dificultades que el ataque presentaba. Detrás del muro destrozado, existía una maciza reja de hierro que las balas de cañón no podían destruir, y cuatro trincheras colocadas, una tras de otra, de las cuales las dos últimas, con escarpas de piedras, habían sido construídas con los escombros de construcciones cercanas. Los aproches se hallaban provistos de estacadas y redes de lazos de cuero, unidos entre sí por medio de estacas; tras del último parapeto se alzaban los edificios del convento de Santa Inés, con sus muros almenados y cuyas ventanas y azoteas estaban cubiertas por tiradores. Una ala de ese edificio, sobre la cual se hallaba colocada una pieza de artillería, blanqueaba a las trincheras. A las seis y media los cañones de sitio rompieron sus fuegos tratando de destruir las trincheras, destrozaron la reja y las obras de mampostería. El fuego se prolongó durante tres horas, a pesar de lo que sufrían los artilleros con la proximidad de los tiradores del enemigo. A las nueve y media recibió el general Castagny la orden de emprender el asalto.

“Se dió la señal: las ocho piezas de sitio hicieron descarga de metralla, y las columnas se lanzaron. La de la derecha, compuesta de cuatro compañías del tercer batallón del 1º de zuavos mandadas por el comandante Melot: la de la izquierda, de cuatro compañías del propio batallón con-

ducidas por el capitán Devaux. El enemigo había debilitado su fuego, pero, apenas las compañías empezaron a desembocar, cuando las murallas, las ventanas y las azoteas (a) se llenaron de tiradores. Más de 2,000 mexicanos concentraron sus tiros sobre el estrecho espacio en que se atumultaban los asaltantes, y cuyo trayecto ofrecía enormes dificultades, a causa de los escombros de los muros destrozados y de los obstáculos en él acumulados. Los zuavos avanzan bajo una granizada de balas, la columna de la derecha llega hasta la reja; la de la izquierda la rebasa, y llega hasta los edificios del convento, pero en ese momento el fuego del enemigo se aviva. Las columnas se detienen como anonadadas; el ataque no puede ser continuado, sin enormes e inútiles sacrificios; se da pues la orden de batirse en retirada pero muy corto fué el número de esos valientes soldados que llegar pudieron a sus líneas. Ese terrible asalto había costado en la columna de la izquierda, sobre diez oficiales, nueve muertos o desaparecidos, y en la de la derecha un oficial muerto, dos desaparecidos y cinco heridos: soldados, 27 muertos, 127 heridos y 176 desaparecidos. Más tarde se supo que de estos últimos 130, entre los cuales iban siete oficiales, habían caído prisioneros. El enemigo hizo honor a su valor y los trató con consideraciones. “Estos hombres habían peleado como leones” decía el general Ortega en su parte.”

a) Estas azoteas son las de la manzana de San Agustín que estaba en mi línea y donde llevé mis infantes para cortar la columna enemiga con fuegos muy cercanos.

CAPÍTULO XXX

BATALLA DE SAN LORENZO

8 de mayo de 1862

En la noche del día 7 de mayo, al hacer mi vigilancia de la línea del enemigo desde las alturas de San Agustín, noté algún movimiento en sus tropas que me hizo sospechar que volvería yo a ser atacado en esa misma noche. Observando cuanto me era posible en los intervalos de los fuegos de artillería que el enemigo hacía desde sus baterías de San Javier, probablemente para que sus movimientos no fueran advertidos, comprendí que se trataba o de un relevo de las tropas que cubrían la línea o de organizar columnas para un asalto, pues el ruido de armas, rumor de voces humanas y toses que se repiten tanto cuando se mueve la tropa a las horas en que duerme, lo demostraba muy claramente. Di aviso en el acto al cuartel general y a los jefes de las líneas vecinas a mi derecha y a mi izquierda, y puse a mis tropas en actitud de resistir un ataque. Momentos después, el látigo de los trenistas, el rumor de la rodada y de la marcha de los soldados me hicieron comprender claramente que de las tropas del enemigo abrigadas detrás del edificio de San Javier, estaba saliendo una columna que se dirigía, sin duda a los campamentos del Ejército del Centro que había sido organizado desde el 30 de octubre de 1862 a las órdenes del general don Ignacio Comonfort, con objeto de auxiliar a Puebla. Puse este hecho en conocimiento del cuartel general, quien mandó oficiales de su estado mayor y del cuartel maestro para ratificar mis noticias. Esos oficiales rindieron sus informes que coincidieron con los míos, y sin embargo, sólo se dispuso al día siguiente, que las columnas de reserva estuvieran en actitud de recibir órdenes.

Luego que amaneció el día 8 de mayo, hice yo algunos ataques de iniciativa sobre la línea del enemigo que estaba a mi frente, sin ningún

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

resultado de importancia; y pude averiguar que estaba cubierta por tropas de línea que en la noche habían venido a relevar a los batallones de zuavos que antes la cubrían. Al día siguiente, 9 de mayo, quedaron ratificadas todas mis presunciones, porque se dirigió a la plaza un portapliegos del general Forey, con bandera blanca y tocando parlamento, quien fué introducido con las precauciones de estilo hasta el cuartel general. En los pliegos de que aquél era conductor, avisaba el general Forey que había alcanzado una victoria sobre el Ejército del Centro que le permitía ofrecer al general González Ortega el canje de todos los prisioneros franceses, por un número equivalente, y equivalencia también de categorías, que podría dar de los prisioneros que había hecho en dicha victoria el día anterior. Y se hizo en efecto el canje de todos los prisioneros del enemigo, así los sanos como los heridos, quedando después de esto terminado el armisticio.

El 4 de mayo había celebrado el general González Ortega un convenio con el general Forey para el canje de los prisioneros que ambos se habían hecho, y ese convenio se aplicó a los que el ejército francés hizo al general Comonfort en la batalla de San Lorenzo.

CAPÍTULO XXXI

RENDICION DE PUEBLA

Del 10 al 18 de mayo de 1863

Siguieron las operaciones del sitio hasta el día 13 de mayo de 1863, tres días antes de la rendición de la plaza, en que el general en jefe citó a una junta de generales para consultar su opinión sobre el partido que debía adoptarse, supuesta la situación de la plaza que era bien conocida de todos, por la absoluta escasez de provisiones de boca y de municiones para sostener la guerra.

Después de informar a la junta sobre la existencia de municiones, el proveedor general y el comandante general de artillería, y después de retirarse el primero, opinó la mayoría de los generales presentes, que prece- diendo algunos ataques simulados, se hiciera un esfuerzo supremo por el rumbo opuesto para romper la línea sitiadora y utilizar parte del personal y materiales de guerra. Con este objeto se ordenó al comandante general de artillería que deshiciera algunos cartuchos de cañón, y elaborara hasta donde fuera posible, municiones para armas portátiles, que eran las más escasas.

Como el enemigo redoblara sus esfuerzos, al día siguiente manifestó el comandante general de artillería que en la misma noche y durante nuestra conferencia, se había consumido la mayor parte de municiones de artillería que quedaban, porque era indispensable contestar el vivo ca- ñoneo que a varios fuertes de nuestra línea de defensa hacía el enemigo; y que los jefes de dichos fuertes habían estado pidiendo, durante la noche, gran cantidad de municiones antes que sus órdenes pudieran llegar al al- macén. De suerte que cuando se daba ese parte, ya no quedaban ni muni- ciones de artillería. Entonces dispuso el general en jefe que se rompieran todas las armas portátiles lo mismo que la artillería; y mandó al general

Mendoza, cuartel maestro del cuerpo de Ejército, a avisar al general Forey que la plaza estaba a su disposición y que todos estábamos desarmados y constituidos sus prisioneros incondicionalmente, lo cual verificó el 17 de mayo de 1863.

Una vez prisioneros, se presentó el general Forey el día 18 de mayo de 1863, segundo de nuestra prisión, con una acta redactada por él en francés con la pretensión de que la firmaran los generales, jefes y oficiales del ejército, en la que se intentaba comprometerlos, bajo nuestra palabra de honor, a permanecer neutrales en los lugares que se nos designaran hasta el fin de la guerra.

Muy pocos entre los subalternos firmaron esa acta, y los generales suscribimos una manifestación en la que expresamos que las leyes de nuestro país y nuestras convicciones personales no nos permitían contraer ningún compromiso con el invasor. Al fin de este capítulo inserto el acta y la nota con la que la suscribimos.

En consecuencia de nuestra negativa a firmar el acta citada, se dispuso enviar confinados a Francia a todos los recalcitrantes. Los prisioneros estábamos separados en distintas prisiones, en una generales de división, de brigada efectivos y graduados; en otra los jefes de coronel a comandante y en otras los subalternos de capitán a subteniente.

Los soldados habían sido divididos también en tres o cuatro prisiones distintas. A los generales nos tocó por prisión, la casa propiedad del general Mendoza, que estaba en la calle de Herreros.

Los documentos a que me refiero son los siguientes:

“Cuerpo expedicionario de México.—Estado mayor general.—Los que abajo firmamos, oficiales mexicanos hechos prisioneros, nos comprometemos bajo nuestra *Palabra de Honor*, a no salir de los límites de la residencia que se nos asigne, a no mezclarnos en nada por escrito o por actos, ya en la guerra o en la política, por todo el tiempo que permaneceremos prisioneros de guerra, y a no mantener correspondencia con nuestras familias y amigos sin el previo consentimiento de la autoridad francesa.

“Cerro de San Juan, a 18 de mayo de 1863.”

“Zaragoza, 18 de mayo de 1863.—Cuerpo de Ejército de Oriente.—Prisioneros de guerra.—Los generales prisioneros que suscriben, pertenecientes al Ejército mexicano de Oriente, no firman el documento que se

les ha remitido la mañana de hoy del cuartel general del ejército francés. tanto porque las leyes de su país les prohíben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se lo prohíben también sus convicciones y opiniones particulares.—*Jesús G. Ortega, Francisco Paz, Felipe B. Berriozábal, Florencio Antillón, Francisco Alatorre, Ignacio de la Llave, Alejandro García, Epitacio Huerta, Ignacio Mejía, José M. Mora, Pedro Hinojosa, José María Patoni, Joaquín Colombres, Domingo Gayosso, Antonio Osorio, Eutimio Pinzón, Francisco de Lamadrid, Porfirio Díaz, Luciano Prieto, J. B. Caamaño, Mariano Escobedo, Manuel Sánchez, Pedro Rioseco, Manuel G. Cosío, Miguel Auza, Jesús Loera.*” (1)

1) Véase en el Apéndice la nota del Sr. Vigik y Robles, y las cartas que la acompañan. A. M. C.

CAPÍTULO XXXII

PRIMERA EVASION DE PUEBLA

Del 19 al 23 de mayo de 1863

Como al rehusarme a firmar el acta manifesté por escrito que no podía hacerlo porque tenía deberes que cumplir, incompatibles con el compromiso que el acta entrañaba, me consideré con el derecho de evadirme si podía hacerlo, puesto que el enemigo había tomado todas sus precauciones para tenernos perfectamente seguros, al grado de tener apostados un centinela en la puerta de los cuartos en donde dormíamos.

Así, pues, el 21 de mayo, víspera de nuestra marcha para Veracruz, me quité mi uniforme a todo riesgo, en los momentos en que entraban y salían los deudos y amigos de los prisioneros para despedirse de ellos y para arreglarles algunos negocios.

Comprendí que era fácil que no me distinguieran entre los entrantes y salientes; bajé resueltamente la escalera embozado en un plaid, cosa que no era notable porque hacía mucho frío; y para que el centinela no me marcara el alto y me hiciera pasar por un reconocimiento como lo hacían con todos los que salían aunque fueran paisanos, pensé que sería bueno dirigir algunas palabras al oficial de guardia, para que el centinela, al verme salir después de haber hablado con el oficial tuviera menos sospecha. Con esta intención llegué al zaguán; pero encontré que el comandante de la guardia que estaba allí en pie, era el capitán Galland, del 3º de Zuavos que habiendo sido prisionero nuestro había hecho conmigo alguna amistad. En consecuencia, ya no le dirigí la palabra sino que simplemente lo saludé y salí para la calle sin que me conociera, aunque probablemente sospechó algo, porque en seguida subió a ver si estaba yo al lado de mis compañeros. Varios de éstos lograron también evadirse de

la prisión, ya en Puebla, ya en el camino, y muy pocos salieron para Europa.

Tuve muchas dificultades en mi salida porque las calles de Puebla estaban vigiladas por fuerzas de traidores; pero afortunadamente encontré a un amigo que me llevó a su casa, y casualmente era la misma en que se había refugiado el general Berriozábal, quien contaba con el apoyo de uno de los oficiales traidores, que le facilitó la salida de la ciudad, obteniendo el santo y seña, y pasándolo con los suyos como si perteneciera a su patrulla, en virtud de una remuneración pecuniaria que Berriozábal le pagó. El doctor Cacho, que era de los que acompañaban al general Berriozábal, se quedó en Puebla para que yo pudiera salir en su lugar y hacer uso de su caballo.

Caminamos toda la noche por los montes, por evitar el camino real, nos perdimos, y al amanecer del día siguiente nos encontramos otra vez frente a Puebla, oyendo los alertas de los traidores que estaban fuera de la ciudad. Nos dirigimos al pueblo de San Miguel Canoa, y suponiéndonos oficiales de los traidores, porque sabíamos que el cura era amigo de Almonte, quien había pasado varios días en su casa, le suplicamos que nos diera un guía que nos llevara a Tlaxcala. De allí nos dirigimos a la Hacienda de Techalote y después a Apam, en donde encontramos una fuerza de caballería que protegió nuestro arribo a la capital.

CAPÍTULO XXXIII

EVACUACION DE LA CAPITAL

Del 24 de mayo al 20 de junio de 1863

Al presentarme al Gobierno en México, el señor Juárez me dijo que me nombraría secretario de guerra o general en jefe del ejército, según lo conviniera yo con el general Berriozábal, porque él había de tener uno de dichos puestos y yo el otro. Manifesté al Presidente que sin perjuicio de hacer lo que el Gobierno me mandara, debía llamar su atención sobre el efecto que causaría mi nombramiento de general en jefe o secretario de guerra, sobre todo para el mando del ejército que sería lo que yo preferiría; en todo caso, que había en el cuerpo de ejército muchos viejos y muy ameritados como lo eran el general don Miguel M. de Echeagaray, el general don Anastasio Parrodi y otros, y que yo era demasiado joven para que con buena voluntad estuvieran a mis órdenes. Además que era probable que en el período difícil en que íbamos a entrar, algunos de ellos abandonarían nuestras filas y no era conveniente darles un pretexto tan plausible como lo sería, hasta cierto punto, mi nombramiento, que heriría su celo militar.

En esos momentos entraba el señor José M. Iglesias con algunas otras personas y suspendimos la conversación, diciéndome el señor Juárez que al día siguiente temprano volveríamos a hablar. Lo vi de nuevo al día siguiente y al contestarme el saludo el señor Juárez, me dijo que había pensado bien lo que yo le había dicho, y que era muy posible que tuviera yo razón; que en este concepto si quería el mando de una división, me daría la que yo designara. Le contesté que en la forma que tenían, ninguna me parecía buena; pero que si me lo permitía, organizaría una a mi gusto con las tropas que yo escogiera al efecto. Tuvo la bondad el

señor Juárez de darme un papel para que pusiera los nombres de los batallones y regimientos que fueran de mi agrado. Formé a mi gusto la división que debía mandar y con ella, una vez organizada, emprendí la marcha para Ayotla, con objeto de cubrir la carretera por donde debía venir el enemigo.²

El Gobierno salió de la capital para Querétaro el 31 de mayo de 1863 ¹ y después de la salida se me dió orden de volver a México y de allí emprender la marcha y seguir al cuerpo de ejército que mandaba el general en jefe, Juan José de la Garza, a quien alcancé en el Contadero, camino para Toluca. Luego que me incorporé al ejército, el general en jefe que tenía necesidad de estar en Toluca, me encomendó el mando, y emprendió la marcha con su escolta y estado mayor. Pocos momentos después se sublevó uno de los batallones de guardia nacional de México que formaba a la retaguardia, y que mandaba el coronel Rangel, cuyo jefe, lo mismo que el teniente coronel don Pedro de Garay, habían desaparecido en México, al emprender su marcha el batallón. Perseguí a los sublevados, matando a algunos y aprehendiendo casi a todos, y diezmándolos después en el llano de Salazar, en presencia de las tropas formadas.

Pasamos la noche sin más novedad que algunos tiroteos insignificantes de los traidores que plagaban la montaña. Al día siguiente seguimos la marcha a Toluca, y a nuestra llegada informé al general en jefe de la novedad ocurrida.

Después de permanecer tres o cuatro días en Toluca sin haber desempeñado ningún servicio importante y sin recursos, manifesté un día al general en jefe, que necesitábamos obtener algunos para continuar nuestra marcha.

Como los franceses estaban entrando ya a la ciudad de México, nuestro cuerpo de ejército se encontraba sin recursos y como el general en jefe no manifestaba empeño ninguno por obtener los necesarios, ni por mover sus fuerzas, le manifesté un día que creía indispensable conseguir algún dinero para salir de la plaza. El citó, a mi nombre, y sin mi consentimiento, a los comerciantes principales de la ciudad para una junta en mi alojamiento, y al verlos reunidos les manifesté mi situación y les pedí un préstamo, que me facilitaron de buena gana y me produjo una cantidad que no llegaba a tres mil pesos. Con esto salí de Toluca para el Llano del Cazadero y así llegué hasta Querétaro, en donde recibí algunos fondos que me mandó de San Luis el Gobierno Federal.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

A pocos días llegó el general Garza, con las otras dos divisiones de su Cuerpo de Ejército, enteramente destrozadas, pues además de que las mulas eran insuficientes para conducir su artillería y bagajes, algunos jefes habían dispuesto de parte de ellas, y el camino estaba regado con piezas de artillería y material de guerra, siendo también de consideración las desertiones que habían sufrido muchos cuerpos. El general Garza salió para San Luis y entregó el mando del cuerpo de ejército al general Echeagaray, y con este jefe las cosas marcharon mejor.

CAPÍTULO XXXIV

EJERCITO DEL CENTRO

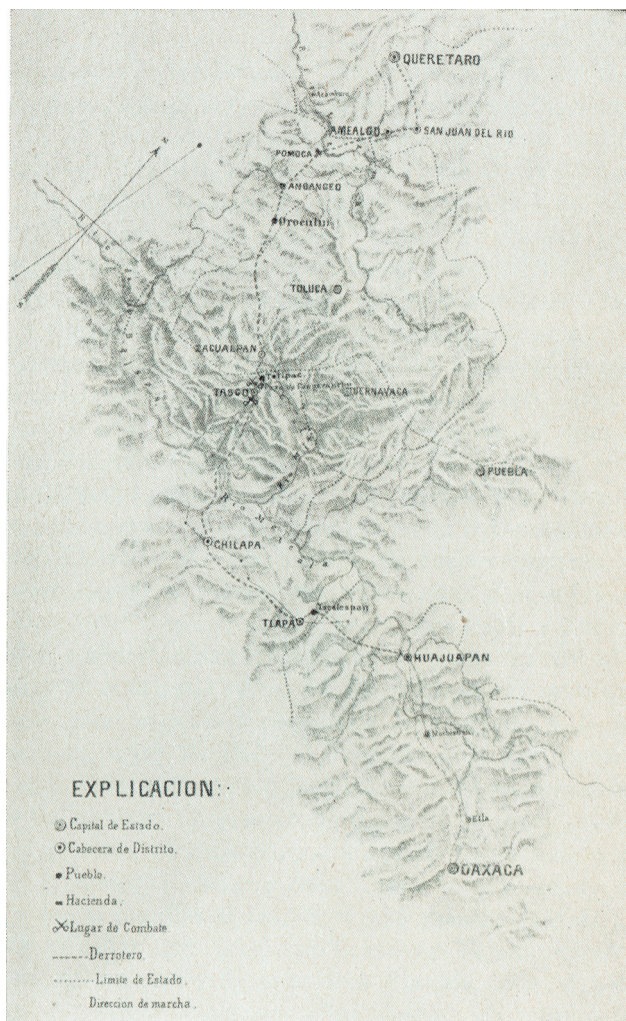
Del 10 de junio al 1º de septiembre de 1863

Pasados diez o doce días vino de San Luis a Querétaro el ministro de la guerra, que era entonces el general Berriozábal, y sin previa indicación, como antes lo había hecho conmigo el señor Juárez, me dió a reconocer en la orden general, como general en jefe del cuerpo de ejército del Centro, quedando a mi lado como cuartel maestre, el general Echeagaray.

Comenzamos entonces una seria organización, refundiendo en un batallón cada dos o tres batallones diminutos, y empleando la mayor parte de los días en la instrucción de maniobras, recomposición de armamento, de material de artillería y trenes, adquisición de mulas, academias de oficiales, y todo lo que era indispensable para dar a la fuerza la forma de verdadero cuerpo de ejército. Situé una división en Celaya, otra en Salvatierra, una brigada de observación en Arroyozarco, y dejé el núcleo principal en Querétaro.

En seguida y por orden del ministerio de la guerra, cambiamos el cuartel general a Acámbaro, donde permanecemos muy poco tiempo, porque los movimientos del enemigo nos hicieron comprender que su punto objetivo era Querétaro.

Durante mi permanencia en Acámbaro, el Gobierno me mandó, para que fueran ocupados en el ejército, al señor licenciado don Matías Romero y al general don Rafael Benavides. Romero había acompañado al señor Juárez en el año de 1858, en su marcha de Guanajuato a Guadalajara, Manzanillo, Panamá y Veracruz, en donde permaneció hasta que en diciembre de 1859, fué enviado como secretario de nuestra legación en Washington; a poco volvió a México don José María Mata, que era



MARCHA ESTRATEGICA DEL GENERAL PORFIRIO DIAZ, DE QUERETARO A OAXACA SEGUN EL GENERAL BERNARDO REYES.

(Reyes. "El General Porfirio Díaz".)

el ministro, y quedó Romero como encargado de negocios, con cuyo carácter permaneció hasta fines de abril de 1863, en que desanimado porque no creyó poder prestar servicios eficaces al país, en vista de la crítica situación que guardaban los Estados Unidos, que a la sazón se hallaban en lo más serio de su guerra civil, lo cual los hacía tener algunas condescendencias con los franceses; y deseando tomar las armas en defensa de la independencia, se vino con licencia de San Luis Potosí; renunció allí su empleo el 16 de julio siguiente y solicitó servir a mis órdenes. El señor Juárez le dió el despacho de coronel efectivo de ejército permanente y orden de que se me incorporara en Acámbaro, lo cual hizo poco después. Yo lo coloqué como jefe de mi estado mayor y secretario. Al general Benavides lo nombré general en jefe de la primera división.

En los últimos días de julio de 1863 y con el objeto de tratar algunos negocios de importancia con el Gobierno, mandé a mi secretario y jefe de estado mayor, el señor Romero, a San Luis, que era entonces la residencia del Gobierno Federal. Entretanto había ocurrido allí un cambio de gabinete. Para contar el señor Juárez con el prestigio y los elementos de don Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato, lo había nombrado ministro de relaciones. Doblado que era hombre de fuertes pasiones, puso como condición para aceptar el puesto, que se revocara el nombramiento de su predecesor don Juan Antonio de la Fuente, que había salido para los Estados Unidos como ministro de México, y estaba ya en Matamoros, y a quien Doblado tenía mala voluntad. El señor Juárez tuvo que pasar por esta exigencia para asegurar los servicios de Doblado y le propuso que fuera Romero en lugar de Fuente. Aceptado esto por Doblado, en momentos en que Romero llegaba a San Luis Potosí en comisión mía, tuvo que admitir ese encargo con gran repugnancia de su parte, muy contrariado y haciéndose mucha violencia, porque no podía llevar a cabo su propósito de servir en la campaña. Apenas duró Doblado una semana en el Gabinete, pues a los pocos días se separó de una manera ruidosa, y fué reemplazado por el señor don Sebastián Lerdo de Tejada, quien permaneció en el puesto de secretario de relaciones durante todo el período de la intervención extranjera y algunos años después de terminada ésta.

Más tarde, durante la permanencia del ejército en las plazas de Celaya, Salvatierra, Querétaro y San Juan del Río, las expediciones del cuartel general no podían hacerse de un punto a otro, sino con una gruesa escolta, o fingiendo uno movimientos para hacer otros, porque el camino estaba

interceptado por unos bandidos, los hermanos Troncoso, que algunas veces reunían hasta cuatrocientos caballos. Así lo expliqué al general Comonfort, al relevarme en el mando del cuerpo de ejército que había estado a mis órdenes, pero no dió importancia a mis informes, y a los pocos días de mi separación, intentó hacer una travesía en coche con 50 caballos de escolta, de San Miguel Allende para Celaya en cuya ocasión fué asesinado por los Troncoso, cerca de Chamacuero.³

*
* * *

Después de escrito este capítulo recordé un incidente que ocurrió estando en San Juan del Río, con el Cuerpo de Ejército que yo mandaba y que refiero en seguida.

SEDICION DE LAS TROPAS DE SINALOA Y TAMAULIPAS Agosto de 1863

Al volver de Querétaro a San Juan del Río, en donde había quedado la matriz del cuerpo de ejército de operaciones, al mando del cuartel maestre, general don Miguel M. Echeagaray, encontré sublevada a una parte de la fuerza. El general Echeagaray era un militar demasiado rígido pues obligaba a los soldados a hacer ejercicios hasta en las noches de luna, y la fuerza de Sinaloa y de Tamaulipas que yo tenía, era de voluntarios poco disciplinados y que no querían someterse a ese rigor, lo cual ocasionó su rebelión. El general Echeagaray me recibió antes de entrar a San Juan del Río, y me refirió lo que había ocurrido: esto es, que los batallones 1º y 2º de Sinaloa, mandados por los mayores Jesús Toledo y Diódoro Corella; 1º de Tamaulipas, mandado por el teniente coronel Servando Canales y la caballería irregular de Tamaulipas, mandadas por el general Macedonio Capistrán, habían abandonado sus cuarteles y se habían refugiado todas en el de Capistrán y estaban en actitud de resistencia.

Entré a la población; me acerqué al cuartel y encontré que los soldados estaban en las azoteas y ventanas con sus armas preparadas, les hablé y les mandé retirarse a sus respectivos cuarteles, sin apearme de mi caballo, pues no estaba seguro de que me obedecerían, retirando a la vez

las fuerzas que por orden de Echeagaray los acechaban; y mirando que los sublevados hacían lo que yo les mandaba, cité a todos los jefes y oficiales para mi alojamiento; una vez reunidos allí, les pregunté qué era lo que había ocurrido, y me presentaron sus quejas contra el general Echeagaray, diciéndome que no podían seguir sirviendo con él; y con objeto de evitar dificultades, mandé a Querétaro a los que se habían amotinado, para que no estuvieran en contacto inmediato con el general Echeagaray.

Convencido de que no sería posible reducir a las fuerzas descontentas de Tamaulipas, solicité y conseguí del Gobierno que las mandara a su Estado. Cuando el coronel Canales recibió orden para volver a la frontera, se avergonzó de lo ocurrido y me manifestó que él y sus soldados estaban dispuestos a seguir conmigo defendiendo la independencia.

Cuando recibí órdenes de marchar a Oaxaca, deseaba llevarme a Canales, quien me manifestó que él personalmente iría de buena gana, pero que sus compañeros no consentirían en alejarse tanto de sus hogares, por lo cual tuve que desistir de llevarme su batallón, y lo puse entre las fuerzas que formaron la división cuyo mando se encomendó al general don José López Uruga, a quien lo recomendé muy especialmente. Desde entonces comprendí que cualesquiera que fuesen los defectos de Canales, había en él un fondo de patriotismo, y tuve ocasión de notar que estaba dotado de gran valor personal, cuyas cualidades demostró ampliamente en los sucesos posteriores.

San Juan del Río, octubre 5 de 1863.

Muy estimado señor mío:

Por su muy apreciable de 3 Fha. en Celaya, quedo impuesto no con poca pena de que el señor Uruga no quiso aceptar el mando del ejército y de que Ud. y el señor Lerdo vuelven para S. Luis. Las instrucciones a los Sres. generales de las divisiones y colocación de estas que Ud. me pone en su citada, casi no difieren de la comunicación que Ud. presentó al Gobierno, de suerte que al dar las mías a Echeagaray he tenido bien poco que reformar.

Es por desgracia positivo lo que el señor Uruga dice acerca del terreno que tengo que atravesar, sin embargo, yo espero a mis comisionados de reconocimiento y veré estas vueltas que tengo que sacarles para pasar; la libertad en que Ud. me deja para cambiar mi itinerario, me será muy útil y doy a Ud. por ella las gracias.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Remito al señor Presidente con el portador de ésta el parte de un hecho de armas habido en el Grande, por él y por algunas comunicaciones interceptadas al enemigo cuyas transcripciones también le remito, verán Uds. los puntos que ocupa el enemigo y tendrán base para calcular sobre lo que probablemente piensa hacer.

Cuando marche daré el puntual aviso y el estado de mi infantería disponible se lo mando desde luego, no incluyendo la caballería porque aun no se me incorpora y su falta es lo que me tiene aún por aquí como en parrilla, porque ya quisiera haber avanzado.

El portador de ésta es el coronel Loaeza que viene de Oaxaca y éste impondrá a Ud. de que han ocupado a Tehuacán y algunos otros puntos limítrofes de aquel Estado.

Antes de firmar esta carta he roto la de Ud. como me aconseja, y como yo tengo costumbre de hacer con todas las de su clase.

He dado orden al señor Peña para que de la Pagaduría de la Brigada mande pagar a la señora de Apaseo que Ud. me recomienda, el valor de su cuenta a descontarle luego a los oficiales deudores: en cuanto a los tres carros sí creo difícil poderlos dar libres.

Consérvese Ud. bueno, mi Gral., y mande a su afmo servidor y amigo sincero que B. S. M.—*Porfirio Díaz*.—Sr. Gral. Ignacio Comonfort.

XXXV

MARCHA PARA OAXACA,
TASCO Y PUNGARANCHO
Del 1º de octubre al 1º de diciembre de 1863

Cuando don Manuel Doblado entró en el gabinete del señor Juárez, el general don Ignacio Comonfort fué nombrado ministro de Guerra, y el Gobierno me llamó a San Luis Potosí para discutir un plan de campaña, con los generales Comonfort y Berriozábal; y como resultado de esa conferencia, dispuso el Gobierno que con la primera división marchara yo para Oaxaca, por los Estados de Querétaro, Michoacán y Guerrero, estableciendo en Oaxaca mi cuartel general, con objeto de que sirviera de base a la formación de un nuevo Cuerpo de Ejército de Oriente, con jurisdicción sobre los estados de Oaxaca, Veracruz, Chiapas, Tabasco, Yucatán y Campeche, extendiéndose más tarde y en virtud de nuevas órdenes, a los de Puebla y Tlaxcala.

En marcha ya para Oaxaca a fines de octubre de 1863 y estando a la margen del río Mixteco en el Paso de Pungarancho, recibí el despacho del general de división, expedido en San Luis Potosí por el Gobierno federal el 14 de octubre del mismo año, probablemente para que tuviera yo plenitud de facultades en el ramo militar, porque debería quedar casi in-comunicado con el Gobierno.

La división se componía de tres brigadas y una sección de artillería; la primera brigada mandada por el general don José María Ballesteros se componía del batallón de Oaxaca, mandado por el mismo general Ballesteros; batallón 5º móvil de México, mandado por el coronel don Manuel González, y que al llegar a Oaxaca tomó el nombre de Tiradores de Oaxaca; y primer Ligero de México, mandado por el teniente coronel don Juan Espinosa y Gorostiza. La segunda brigada, mandada por el

general don Plácido Vega, que era a la sazón gobernador de Sinaloa y había quedado en San Luis, estaba mandada por su mayor de órdenes el coronel don Apolonio Angulo, y se componía de los batallones 1º de Sinaloa, mandado por el mayor don Diódoro Corella; 2º de Sinaloa, mandado también por el mayor don Jesús Toledo, y 3º de Sinaloa, mandado por el teniente coronel don Crispín de S. de Palomares. La brigada de caballería estaba mandada por el general don Mariano Escobedo, y se componía de los regimientos: Lanceros de San Luis, mandado por el coronel don Ramón Reguera y de la Legión del Norte, mandada por el coronel don Eugenio García, y en su ausencia, porque había quedado enfermo en San Luis Potosí, por el mayor don Jerónimo Treviño, y una sección de artillería, mandada por el capitán don Martiniano León, haciendo la división un total de cosa de 2,800 hombres.

De Querétaro hice las jornadas siguientes: a San Juan del Río en donde permanecí tres días, de San Juan del Río a Amealco, Molinos de Caballero, Pomoca, Anganguero y Orocutin. De Orocutin fuimos a un lugar cuyo nombre no se pudo averiguar porque estaba deshabitado, y de allí a Zacualpam, Tetipac y Tasco. La División llevaba siempre a poca distancia las fuerzas que mandaba el traidor Laureano Valdés.

Al entrar al Estado de Guerrero, la columna de Laureano Valdés intentó impedirme el paso del río Mixteco en el lugar conocido con el nombre de Paso de Pungarancha muy a propósito por ser más elevada la margen izquierda del río que era la que él se proponía defender, y deprimida la derecha por donde yo debía intentar el vado. Al día siguiente, después de perder un día y una noche en tiroteos, mis exploradores encontraron otro vado, a 6 millas río abajo por donde hice pasar dos batallones. Luego que el enemigo comprendió mi maniobra abandonó la ribera y ya no volvió a molestarme en la marcha.

Llegamos a Tasco el 27 de octubre de 1863, y como la ciudad estaba ocupada por los traidores, hubo que batirlos, y empleamos en esa operación el día y la noche del 28 de octubre. Fué necesario también poner en jaque a la guarnición traidora que estaba en Iguala, para que no pudiera proteger a Tasco.⁴

Después de permanecer dos días en Tasco, seguí mi marcha pasando en Mescala con dirección a Chilapa. De Chilapa hicimos las siguientes jornadas: al Mesón Atlixteca, Tlapa, Ixcatiopa, Yucuyachi y Huajuápam de León. En Huajuápam dejé la división a las órdenes del general don

Rafael Benavides, que era mi mayor general, y avancé por la posta para tratar algunos asuntos con el gobernador del Estado de Oaxaca, que lo era a la sazón don Ramón Cajiga.

En la marcha de San Juan del Río para Amealco ocurrió un incidente que demuestra hasta donde puede uno fiar, en momentos difíciles, de la gente de nuestro país, por malos que sean sus antecedentes, y cómo sabe corresponder a la confianza que en ella se deposita.

La víspera de mi salida, se previno por la orden general, la marcha de la división para las ocho de la mañana del día siguiente, y todos cumplieron por supuesto con esta orden, con excepción de D. Patricio L. León a quien tenía yo habilitado como comisario general del ejército, quien teniendo poca versación con la disciplina militar, se imaginó que no le comprendía esa orden y estaba esperando recibirla directamente de mí.

En la confianza de que toda la fuerza había marchado me detuve en San Juan del Río con mi escolta, hasta cosa de las dos de la tarde, ocupado en asuntos de cartera y de mi secretaría particular y ya en momentos de partir, se me presentó don Patricio L. León preguntándome si también él debía salir o qué debería hacer.

Mi escolta se componía de cosa de 40 hombres que no tenían los mejores antecedentes, pues por el contrario algunos habían pertenecido probablemente a bandas de camino real, pero eran hombres todos de valor, decisión, conocedores del terreno y muy útiles para combatir en aquellas circunstancias. Estaban mandados por Vega, hombre de malos antecedentes, pero muy a propósito para manejar a gente de la clase de mi escolta.

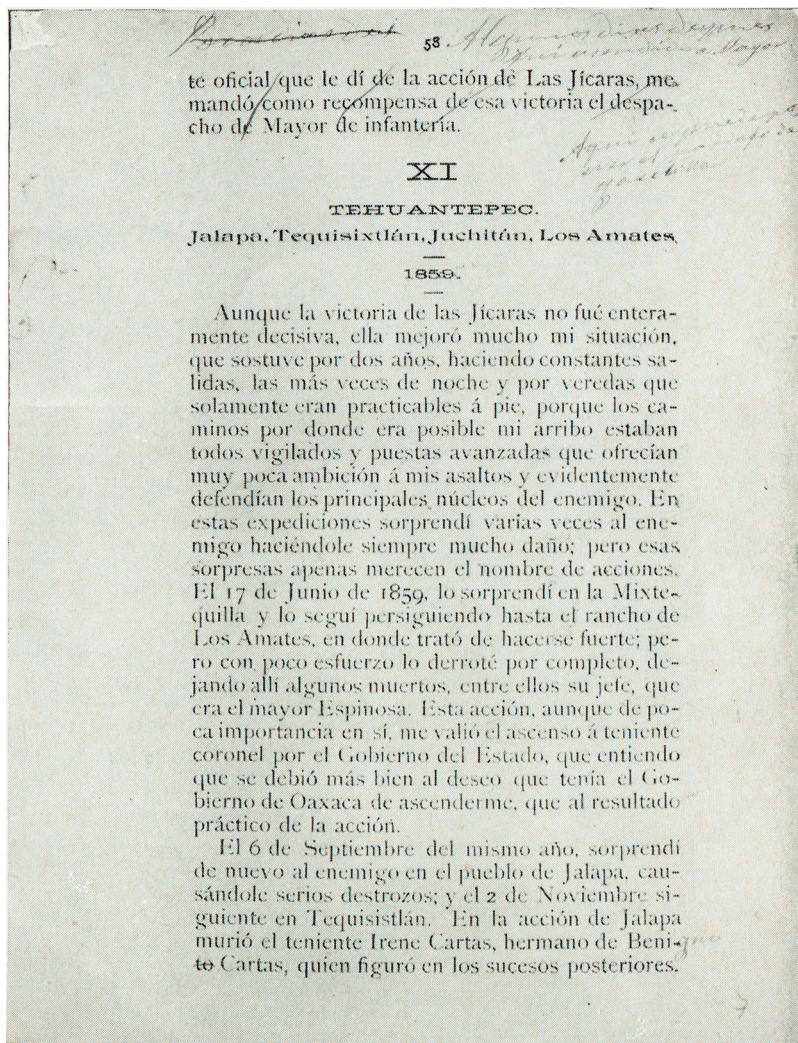
La Comisaría General del Ejército tenía \$70,000 en efectivo: \$45,000 en pesos fuertes, \$16,000 en oro para pagar el haber de los soldados durante una marcha de 30 días, y había cosa de 30 mulas cargadas con cajones de dinero que contenían los pesos fuertes con excepción de una que tenía las monedas de oro. Me vi, pues, en la alternativa o de hacer regresar una parte de mi fuerza, para que sirviera de escolta al dinero, lo cual era muy peligroso, porque daba al enemigo tiempo bastante para saber que estaba yo sólo con mi escolta y muy fácilmente podría darme un golpe de mano, mucho antes que llegase la fuerza que yo mandara regresar, o exponerme a llevar el dinero escoltado por aquella gente que no me inspiraba ninguna confianza.

Me pareció preferible sin vacilar, el segundo extremo, a pesar de sus inconvenientes, y manifesté a la escolta que las cajas contenían parque,

y era necesario cuidarlas para no perder nuestras municiones. A cosa de media jornada nos oscureció en un camino de herradura y montuoso, y como era fácil que alguna o algunas mulas se extraviaran, para evitar esto encargué a cada soldado el cuidado de un mula, y frecuentemente pasaba yo de uno a otro extremo de la hilera de marcha, con el objeto de que me dijeran los soldados si llevaban bien sus respectivas mulas para poder contarlas y satisfacerme de que iban completas.

Yo estaba en la inteligencia de que la escolta creía que las mulas conducían parque; pero al pasar junto al soldado que llevaba la mula cargada de oro, me dijo en tono sarcástico: “Aquí va la del oro, mi general”, lo que me hizo comprender que la escolta sabía perfectamente lo que llevaba.

Como a las once y media de la noche, llegamos a Amealco, y altamente satisfecho de la conducta de la escolta y de la lealtad de aquella gente, di una buena gratificación a todos los soldados que me habían acompañado y especialmente al que había conducido la mula cargada de oro.



PRUEBAS DE LA IMPRESION DE LAS "MEMORIAS" CORREGIDA PERSONALMENTE POR EL GENERAL PORFIRIO DIAZ.

XXXVI

LLEGADA A OAXACA

Del 1º de diciembre de 1863 al 1º de agosto de 1864

Llegué a Oaxaca en los últimos días del mes de noviembre de 1863, y mi llegada desagradó al gobernador Cajiga y a su secretario Esperón, porque habían celebrado una especie de tregua con los franceses, y comprendieron que ésta tendría que cesar conmigo, pues yo iba con el propósito de organizar y de hacer la campaña.

Informado el gobernador del objeto de mi marcha, y de las facultades que me había delegado el Gobierno Federal, me puso una comunicación declarando que no se pondría a mis órdenes por ser inconstitucionales las facultades que me había delegado el Gobierno Federal, y me preguntó si estaba dispuesto a hacer uso de las armas para llevar a efecto las órdenes que había recibido del Presidente. Contesté que en aquellas circunstancias las armas no tenían más objeto que defender a la nación del invasor extranjero y de los traidores; y que consideraba en el segundo caso a todo el que se resistiera a cumplir las órdenes del Gobierno Federal. En esta virtud el gobernador Cajiga renunció su encargo ante la Legislatura, la cual se disolvió en seguida, quedando acéfalo el Estado.

Con este motivo, asumí el Gobierno de Oaxaca el 1º de diciembre de 1863, y nombré mi secretario al licenciado don Justo Benítez; pero notando que los deberes de gobernador me ocupaban mucho tiempo, que debía yo consagrar a la organización del ejército, nombré gobernador el 12 de febrero de 1864, al general José M. Ballesteros, quien permaneció con ese carácter hasta la ocupación de la plaza por los franceses, e hice una nueva organización de aquel Estado. El general Ballesteros nombró su secretario al licenciado don Félix Romero, y el licenciado Benítez quedó como secretario del cuartel general, cuyo carácter conservó hasta la rendición de la plaza.

Ninguno de los demás Estados que formaron desde entonces la línea de Oriente presentó dificultades para cumplir con las instrucciones del Gobierno Federal, todos comenzaron a obedecer las órdenes del cuartel general, y los Gobiernos constitucionales siguieron acatando mis disposiciones y funcionando con toda regularidad.

Al llegar a Oaxaca, organicé una nueva brigada de infantería, compuesta de los batallones Morelos, mandado por el teniente coronel Rafael Ballesteros; Juárez, mandado por el coronel don Joaquín Terán, y Guerrero, por el teniente coronel don Rómulo Pérez; y encomendé el mando de esa brigada al general don Cristóbal Salinas, y el de la segunda al coronel don Francisco Carreón. Nombré comandante general de artillería al capitán don Guillermo Palomino. Agregué a la brigada de caballería el regimiento de Lanceros de Oaxaca, mandado por el teniente coronel don Félix Díaz, y un escuadrón de guardia nacional de Tehuacán, mandado por el teniente coronel don Ladislao Cacho, y organicé por último un cuerpo médico a las órdenes del doctor José María Hernández.

Como el jefe francés que mandaba en Tehuacán no tuvo conocimiento del cambio ocurrido en el Gobierno de Oaxaca, en los primeros ataques que yo mandé hacer a sus puestos avanzados que hacían frente a los míos por occidente, me puso una nota quejándose de faltas al compromiso preexistente de no hostilizarse recíprocamente hasta que la nación decidiera si aceptaba o no la intervención extranjera, y ese descubrimiento me hizo tratar en lo sucesivo con alguna cautela, al personal que formaba el Gobierno a mi llegada a aquella ciudad.

Las operaciones del enemigo contra Oaxaca, se limitaban entonces a avanzar las guarniciones según adelantaba la obra de construcción de dos carreteras provisionales que estaba haciendo; una de Tehuacán a Oaxaca, por la Cañada, y otra de Acatlán a Huajuápam, con el propósito visible de meter sus columnas por esas dos vías.

Después de algunos meses de pequeños tiroteos en que no se conseguía más resultado práctico que el de hacer difícil el trabajo de la construcción de las carreteras, me vi obligado a replegar la guarnición de Huajuápam a Nochistlán y de la Teotitlán del Camino a Cuicatlán.

A la cabeza de la columna del enemigo que avanzaba por Huajuápam venía el general francés Curtois d'Hurbal, y en otra que avanzaba por Tehuacán y Teotitlán, el brigadier Brincourt.⁵

CAPÍTULO XXXVII

INVASION DE ORTEGA AL ESTADO DE CHIAPAS

Del 1º de junio de 1863 al 12 de abril de 1864

Desgraciadamente se despertó la codicia entre algunos de los jefes que fueron a Chiapas y cometieron a ese respecto excesos lamentables. El teniente coronel Adolfo Alcántara, mayor de órdenes de la brigada de Sinaloa, era uno de los jefes de más valor y arrojo que había en el Ejército de Oriente; pero desgraciadamente abusó de su posición en la expedición de Chiapas, y volvió desplegando un lujo ofensivo, cuando la situación de sus compañeros era verdaderamente no sólo de pobreza sino de miseria. Su silla y vestidos de montar estaban materialmente cubiertos de oro, plata y piedras preciosas; valores que no había podido obtener de una manera legítima.

Luego que tuve noticia de que se presentó de esa manera en Oaxaca, con objeto de hacer un ejemplar con él, y desaprobando así su conducta e indirectamente la de algunos otros jefes de mayor graduación, que se habían conducido con rapacidad, le mandé secuestrar todo el oro, plata, y piedras preciosas que tenía, cuyos objetos recibí por inventario la Tesorería de Oaxaca; envié los metales preciosos a la casa de moneda para convertirlos en moneda con que socorrer a la tropa; y le previne abandonara desde luego la línea de Oriente, apercibido de ser fusilado si lo volvía a ver en Oaxaca dos horas después de haber recibido mis órdenes. Salió en efecto, y no lo volví a ver sino hasta el sitio de México, cuando se me presentó con una carta de recomendación del señor Juárez, para que lo ocupara yo, teniendo todavía el carácter de teniente coronel, y estando satisfecho de su valor y mérito personal, lo nombré preboste. Era uno de los mejores y más valientes oficiales que había en las fuerzas de Sinaloa, y el 11 de mayo de 1871 murió en el asalto que dió el general Rocha a Tampico.

A mediados del año de 1863 fué invadido el Estado de Chiapas, por una fuerza organizada en Guatemala, a las órdenes de don Juan Ortega y del padre Víctor María Chanona, fraile franciscano, activo y valiente, pero audaz e inquieto que fué fusilado después en Honduras por haberse metido en una asonada. El coronel don Miguel Balcázar que había estado en el sitio de Puebla, mandando el batallón de zapadores organizado en Jalisco, y después de la rendición se había ido a Chiapas con el coronel don José Pantaleón Domínguez, defendió a San Cristóbal contra los traidores; pero a los tres días de sitio fué gravemente herido y se rindió su fuerza, muriendo él poco después. El gobernador don José Gabriel Esquinca, que residía en Tuxtla, defendió a Chiapa, cuya ciudad fué atacada por Ortega el 21 de octubre de 1863, habiendo sido derrotados los traidores por el coronel don Salvador Urbina, que mandaba las fuerzas unidas de Chiapas y Tuxtla Gutiérrez.

En estas circunstancias llegué a Oaxaca y cuando apenas comenzaba mi trabajo de organización militar y administrativa, tuve que mandar en auxilio de Chiapas una columna de 800 hombres a las órdenes del general don Cristóbal Salinas, formada del batallón Juárez; y puse como secretario del general Salinas al licenciado don Miguel Castellanos Sánchez, que tenía entonces el empleo de auditor en mi división, y como mayor general al teniente coronel don Adolfo Alcántara. Al llegar el general Salinas a Chiapas, se le incorporó el escuadrón Porfirio Díaz, que estaba organizando en aquel Estado el comandante don Diego M. Guerra. La fuerza de Salinas salió de Oaxaca el 12 de diciembre de 1863. El 4 de enero de 1864 batió a los traidores en Ixtapa y el 11 los sitió en San Cristóbal y tomó la plaza el día 22 del mismo mes de enero. El día 9 de marzo siguiente salió el general Salinas con su columna de Tuxtla, de regreso para Oaxaca, a donde llegó el 12 de abril de 1864.

Después de estos sucesos mandé a Chiapas al coronel don Francisco Loaeza, y mi escasez de recursos era tan grande, que solamente pude darle diez pesos para los gastos de su viaje. Una vez llegado a Chiapas el coronel Loaeza, me proponía nombrarlo gobernador y comandante militar del Estado; pero por recomendación suya, nombré para ese puesto al coronel don José Pantaleón Domínguez, a quien había yo conocido en el sitio de Puebla. Domínguez sirvió con lealtad y permaneció con ese carácter hasta el fin de la intervención extranjera, y como gobernador constitucional del Estado algunos años después.

CAPÍTULO XXXVIII

MAXIMILIANO Y LOS FRANCESES

Del 7 de junio de 1863 al 15 de julio de 1867

Para no tener que interrumpir la relación que estoy haciendo de los sucesos en que tomé una participación directa y personal, referiré aquí a grandes rasgos y en beneficio de los lectores que no estén bastante familiarizados con los sucesos de la intervención extranjera en México, lo que ocurrió en lugares que no fueron el teatro de mis campañas.

Ocupada Puebla por los franceses, el Gobierno constitucional de la República salió de México para San Luis Potosí el 31 de mayo de 1863 y el ejército francés la ocupó el 7 de junio siguiente.

El 16 del mismo mes, expidió el general Forey, en cumplimiento de instrucciones expresadas del Emperador Napoleón, un decreto autorizando a M. Dubois de Saligny, agente diplomático francés, a quien se suponía conocedor de México, para nombrar a 35 personas, quienes elegirían a un triunvirato que ejerciera el Gobierno de México, y además designarían a 215 personas que formarían una junta, llamada de notables, la cual decidiría qué forma de gobierno debía adoptar México.

Por supuesto que esta junta se compuso de personas del partido reaccionario con tendencias monarquistas, y en cumplimiento del programa formado de antemano por el emperador de los franceses, proclamó en 10 de julio siguiente, sin un solo voto de disidencia, el establecimiento de un imperio en México, llamó al trono al archiduque de Austria, don Fernando Maximiliano y acordó que en el caso de que éste no aceptara la corona, se suplicara al emperador de los franceses designara a la persona que debiera ocupar el trono.

Aunque al recibir el archiduque Maximiliano la notificación respectiva de una comisión de mexicanos, el 3 de octubre de 1863, manifestó que no aceptaría el imperio que se le ofrecía, sino en caso que la Nación

sancionara su llamado, no esperó a obtener ese resultado, sino que firmó en Miramar el 10 de abril de 1864, una convención, asumiendo ya el carácter de Emperador de México, en que se comprometía con Napoleón en nombre de México, a pagar indemnizaciones fuertes al Gobierno francés por reclamaciones fraudulentas y a pagar los gastos del ejército invasor. Poco antes habían negociado en Europa, con gran quebranto, un préstamo que en su mayor parte se destinó a satisfacer reclamaciones francesas y gastos de la guerra. Estando ya en México negoció otro préstamo, del que utilizó bien poco, y que habría recargado fuertemente a la Nación, si su gobierno hubiera sido aceptado por el país.

En seguida se embarcó Maximiliano en Miramar con destino para México, tocando primero en Roma, y trajo un cuerpo de voluntarios austríacos y otro de belgas, que debían formar el núcleo del ejército imperialista. Llegó a Veracruz el 28 de mayo de 1864, e hizo su entrada en México el 12 de junio siguiente. Permaneció en el país inclinándose unas veces a los conservadores, otras demostrando tendencias liberales, elogiando a veces la conducta de los mexicanos que resistían a la intervención francesa y ordenando poco después, en su decreto de 3 de octubre de 1865, la ejecución de todos los que tomaran las armas contra dicha intervención; pero teniendo que someterse siempre a los dictados del general Bazaine, como jefe del ejército francés, que demostró en el tiempo que estuvo en México la completa versatilidad de su carácter y su falta de la capacidad necesaria para fundar un imperio, especialmente en un país amante de su independencia y celoso de sus libertades.

El general Forey y M. de Saligny siguieron en México una política netamente clerical y retrógrada, y no satisfecho de ella Napoleón, los retiró, y nombró jefe del ejército invasor al general Bazaine, y le confirió además amplios poderes militares y políticos. El general Bazaine asumió el mando el 1º de octubre de 1863 y lo conservó hasta la retirada final del ejército francés.

Napoleón envió a México cosa de 40,000 soldados franceses. En abril de 1865, cuando ya se habían retirado algunos cuerpos franceses, tenía el general Bazaine 63,800 hombres a sus órdenes, según el testimonio del capitán Niox;^a de los cuales 28,000 eran franceses; 20,000 traidores, 8,500 rurales, 6,000 austríacos y 1,300 belgas.

a) *Le Expedition du Mexique* 1861-1867. Recit politique et militaire par G. Noix: Capitaine d'Etat Major. París. 1874. Pág. 476.

Cuando Napoleón comprendió que había fracasado por completo su proyecto, que él consideraba como la página más gloriosa de su reinado, y que tenía necesidad de retirar sus fuerzas de México, olvidándose de los compromisos contraídos con el archiduque de Austria, ofreció al Gobierno de los Estados Unidos que el ejército invasor se retiraría de México en tres partes, de las cuales, la primera saldría en noviembre de 1866; la segunda en marzo y la tercera en noviembre de 1867. Se dió prisa para cumplir con su promesa, pues no esperó a que llegara el plazo estipulado sino que el 11 de marzo de 1867 se había retirado ya todo el ejército invasor, quedando tan sólo en México parte de los contingentes austriaco y belga. Después de la retirada de los franceses quedaban a Maximiliano más de 50,000 hombres. (a)

Cuando Maximiliano se persuadió que el ejército francés lo abandonaba, resolvió regresar a su país, y con este objeto pidió a su hermano el Emperador, que lo repusiera en sus derechos a la corona de Austria, y que le mandase un buque de guerra que lo transportara de México, y fué enviada *La Novara* a Veracruz; pero su natural versatilidad hizo que al llegar a Orizaba cambiase de opinión en virtud de los ofrecimientos de los generales Márquez y Miramón, a quienes la intervención francesa había desterrado de México con varios pretextos, y regresó con ellos a la capital, de la que partió después para Querétaro, en donde fué hecho prisionero el 15 de mayo de 1867 por el ejército que mandaba el general Escobedo, y ejecutado el 19 de junio siguiente con los generales Miramón y Mejía, después de haber sido juzgado por un consejo de guerra.

El pr texto de la intervención francesa fué cobrar a México una reclamación del suizo Juan Bautista Jecker por \$15.000,000, en la que estaba interesado el duque de Morny, cuyo agente en México era M. Dubois de Saligny, y la Francia gastó con tal propósito, más de diez veces esa suma, sin tomar en cuenta la sangre derramada.

La intervención francesa en México constituye una severísima lección para los gobiernos que atentan contra la autonomía de pueblos más débiles, y para los ciudadanos de un país que se unen al ejército invasor. Su resultado que fué desastroso para todos los que tomaron parte en ella, sin distinción de categorías ni nacionalidades. A Napoleón le costó el trono; a la Francia, la terrible humillación de retirar su ejército ante la amenaza

a) *Le Expedition du Mexique*, 1861-1867. Recit Politique et militaire par G. Noix, Capitaine d'Etat Major. París, 1874. Pág. 553.

de los Estados Unidos, sabiendo bien lo que le esperaba a su protegido, y la vida a Maximiliano. El clero y los conservadores mexicanos que rolicitaron y apoyaron la intervención, sufrieron también terriblemente, comenzando por el desengaño de que los franceses sostuvieran las leyes de reforma expedidas por el gobierno liberal, que fueron la causa que los determinó a solicitar la intervención extranjera. A la Francia le costó mucha gente, un gasto líquido de más de fs. 300.000,000^a y su derrota y desmembración en Sedan y Gravelotte. El mismo mariscal Bazaine no quedó libre del desastre, pues tuvo un fin bien triste.

El Gobierno nacional se retiró de San Luis Potosí para Zacatecas el 22 de diciembre de 1863, conforme avanzaban las fuerzas francesas para el interior; siendo ocupada la plaza de San Luis por don Tomás Mejía el día 25; de Zacatecas pasó el Gobierno al Saltillo; de allí a Monterrey, y el 15 de agosto de 1864 salió de Monterrey para Chihuahua, a donde llegó el 12 de octubre siguiente. Permaneció en esa ciudad hasta el 9 de diciembre de 1865 que salió para el Paso del Norte, a donde llegó el día 18 y allí permaneció durante la época más aciaga para la Nación. Salió del Paso el 17 de junio de 1866, de regreso para Chihuahua y de allí continuó su marcha para Zacatecas y San Luis Potosí, haciendo al fin su entrada a México el 15 de julio de 1867.

Desde mi salida de Querétaro y especialmente desde mi llegada a Oaxaca, quedé casi del todo incomunicado con el Gobierno Federal pues mi único conducto de comunicación, tardío y difícil, era nuestra Legación en Washington, y tuve que ejercer mi discreción en todo caso, procediendo siempre como lo creí más conveniente al bien del país y al éxito de nuestra causa.

a) *Le Expedition du Mexique* 1861-1867. Recit politique et militaire par G. Noix Capitaine d'Etat Major. París, 1874. Págs. 763 y 764.



**CORONEL PORFIRIO DIAZ HIJO, QUIEN FACILITO A LA UNIVERSIDAD
EL ARCHIVO DE SU PADRE EL GENERAL DIAZ, PARA SU PUBLICACION.**

CAPÍTULO XXXIX

SAN ANTONIO NANAHUATIPAN

10 de agosto de 1864

Cuando el enemigo avanzaba sus trabajos de construcción del camino hasta Tamazulapan, por la vía de la Mixteca y sus preparativos hasta Teotitlán del Camino por el de la Cañada, me propuse atacar a la segunda columna, y para ocultarle mi intención, saqué de Oaxaca una columna de las tres armas, que presenté primero en Teotongo a la columna de la Mixteca.

Después de dos días de permanencia allí, y cuando el general Curtois d'Hurbal se preparaba a resistirme, dejé el mando al general Mariano Escobedo, con orden de moverse hacia Oaxaca, si el enemigo tomaba la iniciativa; y con los batallones Morelos y Cazadores, marché a campo traviesa hacia Teotitlán del Camino, que era mi verdadero punto objetivo.

Después de un día y parte de la noche de marcha, pernocté muy cerca de San Antonio Nanahuatipan, a donde según noticias que tuve de mis exploradores, estaba el grueso principal de los franceses, que tenían una fuerte avanzada de infantería y artillería sobre la vía de Oaxaca, en la Hacienda de Ayotla.

A las 9 de la mañana del día 10 de agosto de 1865, llegué a San Antonio Nanahuatipan, sin que el enemigo que ocupaba esa población, hubiera tenido noticia de mi marcha, porque no la hice por el camino, y lo batí bruscamente, haciéndole mucho daño a un batallón que a la sazón se lavaba en el río, pero como los soldados franceses tenían allí mismo sus armas en pabellón, después de la sorpresa hicieron una defensa muy vigorosa, y replegándose hacia la iglesia, dejaron en el campo la

mayor parte de sus vestidos y mochilas y muchos muertos desnudos, pues desnudos combatieron.⁹

Había yo dado orden al coronel Espinosa y Gorostiza que estaba en Cuicatlán, para que en combinación con mi movimiento, acudiera él también a San Antonio con su batallón, dos obuses de montaña, una compañía del batallón Juárez y el escuadrón que mandaba el coronel Ladislao Cacho; pero la fuerza que el enemigo tenía en Ayotla y que estaba fortificada pasajeramente en la hacienda y con artillería, no le permitió el paso, y tuve que retirarme con pérdidas muy considerables de oficiales y soldados; pero sin que el enemigo se atreviera a perseguirme.

Es lamentable que el coronel Espinosa y Gorostiza se hubiera encontrado con ese obstáculo que el creyó insuperable, porque su concurrencia me hubiera permitido tomar el pueblo de San Antonio, derrotar definitivamente a la columna del general Brincourt, y apoderarme de un rico

⁹ El Capitán Niox, en su libro antes citado: "Expedición de México, 1861-1867", capítulo III, parte segunda, páginas 440 y 441, refiere el combate de San Antonio Nahuatipan como sigue, disminuyendo grandemente el número de muertos de los franceses:

"El general Brincourt se dirigió, pues, hacia Huajuápam, lugar que ocupó sin resistencia, el día 1º de agosto; el mismo día el coronel Giraud, que partió de Orizaba, hacía su entrada en Teotitlán, pero en vez de detenerse allí, continuó su marcha hacia San Juan de los Cúes, dejando a su retaguardia varios destacamentos.

Porfirio Díaz se encontraba entonces sobre la línea de Huajuápam y ocultando su marcha a través de las montañas, se dirigió hacia Teotitlán, y el 10 de agosto a la cabeza de 2,000 hombres, cayó de improviso sobre la villa de San Antonio, en donde se encontraba una compañía del 7º de línea a la vez que su hermano Félix Díaz (de sobrenombre "El Chato") con 600 infantes, 150 caballos y 3 cañones, atacaba otra compañía en la hacienda de Ayotla. Los destacamentos franceses, mandados por oficiales enérgicos, resistieron vigorosamente el ataque, pero habrían, sin embargo, sucumbido bajo la superioridad numérica del enemigo, sin la pronta llegada de refuerzos. El enemigo sufrió pérdidas notables: las tropas francesas tuvieron unos cinco muertos y una treintena de heridos. Diez hombres de caballería mexicana se hicieron matar con bravura a su lado.

Vuelto a Teotitlán, el coronel Giraud se disponía a retrogradar a Orizaba, pero habiendo sabido que Porfirio Díaz meditaba un nuevo ataque, detuvo su movimiento. El día 17 de agosto el general Brincourt se reunió con el general Giraud, y no pudiendo resistir al deseo de perseguir al enemigo aun cuando para ello no tenía autorización del mariscal, avanzó hasta Nochistlán, situada a 35 leguas de Tehuacán y cerca de 20 de Oaxaca. Se juzgaba con fuerzas suficientes hasta para ocupar dicha ciudad, pero bien a su pesar tuvo que ceñirse a las órdenes formales del comandante en jefe. El mariscal Bazaine se oponía a esa expedición porque no contaba con fuerzas suficientes, y por lo tanto habría sido imposible sostener al general Brincourt en caso de un descalabro; además, se hallaba en la precisión de reforzar las columnas empeñadas en la campaña del Norte, y por esto el movimiento sobre Oaxaca fué suspendido, dejándose una guarnición en Yanhuitlán, que era una excelente posición militar y haciendo retrogradar el resto de las fuerzas."

convoy que se encontraba en aquel pueblo y que por un momento estuvo en posesión de la primera columna que penetró al punto amagado.

La retirada del coronel Espinosa y Gorostiza ante la guarnición francesa de Ayotla, se consideró por sus camaradas, como un acto de cobardía, principalmente porque el capitán Cenobio Pérez (alias el Gallo), natural de Ixtepeji, que mandaba una pequeña compañía de la sierra de Ixtlán, contrariado al saber que el teniente Reguera había dejado la artillería en poder del enemigo, regresó con su compañía, sin avisárselo al coronel Espinosa; contuvo solo a los franceses y recobró las dos piezas perdidas, dejando solamente los arneses de una de ellas, porque el teniente Reguera, atemorizado, le dijo que todo se había recobrado, cuando todavía quedaba un montaje en el campo. Se consideró por lo mismo, que no había sido bastante fuerte el empuje del coronel Espinosa y Gorostiza para incorporársele, en cumplimiento de las órdenes que había recibido, y como sucede en esos casos, se le creó una reputación artificial de cobardía, muy inmerecida, pero en la apariencia fundada. Esa reputación mortificaba grandemente a Espinosa y Gorostiza, que era hombre de mucho pundonor y notable valor que después demostró, y ella ocasionó un acto lamentable que tuvo lugar al acabar la batalla de La Carbonera y que referiré al hablar de esa batalla.

Me reuní al coronel Espinosa y Gorostiza en Tecomavaca y marché con él a Oaxaca, mandando regresar también al general Escobedo que había retrocedido hasta Huaucilla.

El enemigo no avanzó entonces, pero más tarde volví a poner en su observación fuerzas de caballería, permaneciendo así más de ocho meses, y siguiendo aquel sus trabajos de construcción de los dos caminos.

La más costosa de las pérdidas que tuvimos en el encuentro de San Antonio Nanahuatipam, fue acaso la de Guillermo Haaf, verdadero caballero de la Edad Media, joven de cosa de 28 años, de muy buenas condiciones personales, muy pundonoroso y de un valor a toda prueba, que no tenía afición por la carrera militar, y que se había filiado en el Ejército, al comenzar la intervención extranjera, en cumplimiento de lo que él consideraba como un deber de patriotismo. Hijo de un ingeniero alemán del mismo nombre, que había sido director de una compañía de minas en Oaxaca, casado con doña Josefa Mejía, hermana del general don Ignacio Mejía, tenía una posición independiente, pues era tenedor de libros de la casa inglesa de banco de los señores don Diego Innes y Compa-

ña, establecida en Oaxaca. Era teniente coronel del batallón de Cazadores de Oaxaca; y no habiendo concurrido su cuerpo a esa acción lo llevé en mi Estado Mayor.

En San Antonio Nanahuatipam le ordené que previniera al general Carreón que batiera con su fuerza a un platanar ocupado por zuavos, que había junto a la iglesia del pueblo. No se limitó Haaf a transmitir esa orden, sino que se unió oficiosamente a la compañía del capitán don Pedro Toro, que se acercó a la iglesia y su arrojo lo hizo aproximarse tanto al enemigo, que recibió una herida en el estómago.

Cuando lo vi herido le dije, por animarlo, que su herida no era nada y encargué a su ordenanza que lo condujera a Oaxaca. El me contestó que lo habían despachado a dormir, y me devolvió sus gemelos y mis papeles particulares que llevaba consigo. Lo montaron en su caballo, y sentándose su ordenanza en las ancas lo condujo a un pequeño jacal, distante cosa de dos leguas del pueblo de San Antonio, de donde no pudo ya pasar por motivo de los dolores que le causaba su herida: allí murió a los pocos días, sin médico ni alimentos, y fue enterrado por su ordenanza. Dos semanas después, don José María Vega, amigo suyo y de don Ignacio Mejía, exhumó su cadáver y lo condujo al pueblo de Teotitlán, en donde está enterrado. Así perdió el país uno de sus hijos de más porvenir.

CAPÍTULO XL

INVITACION DEL GENERAL URANGA PARA SERVIR A MAXIMILIANO

Del 1º de marzo al 27 de noviembre de 1864

Un día se me presentó en Oaxaca el licenciado don Manuel Dublán, siendo portador de una carta de don Juan Pablo Franco, que fungía como prefecto superior político de aquella capital, nombrado por Maximiliano, en que me hacía proposiciones para que me adhiriera yo al imperio, ofreciéndome que conservaría yo el mando de los Estados que formaban la línea de Oriente, y que no se mandarían a ellos fuerzas extranjeras. Me indigné de ver que no obstante sus relaciones personales y de familia con Juárez y las distinciones que había recibido del partido liberal, se prestara Dublán a hacerse instrumento de esa invitación, y considerándolo como enemigo, mandé ponerlo preso, para fusilarlo después como espía. Don Justo Benítez que era discípulo y amigo de Dublán, se empeñó grandemente por salvarlo, y accediendo a su recomendación, consentí en que quedara en libertad, pero a condición de que saliera del Estado y de la República, con rumbo para Guatemala. En vez de hacerlo así, se quedó en Tehuantepec por varios días pretextando enfermedad, y permaneció allí, hasta que regresó de su expedición a Chiapas el general Salinas, de quien era amigo y quien lo trajo a Oaxaca. Le ordené entonces que permaneciera en Tlacolula. Tal vez esto contribuyó a que después de la ocupación de Oaxaca por el general Bazaine, el licenciado Dublán sirviera abiertamente al imperio, pues aceptó y desempeñó en la citada ciudad, un empleo de Maximiliano. Don Manuel Dublán, don Luis Carbó, don Ramón Cajiga y otros que habían sido liberales, fueron de los que más perjuicios me hicieron durante el sitio, fomentando el descontento y la desertión entre mis soldados. Afortunadamente, el licenciado Dublán so-

brevivió lo bastante a esos sucesos, para revindicarse hasta donde era posible, poniendo su clara inteligencia al servicio de la República en una ocasión oportuna y con muy buen éxito.

El general don José López Uraga que mandando fuerzas nacionales se había pasado al enemigo y tenía algún empleo cerca de la persona de Maximiliano, me envió a su ayudante, el coronel Luis Alvarez, quien antes había sido jefe de mi Estado Mayor y estaba entonces sirviendo al imperio, con una carta fechada en México el 18 de noviembre de 1864, en qué me invitaba para seguirlo en su defección, y me ofrecía dejarme con el mando de los Estados que formaban la línea de Oriente, y que no se mandarían a ellos soldados extranjeros sino en caso de que yo los pidiera, y aunque era verdad que yo había tenido mucha estimación y respeto por el general Uraga, esa circunstancia no me hizo vacilar absolutamente en el cumplimiento de mi deber porque con su conducta había perdido ya para mí toda consideración.

Me pareció, pues, que era oportuno, para templar mejor el ánimo de mis subordinados, poner en su conocimiento la invitación que me hacía el general Uraga, y con tal motivo cité a una junta a los generales y coroneles que tenían colocación en las filas; les di conocimiento de la carta del citado general, y partiendo de su respuesta que fué enérgica y caballerosa, redacté la mía el 27 del mismo mes de noviembre que mandé con el ya citado coronel Alvarez, advirtiéndole al general Uraga, que un segundo enviado, cualquiera que fuese su misión, sería tratado como espía. Dirigí en la misma fecha una circular a los gobernadores y jefes militares de la Línea de Oriente, poniendo en su conocimiento lo ocurrido.

Inserto en seguida la carta del general Uraga y mi respuesta:

“Señor general don Porfirio Díaz.

“México, noviembre 18 de 1864.

“Muy querido amigo:

“Muy largo sería hacer a usted un relato de lo que se me ha hecho sufrir por mis correligionarios. Luis dirá a usted algo, pero baste decir a usted que sin quererse batir, sin querer salir del Sur de Jalisco y sin querer sujetarse a no tomar del pueblo sino lo necesario para vivir, cada cual, amigo mío, esperaba y buscaba una fortuna en la revolución y esto cuando se proponían no batirse nunca para sólo ser los últimos.

“No creí que esto era servir al país ni defender nuestra causa ni honrar nuestros principios, y sin poder embargarme ni salir por ningún punto me mandé entregar en junio al Emperador para hacer cesar la guerra sin reconocer nada. Obré también mal, porque obré con desconfianza; pero hoy que proclamo aquí nuestros principios, que se me oye, que combato en un terreno legal y que veo todo lo noble, todo lo patriótico, todo lo progresista e ilustre del Emperador, le digo a usted, amigo querido, que nuestra causa es la causa del hombre que amante de su país y de su soberanía, no ve sino la salvación de su Independencia y su integridad. Está aquí, combatiendo con honor y lealtad por nuestros mismos principios, sin excusarlos, ni negarlos, ni abandonarlos. Si yo hubiera visto peligrar nuestra Independencia o integridad del territorio, yo juro a usted que habría concluido en los cerros antes que reconocer nada y si hubiera tenido la cobardía de venir, yo tendría la buena fe de decir a usted “hay que combatir”; pero no es así, Porfirio; creo que usted me hará justicia, que me conoce y que aceptará mi apreciación de las circunstancias. Nos perdemos y perderemos nuestra nacionalidad si continuamos esta guerra sin fruto ni resultado. Todo vendrá a poder de los americanos y entonces ¿qué tendremos como patria? Hasta hoy tiene usted un nombre limpio, honrado y considerado, buena aceptación y medios de hacer mucho por la causa del progreso, entrando franca y noblemente en materia. Mañana sin combatir, por la cizaña de siniestros hombres, por las intrigas de sus émulos y por la misma situación, no quedaría nada, ni un nombre de gloria. Le mando a usted a Luis a quien conoce usted, esto y mi nombre ¿no son para usted una garantía de franqueza y lealtad?

“Luis hablará a usted; yo estoy aquí para todo cuanto usted quiera y cuando usted venga y vea lo que pasa y se vuelva a su punto y a sus fuerzas, si no conviene en lo que digo a usted, o diga lo más conveniente en todo trabajaré. Conservémonos unidos: si hemos perdido el sistema no perdamos los principios y sobre todo, el país en su integridad e independencia. Adiós, querido Porfirio; usted sabe cuánto lo he querido, con qué franqueza le he hablado siempre y cómo es su amigo que lo ama y b. s. m. *José L. Uruga*.

“Señor don José López Uruga. México.

“Mi antiguo general y estimado amigo:

“Con indefinible placer abrí los brazos a Luis y fijé mi vista sobre

la que con él se sirvió usted dirigirme, porque había creído que su venida y su misión tuviese otro objeto; pero si bien el desengaño fué tan pronto como doloroso y Luis me ha oído hablarle franca y extensamente, tengo que corresponder a usted si no con mucha extensión, sí con toda lealtad.

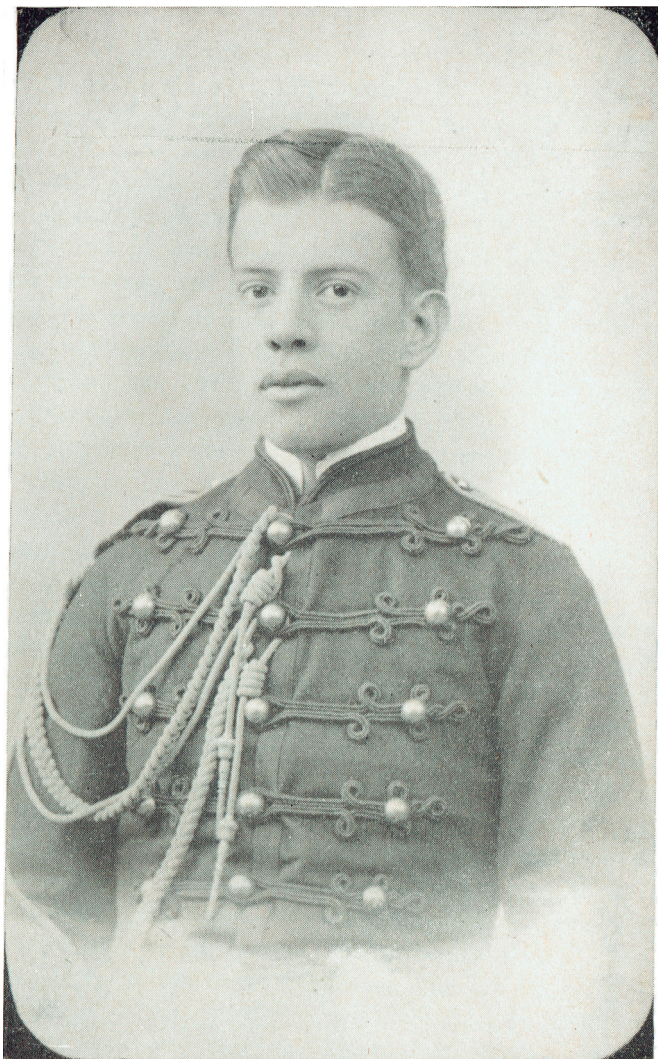
“Quedo muy reconocido a la mediación que usted se digna ofrecerme porque si bien lamento los errores que han dado lugar a este paso, comprendo todo el fondo de estimación y aprecio que entraña.

“Yo no seré el que me constituya juez de los actos de usted, porque me faltaría la necesaria imparcialidad y antes que someterlo a juicio, lo abrazaría como a un hermano y lo comprometería a volver sobre sus pasos. Pero si usted puede explicar su conducta, yo no podría explicar la mía, porque mi situación, los elementos de que dispongo, los hombres y el pueblo que me ayudan, que según usted me dice, eran adversos a nuestra causa en el Centro, son en Oriente otros tantos gajes de indefectible triunfo.

“El personal de la fuerza es de la misma clase que el de la brigada que mandaba yo en Puebla; y usted sabe que en pocos lugares encontraron los franceses la misma resistencia que cuando se las habían con Oaxaca. Tengo también fuerzas de otros Estados pero tan perfectamente identificadas a las otras por su moral, disciplina y entusiasmo, que son acreedoras a igual estimación.

En los estados de Oriente se mantiene una organización administrativa tan vigorosa y tal escrúpulo en la contabilidad, que sus escasos recursos nos proporcionan los medios necesarios de subsistencia sin que tengamos que tomarlos de los pueblos, ni que yo me vea en la pena de soportar el pillaje ni las extorsiones. Los franceses, después de la resistencia de Puebla, no han hecho más que dar un paseo triunfal por el interior, y yo me prometo que en Oaxaca, si el destino les reserva el triunfo, ha de ser a mucha costa y solamente porque nos aplastarán por la superioridad en el número; pero no será tampoco remoto que obtengamos la victoria, y que la República toda se convierta al otro día en un extenso palenque. La lucha puede, es cierto, prolongarse como la que a principios del siglo nos hizo libres e independientes; pero el éxito es seguro.

“Me hace usted justicia, que también le agradezco, en creer que conservo un nombre honrado y limpio, lo cual es todo mi orgullo, todo mi patrimonio, todo mi porvenir; pues bien, para la prensa asalariada no soy más que un bandido, ni seré otra cosa para el archiduque Maximiliano



EL JOVEN PORFIRIO DIAZ HIJO, AL SALIR DEL COLEGIO MILITAR, MOSTRANDO YA EL UNIFORME DEL ESTADO MAYOR.

y para el ejército invasor; y yo acepto con resignación y entereza que se deturpe mi nombre, sin arrepentirme de haberle consagrado al servicio de la República.

“Siento en el alma que habiéndose usted separado del Ejército del Centro con el ánimo de no comprometerse en la política del extranjero, haya sido magnetizado por el archiduque y venga con el tiempo a desenvainar en su defensa la gloriosa espada que otros días ha dado a la Patria; pero si así fuere, tendré por lo menos el consuelo de haber continuado en las filas en que usted me enseñó a combatir y cuyo símbolo patriótico usted grabó en mi corazón con palabras de fuego.

“Al presentármese un mexicano con las proposiciones de Luis, debí hacerlo juzgar con arreglo a las leyes, y no mandar a usted en contestación, más que la sentencia y la noticia de la muerte de su enviado; pero la buena amistad que usted invoca, los respetos que le guardo y los recuerdos de mejores días que me unen tan íntimamente a usted, y a ese común amigo, relajan toda mi energía y la convierten en la debilidad de devolverlo sano y salvo, sin la menor palabra de odiosa recriminación.

“La prueba a que usted me ha sujetado es gravísima, porque su nombre y su amistad constituyen la única influencia capaz, si las hubiera, de arrastrarme a renegar de todo mi pasado y a romper con mis propias manos el hermoso pabellón, emblema de las libertades e independencia de México. Habiendo podido contestarla, puede usted creer firmemente que ni los más crueles desengaños, ni las mayores adversidades, llegarán a ocasionarme la menor vacilación. He hablado a usted casi exclusivamente de mi persona, pero no porque olvide a mis ameritados compañeros de armas, ni a los heroicos pueblos y Estados de Oriente, que tantos sacrificios han sufrido por la defensa de la República. No cabe poner en duda la lealtad de tan dignos militares, ni la opinión pública pronunciada altamente y convertida en hechos decisivos en Tabasco, en Chiapas, en Oaxaca y aun en Veracruz y Puebla. Como usted sabe, los dos primeros han arrojado a los imperiales de su seno; el tercero no les permite dar un paso en su territorio, y en el cuarto y el quinto, una extensa zona mantiene el fuego de la guerra. ¿Cree usted que yo podría sin traicionar a mis deberes, disponer de su suerte tan sólo por asegurar la mía? ¿Cree usted que no me pedirán y con razón estrecha cuenta de mi deslealtad, y que no sabrían sostenerse por sí mismos, o confiar su dirección a otro más constante y cumplido que el que los abandonara? Así, pues, ni por mí, ni por el

distinguido personal del Ejército, ni por los pueblos todos de esta extensa parte de la República, se puede creer en la posibilidad de un avenimiento con la invasión extranjera, resueltos como estamos, a combatir sin tregua, a vencer o morir en la demanda por legar a la generación que nos reemplace la misma República libre y soberana que heredamos de nuestros padres.

“Ojalá, general, que no contrayendo usted ningún compromiso, vuelva con el tiempo a tomar la defensa de tan noble y sagrada causa. Que entre tanto se conserve usted bien, desea sinceramente su muy atento amigo y S.S. *Porfirio Díaz*.

Oaxaca, noviembre 27 de 1884.”⁶

CAPÍTULO XLI

PATENTES DE CORSO

Del 15 de noviembre de 1864
al 31 de diciembre de 1865

Estando en Oaxaca, se me indicó por una casa de San Francisco California, que si podía darle una o más patentes de corso para hostilizar al comercio francés, me facilitaría armas y otros elementos de guerra que necesitaba urgentemente y que tenían entonces gran valor para mí. Con este objeto escribí a nuestro ministro en Washington, el 15 de noviembre de 1864,* suplicándole solicitara del Gobierno Federal me autorizara para que expidiera yo ese género de patentes, o me remitiera algunas en blanco.

Esta solicitud fué favorablemente acogida por el Gobierno Federal quien mandó desde el Paso del Norte a nuestra Legación en Washington el 12 de junio de 1865, veinte patentes en blanco para que me fueran remitidas a Oaxaca.

* Se inserta en seguida la parte conducente de la carta que se cita, que fué comunicada a la Secretaría de Relaciones Exteriores de la República, establecida en el Paso del Norte, por nuestro ministro en Washington, y está tomada de la Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1861-1867, vol. IV, pág. 514:

“Pasando de este negocio que es el principal, a otro no menos grave, me permito solicitar por el digno conducto de usted y mediante su recomendación cerca del señor Presidente, la facultad expresa por decreto que pueda publicarse, de expedir patentes de corso o algunas ya extendidas, dejando en blanco el nombre para poner aquí el de la persona que convenga.

“Este es el único medio que ahora me ocurre para establecer relaciones entre nuestros puertos y San Francisco de California, y tengo probabilidad de conseguirlo, pues se me han hecho indicaciones en ese sentido por alguna casa de aquella ciudad. Usted me hará favor de manifestar al señor presidente que la inmerecida confianza con que siempre me ha honrado, me asegura de esta nueva prueba que creo conveniente y necesaria para el mejor servicio de la República; pero si diferimos en nuestro juicio, no sufriré por su negativa la más pequeña mortificación.” (P. D.)

Las patentes llegaron a nuestro ministro en Washington, cuando la ciudad de Oaxaca se había rendido a los franceses, y yo estaba prisionero en Puebla; por este motivo las conservó en su poder para mandármelas cuando volviera a tomar las armas en contra de la intervención, o remitirlas a mi sucesor en el mando de la línea de Oriente. Cuando el señor licenciado Benítez regresó de los Estados Unidos, después de mi evasión de Puebla en diciembre de 1866, don Matías Romero le entregó en Washington las patentes expresadas para que me las diera al incorporarse. Las recibí, en efecto, cuando se me incorporó Benítez, pero considerando peligroso el hacer uso de ellas en todo caso, y no teniendo por otra parte necesidad urgente de servirme de las mismas, no llegué a usarlas.⁷

CAPÍTULO XLII

PREPARATIVOS PARA EL SITIO DE OAXACA SAN ISIDRO

Del 17 al 27 de diciembre de 1864

El 17 de diciembre de 1864 se reunieron en la Carbonera la columna de Curtois d'Hurbal y la de Brincourt y descendieron juntas a Etla. Yo tenía en su observación en la hacienda de San Isidro, inmediata a Etla, la brigada de caballería que mandaba el coronel Jerónimo Treviño, con su puesto avanzado en Tenexpa, cerca del enemigo, que cubría al escuadrón irregular que mandaba el coronel Ladislao Cacho.

El día 18 recibió el coronel Treviño, repentinamente aviso de que el puesto había sido forzado, y como la brigada se mantenía con la caballería ensillada, mandó Treviño que salieran violentamente los Lanceros de Oaxaca. Apenas había salido ese regimiento a formar fuera de la casa de la hacienda, cuando llegaba a todo escape y sufriendo grandes pérdidas la caballería del coronel Cacho. En un momento se chocaron las fuerzas francesas que perseguían a Cacho con los Lanceros de Oaxaca, que les aparecieron dentro de la polvareda que habían levantado aquéllas; dando un choque tan fuerte a los cazadores de Africa, que venían batiendo a arma blanca a los prófugos, que los cazadores voltearon caras instantáneamente y fueron perseguidos, por más de tres leguas, por los Lanceros de Oaxaca y la Legión del Norte, que salió tan pronto como pudo tomar su lugar en la persecución.

El coronel Treviño continuó la persecución hasta encontrar el grueso del enemigo que venía en marcha sobre el camino. Después de un ligero cañoneo sobre nuestra caballería, se retiró ésta a la Hacienda Blanca, sin que la caballería enemiga se atreviera a perseguirla.

La caballería francesa sufrió fuertes pérdidas en ese choque, y en él

sucumbió el conde de Loire. En ese hecho de armas se hizo muy notable por su valor personal, el mayor de la Legión del Norte, don Basilio Garza. El enemigo quedó dueño de la villa de Etla, haciendo al día siguiente grandes funerales a los oficiales muertos allí, y especialmente al conde de Loire.

Pasados cuatro o cinco días, el general Curtois d'Hurbal vino personalmente a hacer un reconocimiento a los alrededores de la ciudad con una fuerte columna de zuavos, cazadores de Africa, húsares de la guardia y una batería de la artillería de la guardia, volviendo en seguida a su campamento de Etla.

Después de algunos días, supe de una manera segura que el general Bazaine se dirigía para Etla por el camino de la Mixteca, con una escolta de 500 zuavos, media batería de cañones y 300 caballos. Me pareció que la brigada de caballería podía prestar un importante servicio, batiéndolo antes de que se incorporara al núcleo de tropas que ocupaban la villa de Etla, y di órdenes con ese objeto al coronel Treviño, quien se dirigió con su brigada al encuentro de Bazaine; pero en la noche, víspera del día en que debía encontrarlo y batirlo, desapareció el coronel Treviño con la Legión del Norte y Lanceros de San Luis, estando cerca de Tamazulapan, punto en que pernoctaba Bazaine, y se dirigió con la fuerza que lo acompañaba a la sierra de Tetela, del Estado de Puebla.

El coronel Félix Díaz que se encontraba acampado a corta distancia con su regimiento y con el escuadrón Cacho, no tuvo noticia del movimiento del coronel Treviño, sino hasta que amaneció, que eran precisamente los momentos en que ya el general Bazaine y su escolta se ponían en marcha, y nada serio pudo ejecutar porque quedó reducido a su regimiento que contaría 400 caballos y al escuadrón Cacho que tendría unos 60, y no se explicaba de pronto la ausencia del coronel Treviño con la mayor parte de la fuerza. En consecuencia, se retiró a la vanguardia del enemigo tiroteándolo durante algunas horas, y después tuvo que caminar a campo traviesa sobre la sierra, para evadir el encuentro de otra caballería francesa procedente de Oaxaca, que había salido para proteger a Bazaine.

Desde entonces ya no conté con el auxilio de la caballería fuera de la plaza, porque la que quedaba a las órdenes del coronel Díaz era muy poca para emprender operaciones de resultado práctico.

Para salir de la penosa disyuntiva entre el sitio y el abandono de la plaza, me ocurrió seguir haciendo todos los preparativos de sitio; pero no

con el propósito de llevarlo a cabo, sino de librar una batalla campal al llegar el enemigo a la plaza. Me ocurrió que una línea de batalla apoyando la derecha en el fortín de la Soledad que estaba artillado y la izquierda en el monte Albán, estaría en muy buenas condiciones de combate porque haría todo su movimiento de reservas, provisión de municiones y servicio de ambulancia dentro de la ciudad, a cubierto de la vista y de los fuegos del enemigo. Si en esa batalla éramos vencidos, habríamos perdido en combate nuestra artillería pesada, y sus municiones que de todos modos no podríamos llevar; habría sido consumida, en perjuicio del enemigo. Sin dejar de contar con una victoria tan posible como la del 5 de Mayo de 1862, si al fin éramos derrotados, los restos que pudiéramos salvar serían viables y ligeros, propios para la guerra de montaña que nos esperaba. Con objeto de proponer este plan y sus detalles, invité al general Benavides, cuartel maestro del Cuerpo de Ejército para que me acompañara a caballo un día a las seis de la mañana, y lo discutimos estando solos los dos, porque como se comprende, para alcanzar éxito mi plan necesitaba ser desconocido e inesperado del enemigo, y para que lo fuera, era necesario que lo ignoraran también nuestros subordinados hasta el momento de ejecutarlo. Una vez en el terreno y propuesto el plan con sus detalles, que sería largo e inoportuno numerar aquí; pero que lo hacían muy aceptable, lo objetó el general Benavides por falta, en su concepto, de expedición en la maniobra de nuestras tropas, si se tenía en cuenta que se trataba de combatir a campo raso contra soldados de merecida fama, bajo el aspecto de su movilidad, pues debíamos proteger a nuestros soldados con las fortificaciones construídas con tanto trabajo, para compensar la diferencia de disciplina en la que, con pena, era necesario conceder superioridad a los franceses.

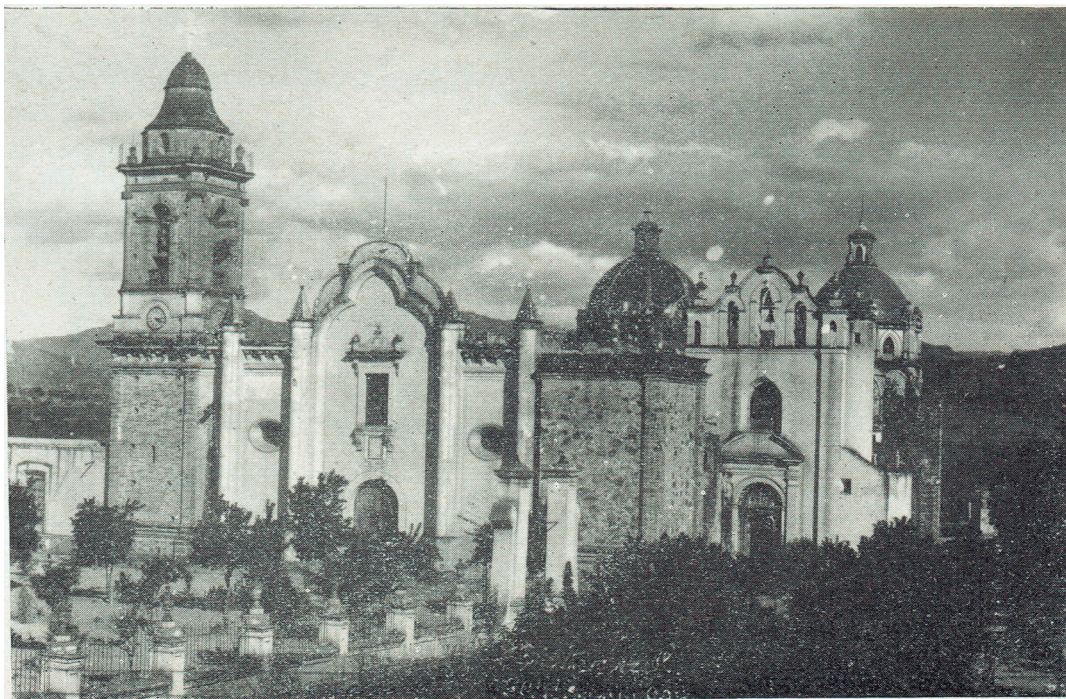
En las conferencias militares que tenía yo costumbre de dar a los generales y jefes, comencé a notar que se acentuaba mucho la opinión en favor de la defensa, y en contra de mi idea; que el asunto se traía a cuestión con poca naturalidad, y que las razones aducidas eran las mismas expuestas por el general Benavides, lo cual me hizo sospechar que no había sido él tan reservado como era necesario y como yo se lo encarecí. Después de esto no me quedaba más recurso que aceptar el sitio.

Llamaré la atención aun después de esto, que con una fuerza relativamente pequeña, como la que yo tenía a mi disposición, que apenas llegaba a 2,800 hombres, emprendiera la defensa de una plaza que una vez

sitiada por un enemigo tan superior, tenía que ser tomada; pero me resolví a proceder así, porque dejando como había dejado, fuera de la ciudad y a sus inmediaciones, una columna de mil caballos a las órdenes del coronel don Jerónimo Treviño, compuesta de los regimientos: Lanceros de San Luis, Legión del Norte, Lanceros de Oaxaca y Escuadrón Cacho; y las Guardias Nacionales, organizadas en todos los distritos del Estado de Oaxaca, algunas de las cuales tenían de cuatrocientos a quinientos hombres, que juntos podían presentar personal suficiente para emprender operaciones protectoras de la plaza, o a lo menos para cortar la comunicación del enemigo sitiador con su base de operación, me parece que eso era lo mejor que yo podía hacer. Desgraciadamente no se pudo realizar mi combinación porque el coronel Treviño, como queda dicho, se marchó con la Legión del Norte y Lanceros de San Luis, dejando a la caballería en un estado de suprema impotencia para proteger las guardias nacionales y para emprender operación alguna que pudiera causar dificultad al enemigo, y por la defección de algunas de esas guardias nacionales.

Me resolví además, a defender la plaza, porque todas mis municiones, artillería y talleres para elaborar municiones y el entretenimiento del material de artillería, habrían tenido que ser abandonados en la ciudad si yo hubiera emprendido marcha para alguna otra parte. puesto que no tenía la mulada que se necesitaba para su conducción, y mucho de lo que tendría que llevar, como era la artillería de batalla, a ninguna parte podría ser conducida por falta de caminos, aun cuando hubiera tenido el ganado suficiente. Además, no tenía dinero con que socorrer a mis soldados, pues mi único haber consistía en el acopio que había hecho de víveres, que tampoco habría podido llevar conmigo.

Nunca me imaginé que el resultado final del sitio fuera una victoria; pero sí creí que sería largo y que haría mucho perjuicio al enemigo, porque estaba seguro que la plaza no podía ser tomada por asalto, si a mis soldados les hubiera durado el vigor que tenían al comenzar el sitio, vigor que decreció sucesivamente desde que se supo la retirada de la caballería con el coronel Treviño, la defección de la guarnición de Tehuantepec, que era una de las que debían maniobrar por fuera, y la disolución de todas las demás guardias nacionales, que impotentes como se vieron por falta de la protección que esperaban de la caballería, se ocultaron algunas en los montes; se dispersaron otras y muchas entregaron sus armas al enemigo, por invitación que al efecto les hacía don Juan Pablo Franco,



CATEDRAL DE HUAJUAPAN DE LEON, OAXACA.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

nombrado por Miximiliano, prefecto superior del Estado de Oaxaca, y que obraba por instrucciones inmediatas de Bazaine y contaba con la cooperación de varias personas influyentes de Oaxaca que hasta entonces habían sido liberales, y que por ese motivo tenían acceso e influencias con mis oficiales y soldados.

En suma, si yo hubiera abandonado la plaza cuando se acercaba el ejército francés, habría perdido sin combatir toda mi artillería pesada y la mayor parte del contenido de mis almacenes, y esa pérdida habría causado gran desmoralización. Teniendo en cuenta todas estas circunstancias se comprenderá que, con gran repugnancia de mi parte, me vi obligado a aceptar el sitio.

CAPÍTULO XLIII

SITIO DE OAXACA POR EL MARISCAL BAZAINE AGUILERA

Del 28 de diciembre de 1864 al 9 de febrero de 1865

Dos o tres días después del reconocimiento hecho por el general Curtois d'Hurbal, se movió toda la fuerza francesa y traidora y comenzó a establecer su línea de contravalación. El general Bazaine llegó al campamento francés sobre Oaxaca el 15 de enero de 1865, y asumió desde luego el mando en jefe. Los franceses ocuparon primero lo que ellos llamaban primer dominante, y cuyo nombre vulgar es el cerro Pelado Grande, el Monte Albán y el pueblo de Xoxo, y siguieron ocupando la línea no con resistencia decisiva, pero sí con pequeños tiroteos por parte de la plaza, que tendían a impedir o dificultar sus obras hasta cerrar su línea en San Felipe del Agua, que ocupó el general Jeanningros con los batallones Cazadores de Africa de a pie y Legión extranjera.

El mariscal Bazaine estableció su cuartel general, al comenzar el sitio, en el pueblo de San Jacinto de Amilpas, y cuando lo hubo estrechado, lo trasladó a la hacienda de Montoya.

Calculo que la fuerza que tenía Bazaine al cerrar el sitio ascendería a unos 9,000 hombres del ejército francés y cosa de 1,000 traidores, siendo los últimos de caballería. Al perder mi caballería, me quedarían en la plaza 2,800 hombres, según he dicho ya.

La fuerza sitiadora se aumentó en los últimos días del sitio porque **sin** duda cuando el general Bazaine hubo estrechado su línea y adelantado sus obras de aproche y tal vez fijado día para el asalto, comenzó a detener a las fuerzas que llegaban como escoltas de los convoyes que se le enviaban, que eran partidas gruesas, porque el coronel Félix Díaz los hostilizaba en el camino, en términos que al fin del sitio la fuerza sitiadora había

aumentado considerablemente lo mismo que su material, pues tenía hasta morteros de 14 pulgadas.

Durante el mes de enero de 1865, cuando el general Jeanningros ocupaba el pueblo de San Felipe del Agua con un batallón de cazadores a pie y otro de Legión extranjera, surgió una disputa por la Hacienda de Aguilera que está entre la ciudad de Oaxaca y San Felipe del Agua, mucho más cerca de la ciudad que del pueblo, que no había sido ocupado por mi fuerza, porque mi personal disponible era poco y apenas me bastaba para defender el área de la ciudad. Sin embargo, como la hacienda quedaba entre ambos combatientes, sus dueños y vecinos la habían abandonado, y eso dió motivo a que la plebe, y entre ella algunos soldados, comenzaran a extraer las semillas que había en ella. Con este motivo el 22 de enero de 1865 el general Jeanningros mandó unas compañías que batieran a los que saqueaban la hacienda y tomaran posesión de ella; pero como al ocuparla sin resistencia, pues aunque entre la masa desalojada había algunos soldados, éstos estaban desarmados, hizo mucho alarde de victoria, me pareció que si no le apagaba su orgullo infundado, sufriría el ánimo de los míos, y entonces mandé al mayor don José Guillermo Carbó con la compañía de Granaderos del primer batallón de Sinaloa, y la tercera del de Juárez, a desalojar a los franceses de la Hacienda de Aguilera. Hubo un combate en el que sufrimos grandes pérdidas por una y otra parte, pero al fin quedaron desalojados los franceses y rechazado un auxilio considerable que de San Felipe del Agua mandaba el general Jeanningros. Como nunca entró en mis planes la defensa de la hacienda de Aguilera, la mandé abandonar en la noche cuando ya nadie la disputaba.

Cuando se comprendió ya que el sitio debía terminar de una manera fatal para nuestra causa, es decir, como a mediados de enero de 1865, comenzaron a verificarse desertiones de los jefes, oficiales y soldados de la guarnición. El teniente coronel Modesto Martínez del batallón Morelos fué el primer oficial que se desertó y habiéndolo tomado por espía los puestos avanzados de los franceses, le hicieron fuego y lo mataron. El teniente Luis Aldeco del batallón Morelos, estando de guardia en una trinchera, invitó a su fuerza a pasarse al enemigo, y no sólo no fué secundado sino que estuvo a punto de ser aprehendido y preso por ella. El subteniente de infantería José D. Carballido, se pasó también, pero a diferencia de Aldeco, no intentó llevarse a nadie. El capitán Manuel Álvarez que pertenecía a mi Estado Mayor, a quien yo distinguía con mi amistad

y confianza y a quien por apodo le llamaban en Oaxaca el Nene, hizo otro tanto. Ya en los últimos días del sitio, en un ataque que el enemigo hizo al fortín de la Libertad, el mayor Adrián Valadés del 2º batallón de Sinaloa, vitoreando a sus soldados los instó a salvar el foso y se fué con varios oficiales y cosa de doscientos hombres de su cuerpo que defendían la trinchera, habiendo tenido grandes trabajos los coroneles Toledo y Corella para contener la desmoralización. Esta defección desmoralizó grandemente a la fuerza que defendía la plaza, y si el mariscal Bazaine hubiera querido aprovecharse de ella, habría tomado a Oaxaca, entrando por la trinchera que Valadez había dejado momentáneamente desguarnecida.

La defección de Álvarez me impresionó grandemente, y fué causa de un suceso desagradable que referiré en su oportunidad.

El subteniente Carballido se unió después a las fuerzas nacionales, mandadas por el capitán Carlos Martínez, quien no teniendo conocimientos militares y sabiendo apenas leer, lo hizo de su confianza y le dió la dirección de su fuerza. El capitán Martínez se me unió en Jamiltepec, y habiendo sabido que Carballido estaba con él, le ordené me lo presentara; me lo llevó en efecto, y lo mandé poner incomunicado e instaurarle proceso. Creyendo que lo iba yo a mandar fusilar, me pidió Carballido, una vez que pasé cerca de su prisión, que le concediera morir como soldado, batiendo al enemigo. Le permití que se rehabilitara sirviendo como soldado raso en nuestras filas. Tenía mucho valor, era inteligente y de bastante delicadeza, y se esforzaba mucho en el trabajo; pero su constitución era delicada y no le permitía soportar las fatigas de la campaña. Como andaba a pie, se lastimaba de los pies que llegaron a ulcerársele, y para remediar su situación lo pasé a la fuerza de caballería, poniéndolo al fin entre los soldados de mi escolta.

Desgraciadamente murió en Miahuatlán, de una bala que le atravesó el estómago; al principio me pareció la herida ligera y cuando le dije que no tenía nada serio, me contestó: "mi general, aquí acabé, cumpliendo con mi deber". Al volver en la noche de la persecución que hice al enemigo, busqué a Carballido, cuya suerte me interesaba, y encontré su cadáver ya rígido, pues había muerto a poco de la herida, la cual me causó gran pena.

No fué este el último ni el peor ejemplo de desmoralización; pues pocos días después desertó un teniente coronel de infantería, llamado Modesto Martínez, quien fué muerto al tocar la línea enemiga, porque los puestos avanzados lo tomaron por espía.

En los primeros días de febrero recibí comunicación de los jefes, que defendían los principales puestos, en que me decían que no respondían de la situación; que era imposible con fuerza tan pequeña y desmoralizada resistir un ataque de un número tan fuerte y bien armado como lo era el enemigo, sobre todo cuando en los últimos días ya no había víveres de ningún género, pero que si no disponía yo otra cosa, sucumbirían cumpliendo con su deber. Solamente el coronel don Juan Espinosa y Gorostiza, que defendía el convento de la Soledad y la línea de que dicho convento era centro, no me dirigió nunca semejante comunicación, no obstante que su situación era idéntica a la de los demás.

El día 8 de febrero de 1865 se nos habían agotado por completo las municiones de guerra y de boca y algunos días antes lo habían sido los víveres de las familias que quedaron dentro de la plaza sitiada, que aunque eran pocas, se quejaban con escándalo y en constantes manifestaciones públicas hacían alarde de su situación insostenible, quebrantando así el ánimo de los soldados que ya estaba bastante decaído.

En este estado de completa desmoralización y cuando ya la defensa no era posible, pues no sólo no quedaban reservas grandes ni pequeñas, sino que la guarnición misma de los fuertes era notoriamente escasa y apenas había podido resistir a los distintos ataques que intentó el enemigo, pues no me quedarían ni mil hombres disponibles en la plaza, me pareció que no debía yo permitir que corriera más sangre en el último asalto; (a) que terminara aquella situación, por ser enteramente infructuosa toda resistencia, decidiéndome a rendir la plaza.

Inserto los siguientes documentos que refieren algunos de los incidentes del sitio de Oaxaca y que fueron comunicados por nuestra Legación en Washington al gobierno de los Estados Unidos de América, en nota fechada el 15 de septiembre de 1865, y comunicados por el Presidente a la Cámara de Diputados de aquel país, con su mensaje de 20 de marzo de 1866.

(Congreso 39º—Cámara de Diputados — Primer período de sesiones— Documentos del ejecutivo N° 73. Págs. 419 y 420). (b)

a) El capitán G. Niox del Estado Mayor General del Ejército francés, dice en su libro "Expedición de México 1861-1867", segunda parte, capítulo III, Pág. 449, que el general Bazaine ordenó el asalto de Oaxaca para el 9 de febrero de 1865.

b) Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington 1861-1867. Volumen V, página 631.

“Ejército de Oriente—Brigada de Caballería—Coronel en jefe—Ciudadano general: Participó a usted que acabo de tener un rudo choque con la caballería del enemigo a la que se han hecho 20 muertos, varios heridos y algunos prisioneros, quitándoseles ocho caballos. Los muertos y prisioneros son de los renombrados Húsares del Imperio, pues los traidores se parapetaron prudentemente tras las grupas de sus amos. El enemigo ha sido arrollado sobre su centro; pero como trae infantería y no la tengo a la mano y debo cumplir otras instrucciones, me replegué sin precipitación. Independencia y Libertad. San Isidro, diciembre 18 de 1864. *Félix Díaz*. Al general en jefe de la línea de Oriente. Oaxaca.”

“República Mexicana.—Cuartel general de la línea de Oriente.—En atento oficio de hoy digo al Ministerio de Guerra del Supremo Gobierno Constitucional lo que sigue:

“Por aviso oficial del jefe de la Caballería verá usted que el enemigo avanzó el grueso de su infantería hasta la derecha de Atoyac, en terrenos de Montoya, donde formó en batalla. Mandé entonces que avanzase una compañía del batallón de Sinaloa al mando de su capitán Manuel Fernández, y por otra al batallón Sierra Juárez que salió después con dos pequeñas piezas que dirigía el capitán Martiniano León.

“El enemigo que seguramente esperaba, como ha pretendido hacer creer a sus soldados, que abandonaríamos la plaza luego que se presentasen a la vista, cambió solamente algunos tiros de artillería, y con pérdidas de algunos muertos y varios heridos, huyó en desorden hacia su campamento de Etlá.

“Si los franceses han querido hacer un ensayo pretendiendo atemorizarnos, se habrán convencido que si bien los consideramos dignos por el valor, nos creemos bastantes para combatirlos y vencerlos.—Independencia y Libertad. Oaxaca, diciembre 22 de 1864 *Porfirio Díaz*. Al Gobernador del Estado de Oaxaca”.

“Ejército de Oriente.—Brigada de Caballería.—Ciudadano General; después de la escaramuza de Etlá, en que la caballería del enemigo ha tenido más de cincuenta hombres fuera de combate, he conservado la posición que se me ordenó en las instrucciones que se me enviaron.

Esta mañana, los franceses emprendieron un movimiento formal sobre esta plaza. Hice mi descubierta al amanecer, avanzando hasta San

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

Pedro Ixtlahuaca; pero como el enemigo me rompió el fuego, permanecí en la garita del Marquesado, desde donde lo vi desfilar sin detenerse ante una guerrilla avanzada, más que para recoger los heridos que ésta le hizo.

No ocurre otra novedad particular

Independencia y Libertad.—Garita del Marquesado, diciembre 22 de 1864. *Félix Díaz*.—Al General en Jefe de la Línea de Oriente. Oaxaca."⁸

CAPÍTULO XLIV

RENDICION DE OAXACA

Del 8 al 9 de febrero de 1865

Guardando la plaza la situación que he bosquejado y bajo un cañoneo en brecha y bombardeo que indudablemente preludiaba un asalto simultáneo a distintos puestos y fortificaciones, y no teniendo yo ya soldados en número y moral suficientes para resistir a más de un ataque simultáneamente, pues los que me quedaban apenas llegarían a 700 hombres, me decidí a rendir la plaza, y salí personalmente en la noche, a manifestar al general Bazaine en su cuartel general de Montoya, y sin previo armisticio, que era innecesario el asalto que preparaba. Por estas razones y sin observar las reglas prescritas en esos casos, pasé personalmente a manifestar al general Bazaine que podía disponer la ocupación de la plaza. No mandé a un ayudante con ese objeto, por el temor de una mala inteligencia por una parte, y que el deseo del general Bazaine, por otra, de tomar la plaza por asalto, hicieran que éste tuviera lugar cuando no era ya posible resistir, y por creer que mi presencia en el cuartel general del enemigo y mis explicaciones personales lo impedirían, pues era grande el empeño que el general Bazaine tenía por conquistarse la gloria efímera de asaltar la plaza, especialmente desde que supo que podría tomarla fácilmente por haberse agotado ya los elementos de defensa.

Como a las diez de la noche del día 8 de febrero de 1865, acompañado de los coroneles don Apolonio Angulo y don José Ignacio Echeagaray, a quienes intencionalmente llevé conmigo para que presenciaran mi entrevista con el general Bazaine, salí de la plaza y me dirigí a Montoya en donde tenía Bazaine su cuartel general, y mientras me recibían los



EL CALVARIO, HUAJUAPAM DE LEON, OAXACA.

puestos avanzados me hizo fuego uno que había en la esquina de la calle de la Consolación; pero hablé a los soldados, diciéndoles que no era yo enemigo armado, y suspendieron sus fuegos. Avancé en compañía de Angulo y de Echeagaray y el oficial que estaba encargado de ese puesto, me mandó con un destacamento a otro que estaba en la margen izquierda del río Atoyac; de allí pasamos a otro destacamento que estaba al otro lado del río y éste nos llevó hasta Montoya.

Al manifestar al general Bazaine que la plaza no podía defenderse ya, y que estaba a su disposición y creyendo que ello equivaldría a mi sumisión al imperio, me dijo en respuesta que se alegraba mucho de que volviera yo de mi extravío, que él calificó ser muy grande, pues dijo que era criminoso tomar uno las armas contra su soberano. Contesté que consideraba de mi deber explicarle que yo ni me adhería, ni reconocía el imperio; que le era tan hostil como lo había sido mientras estuve detrás de mis cañones, pero que la resistencia era imposible y el sacrificio estéril, porque ya no tenía hombres ni armas. Imprimiendo súbitamente a su semblante los grados de desagrado, me reprochó el general Bazaine que hubiera yo roto la protesta, que aseguraba había firmado en Puebla, de no volver a tomar las armas contra la intervención; y aunque yo negué haber firmado tal documento, el general Bazaine ordenó en el acto a su secretario, el coronel Napoleón Boyer, que estaba presente, que trajera el libro en que se encontraban las protestas suscritas en Puebla. Buscó Boyer mi nombre y empezó a leer en alta voz; y como yo no sólo no había protestado cuando se me presentó el libro en Puebla, sino que manifesté en respuesta que no podía suscribir la protesta, porque tenía sagradas obligaciones para con mi país, y estaba dispuesto a cumplirlas siempre que me encontrara en aptitud de hacerlo, cuando el coronel Bayer llegó a mi manifestación, suspendió su lectura y pasó el libro al general Bazaine, quien lo tomó, lo leyó y lo cerró, sin decirme una palabra más sobre este incidente.

Después me habló el general Bazaine de ciertas dificultades que él creía que los franceses podrían tener para ocupar la plaza, porque sabían que había muchas minas, las cuales fácilmente podían estallar. Le dije que efectivamente había algunas, pero que yo me había visto en la necesidad de descargarlas, con el objeto de hacer cartuchos porque ya no tenía municiones con que defenderme; que fácilmente podían descargarse las pocas minas que quedaban cargadas, porque yo sabía bien el lugar

en que estaban, y que mandaría con ese objeto a un oficial de artillería. Así se hizo, aunque siempre estalló una mina porque un zuavo tiró imprudentemente la piola y causó la explosión.

Mandé suspender los fuegos dominantes de los cerros, y para ello fui con un oficial francés y el coronel Angulo hasta la trinchera que quedaba frente a la nuestra. Angulo habló a Corella, y éste sacando la cabeza por la trinchera comenzó a insultarlo y hacerle fuego por creer que se había pasado al enemigo y hecho traidor. Angulo explicó a Corella con muchas dificultades cuál era la situación y le dijo que llevaba una orden mía para que se suspendiera el fuego.

Ya no se volvió a hacer uso de las armas y Bazaine me detuvo en su cuartel general el resto de la noche, que pasamos allí, en un cuarto donde nos puso el mismo Bazaine, a Echeagaray, a Angulo y a mí. Yo quedé como prisionero sin saber cuál sería mi suerte, porque no pedí ninguna garantía para mí ni para los míos, pues solamente dije al general Bazaine que podía tomar la plaza sin disparar un solo tiro.

En la madrugada de esa misma noche mandé a Echeagaray y por otro lado, por acuerdo de Bazaine, para dar órdenes de que se entregaran otros puntos, y después de que amaneció me mandó Bazaine a la plaza con don Juan Pablo Franco y una escolta de cazadores de África, para que diera orden de que se permitiera la entrada de los franceses, y entró tras de mí el general Brincourt con un regimiento hasta el palacio del Estado, tomando así posesión de la plaza el ejército francés.⁹

CAPÍTULO XLV

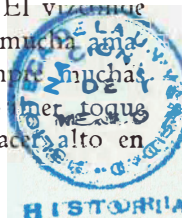
CONDUCCION A PUEBLA COMO PRISIONERO DE GUERRA

Del 10 al 28 de febrero de 1865

Después de haber rendido la plaza a los franceses, pasé a Montoya y de allí fui conducido en la noche del día 9 para Etla, como prisionero de guerra, con escolta y con gran exceso de precauciones, pues me conducía una compañía de zuavos a las órdenes del comandante Chapie, hoy general de división en el ejército francés, que era entonces mayor del tercer batallón del primer regimiento de zuavos. Se me llevaba entre hileras abiertas, y fuera de esas hileras marchaba a cada lado una segunda hilera de caballería y a retaguardia un trozo de húsares de la guardia y otro adelante, destacados ambos como a cien varas de distancia: y por dentro de los sembrados venían como a unos cincuenta metros a cada lado, fuerzas traidoras de caballería.

Así llegué a Etla en compañía de los licenciados don Justo Benítez y don Miguel Castellanos Sánchez, de los generales Cristóbal Salinas y José María Ballesteros, y de los coroneles José Ignacio Echaegaray y Apolonio Angulo, habiéndonos conducido hasta allí el comandante Chapie; en Etla nos alojaron, por orden del general Bazaine, en la casa de don José María Filio, que era la mejor del lugar y en donde Bazaine había estado alojado.

Estando en Etla se me presentó el mayor de caballería, vizconde de Kelan, que había pertenecido al estado mayor del emperador Napoleón, según él me contó, y entonces servía en húsares de la guardia. El vizconde se encargó de nuestra custodia hasta Puebla, y nos trató con mucha amabilidad, pero a la vez con mucha vigilancia, y tomando siempre muchas precauciones. Varias veces me pedía permiso para dar el primer toque de marcha y me preguntaba con frecuencia si deseaba yo hacer alto en



algún punto, y así llegamos a Puebla. De Etlá a Puebla fuimos por el camino de la Mixteca y Acatlán, y siguiendo al general Bazaine en su regreso a la ciudad de México.

El señor don Rafael J. García, ciudadano distinguido de Puebla, que tenía condiciones personales muy elevadas y que llegó a ser gobernador de aquel Estado, publicaba en Puebla, durante la intervención extranjera un periódico republicano llamado “La Idea Liberal” que defendía con valor y con talento la causa de la independencia nacional.

Al llegar yo prisionero a Puebla, me visitó el señor García y tuve con él relaciones personales de carácter muy cordial, robustecidas por nuestra identidad de miras políticas, que se estrecharon más cuando con motivo de su periódico, fué reducido a prisión en el colegio Carolino de Puebla, el mismo edificio en que yo estaba preso.

Se condujo durante el tiempo de su prisión en Puebla, con una entereza notable. Cuando yo me evadí, el conde de Thun lo acusó de que había auxiliado mi fuga, y lejos de amedrentarse el señor García ante las amenazas y el aparato de la corte marcial austríaca, la desafió respondiendo que de buena gana me habría ayudado a evadirme si hubiera podido hacerlo.

El señor García escribió una relación de los sucesos que tuvieron lugar en Oaxaca desde mi llegada a aquella ciudad, procedente de Querétaro, el 30 de noviembre de 1863, hasta la rendición de la plaza al general Bazaine, el 9 de febrero de 1865, que es notable como completa, imparcial y razonada. Esa relación la dirigió al señor D. Matías Romero, ministro que era entonces de la República en Washington, aunque no le puso ni dirección ni firma, para evitar que si caía en manos del enemigo se le siguieran mayores vejaciones de las que sufría, pues a la sazón estaba preso como autor de reproches contra el orden de cosas encabezado por Maximiliano. El señor Romero aprovechó esos datos, en los informes que comunicaba oficialmente al gobierno de los Estados Unidos, respecto del estado que entonces guardaba la República.¹⁰

La importancia de la relación del señor García, pues ella viene a completar un período de los más difíciles de la época que estas Memorias comprenden, me determina a insertarla en seguida a pesar de su extensión, creyendo que todo el que la lea quedará complacido con ella.*

* Dada su extensión, aparece en el apéndice, marcado con el número 10. (A. M. C.)

CAPÍTULO XLVI

PRISION EN PUEBLA

Del 1º de marzo al 19 de septiembre de 1865

Nuestra situación cambió grandemente en Puebla, porque fuimos entregados a fuerzas austríacas, que nos encerraron en tres prisiones distintas, poniendo a los generales, coroneles y tenientes coroneles en la fortaleza de Loreto. Allí nos juntamos con otros prisioneros liberales, entre quienes estaban el general don Santiago Tapia y el general Arce, que es ahora gobernador de Guerrero, y permanecemos en ese punto como dos o tres meses.

Estando presos en el fuerte de Loreto nos volvieron a amonestar para que protestáramos no tomar las armas contra la intervención ni el imperio y protestaron todos los que estábamos prisioneros con excepción del general Santiago Tapia, del coronel don Miguel Castellanos Sánchez, del capitán de artillería don Ramón Reguera, y de mí. Castellanos Sánchez no solamente se negó a protestar, sino que su negativa estuvo concebida en palabras muy duras y hasta descorteses, por cuyo motivo lo sometieron durante algunos días a prisión oscura y solitaria y lo trataron con severidad. Todos los demás prisioneros protestaron, así los generales como los jefes y oficiales. El teniente coronel don José Guillermo Carbó había dicho al principio que no protestaba, pero luego le indicaron que serían fusilados a medianoche los que no querían protestar y entonces llamó al oficial y le dijo que firmaría la protesta y así lo hizo. No pusieron en libertad a Benítez ni a Ballesteros, sin embargo, de haber protestado, sino varios meses después y por recomendación del señor don Bonifacio Gutiérrez.

Transcurrido algún tiempo, nos pasaron al convento de Santa Ca-

tarina, en donde tenía yo arreglada mi evasión, para lo cual hice una mina en el lugar que quedaba debajo de mi cama. Estuve en una celda por mucho tiempo, acompañado de Benítez y Ballesteros; pero un día fingí un motivo de desagrado con ellos y solicitaron del preboste que les diera otra habitación y concedido esto, quedé yo solo como lo deseaba, para poder dedicarme a continuar haciendo la mina que había comenzado.

Estaba situada mi celda en el primer piso del edificio, en una capilla que había sido celda de una monja milagrosa, en la cual había un pozo, cuya agua tenía según la tradición, virtudes medicinales. Ese pozo me servía para depositar la tierra que yo sacaba de mi obra, y cuando llegó más abajo del cimiento del edificio, seguí haciendo una galería horizontal hacia la calle, porque mi cuarto daba para ella lo cual había ratificado por el ruido de los carruajes y porque mandé a mi mozo a que tocara toda la tapia exterior hasta donde yo respondiera. Sabía yo por consiguiente, que ese lado daba a la calle, y tenía el propósito de escoger a los oficiales valientes que hubiera allí para que se salieran conmigo en una noche dada. Antes de que pudiera yo concluir esta obra nos cambiaron súbitamente a otra prisión.

Ignoro si fué o no descubierta la mina que yo había hecho, aun cuando procuré cubrirla no tan sólo con palos y estacas, sino con algunos travesaños que puse en forma de huacal, cubriendo todo con ladrillos. Permaneceríamos en Santa Catarina de cuatro a cinco meses, y de allí nos pasaron al convento de la Compañía, de donde me evadí.

Estando en la prisión del convento de la Compañía o colegio católico, había yo pedido permiso para tomar algunos baños; pero se me obligaba a salir con un sargento austríaco, que me seguía como sombra a todas partes, y molestándome esto, no volví a pedir permiso.

En esos días había quedado con el mando del puesto, el barón Juan de Csismadia, teniente de un regimiento de húngaros, pues el jefe nato de la plaza, que era el conde de Thum, había salido a campaña sobre la sierra de Puebla. El teniente Csismadia me preguntó una vez con mucha cortesía, el motivo porque yo no pedía ya permiso para ir al baño. Le contesté que me molestaba la compañía del sargento que iba conmigo; y entonces me ofreció que me acompañaría él personalmente. Lo hizo así, pero usó de muchas precauciones, como ocupar una silla frente al cuarto en donde me bañaba y prohibir que fueran ocupados los baños

contiguos a ambos lados y que les cerraran las puertas. Exceptuando esta vigilancia me trataba con mucha cortesía; después del baño me llevó a almorzar a su casa y luego me invitó a ir a los toros y me trajo hasta en la tarde a mi prisión.

Al domingo siguiente me repitió su invitación, que contesté evasivamente y le di las gracias. Me preguntó entonces si me consideraba deshonrado de andar en su compañía. Le contesté que aunque él era un caballero muy estimable, las circunstancias en que nos encontrábamos el uno respecto del otro, hacían que me pudiera considerar deshonrado, porque se supondría que si no estaba yo al servicio del imperio, estaría próximo a aceptarlo, especialmente si como había pasado antes, no sólo me hacía el favor de conducirme al baño, sino que me llevaba después a almorzar con él. Entonces me ofreció que me llevaría simplemente al baño. Así lo hizo, y cuando volvimos a la prisión, me dijo que él era accidentalmente el comandante del puesto, que pensara yo que muchos de mis compañeros habían obtenido ya su libertad mediante protesta, y que solamente yo no aceptaba esa oportunidad y que no podía predecir cuándo quedaría yo libre, ni calcular el tiempo de mi prisión, puesto que no había esperanza de un motivo que pudiera causarla. Como ya me había inspirado confianza este oficial le contesté que no consideraba el imperio de México de mucha duración.

Después de una conversación amistosa, me manifestó que me iba a dejar en libertad en la ciudad; que su trato conmigo le había hecho comprender que era yo un oficial honorable, y que le bastaba que yo supiera que si abusaba de la libertad que me iba a conceder, perdería él su empleo de primer teniente del ejército austríaco y su título de barón, y que no volvería a presentarse a su Gobierno ni a su familia; que no me consideraba capaz de causarle males tan grandes y que en consecuencia confiaba en que yo no abusaría de la amplitud que me iba a dar, y que no me exigía respuesta porque presumía la que yo le daría; diciendo esto, llamó al oficial de la guardia y le notificó que podía yo salir sin previo permiso todos los días, desde el toque de diana hasta el de retreta. Se despidió de mí cariñosamente y aunque en los primeros días no hice uso de esa licencia, poco después comencé a salir, haciéndolo por primera vez para visitarlo en su casa y darle las gracias.

Cultivamos después alguna amistad el teniente Csismadia y yo, aun cuando ya no salimos juntos a la calle. Esta consideración para conmigo

costó caro al teniente Csismadia, pues cuando volvió de su expedición el conde Thun, le hizo un serio extrañamiento y lo puso en arresto porque había relajado mi prisión.

Al ocupar la plaza de México el 21 de junio de 1867, encontré entre los prisioneros húngaros que tomé al enemigo al teniente Csismadia que había ascendido ya a mayor; lo puse desde luego en libertad y él aprovechó mi amistad personal para conseguir muchos favores y consideraciones para todos sus compatriotas que estaban a las órdenes del príncipe Carlos Khevenhüller y del coronel Alfonso de Kodolits que habían caído prisioneros, hasta que al fin permití a todos que regresaran a su país, a bordo de la fragata austríaca *Novara* que había venido a Veracruz para conducir a Maximiliano.

El mal éxito que el conde de Thun había tenido en su campaña de la sierra de Puebla, lo tenía de mal humor. Al día siguiente de su arribo a Puebla vino a la prisión y me llamó al salón de la Corte Marcial, que estaba en el mismo edificio, y allí me previno con maneras bastante duras que firmara una carta, previamente escrita, en que ordenaba yo al general Juan Francisco Lucas, que no fusilara a los jefes y oficiales traidores que tenía prisioneros, porque el gobierno imperial se proponía canjearlos por algunos de mis compañeros de prisión, y que podía yo ser uno de los canjeados. Manifesté al conde de Thun que no podía firmar semejante carta y que si la firmara le sería perfectamente inútil, porque en mi calidad de prisionero no podía yo dar órdenes, ni el general Lucas estaba obligado a obedecerlas.

En respuesta me reprochó que era raro que no quisiera yo firmar una carta semejante, cuando yo mismo había firmado en la prisión, y remitido al general Luis Pérez Figueroa su despacho de general, lo cual era cierto y no se lo negué, manifestándole simplemente que no lo hacía desde el momento en que mi palabra no le merecía crédito.

El conde de Thun, me dijo entonces que nunca se había figurado que después de nueve meses de prisión estuviera yo tan insolente y que el barón de Csismadia pudo haber causado un grave perjuicio al gobierno imperial si yo me hubiera evadido aprovechándome de sus favores.

Contesté al conde de Thun que mejor que él conocía el barón el carácter de los oficiales mexicanos, pues que él nunca los había tenido cerca y los juzgaba por el carácter de los traidores que no se les parecían; y que

las garantías que el barón de Csismadia había tomado para mi seguridad eran inquebrantables entre hombres de honor.

En ese mismo día entró el conde de Thun a la prisión y ordenó la clausura de nuestras ventanas que daban a la calle, no obstante que tenían fuertes rejas de hierro, clavándolas y reforzándolas por dentro con maderos clavados, de modo que estábamos obligados a usar luz artificial aun de día, porque tampoco entraba la luz por la puerta de nuestra prisión que daba al corredor, pues éste estaba convertido en salón por medio de una tapia que cubría sus arcos. Aumentó también el servicio de centinelas de día y de noche en el interior de la prisión, prohibiendo que a ninguna hora de la noche se apagara la luz en los cuartos ni se cerrara la puerta, de modo que los centinelas que hacían su vigilancia en cada uno de los cuatro corredores que rodeaban el patio, entraban a hacer estación algunas veces a los cuartos, o cuando menos los examinaban cuando todos dormíamos.

CAPÍTULO XLVII

SEGUNDA EVASION DE PUEBLA

20 de septiembre de 1865

La conducta que siguió conmigo el general Thun me obligó a festinar mi evasión. La había preparado para el 15 de septiembre, día de mi cumpleaños, pero coincidiendo esa fecha con el aniversario de la Independencia no pude realizar mi propósito ese día, porque estaban muy iluminadas las calles de Puebla contiguas a mi prisión, en virtud de la festividad cívica que se celebraba esa noche, y aplacé mi resolución para llevarla a cabo el día 20.

Había yo comprado caballos y monturas, que tenía preparados en una casa tomada con nombre extraño y en la cual no había más habitante que mi criado que era de entera confianza, y arrendada por un amigo mío de Puebla sin dar fianza, como es de costumbre, para no comprometer a nadie y para evitar la fianza se pagaban mensualidades adelantadas.

El teniente coronel Guillermo Palomino y el mayor don Juan de la Luz Enríquez, mis únicos confidentes entre mis compañeros de prisión, invitaron a jugar naipes, la noche en que me evadí, a los demás compañeros de prisión para tenerlos distraídos y juntos, y evitar así que anduvieran por los corredores y pudieran apercibirse de lo que pasaba.

En la tarde del día 20 había yo añadido y envuelto en forma de esfera tres reatas que me proponía usar en mi evasión, dejándome otra en mi equipaje, y una daga perfectamente aguzada y afilada, como única arma para defenderme de cualquier agresión.

Luego que pasó el toque de silencio, me fuí a un salón destechado y que por esa circunstancia estaba convertido en azotehuela y en donde la

entrada y salida de los prisioneros no llamaba la atención de los centinelas porque había allí inodoros. Me dirigí a ese lugar llevando conmigo las tres reatas envueltas en un lienzo gris, y una vez cerciorado de que no había otra persona en la azotehuela, las arrojé a la azotea. y con la otra reata que me quedaba hice un canal de piedra, que me pareció muy fuerte, lo que hice con muchas dificultades porque no podía distinguir la canal, pues no había más luz que la de las estrellas, por ser la noche muy oscura. Después de tirar el lazo sin ver y sólo calculando el lugar en que estaba la canal, logré acertar la lazada y haciendo algunos esfuerzos para cerciorarme de su resistencia, subí por la cuerda a la azotea; quité enseguida la cuerda que me había servido para subir y recogí las tres que había tirado de antemano.

Mi marcha por la azotea para la esquina de San Roque, punto señalado para mi descenso, era muy peligrosa, porque en la azotea del templo que dominaba toda la del convento, había un destacamento y un centinela que tenían por objeto cuidarnos por la azotea. La que yo recorría era sinuosa, porque cada una de las celdas, tenía una bóveda semi-esférica lo mismo que los espacios de los corredores comprendidos entre cada arco. Así es que deslizándome entre esas medias esferas y acostado sobre el suelo, caminaba hacia el pie de los centinelas, puesto que tenía que buscar el ángulo del patio antes de cambiar de dirección. La marcha diagonal que era más corta y más lejana del centinela no podía ser sino aérea. Tenía muy a menudo que suspender mi marcha y explorar con el tacto el terreno por donde tenía que pasar, porque sobre las azoteas había muchos pequeños pedazos de vidrio que hacían ruido al tocarlos, y porque eran muy frecuentes los relámpagos. Llegué por fin a tocar el muro del templo, y como allí no podía verme el centinela sino inclinándose nunciado poco antes ante la corte marcial, a los presos políticos que daba a la guardia de prevención, con objeto de ver si había alguna alarma. Corrí allí un gran peligro, porque el piso era muy inclinado y muy resbaladizo por las lluvias frecuentes, y sin poderlo remediar me resbalaba hacia los cristales que eran poco resistentes y me vi en peligro de rodar al precipicio, pues la altura de la ventana era muy grande.

Para llegar a la esquina de la calle de San Roque, por donde me había yo propuesto descender, era necesario pasar por una parte del convento que servía de casa al capellán, quien tenía el antecedente de haber denunciado poco antes ante la corte marcial, a los presos políticos que

habían hecho una horadación que fué a dar a esa casa, por lo cual fueron fusilados al día siguiente.

Bajé a la azotehuela de la casa del capellán en momentos en que entraba un joven que vivía en ella y que probablemente venía del teatro, pues estaba alegre y tarareando una pieza. Esperé que se metiera a su pieza y a poco salió con una vela encendida y se acercó al lugar donde yo estaba. Me escondí para que no me viera y esperé a que regresara. Permaneció allí el tiempo necesario para concluir lo que había ido a hacer y regresó a su pieza sin apercibirse de mi presencia. Cuando consideré que había tiempo para que se hubiera acostado y dormido, volví a ascender a la azotea del convento, por el lado del lote opuesto al en que me había servido para bajar y seguir mi camino por la azotea a la esquina de San Roque.

Una vez pasado este peligro, seguí mi marcha para la esquina de San Roque y una calle nueva que se llama de Alatríste y que corta el convento, quedando de un lado las casas que han edificado los compradores, y del otro lado el convento. En la esquina hay una estatua de piedra de San Vicente Ferrer, que era la que yo me proponía usar como apoyo para fijar mi cuerda. El santo oscilaba mucho al tocarlo; pero tendría probablemente alguna espiga de hierro que lo sostuviera, y para mayor seguridad no fijé la cuerda en él, sino en la piedra que le servía de pedestal y que era a la vez la angular del edificio.

Me pareció que si descendía yo de esa esquina para la calle, podía ser visto por algún transeúnte en el acto de descolgarme por la cuerda, o vista ésta por el primero que pasara por la calle, después de mi descenso, y por ese motivo me propuse bajarme a un lote del ex convento que estaba cercado, pero no edificado todavía, sin saber que al pie del edificio, donde yo debía descender, había unos cochinos encerrados en un cercado formado con vigas.

Como al comenzar a descender giraba un poco la cuerda, el roce que sufría yo por la espalda con la pared del edificio, ocasionó que la daga que llevaba en el cinturón se saliera de la vaina, cayendo sobre los cochinos, y probablemente hirió a alguno de ellos porque hicieron mucho ruido y se alarmaron. todavía más, cuando me vieron descender sobre ellos. Tuve en consecuencia que dejar pasar un rato para que se aquietaran, con mucho temor de que el dueño de aquellos animales viniera a defenderlos, suponiendo que se trataba de robarlos. Cuando hubo pasado un poco el ruido, subí a la cerca del lote que daba a la calle; y tuve que retroceder

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

repentinamente porque en esos momentos pasaba un gendarme recorriendo la calle y examinando las cerraduras de las puertas. Cuando se hubo retirado el gendarme descendí para la calle, pero tuve la desgracia de que se desprendiera sobre la banqueta una de las piedras del muro, la cual hizo mucho ruido que sin embargo no llamó la atención del gendarme. Al buscar mi daga noté que la había perdido y me expliqué la causa de los gritos de los cochinos.

Seguí violentamente mi marcha para la casa, donde tenía solamente mis caballos y mi criado, y pude llegar a ella ya sin dificultad.¹¹

CAPÍTULO XLVIII

EN CAMINO DE PUEBLA PARA EL RANCHO DEL CORONEL BERNARDINO GARCIA

21 de septiembre de 1865

Una vez en mi casa donde me esperaba además de mi criado, un guía de a caballo, montamos y salimos por la garita de Teotihuacán. Estaba yo casi seguro de que sería detenido en la garita por los empleados, y me proponía forzar el paso; pero afortunadamente no fué esto así, pues la puerta de la garita estaba abierta y se veía luz en la habitación y un caballo ensillado en el portal; sin duda los empleados estaban dormidos, porque no se apercebieron de nuestra salida.

Una vez fuera de la garita, y calculando que era necesario ganar tiempo, hicimos nuestra marcha a galope durante más de una milla. Hubo un momento en que nos creímos sorprendidos por alguna patrulla, porque se nos marcó el alto con imprecaciones muy duras; pero no eran sino unos pobres indios metidos en una doble rampa, que al oír el tropel de gente a caballo y al galope, temieron que cayeran, como en efecto caímos, sobre ellos, porque una vez entrados nuestros caballos en la rampa de arcilla resbalosa con la lluvia, fuimos a dar hasta el fondo sobre los burros y los indios. Después de cambiar las excusas que eran posibles, salimos por el lado opuesto y seguimos nuestro camino, evitando el paso por los lugares poblados, por cuyo motivo tuvimos alguna vez que cruzar grandes sembrados de maíz ya seco, cuyas mazorcas golpearon mucho nuestras rodillas y las cabezas de nuestros caballos.

El coronel Bernardino García debía esperarme con su guerrilla en el Paso de Santa María del Río, situado ya en los confines del Estado de Guerrero con el de Puebla; pero como mi evasión no tuvo lugar el 15, como yo le había anunciado, sino hasta el 20, ya García no me esperaba.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

Entre las 8 y las 9 de la mañana del 21 de octubre, llegamos al Paso del Río Mixteco sin ningún incidente notable. Como no estaban lejos de allí las fuerzas imperialistas del coronel Flon, yo no abandoné mi caballo ni mis armas; y mientras mi criado y mi guía pasaban en las balsas con sus monturas y los pasadores de servicio pasaban sus caballos en pelo para volver a ensillarlos al otro lado, yo pasé a nado montado en mi caballo y esperé en el otro lado hasta que estuvieron nuevamente ensillados los de mis compañeros de viaje.

Mi temor no era infundado: después de algunas millas que recorrimos a galope, llegamos al pueblo de Coayuca donde había una fiesta y donde probablemente con ese motivo habría algunos hombres de la guerrilla de García. Con objeto de averiguarlo mandé al guía al centro del pueblo mientras yo y mi mozo lo pasamos por los suburbios, para juntarnos los tres y volver a tomar el camino del otro lado.

En esa travesía me encontré con el alcalde del pueblo a quien conocí por el bastón que llevaba y me pareció inconveniente pasar sin decirle algo que le alejara de toda sospecha, y en la corta conversación que tuve con él, le hice entender que era yo comerciante que iba a la costa a comprar ganado; pero desgraciadamente el hombre me conoció, me felicitó por encontrarme libre y me ofreció sus servicios. Me hizo muchas instancias para que pasara un día en su pueblo, creyendo que estaría enteramente seguro, pues me protestaba que no tendría riesgo alguno. Resistí a sus ofertas y seguí mi marcha. Apenas había dado unos cuantos pasos, cuando empecé a escuchar un tiroteo muy nutrido que de pronto me pareció serían fuegos de artificio, pero no tardé en oír los silbidos de algunas balas. Entonces me dirigí a galope sobre la colina, separándome del camino que debíamos llevar, y haciendo la travesía a campo traviesa.

Desde la colina pude ver que en efecto se trataba de un combate en el centro del pueblo y con más razón apresuré mi marcha. A pocos momentos me alcanzó el guía pues tanto él como yo conocíamos bien el terreno, y me informó que un escuadrón de Flon había caído de improviso a la población con objeto de sorprender a los guerrilleros de García, que suponía que habrían concurrido a la fiesta, como en efecto concurrieron.

Seguimos sin ser molestados hasta el rancho de García, que distaba de allí unas 15 ó 20 millas y que quedaba ya en territorio del Estado de Guerrero.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

García tenía un sistema de aviso que lo ponía a cubierto de toda sorpresa y con ese motivo permanecimos allí desde el medio día, que fué la hora en que yo llegué, hasta el siguiente a las siete de la mañana.

Durante la noche vinieron a complimentarme más de diez municipalidades de los pueblos de los alrededores, que aunque aparentemente obedecían a las autoridades imperialistas, simpatizaban con la causa de la independencia.

CAPÍTULO XLIX

TEHUITZINGO

22 de septiembre de 1865

A las siete de la mañana del día 22 de septiembre emprendimos la marcha el coronel García, un asistente, un clarín, mi criado y mi guía.

Previamente había citado García a los hombres de su guerrilla, para un paraje despoblado en el camino de Tehuitzingo, uno de los pueblos del Estado de Puebla limítrofe con Guerrero, en el cual había unos 20 infantes de guardia civil imperialista.

Cuando llegamos al lugar de la cita, apenas éramos por todos 14 hombres, montados todos y armados con pistolas de repetición y sables, y muy pocos, no llegarían a ocho, con carabinas.

Hicimos algún rodeo para entrar a Tehuitzingo, por la parte más deprimida del terreno y mejor arbolada; y una vez allí nos dividimos en dos facciones que debían cuidar la guardia. La sorprendimos sin resistencia y sin efusión de sangre, nos hicimos de todas sus armas y municiones, y reclutamos en el pueblo muchos voluntarios que se nos presentaron no con malos caballos, pero sí con pésimos aperos y la mayor parte sin armas. Los armamos con los fusiles quitados a los guardias civiles y así formábamos al anochecer 40 hombres.

Así comencé bajo muy buenos auspicios mi tercera campaña contra la intervención extranjera; la falta de recursos y la pobreza de los lugares por donde expedicionaba yo, no me permitieron por más de un año avanzar gran cosa; pero al fin, después de Miahuatlán, vino a coronar mi empresa el éxito más completo.

CAPÍTULO L

P I A X T L A

23 de septiembre de 1865

Con esa fuerza me dirigí al día siguiente a Piaxtla y Chinautla que forman un solo pueblo, situado también en el Estado de Puebla, en busca de algunos fondos que me proponía sacar exclusivamente del cura; porque allí había muchos santos que entonces eran dueños de varios manantiales de agua salobre, cuyas cosechas de sal constituían los fondos de cada santo, destinados a costear los gastos de sus respectivas fiestas anuales. Era seguro por esta razón, que el cura no podía negarme esos fondos, pues en los libros de contabilidad de cada cofradía debía constar la existencia, como en efecto constaba; y aunque mi petición al cura fué modesta porque le pedí a cada santo la mitad de su existencia, me manifestó que no tenía dinero en caja porque para no conservarlo sin producto, lo había repartido en el comercio a interés. Lo obligué, sin embargo, a recoger la cantidad pedida y estuvo haciendo esa colecta en el comercio, tardándose lo más que podía, con objeto de dar tiempo a que viniera de Acatlán un escuadrón de traidores que mandaba un teniente coronel Carpintero.

Aunque yo no sabía el objeto de la dilación del cura, sí sospechaba algo de él y no quise pernoctar en el pueblo de Piaxtla; y cuando ya comenzaba a anochecer emprendí la marcha diciéndole al cura que al día siguiente volvería por el resto de la cuota que le había señalado. No era mi propósito tomar la vía de Acatlán, pero la tomé para desorientar al cura y al vecindario.

Casi en los suburbios de Piaxtla me encontré con el escuadrón del teniente coronel Carpintero y batiéndolo con los pocos hombres, bien montados, que había entre los que formaban mi fuerza, logré derrotarlo y llevarlo por toda la vía semicarretera, encerrado por dos cercas de mam-

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

postería seca o cercas de piedra suelta que formaban los lados del camino. Por consiguiente ni ellos ni nosotros podíamos salir de aquel carril, y los llevé en derrota por dos o tres millas, recogiendo muchas armas y caballos ensillados, pues para salir fuera del cercado tenían los derrotados que abandonar sus caballos, habiendo capturado cosa de 60. Temiendo que en Acatlán hubiera fuerza superior a la mía, y comprendiendo que el botín me ponía en mala condición para combatir, marché rápidamente al pueblo de Tecamatlán con objeto de dar algún reposo a mis soldados y caballada; lugar a propósito puesto que quedaba el río Mixteco, que estaba bastante crecido, entre Acatlán y Tecamatlán.

Al día siguiente se me incorporó el teniente coronel don Juan José Cano, procedente de Tlapa, con 78 infantes y bajo un gran chubasco pasé el río a la altura del pueblo de Tepetlapa, pueblo que era muy amigo mío y permanecí en él tres o cuatro días más porque no cesaba de llover ni de día ni de noche. En Tepetlapa me alcanzó y se puso a mis órdenes con treinta caballos, el guerrillero Tomás Sánchez.

CAPÍTULO LI

T U L C I N G O

1º de octubre de 1865

En la madrugada del día 1º de octubre de 1865 cesó la lluvia y comprendí que era el momento oportuno para batir al coronel Visoso que con una pequeña columna de 300 infantes y 50 caballos estaba acuartelado en Tulcingo, pues me pareció muy natural que el primer día útil después de aquellas lluvias y mal acuartelado como estaba, pensara en limpiar su armamento y que la hora más a propósito para caerle, serían las nueve o diez de la mañana. Antes que amaneciera emprendí mi marcha para Tulcingo, y ya muy cerca del pueblo en que había una colina de por medio, encontré a un hombre que venía con el pretexto de traer pan a Tepetlapa, pueblo donde hay muchos panaderos. Me pareció desde luego inverosímil ese comercio y comprendí que era un explorador de Visoso. En efecto, con algunas amenazas me confesó que era explorador y me dio algunas noticias importantes, entre otras, que era cierto que la tropa estaba limpiando sus armas.

Después de un ataque de sorpresa, combinado y muy rápido sobre el atrio y templo, que era el lugar donde el enemigo se encontraba acuartelado, logré rendirlo no obstante que hizo mucha resistencia hasta los últimos momentos, ocasionando pérdidas de consideración, pues recogí cuarenta muertos del campo de batalla. Visoso había huído con sus 50 caballos, dejando en mi poder toda la infantería con sus armas, sus útiles de banda y tres mil y tantos pesos en oro que tenía su pagaduría.

Como era natural, entre la clase de gente que yo había reclutado habían encontrado dueño los tres mil pesos, suponiendo que lo era legalmente su primer ocupante. Tuve gran dificultad para convencerlos de que eso no debía entenderse así. Entonces nombré pagador al licenciado

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

don Manuel Guerrero que se me había incorporado en Piaxtla, y allí comenzó mi contabilidad en toda esa campaña, que se cerró después de ocupar la capital de la república.

Al día siguiente organicé a los prisioneros, formando dos compañías que pomposamente llamamos batallones, dando a mandar una al mayor don Juan José Cano, que era un oficial de los que se nos habían incorporado en Tecamatlán, y la otra al entonces teniente y hoy general don Mucio Martínez.

Con mi fuerza aumentada así, emprendí mi marcha para Tlapa, del Estado de Guerrero, y en esa travesía se me incorporó el coronel don José Segura Guzmán, procedente de la Mixteca, que venía al rumor de mi aparición por ese rumbo, con algunos hombres montados y armados.¹²

CAPÍTULO LII

VISITA AL GENERAL ALVAREZ EN LA PROVIDENCIA

Del 10 de octubre al 20 de noviembre de 1865

No contando con recursos suficientes para hacer una campaña fructuosa y teniendo que operar en el Estado de Guerrero, que correspondía a la división militar del general don Juan Alvarez, me determiné a ir a Providencia, en donde tenía su casa y cuartel general, con objeto de discutir con él algún plan regular de campaña y recibir algunos elementos de guerra, si estaba en situación de facilitármelos. Vivía el general Alvarez con mucha pobreza y todo lo que conseguí fueron doscientos fusiles de percusión con sus respectivas municiones y órdenes para las autoridades del Estado de Guerrero, de donde era gobernador su hijo don Diego, para que me proporcionaran víveres, que yo me comprometí a colectar con equidad en todos los pueblos que estuvieran a mi alcance.

Mi recepción en La Providencia fue bastante benévola y cordial por parte del general don Juan Alvarez y al principio también de su hijo don Diego. Por desgracia, la protección que allí encontré fué infinitamente menor de la que yo esperaba. Sin embargo, la autorización para colectar víveres en los pueblos del Estado era una buena base a falta de mejores recursos.

Se me incorporó en La Providencia el general don Francisco Leyva, que, no teniendo elementos con que seguir haciendo la campaña, se había replegado a vivir con el general Alvarez. Leyva tenía diez o doce oficiales, entre los cuales estaba el teniente coronel de infantería don Manuel Travesí, a quien nombré desde luego mi secretario, y di lugar en mi Estado Mayor al coronel don José María Pérez Milicua, al teniente coronel de caballería don Martín Rivera, al teniente coronel de infantería don

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

Manuel Aburto y a los tenientes de infantería don José María Ramírez Pizarro y don Miguel Marín. También se me incorporó un grupo como de 20 soldados de la guardia nacional de Oaxaca, que a la fecha de la ocupación de aquella ciudad se encontraban en algunas comisiones del servicio en la Mixteca, y para no someterse al enemigo, se replegaron al Estado de Guerrero y estaban con el general Alvarez. La mayor parte de éstos eran sargentos y cabos.

Permanecí en La Providencia cosa de una semana, y cuando me retiré, después de haber obtenido los recursos que me facilitó don Juan Alvarez, me acompañaron él y su hijo don Diego hasta el rancho de Jaltianguis que pertenece a la hacienda y dista de ella tres leguas, y en donde yo pernocté.

Al despedirse de mí en ese punto el general don Juan Alvarez me regaló unas pistolas y otros objetos de su uso privado, útiles para la campaña, y con esa franqueza que tienen los ancianos para con los jóvenes y que se acentúa más cuando se consideran hombres superiores, me manifestó la pena que le causaba no poder acompañarme por su avanzada edad; y con ese motivo me dijo, señalando a su hijo don Diego, que él no era como los muchachos de ahora, que sólo viven al calor del hogar.

No sé si esta franqueza o descuido del general don Juan Alvarez sería la causa de alguna tibieza que después comencé a sentir en la acción del gobierno del Estado de Guerrero, no obstante que el referido general don Juan Alvarez siempre permaneció muy bien dispuesto a ayudarme en todo lo que le pedía a él directamente para el servicio público, siempre que estuviera en sus facultades.

La poca voluntad del gobierno del Estado de Guerrero comenzó a hacerse sentir por la dificultad con que los pueblos del Estado daban su contingente en especie para el mantenimiento de mi fuerza, cosa que no me llamaba la atención porque son pueblos muy pobres; pero sí era digno de notarse que al hacerme algunas remisiones de víveres, los pueblos más simpatizadores con la causa de la independencia, me suplicaban frecuentemente que no diera yo aviso de ellas al gobierno del Estado.

Afortunadamente al dar mayor ensanche a mis operaciones abandoné el territorio del Estado de Guerrero y no volvió ya su gobernador a tener motivos de desagrado por mi presencia y mis operaciones en aquellos pueblos; pero no por esto cesó su celo respecto de mí.

Algunos años después tuve necesidad de rectificar públicamente una

aseveración de don Diego Alvarez, cuando ya había muerto su padre, durante cuya vida no lo habría yo hecho, y más bien le habría sometido mi querella contra su hijo. Es el caso, que estando yo en Oaxaca, a fines de 1866, antes de saber que podía tener armas de la remesa que nuestra Legación en Washington hizo a la línea de Oriente, y de las que fué conductor el general don Pedro Baranda, me avisó don Juan Alvarez que había llegado a la Boca de Tecuanapa un norteamericano llamado Stone, en un pailebot que traía algunos fusiles de percusión que no pasaban de quinientos, con sus respectivas municiones labradas.

Como las armas constituían mi primera y más urgente necesidad, contesté inmediatamente al general Alvarez que al día siguiente saldría de Oaxaca el teniente coronel don Luis Mier y Terán con el dinero y las mulas necesarias para comprar esas armas y conducir las a Oaxaca, y le encargué que las hiciera desembarcar e internar hasta Pinotepa y que yo pagaría todos los gastos que esto ocasionara. El teniente coronel Terán encontró en Pinotepa a Stone con las armas; las trató, las pagó y las condujo a Oaxaca.

Terminada la guerra, publicó el general don Diego Alvarez una cuenta de los gastos que hizo durante la intervención, en la que aparecía una partida de data por el costo de las armas y municiones que yo había comprado a Stone. Como en la cuenta que había yo rendido antes que la de don Diego, figuraba la misma partida, me vi obligado a rectificar la que éste presentaba, ofreciéndole que la aceptaría y pagaría si se me presentaban sus respectivos justificantes, los que nunca recibí, ni volvió a hablarse de ese asunto.



PRESIDENTE DON IGNACIO COMONFORT.

CAPÍTULO LIII

OCUPACION DE TLAPA

25 de noviembre de 1865

Con el auxilio personal y material que saqué de La Providencia regresé a Tlapa donde había dejado mi fuerza. Al llegar a Tixtla supe que un jefe austríaco llamado el duque de Bernard, con 700 infantes austríacos y una fuerza de traidores de 300 hombres, mandados por Visoso y seis piezas rayadas de montaña, había ocupado a Tlapa, y que Segura ocupaba un cerro muy defendido a la vista de esa población. Entonces el general Jiménez que mandaba en Tixtla, puso a mi disposición por orden del general Alvarez expedida a solicitud mía, un pequeño batallón de guardia nacional de Chilapa, que constaba de 200 hombres. Con ese batallón emprendí la marcha por los pueblos de la montaña, entrando por Hueyenecantenango y levantándolos en son de guerra aunque no puedo decir en armas, porque no las tenía, logré poner en acción más de dos mil indios que marchaban de montaña en montaña, paralelamente con mi fuerza armada, que constaba de 200 hombres y el pelotón de cabos y sargentos oaxaqueños, hasta salir por la espalda a mis soldados que a las órdenes del coronel Segura ocupaban un cerro a la vista de Tlapa.

Como el duque de Bernard vió salir simultáneamente por todas las cuestas que formaban la cordillera al sur de Tlapa, masas de hombres cada una con una música de instrumentos metálicos, le pareció que por mal armados que estuviéramos debíamos ser muy superiores en número a su fuerza y abandonó a Tlapa. Despedí en seguida a los indios que ocupé dándoles las gracias y devolví al general Jiménez el batallón de Chilapa porque no tenía con qué mantenerlo y él me lo pedía con apremio, porque el enemigo le amagaba por Iguala.

El jefe austríaco tomó el camino de Chila de la Sal y se acampó a la margen derecha del río, y cuando yo llegué a ese punto, acampé a la izquierda.

Así permanecimos algunos días, hasta que la fuerza austríaca regresó a Atlixco, dejándome al frente a Visoso con unos 300 hombres, poco más o menos. Se me informó de algún amago de tropas procedentes de Oaxaca y con ese motivo regresé a Tlapa. Entonces Visoso se atrevió a pasar el río y permaneció en el pueblo de Chila.

CAPÍTULO LIV

C O M I T L I P A

4 de diciembre de 1865

Tuve una fiebre palúdica que no duró más de dos o tres días; pero teniendo el coronel Visoso noticia de mi enfermedad, se aproximó a una distancia de seis o siete leguas, con cuyo motivo engañando yo a los míos afecté una gravedad que no tenía y Visoso vino entonces a situarse hasta el pueblo de Tepetlapa, en donde yo podía, forzando la marcha en una noche, darle un golpe al amanecer, que era probablemente lo mismo que él intentaba hacer conmigo.

Así lo hice, y el 3 de diciembre en la noche, sin dar ningún toque y de la manera más sigilosa, levanté y organicé mis fuerzas y emprendí la marcha con la cautela necesaria hacia el pueblo de Tepetlapa cuyas entradas y caminos conocía yo muy bien.

Llegué a Tepetlapa y allí supe que Visoso había marchado a las nueve de la noche por Comitlipa que no está muy lejos de aquel pueblo.

Aunque todavía faltaba mucho para que amaneciera, seguí mi marcha para Comitlipa sin dificultad alguna. Al llegar, en la madrugada del 4 de diciembre de 1865, a un lugar del camino desde donde se descubre el pueblo de Comitlipa, vi en un pequeño cerrito que está casi a tiro de pistola de la plaza, una gran fogata y comprendí que allí había una guardia de observación, y como aún no amanecía no podía yo ser visto. En un reconocimiento que practiqué con dos o tres hombres, dejando toda mi fuerza en el camino, pude comprender que el enemigo no tenía ninguna avanzada por el lado del camino en que yo estaba y que sólo ocupaba el centro del pueblo, esto es, la plaza y casa municipal y la colina. Bajé entonces mi infantería y la oculté en unos espesos carrizales

y arboleda que había a muy poca distancia de las primeras casas, y la dejé allí a las órdenes del capitán don José Guillermo Carbó y del teniente coronel don Juan José Cano y volví al punto elevado del camino en donde había quedado mi caballería. Esperé a que amaneciera, y cuando ya hubo luz, emprendí la marcha con la fuerza haciéndome visible en el camino y vi perfectamente que bajó un hombre corriendo de la colina, sin duda a avisar a Visoso. Creí que este saldría a mi encuentro, pero no fué así, y tuve que llegar hasta la plaza a tirotearlo para que saliera a perseguirme.

Como los del cerro habían podido ver y hasta contar la fuerza de caballería que yo traía y que apenas llegaría a 100 hombres, Visoso se animó a perseguirme y salió briosamente tras de mí. Cuando hubo rebasado el carrizal, le rompieron los fuegos el capitán Carbó y el teniente coronel Cano, cortándole el camino el primero, y batiéndolo el otro por un costado, en los momentos que yo con la caballería le cargaba rudamente por la llanura de su izquierda, a donde corría su gente en desorden al sentir los fuegos a quemarropa que salían del carrizal.

Fué derrotado completamente Visoso y huyó sólo con unos 20 ó 30 hombres de caballería, dejando 81 muertos, entre los cuales había tres oficiales, y prisionera casi toda su infantería que me sirvió para formar con el piquete de cabos y sargentos oaxaqueños que había encontrado en La Providencia, el batallón Fieles de Oaxaca, cuyo mando tomó desde luego el capitán don José Guillermo Carbó a quien ascendí a mayor con ese objeto.

Por mi parte tuve 11 muertos, entre los cuales estaba el teniente coronel Tomás Sánchez, y nueve heridos, entre ellos el capitán Bonifacio Valle, que lo había sido también en el encuentro de Tulcingo, y cuya herida aún no estaba cicatrizada.

CAPÍTULO LV

OPERACIONES CONTRA SILACAYOAPAN Y TLAXIACO

Del 6 de diciembre de 1865 al 24 de febrero de 1866

Volví a Tlapa donde permanecí algunas semanas sin que ocurriera acontecimiento notable, aprovechando la calma para instruir y organizar mi pequeña fuerza. En busca de recursos y hombres, emprendí una marcha para el Estado de Oaxaca, penetrando por el Distrito de Silacayoapan. Las pequeñas guarniciones que había en aquellos pueblos se retiraban al tener conocimiento de mi arribo al pueblo de Silacayoapan, cabecera del Distrito de su nombre, porque conocían que todos esos pueblos simpatizaban con la causa nacional, y yo lo ocupé el 13 de diciembre de 1865.

Expedí algunos decretos y pasé enseguida con intención de sorprender a Tlaxiaco, que estaba defendido por el general Trujeque. Después de algunos pequeños combates ocasionados por varias salidas que éste hizo, se resolvió a abandonar la plaza y la ocupé yo el 22 de diciembre de 1865 persiguiéndolo en su retirada para Teposcolula, hasta el pueblo de Santiago Yolomecal en donde abandoné la persecución para volver a Tlapa.

Cuando supieron en Oaxaca que yo había ocupado Silacayoapan y Tlaxiaco, mandaron fuerzas superiores a las mías para recobrar esas poblaciones, por lo cual tuve que abandonarlas y retirarme a la costa.

Sabiendo en los primeros días de enero de 1866 que en Silacayoapan, había una fuerte guarnición austríaca y con el fin de hacerla salir de aquel pueblo amagué a Tlaxiaco; logré mi objeto pues los austríacos se dirigieron a ese pueblo y yo ocupé a Silacayoapan. Me dirigí entonces a Tlaxiaco y lo batí por dos días, el 6 de enero de 1866; pero supe que venían al enemigo refuerzos considerables, que estaban ya a cinco leguas de Tlaxiaco, y tuve que evacuar mis posiciones frente aquel pueblo. El

28 del mismo enero rechacé a una partida de traidores que asaltó a Silcajoapan, muriendo su jefe.

Hice otros movimientos que no fueron de trascendencia a causa de los pocos elementos de que podía yo disponer, por lo cual no los enumero aquí.

Inserto enseguida dos cartas que dirigí a nuestro ministro en Washington, fechada la primera el 14 de enero de 1866, en Santa Lucía Monteverde, Distrito de Tlaxiaco, y la segunda en Yoxondua el 20 del mismo mes, ambos pueblos del Estado de Oaxaca, cartas que contienen algunos detalles respecto de mis movimientos en esos días y que fueron publicadas en inglés por el Gobierno de los Estados Unidos de América, y no encontrándose el texto español de la primera, ha habido que traducirla al castellano, de la traducción inglesa:

“Santa Lucía, Monteverde (a), Distrito de Tlaxiaco, Estado de Oaxaca, enero 14 de 1866.

Voy a decir a usted lo que me sucedió desde que me evadí de la prision hasta la fecha, pero si usted ha leído lo que sobre esto le he escrito antes, no será sino una cansada repetición.

“Verifiqué mi fuga de la prisión el día 20 de septiembre a medianoche. El día 22 y 23 tuve dos escaramuzas con los traidores que me perseguían; la primera fué contra veinte y cinco infantes, en Tehuitcingo; la segunda contra cuarenta o sesenta de caballería en Piaxtla. De allí pasé a Tecmatlán con el propósito de proteger la incorporación de una pequeña fuerza de guardias nacionales; pero las encontré en Tecmatlán y me regresé para encontrar a Visoso, que permanecía aún en los límites de Puebla y Guerrero, y había sido uno de mis más activos perseguidores. Le di alcance en Tulcingo; allí tuvo lugar un combate, en el cual el enemigo se retiró dejando dinero, armas y municiones en mi poder, además de cuarenta muertos en el campo y numerosos prisioneros.

a) Esta carta fué comunicada oficialmente por nuestro ministro en Washington al secretario de Estado de los Estados Unidos de América en nota de 23 de febrero de 1866 y transmitida por el presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país, con su mensaje de 20 de marzo de 1866 y publicado por acuerdo de la misma Cámara. (*Documento del Ejecutivo*, Núm. 73. Primer período de sesiones de la Cámara de Diputados del 39º Congreso Vol. I. Pág. 452.)

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera. 1860-1867. Vol. VII, Págs. 200 y 986.

“Después, dejando todo mi botín en poder del coronel Segura, me fuí a La Providencia a tener una entrevista con el general Alvarez; fuí bien recibido en todas las poblaciones y en el cuartel general del Sur. El gobernador se hallaba dispuesto a darme todo lo que tenía, es decir, armas y municiones, pero nada de dinero porque no lo tenía. Podía haber dispuesto de cualquier número de fuerzas del sur, a condición de que las pagase desde que las alistara. A mi paso por Tixtla, en mi regreso de La Providencia, supe que una columna del enemigo, fuerte de 700 hombres de todas armas, de austríacos y traidores, habían ocupado a Tlapa, a la vez que como dos mil francotiradores defendían el paso de Mezcala en Iguala.

“Tomé trescientos infantes de Chilapa con algunos serranos y marché sobre Tlapa. El enemigo se retiró, dejando a Visoso con doscientos cincuenta hombres en observación nuestra. Tuve que devolver a la gente de Tixtla porque no podía mantenerla; hice que Visoso tuviera conocimiento exacto de que yo estaba enfermo en Tlapa a 6 leguas de Tepetlapa, en donde él se encontraba, y con esto se envalentó mucho. El día 3 de octubre ordené al comandante militar formase la guardia nacional en la plaza—él ignoraba la razón para esto—, y después de la parada de la mañana, partí de allí y el día 4, al amanecer, había escarmentado severamente a Visoso. Dejó en el campo 81 muertos, entre ellos tres oficiales, muchos prisioneros, armas, caballos, etc. Allí obtuve alguna gente de refuerzo, con la caballería de Bernardino García, con lo que completé una fuerza de 100 infantes y otros tantos caballos. Volví a Tlapa, y de allí me fuí a Silacayoapan a donde llegué el día 13, y encontré que su guarnición de traidores había huido antes de mi llegada. Organicé las autoridades y la guardia nacional, y entonces me fuí a hacer lo mismo a Tlaxiaco; pero apenas hacía tres días que me hallaba en este último lugar, cuando se presentó una columna de austríacos y traidores, fuerte de 700 hombres. Me vi obligado a evacuar la plaza y el día 22 lo verifiqué retirándome al paso del enemigo que me perseguía, pero tan lentamente, que en una semana sólo hice unas diez y siete leguas, mientras que el enemigo hizo nueve.

“La columna austríaca se volvió a Oaxaca, en donde se necesitaba su presencia, y dejó en observación de mis movimientos unos 150 hombres y 300 de guarnición en Tlaxiaco. Me alisté para atacar a los que me observaban, pero habiéndose percibido mi intento, se retiraron a Tlaxiaco.

Entonces y con un refuerzo de unos 150 infantes de San Andrés Cabecera Nueva, que recibí con sus autoridades a la cabeza, me aproximé a Tlaxiaco. El enemigo salió a encontrarme y lo batí en dos diversos encuentros, después de los cuales se retiró a la población. Le tomé cuatro caballos, catorce lanzas, cuatro prisioneros, una corneta, seis fusiles, y le puse en dispersión treinta hombres. No puedo decir el número exacto de muertos y heridos; ellos dicen que sólo tuvieron un muerto y cinco heridos. Por nuestra parte tuve un teniente muerto; ocupé durante dos días parte de la población a tiro de pistola del enemigo, pero no se atrevió a atacarme; mas como él esperaba refuerzos y yo no esperaba ninguno, tuve que irme a otras poblaciones para procurarme víveres y pasturas para 50 caballos y 116 infantes, pues los de Cabecera Nueva quedaron en sus casas. Tuve que licenciar 140 hombres porque no podía mantenerlos, sin extorsionar a los habitantes. Cuando amenazaba yo a Tlaxiaco, el enemigo evacuó Silacayoapan, que volvió a ocupar su jefe político el comandante Manuel Reyes, con la guardia nacional.

“Aun cuando habían llegado refuerzos de unos 500 hombres al enemigo en Tlaxiaco, y de entre ellos 100 eran austríacos, no se atrevía a atacarme.

“Esto es todo lo que hasta ahora he podido hacer, le seguiré informando sobre mis futuros movimientos, a medida que vayan teniendo lugar. He dispuesto la rebaja del impuesto de capitación a un real y he devuelto las alcabalas al Estado como lo hice en 1864. No me ha sido posible pasar hacia el norte del Estado; he transmitido órdenes en todas direcciones, pero sólo de Figueroa y Juchitán he recibido respuestas favorables. Este momento es muy propicio para hacer mucho, y para extender la Línea de Oriente mucho más de lo que ocupaba en 1864, pero carezco de recursos y sin éstos nada puede hacerse.

“Su amigo sincero.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.—C. Matías Romero, etc., etc.—Washington.

“Yoxondua (a), Estado de Oaxaca, enero 20 de 1866.”

“Muy querido amigo: A principios de éste, el seis del corriente, con ob-

a) Esta carta fué comunicada oficialmente por nuestro ministro en Washington al Gobierno de Estados Unidos de América, en nota fechada el 9 de marzo de 1866 y transmitida por el Presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país, con su mensaje de 20 del mismo mes, y publicada por acuerdo de dicha Cámara.—Congreso



NAPOLEON III.

jeto de llamar a Tlaxiaco la guarnición austríaca que se hallaba en Silacayoapan, hice un amago serio al primero de estos puntos; se verificó la concentración de fuerzas que yo deseaba y se ocupó a Silacayoapan. También me proponía con ese movimiento llamar la atención de una columna austrotraidora que marchaba por oriente a batir a Figueroa; al presentarme a las puertas de Tlaxiaco salió su guarnición, superior en número a mis fuerzas y a las órdenes de Ramírez de Acevedo, a batirme, la rechacé con empuje de mi caballería (que es del mismo personal que tenía Ramos en Oaxaca en 1860) y esto sucedió tres ocasiones sin mayores resultados, porque siendo muy corta la distancia que arriesgaban a recorrer los defensores de la plaza, a poco de perseguirlos nos hallábamos bajo los fuegos de la torre y edificios altos del centro; permanecí dos días al frente de Tlaxiaco a menos de medio tiro de fusil, y el enemigo no emprendió una cuarta salida y teniendo noticias de que sus refuerzos estaban cerca, me he retirado cuatro o cinco leguas, andando por los pueblos del mismo Distrito con la esperanza de que saldría a batirme; pero me equivoqué, el enemigo recibió sus refuerzos y sólo se ocupa de fortificarse siendo yo dueño de todos los pueblos con excepción de la Cabecera y dueño del de Silacayoapan, porque el jefe que mandé a ocuparlo está en posesión de él y lo explota, lo mismo que a todos los pueblos de Huajuapán que quedan a su rumbo.

“Tengo entre manos una porción de proyectos de que no puedo hablarle, mientras me fracasen o se realicen; son de fecundos resultados, pero no podrán tenerlo si yo no tengo pronto fondos a mi disposición y no es eso lo que siento, sino el ridículo en que voy a quedar ante los militares extranjeros, a quienes por esa circunstancia, tengo mucha vergüenza.

“El Distrito de Juquila está pacífico con la fuerza y guarnición que le puse.

“Trabaje usted por el progreso de quien consagrando a la independencia todos sus esfuerzos, deja para usted toda su sincera amistad.— (Firmado) *Porfirio Díaz*.”¹³

39°—Cámara de Diputados.—Primer Periodo de Sesiones.—Documento del Ejecutivo núm. 73. vol. I. pág. 461.

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1867. Vol VII pág. 266.

CAPÍTULO LVI

REPOSICION EN EL MANDO DE LA LINEA DE ORIENTE

Del 20 de septiembre al 2 de febrero de 1866

Cuando el Gobierno tuvo la noticia de que debía evadirme yo de Puebla, que fué comunicada por don Justo Benítez a nuestro ministro en Washington y transmitida por él a la Secretaría de Relaciones Exteriores de la República, residente en el Paso, y el señor Juárez supo que intentaba yo evadirme y volver a tomar las armas contra el Imperio, me repuso en el mando de la Línea de Oriente el 12 de noviembre de 1865, concediéndome las mismas facultades y atribuciones que tenía antes de la toma de Oaxaca por los franceses.

El 30 de diciembre de 1865 recibió el Gobierno Federal la noticia transmitida por nuestro ministro en Washington, el 13 de octubre anterior, de que había yo verificado mi evasión y que estaba ya en campaña contra la intervención y los traidores, y en ese mismo día ratificó su acuerdo anterior. Yo recibí en Atoyaquillo, del Estado de Oaxaca, el 2 de febrero de 1866, las órdenes respectivas de la Secretaría de Guerra, fechadas en el Paso del Norte el 12 de noviembre anterior, enviadas cuando se tuvo noticia de que pensaba yo evadirme.

El general don Alejandro García, cuyo cuartel general estaba en Tlactépal, del Estado de Veracruz, había quedado con el mando de la Línea de Oriente durante mi prisión en Puebla, y cuando volví a la campaña, siguió como segundo en jefe.

Inserto en seguida dos comunicaciones fechadas respectivamente en el Paso del Norte, el 13 de octubre y 30 de diciembre de 1865, dirigidas por la Secretaría de Relaciones a nuestra legación en Washington, que contienen esta resolución y dos cartas mías fechadas en Atoyaquillo, del Estado de Oaxaca, el 2 de febrero de 1866, dirigidas al presidente Juárez y a nuestro ministro en Washington, referentes al mismo asunto, que contienen

algunos detalles de los sucesos ocurridos en aquellos días y que pintan exactamente la situación que yo guardaba entonces.

“Ministerio de Relaciones Exteriores y Gobernación.—Departamento de Relaciones. (a).—Sección de América.—Núm. 392.—Paso del Norte, noviembre 12 de 1865.—Coalición de Tabasco, Chiapas, y línea de Sotavento de Veracruz.—El general García.—El general Díaz.

“Con la nota de usted, número 329 de fecha 8 de julio último, envió usted un pliego que le había remitido el ciudadano general Alejandro García, relativo a la coalición de los Estados de Chiapas y Tabasco, y de la línea de Sotavento de Veracruz.

Después me manifestó usted en su nota número 439 de fecha 15 de septiembre, que había usted comunicado a ese Gobierno varios partes oficiales de las acciones que tuvieron lugar antes de la rendición de la ciudad de Oaxaca, y además he recibido el duplicado de la nota de usted número 465 de fecha 28 de septiembre, acerca de la llegada a Nueva York de un comisionado del ciudadano general Porfirio Díaz y sobre la conveniencia de que éste volviese a tener el carácter de general en jefe de la Línea de Oriente, si según las noticias que había usted recibido está ya, o estuviese dentro de poco, libre y en aptitud de volver a prestar sus servicios.

“Así lo ha acordado el ciudadano Presidente, y en tal caso, el ciudadano general García, que tiene ahora el carácter de general en jefe de dicha línea, quedaría en el de segundo en jefe.

“Envío a usted un pliego para el ciudadano general García, que contiene la comunicación de este acuerdo, y la respuesta sobre lo relativo a la coalición, a fin de que se sirva usted dirigirle dicho pliego por el primer conducto oportuno.

“También envío a usted la comunicación relativa para el ciudadano general Díaz, con objeto de que se sirva usted dirigírsela desde luego o cuando fuere conveniente.

“Protesto a usted mi muy atenta consideración.—*Lerdo de Tejada*.—Al C. Martías Romero, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República Mexicana en los E. U. de América. Washington.

“Ministerio de Relaciones Exteriores y Gobernación.—Departamento

a) Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención Extranjera 1860-1867. Vol. VI, Pág. 366.

de Relaciones.—Sección de América.—Número 444.—Paso del Norte, diciembre 30 de 1865.—Ministerio de Relaciones Exteriores y Gobernación. (a).—Departamento de Relaciones.—Sección de América.—Evasión del general Díaz.

“En la nota de usted número 497 de 13 de octubre último, me comunicó usted la noticia de que el ciudadano general Porfirio Díaz se había evadido de su prisión en el Colegio Carolino de Puebla el 21 ó 22 de septiembre anterior.

“Me comunicó usted a la vez, que había recibido noticias satisfactorias de la situación del Estado de Oaxaca donde podrían ser así los servicios de aquel general más prontamente eficaces y muy provechosos. Después ha tenido el Gobierno por la vía de San Francisco, noticia de que se dirigió primero al Estado de Guerrero, en el que desde luego prestó un importante servicio poniéndose a la cabeza de una fuerza que derrotó a otra del enemigo. Es probable que haya marchado para el Estado de Oaxaca en seguida.

“Ya comuniqué a usted en mi nota número 392, de 12 de noviembre, lo dispuesto por el ciudadano Presidente de la República, para que el general Díaz volviese a tener el carácter de general en jefe de la Línea de Oriente, si se realizaba el anuncio de su próxima evasión como se realizó en efecto.

“Protesto a usted mi atenta consideración.—*Lerdo de Tejada*.

“Al ciudadano Marías Romero, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Mexicana en los Estados Unidos de América.—Washington.”

“Atoyaquillo. (b) Estado de Oaxaca, febrero 2 de 1866.

“Mi muy querido amigo: He recibido hoy su muy apreciable de 18 de diciembre y con ella las tres comunicaciones a que usted se refiere; las anteriores de que usted me habla no han llegado a mis manos.

a) *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención Extranjera 1860-1867*.—Vol. VI, Pág. 406.

b) Estas cartas fueron comunicadas oficialmente por nuestro ministro en Washington al Gobierno de los Estados Unidos en nota de 4 de marzo de 1866 y transmitidas por el Presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país en su mensaje del 26 del mismo mes e impresas por acuerdo de la Cámara.—Congreso 39º—Cámara de Diputados.—Primer período de sesiones.—*Documento del Ejecutivo Núm. 73*. Vol. I, Págs. 462 y 463.

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera 1860-1867. Vol. VII, Págs. 282-284.

Incluyo a usted una carta abierta para el señor Presidente, ella y otra que escribí al señor Godoy y de la que debe usted tener copia, contienen la crónica de mi nueva época hasta hoy: véalas usted.

“Siento infinito que en cuanto a recursos me hable usted de una manera tan terminante y absoluta, haciéndome perder hasta la esperanza para más adelante si el préstamo, como usted me dice, “no ha producido lo que esperábamos”: enhorabuena que yo tampoco cuente con lo que esperaba, pero que no cuente con nada cuando estoy en situación tan desesperada en cuanto a plata, es nulificarse por algún tiempo; crea usted que cualquiera cantidad por insignificante que fuera me valdría más ahora que millonés después, porque hasta la gente descontenta que me busca y que no puedo mantener ni armar, se desmoraliza al verse despedida.

“En el presente año sólo ha ocurrido un ataque a Tehuantepec por Figueroa y los juchitecos; otro por mí a Tlaxiaco el día 6 de enero; pronunciamiento de Miahuatlán el día 24 y derrota de una partida traidora en Silcayoapan al día 28. Ahora viene sobre mí una invasión formal y voy a ver cómo la conjuro; la carta que le adjunto dará a usted una idea de mi situación y de los elementos con que podré resistir al mundo que, según costumbre, quieren echarme encima los traidores y austríacos.

“Soy de usted respetuosamente su sincero y adicto amigo.—(Firmado; *Porfirio Díaz*.—C. Matías Romero, E. E. y M. P. de la R. M. en Washington.”

“Atoyaquillo, Estado de Oaxaca, febrero 2 de 1866.

“Muy estimado y respetado señor: Hasta hoy he recibido su muy apreciable de 12 de noviembre último, y con ella una copia del acuerdo en que se sirve usted reponerme en el mando en jefe que antes tenía, cuya copia viene autorizada por nuestro ministro en Washington y en el momento he comunicado tal disposición a los jefes de la línea.

“Usted debe suponer cómo estoy en cuanto a recursos y lo mucho que podría hacer teniéndolos; pero si la situación de usted también es mala en este ramo, no pido, sólo quiero que usted sepa para la primera oportunidad, que necesito mucho y entre tanto yo veré lo que hago con mis escopetas viejas y mis hombres desnudos.

“Al señor Godoy he mandado una revista de todas mis operaciones desde mi libertad el 21 de septiembre hasta fin de año, misma que debe haber mandado a usted y por eso sólo voy a decir lo ocurrido en enero: un ataque a Tehuantepec sin más éxito que sacar a Juchitán del estado de vacilación y casi neutralidad en que se hallaba; hoy con todo lo ocurrido en dicho ataque le sería muy difícil volver a someterse al Imperio. Mis agentes de Miahuatlán y Ejutla han hecho un movimiento en la primera de dichas villas el 24 de enero y me remiten prisioneros a los empleados y autoridades traidoras que allí había.

“Para preparar aquel movimiento he hecho movimientos rápidos sobre Tlaxiaco y Nochistlán, habiendo tenido en los suburbios del primero un encuentro el día 6, que me proporcionó algunas armas y caballos, teniendo el enemigo la pérdida de 4 muertos, 8 heridos, 4 prisioneros y muchos dispersos. Mi objeto era que la mayor parte de las fuerzas de Oaxaca se situaran en la Mixteca y lo he logrado, por eso ha podido efectuarse lo de Miahuatlán adonde me dirijo, dejando por aquí a las órdenes de Leyva una fuerza que haga frente a la de la Mixteca que a mi juicio debe acudir a Oaxaca. El 28 del mismo enero una partida de traidores asaltó a Silacayoapan y fué rechazada por nuestras guardias nacionales, quedando muerto el jefe traidor, y con él algunas armas; tendré a usted al tanto de lo que siga ocurriendo.

“Pudiera aprovechar ventajosamente el estado de exasperación en que se hallan los pueblos, pero tengo que despedir las masas de hombres que no puedo armar ni mantener y esto nos hará perder el prestigio y a los pueblos la esperanza, y no por lo dicho crea usted que toda la fuerza está armada; tengo una porción de hombres con sólo lanza que es lo que puedo construir a menos costo.

“Quedo enterado de los decretos sobre retención del mando supremo y encausamiento del general González Ortega; han sido muy bien recibidos y sólo murmuró Ruiz y nuestros enemigos que fundaban grandes esperanzas en una crisis que con rabia ven conjurada. En Oaxaca han sobresalido en esa materia nuestros amigos en razón directa de la adhesión con que otra vez han sido nuestros.

“Escribame usted con más continuación y como siempre mándeme, contando con mi sincera y muy justa estimación.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.—Ciudadano Presidente Licenciado Benito Juárez.” ¹⁴

LVII

LO DE SOTO

25 de febrero de 1866

Estando en Tlapa supe que una columna mandada por don Juan Ortega, procedente de Oaxaca, trataba de penetrar al Estado de Guerrero por Jamiltepec y Pinotepa, y que traía armamento para organizar un batallón que se llamaría Batallón de Jamiltepec.

Auxiliado por el General Alvarez, con una fuerza de guardia nacional de 200 hombres que mandaba el coronel Antonio Reguera, empecé mi marcha por Ometepec, hacia Jamiltepec, con objeto de encontrar a Ortega, y estando acampado en una rancharía que se llama Lo de Soto, el 25 de febrero de 1866, la avanzada que tenía sobre el camino a tres leguas y compuesta de vecinos armados, abandonó su puesto, sin replegarse al campamento, y por consiguiente sin que yo pudiera tener aviso de la presencia del enemigo a tan corta distancia, y solamente pude verlo cuando ya hacía fuego sobre mis soldados, que éstos le contestaban.

Al oír los primeros tiros, salí del jacal que me servía de alojamiento, y me encontré a la caballería enemiga a muy corta distancia que comenzó a dispararme sus armas. No tuve más recurso que volver al mismo jacal; tomé mis pistolas que estaban en mi montura, y no pudiendo salir por la puerta, porque por allí me amagaba el enemigo, me abrí paso rompiendo por la parte posterior la cerca del jacal que era de mimbre e hice otro tanto con otros dos jacaes que seguían porque al entrar sucesivamente en cada uno, mis perseguidores ocupaban la puerta. En esos momentos encontré por accidente a un oficial con diez hombres armados y montados, que horas antes me habían pedido permiso para ir a bañarse al río, distante cosa de una legua, y que regresaba en esos momentos; tomé su caballo y

con esos diez hombres cargué sobre el enemigo, eficazmente ayudado por los fuegos de algunos soldados del batallón Fieles de Oaxaca, que con el teniente coronel don Martín Rivera habían ocupado un pequeño promontorio que estaba en el centro de la ranchería y desde allí batían bien a la caballería enemiga. Con esa eficaz ayuda pude llevarla hasta pasar una barranca, único paso que tenía y que era por donde ella había venido.

Una vez que logré arrojar a la caballería enemiga al otro lado de la barranca, permanecí defendiendo el estrecho; pero a poco se me incorporó el teniente coronel don Marcos Bravo, con veinte hombres, que hasta esos momentos habían podido ensillar sus caballos, y pocos instantes después se me presentó el teniente coronel don Bernardino García, con otros cien hombres.

Salvada así la situación, pasé la barranca poniendo en retirada a la caballería enemiga que perseguí hasta el rancho del Alacrán, donde ya no pude continuar por haberse incorporado a su infantería y su artillería que constituía el núcleo principal de la fuerza enemiga. Entonces comencé a retirarme porque el general Leyva me avisó que las mulas que pastaban a más de una legua, habían llegado y que estaban aparejadas y cargadas y formada la infantería. Entonces ordené que marcharan rumbo a Ometepepec hasta los Horcones, y notando que en este lugar podía presentarse acción con ventaja para nosotros, mandé al general Leyva que hiciera alto y me esperara. Una vez en los Horcones, me coloqué en condiciones de resistir un ataque, pero el enemigo no lo aceptó y volvió a pernoctar en Lo de Soto y nosotros en Ometepepec.

En este combate el enemigo había tenido seis o siete muertos y algunos heridos, y nosotros sólo perdimos al teniente coronel don Manuel Aburto, que por estar gravemente enfermo y no habiéndose acordado de él sus compañeros, que fueron de los más desmoralizados, lo encontró el enemigo en la cama y lo asesinó.



CONDE DUBOIS DE SALIGNY.

CAPÍTULO LVIII

PINOTEPA Y JAMILTEPEC

Del 26 de febrero al 12 de abril de 1866

Debilitada mi fuerza porque los surianos se habían dispersado en su mayor parte en los momentos de la sorpresa, y para no exponerme a un golpe de mano, pasé a acamparme a los bajos de Quetzala, con objeto de aprovechar para la caballada los buenos pastos que hay en aquel lugar y porque en la falta absoluta de recursos en que yo estaba, podía vivir allí de la pesca con mis soldados por espacio de una semana, poco más o menos, en cuyo tiempo nos llegaron algunos recursos enviados de La Providencia, por el general Álvarez, a quien referí lo ocurrido en Lo de Soto y me prometió enviarme nuevo refuerzo de infantería. Cuando lo recibí, que sería como otros doscientos hombres, emprendí la marcha sobre el enemigo, sorprendiendo un destacamento de cuarenta o cincuenta soldados que tenía en Pinotepa.

La fuga de este destacamento desmoralizó mucho a las tropas de Ortega, que estaba en Jamiltepec a donde llegué pocas horas después de los muy pocos que pudieron huir de Pinotepa, cuando Ortega acababa de abandonar la población.

Lo perseguí, pero mi persecución no pudo ser muy larga, aunque sí fructuosa, por la dispersión que le causé y por las armas y municiones que le quité. Precisamente por salvar mi pequeño botín y por tener de por medio el obstáculo del río, el cual había pasado ya el enemigo, no pude hacerle una persecución más tenaz.

A mi regreso a Jamiltepec, el 13 de abril de 1866, encontré 450 fusiles que había dejado Ortega escondidos en su salida precipitada, cuyas armas estaban todavía con el empaque de fábrica, y después recogí otras

muchas que había puesto en manos de reclutas, que huyeron con ellos para sus pueblos: pero como Ortega había dejado sus papeles abandonados en su alojamiento, yo tuve en mis manos las listas del reparto de armas, y así pude reclamarlas a los que las tenían, lo cual me permitió adquirir cosa de quinientas, incluyendo las que quedaron abandonadas en el campo. Estas armas eran de sistema Enfield, mejores que las que el general Álvarez me había prestado, que eran lisas y viejas, y que le devolví entonces, dándoles las gracias porque por lo pronto no tenía bastante gente para usar todo el armamento. Contenido así el avance de Ortega volvió derrotado hasta la ciudad de Oaxaca.

El siguiente parte oficial dirigido del rancho del Zapote cerca de Putla, Estado de Oaxaca, al general don Alejandro García, refiere algunos de los sucesos ocurridos en esos días:

“Rancho del Zapote (a) abril 13 de 1866.—Tengo el gusto de comunicar a usted que a mi llegada a Jamiltepec, el enemigo fuerte de se-
 tecientos hombres, con dos piezas de artillería, habiendo tenido noticia anticipada de mi movimiento, abandonó la plaza. Inmediatamente dispuse la persecución de dicha fuerza, que hizo tenazmente el general Leyva, y aunque no fué posible darle alcance por la precipitación con que huía, se le obligó a abandonar más de cuatrocientas armas de fuego, y bastantes pertrechos, de los que he recogido doscientos y tantos fusiles, parque de cañón, vestuario, etc., hasta ahora; y he dejado el encargo de recoger el resto al señor López Orozco, prefecto de Jamiltepec”. 15

a) Este parte fué comunicado oficialmente por nuestro Ministro en Washington en nota de 10 de junio de 1866 al Gobierno de los Estados Unidos de América y transmitido por el Presidente de la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país, en su mensaje de 29 de enero de 1867, y publicado por acuerdo de la misma Cámara. (*Documenta del Ejecutivo Núm. 76*). Segundo período de sesiones en la Cámara de Diputados del Congreso 39º Pág. 287.

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1867. Vol. VII, Pág. 620.

El general García era 2º Jefe de la Línea de Oriente A. M. C.

CAPÍTULO LIX

P U T L A INCORPORACION DE VISOSO 14 de abril de 1866

Permanecí dos o tres días en Jamiltepec para dejar medianamente atendidos a nuestros heridos, arbitrar algunos recursos y salir rumbo a Oaxaca sobre las huellas de Ortega; pero habiendo tenido noticia de que en Putla había un destacamento de alguna importancia, me dirigí a ese pueblo a campo traviesa sobre la montaña, hasta caer al valle de Putla. Por los primeros aldeanos que encontré en el valle supe que el destacamento había marchado el día anterior a las órdenes de un español llamado Ceballos, mayor de caballería. Esta noticia me animó a redoblar el paso con mi Estado Mayor para ganar algún tiempo, a efecto de proporcionar víveres a la tropa con algunas horas de anticipación.

Había yo agregado a mi Estado Mayor todos los jefes y oficiales recién incorporados a quienes no podía todavía colocar en las filas. En consecuencia formábamos un grupo de más de treinta hombres. En esas condiciones se encontraba el capitán Carlos Pacheco, que fué después general de división y secretario de Fomento, el mayor Juan de la Luz Enríquez que llegó a general de brigada y a gobernador del Estado de Veracruz, el coronel don José María Pérez y Milicua, el teniente coronel Guillermo Palomino y otros muchos.

Al tocar la población de Putla en concepto de que estaba desocupada, vi por una de las calles atravesar rápidamente un hombre con banderola roja, y me pareció que sería algún rezagado del enemigo que permanecía allí con intención de robar. Entonces dividí a mi Estado Mayor en dos fracciones, para entrar a la población por dos calles paralelas, con objeto de sorprender al que yo suponía disperso, y al llegar a la plaza me

encontré con el destacamento de Ceballos que, sorprendido por nuestra entrada rápida y simultánea, emprendió un combate inesperado cuyo tiroteo hizo al general Francisco Leyva, que mandaba la caballería y que venía más cerca que la infantería, ponerse a escape en nuestro auxilio.

Como algunos de los enemigos abandonaron la plaza en el primer choque, y el camino para Tlaxiaco, que era el que ellos proponían seguir, comienza a ascender desde el momento en que se sale de Putla, tuvieron ocasión de ver nuestra caballería que se acercaba a escape y eso más bien que nuestra presencia, los obligó a abandonar la población, no sin considerables pérdidas para ellos.

Habiéndome avisado el general don Juan Alvarez que el Estado de Guerrero era amagado otra vez por el rumbo de Tlapa, volví a dicha población y después de algunos días se me presentó un comisionado de Visoso, quien había sido derrotado por segunda vez y procesado por el gobierno imperial, ofreciéndome sus servicios, los cuales acepté con la condición de que no viniera solo, sino con alguna fuerza y practicando antes algunas operaciones que me dieran garantías de su buena fe.

Pocos días después Visoso salió furtivamente de Puebla, cuya ciudad tenía por prisión, y se dirigió en la noche a Chiautla, en cuya guarnición tenía simpatías. En la misma noche, previo acuerdo con la gente que formaba la guarnición de Chiautla, se sublevó ésta con Visoso, matando al jefe político y comandante militar de ese punto.

Mandó poner en mi conocimiento ese suceso y yo protegí su incorporación con una marcha hasta el pueblo de Chila de la Sal, trayendo Visoso cerca de doscientos hombres y un obús de montaña.

El siguiente parte oficial contiene detalles de la acción de Putla:

“República Mexicana.— Cuartel General de la Línea de Oriente. (a) General 2º en Jefe.—Ciudadano Ministro:

“El ciudadano general Luis P. Figueroa, en carta particular de 28 de abril próximo pasado, me dice desde Soyaltepec, lo que sigue:

a) El parte fué comunicado oficialmente por nuestra Legación en Washington al Secretario de Estado de los Estados Unidos de América en la nota de 10 de junio de 1866 y transmitida por el presidente de la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país en su mensaje de 29 de enero de 1867 y publicado por acuerdo de la misma Cámara. (*Documento del Ejecutivo Núm. 76 del segundo período de sesiones de la Cámara de Diputados del Congreso 36º de los Estados Unidos. Pág. 287*).

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington, durante la Intervención extranjera. 1860-1867. Vol. VII. Pág. 620.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

“Después de escrita la que con esta fecha le dirijo, remitiéndome a la del general Díaz, he visto el aumento de ella, fechada en Putla el catorce del corriente, cuyo tenor es como sigue:”

“Aumento.—Putla, 14 de abril de 1866.

“Como indico a usted arriba, comienzo mis operaciones en las Mixtecas. Hoy he ocupado a Putla, sorprendiendo al cabecilla español Ceballos que mandaba una fuerza de 200 hombres. Apenas tuvo tiempo el enemigo para hacer una resistencia de minutos en una altura donde le cargué con una parte de mi caballería, dispersándolo completamente y persiguiéndolo hasta que la entrada de la noche me obligó a volverme. El resultado fué un triunfo completo, quitando al enemigo 70 fusiles, 21 mosquetes, 30 lanzas y 40 caballos ensillados. Se hicieron igualmente al enemigo 17 muertos y 23 prisioneros. Por no tener tiempo para más, trásmítale usted este aumento al general García.—*Díaz.*”

“Lo que inserto a usted en cumplimiento de la recomendación precedente, repitiéndome, etc.

“Lo que me honro de transcribir a usted para conocimiento del Supremo Gobierno, a quien no dudo servirá de mucha satisfacción ver los progresos que ha hecho el ciudadano general Díaz, a pesar de las muchas veces que lo ha supuesto derrotado el enemigo.

“Independencia y Libertad.—Cuartel General en Amatlán, a 15 de mayo de 1866.—*Alejandro García.*

“Ciudadano Ministro de Guerra y Marina.—Paso del Norte, o donde se halle.”

LX

PRORROGA DEL PERIODO CONSTITUCIONAL
DEL SEÑOR JUAREZ

Del 30 de noviembre de 1865 al 9 de mayo de 1866

Había surgido entretanto una cuestión seria que amenazó por algún tiempo el buen éxito de los esfuerzos del país en favor de su independencia. El señor Juárez había inaugurado su primer período de Presidente Constitucional, el 15 de junio de 1861. La Constitución previene que el período presidencial sea de cuatro años y que termine el 30 de noviembre. Había, pues, la duda de si el primer período del señor Juárez debería terminar el 30 de noviembre de 1864, en cuyo caso no cumpliría los cuatro años que establece el artículo de la Constitución, o el 30 de noviembre de 1865, en cuyo caso se excedería a ese período.

El general don Jesús González Ortega, que había sido electo Presidente de la Suprema Corte de Justicia y que funcionaba como Vicepresidente, interpretó la Constitución en el sentido de que el período del señor Juárez terminaba el 30 de noviembre de 1864; saliendo a poco del país para los Estados Unidos, considerándose el Presidente legal de México, y como tenía la convicción de que la guerra que hacían los franceses a México, era personal contra el señor Juárez, suponía que llegando él a ser Presidente, cesaría la guerra en virtud del cambio en el personal del Gobierno. Desde los Estados Unidos hizo el General Ortega varias tentativas para que México lo reconociera como Presidente interino constitucional y fué mandado encausar por el gobierno del señor Juárez.

Apoyaban este movimiento algunas personas distinguidas del partido liberal, como don Guillermo Prieto, el licenciado don Manuel Ruíz, los generales Huerta, Patoni, Negrete, Quesada y otros; pero la mayoría de la Nación, comprendiendo que las consecuencias de un cambio

en el personal del Gobierno en aquellas críticas circunstancias, podían ser trascendentales y que sería difícil encontrar persona que reuniera el prestigio y las condiciones del señor Juárez, para continuar la campaña, a la vez que sería hasta indecoroso aceptar las condiciones que Napoleón ponía para tratar con México, pasó por la irregularidad que pudiera haber en la prolongación del período del señor Juárez y aceptó no solamente la resolución del 30 de noviembre de 1864, que declaró que el período presidencial terminaría hasta el 30 de noviembre de 1865, sino el decreto de 8 de noviembre de ese año que prorrogó el período del señor Juárez, hasta que pudiera hacerse una elección y mandó encausar al general González Ortega.

Los caudillos militares que mandaban las fuerzas nacionales y los hombres más distinguidos del partido liberal, expresaron su aprobación de ese decreto y a la vez me tocó hacerlo así, en una carta particular que dirigí desde Tlapa el 9 de mayo de 1866 a nuestro ministro en Washington, carta que inserto en seguida. Antes lo había hecho en una carta dirigida al señor Juárez, de Atoyaquillo el 2 de febrero de 1866, que aparece en este volumen:

“Tlapa (a), mayo 9 de 1866.

“Señor don Matías Romero.

“Washington.

“He hecho publicar aquí los decretos del Gobierno.

“El primero, relativo a la prórroga del período constitucional del Presidente, se ha recibido con notable satisfacción. Es inútil hablar de mis opiniones, porque siempre las revela mi conducta, que consiste en la obediencia absoluta o en mi absoluta separación de toda posición oficial, cuando mis convicciones no me permiten estar de acuerdo con la política que se sigue.

“En el presente caso el paso dado por el Presidente no solamente me parece oportuno, sino la única conducta que puede conducir a la salvación de la República.

a) Esta carta fué comunicada oficialmente por nuestro Ministro en Washington al Gobierno de los Estados Unidos de América en nota fechada el 21 de octubre de 1866, y transmitida por el presidente de la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país, con su mensaje de 29 de enero de 1867 que fué publicado por acuerdo de dicha Cámara. (*Congreso* 39º segundo período de sesiones, Cámara de Diputados. *Documento del Ejecutivo* Núm. 76, Pág. 461). Está además publicada en español en el Vol. 8º Pág. 508 de la *Correspondencia de la Legación de México en Washington durante la Intervención extranjera*.—1861-1867.”

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

“El decreto que dispone sean encausados el general Ortega y demás jefes y oficiales que se hallan en igualdad de circunstancias, está a mi juicio bien fundado en la ordenanza militar y en los usos de la guerra.

“Mi opinión con respecto a la estricta observancia de las ordenanzas militares es bien conocida; siempre deben ser rigurosamente aplicadas.

“Creo por lo tanto que el Gobierno no ha hecho más que cumplir con su deber sobre este particular.

“Su afectísimo amigo y servidor.—*Porfirio Díaz.*”



BARON DE MAGNUS.

LXI

PLATICAS CON EL GENERAL TRUJEQUE

Del 1º al 8 de mayo de 1866

Después de que se incorporó Visoso, regresó otra vez a Tlapa, y considerando que mi fuerza era carga muy pesada para vivir sobre aquellos pueblos que eran amigos míos, y considerándome, por otra parte, capaz de emprender operaciones en el Estado de Puebla, promoví un pronunciamiento entre los vecinos de San Juan Itscaquixtla, que eran amigos. Mientras se preparaba ese movimiento, el general Trujeque que se encontraba al servicio del enemigo acuartelado en el rancho de Tacache, punto estratégico para observarme y observar a Itscaquixtla y Silacayoapan, pueblos muy sospechosos para el enemigo, me mandó en comisión al capitán don Enrique Travesí, que era ayudante suyo y hermano de don Manuel Travesí, mi secretario particular, ofreciéndome ponerse al servicio del Gobierno con toda su fuerza. Me daba como garantía, la vida de don Enrique Travesí que quedaría en rehenes con los míos, mientras yo pasaba a tener una conferencia con él en el rancho de Tacache.

Como la situación empezaba a declinar para los imperialistas y yo conocía el carácter de Trujeque, no me pareció inverosímil su buena disposición, y salí para Tacache, acompañado de un ayudante.

Al salir de Xochihuehuetlán, que era mi cuartel general, quedaron muy alarmados todos mis subordinados de que yo emprendiera solo esa marcha y sin ninguna escolta que me diera seguridad, y convinieron en que me seguirían a cierta distancia para que yo no los viera, el teniente coronel don Marcos Bravo con cien caballos de lo mejor que tenía. Pasé la avanzada que tenía el general Trujeque sin novedad, porque no me conocieron o porque tendrían instrucción al efecto. Parecía lo primero,

porque me trataron como desconocido. La avanzada era un puesto nada más de vigilancia de cinco hombres desmontados.

Al llegar al rancho de Tacache y en los momentos de desmontar junto a la puerta del jacal donde estaba alojado Trujeque, hicieron fuego de otro que había al lado opuesto de la pequeña plaza, sobre mí y mi ayudante, hiriendo el caballo de éste. Salí a todo escape por donde había entrado, forzando y evadiendo la avanzada en cuanto lo permitía el terreno que era muy estrecho y seguido por gente de a caballo a tan cerca distancia, que no pasarían de quinientos metros.

Cuando corríamos de ese modo por las colinas, vi fuerza de caballería que al parecer salía a cortarnos la retirada. A poco reconocí que esa fuerza pertenecía a los míos, y entonces me incorporé a ella y retrocedió la de Trujeque, al rancho de Tacache.

Acto continuo me escribió Trujeque, explicándome que todo lo que había pasado fué porque me reconoció algún oficial de los que no estaban de acuerdo con él, y yo quedé en duda de la verdad de lo ocurrido, porque si hubiera sido efecto de un plan preconcebido, bastaba que me hubiera dejado poner pie en tierra para que hubieran sido dueños de mí y de mi ayudante.

LXII

CHAUTLA — TLAXIACO

Del 9 de mayo al 31 de julio de 1866

En los primeros días de junio de 1865 me propuse tomar a Chautla por asalto, y con tal objeto me acerqué a ese pueblo, no por caminos directos sino como yo acostumbraba en tales casos, cortando por lugares despoblados con el objeto de tomar al enemigo de sorpresa. Estando ya cerca del pueblo y sin que nadie hubiera sentido mi movimiento y esperando solamente el toque de diana, momento a propósito para verificar el asalto, se le disparó su fusil a uno de mis soldados y los demás que estaban soñolientos y medio dormidos, comenzaron a disparar sus armas en todas direcciones, creyendo que los atacaba el enemigo, por lo cual no me fué ya posible asaltar a Chautla y tuve que retirarme.

Emprendí además diversas ope contra Tlaxiaco y otros puntos, que por no haber dado resultados importantes, a causa de los raquícos elementos con que contaba, no considero necesario referir aquí, pero que aparecen consignados en las siguientes cartas particulares escritas por mí en los días que tuvieron lugar los sucesos que estoy refiriendo, comprenden varios detalles respecto de los mismos y tienen la circunstancia de haberse escrito cuando ocurrían los acontecimientos y de dar una idea aproximada de la situación de entonces, pues ellos expresan en algunos casos hasta mis propósitos.

“Tlapa (a), mayo 9 de 1866. — Señor don Matías Romero. Washington.—Mi muy estimado amigo:

“He recibido hoy las cartas de usted de 22 de febrero y 22 de marzo

a) Esta carta fué comunicada oficialmente por nuestro Ministro en Washington en nota de 13 de julio de 1866 y transmitida por el Presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país con su mensaje de 29 de enero de 1867, que fué publicado por acuerdo de la misma Cámara. (*Documento del Ejecutivo Núm. 76 del segundo período de sesiones de la Cámara de Diputados del Congreso 39º de los Estados Unidos. Pág. 289*).

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera. 1860-1867. Vol. VII. Pág. 68.

último, quedando impuesto por ellas del buen aspecto que presentan nuestros asuntos en ese país; así como de la imposibilidad en que usted se encontraba, hasta la fecha de su última carta, para proporcionarme los recursos que tanto necesito para ponerme en actividad y abandonar las escaramuzas de que me ocupo, como de un mero pasatiempo, pues operaciones en grande escala necesitan dinero y sin éste los hombres de que puedo disponer no me son útiles.

“He recibido también las órdenes del Gobierno por las cuales se me encarga del mando en jefe de la línea de Oriente, cuya nueva prueba de confianza siempre recordaré con satisfacción. No puedo extenderme tanto como quisiera acerca de la situación que guardamos por aquí. En el momento que recibí las órdenes del Gobierno, pensé marchar al otro lado del Estado (Oaxaca); pero el temor de que el enemigo no tenga más que un solo punto de esta línea donde fijar su atención, pudiendo así cargar todas sus fuerzas sobre un lugar dado, y el buen éxito que hasta ahora ha producido dividir su atención y sus fuerzas, me han decidido a permanecer por aquí, confiando en que cuando me haga de mayores recursos, podré pasar al otro lado, dejando aquí una fuerza respetable. De este modo, el enemigo al moverse sobre un punto, se verá amenazado inmediatamente y lo tendremos constantemente en jaque. Hay además otra razón: en aquellos pueblos puedo disponer de más recursos que aquí y aún de más elementos de guerra; pero no es tan a propósito para la campaña, porque como esta de la costa del Sur, quieren hacerla en sus respectivas localidades. Puesto que de aquel lado tengo los recursos y de éste los hombres, lo más acertado sería traer una parte de aquéllos para organizar éstos. Si lo consigo, pondré en campaña la gente de la Mixteca, Valle de Puebla y Tlaxcala, que está dispuesta y funda en mí sus esperanzas. Si no consigo recursos de usted, de García o de otra parte, prescindiré con pena de este gran proyecto y pasaré entonces al otro lado del Estado a conservar y movilizar aquellos pocos elementos, sacando de ellos el mejor partido posible.

“Aunque muy sucintamente daré a usted algunos detalles de mis últimas operaciones. Después de mi penúltima retirada de la Mixteca hacia la costa, que hice con tan buen orden que los más días se avistaba mi retaguardia con la vanguardia del enemigo, cambié mi base de operaciones. Una columna me perseguía por la Mixteca, y habiendo

tenido noticia de que otra columna enemiga se dirigía sobre mí por el camino de Sola y Juquila, apresuré mi marcha y logré llegar antes que ella a Pinotepa. Allí volví a estacionarme hasta que ambas columnas se reunieron y entonces me dirigí a Lo de Soto donde volví a esperar al enemigo hasta el 25 de febrero. El enemigo logró dispersarme una avanzada, de la cual ni un solo hombre volvió a mi campo, y sin aviso alguno se me presentó con el grueso de su fuerza. Con dificultad pude retroceder por el mismo camino y aprovechándome de un retardo de dos horas que tuvo una parte de la infantería enemiga, organicé mi retirada, levanté mi campo, y me retiré a Ometepec, dejando mi caballería al mando del general Leyva, con orden de que se fuera retirando a la vista del enemigo para contenerlo y asegurar así mi retirada. Este incidente desbarató mis planes.

“La caballería enemiga atacó dos veces la mía, por dos veces también volvió grupas. En estas escaramuzas perdí un oficial, Manuel Aburto, hicimos tres muertos, algunos heridos y un prisionero del enemigo.

“En Ometepec me hice de algunos recursos y por caminos de travesía me dirigí violentamente a Jamiltepec. El enemigo que creía que estaba yo lejos, se sorprendió al saber que me encontraba yo a un jornada de distancia por rumbo que no esperaba. Contramarché buscando su base de operaciones y en la retirada lo hostilizamos con tan buen éxito, que recogimos 232 fusiles y algunas municiones.

“Con una fuerza pequeña me dirigí a Putla el 14 de abril y destrocé un destacamento enemigo de 200 hombres que estaba allí. El 25 recogí todo lo que el enemigo tenía allí consigo, me proporcioné medios de transporte para conducir el botín y continué al día siguiente para Tlaxiaco. Las guarniciones de dicha plaza, Justlahuaca y Huajuapán se habían replegado a Teposcolula; avancé hasta Yolomecal y el enemigo se disponía a retirarse enviando sus cargas y artillería a Yanhuitlán. Tuvieron noticia en Oaxaca de mis movimientos y mandaron refuerzos al enemigo; entonces contramarché a Tlaxiaco y de allí a esta villa con el objeto de sorprender la guarnición austríaca, pero ésta se había retirado y unido al grueso del enemigo. Mi movimiento sobre Tlaxiaco produjo el efecto que me propuse y fué llamar la atención del enemigo hacia un punto haciéndole creer que iba yo a atacarlo con el grueso de mi fuerza; para que de este modo el general Leyva, a quien desde el 16 había yo mandado con una parte de la caballería escoltando un convoy, no tuviera

embarazo ninguna y llegara, como llegó, felizmente al lugar de su destino.

“Pienso permanecer aquí algunos días para dar descanso a mis tropas, organizar fuerzas con armas que el enemigo me haya proporcionado y hacer otras cosas que no debo decir.

“El principal inconveniente que tengo para contar con la fuerza que yo quisiera, es la falta de recursos; todos los pueblos me llaman y me ofrecen las armas que les ha dado el imperio, pero prefiero tener una fuerza reducida a tenerla numerosa sin haber alguno. Con dinero tendría facilidad de extender mi línea de operaciones y llegar a lugares donde hay traidores ricos que son quienes deben pagar los gastos de la guerra. Mi presupuesto es tan económico, que el soldado recibe doce centavos diarios, a veces menos; en cuanto a los jefes y oficiales sirven sin recibir sueldo alguno. Algunos dirán que debería yo exigir préstamos a los pueblos, pero no creo que ésta es la marcha que debo seguir; no quiero extorsionar, es contra mi carácter y educación, por más que Forey afirme lo contrario.

“He hecho publicar los últimos decretos del Gobierno. El primero sobre la prórroga del período constitucional del Presidente, ha sido recibido con satisfacción. Nada había dicho a usted de esto porque mi conducta no interrumpida consiste en obedecer o retirarme cuando no me agrada la marcha de la política; nunca lo haría en esta circunstancia y mucho menos cuando el paso indicado no sólo me parece el más oportuno sino el único que nos puede salvar.

“El decreto que manda enjuiciar al general González Ortega y demás militares que se hallan en su caso, es mi opinión fundada en la ordenanza y práctica del ejército. Demasiado conocida es mi opinión en materia de ordenanza, aplícala siempre con rigor. Creo por lo mismo que el Gobierno no ha hecho sino lo que debe en este particular.

“Ruego a usted me siga favoreciendo con sus letras y quedo de usted atento amigo y servidor.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.*

* Presenta algunas pequeñas discrepancias con el texto publicado en la *Correspondencia* de la Legación Mexicana en Washington. (A. M. C.)

“Huamuxtitlán, (a) 28 de julio de 1866.

“Juntas he recibido dos cartas de usted de 10 y 17 de junio.

Después de mi carta fechada en Quetzalá, a que usted se refiere, le escribí de Jamiltepec, dándole conocimiento de mi entrada en aquella plaza y ventajas que obtuve sobre el enemigo, en la persecución que le hice rumbo a Oaxaca; de Putla avisé a usted, quince días después, mi arribo a dicho punto, sorprendiendo y destrozando un destacamento del enemigo, de 200 hombres poco más o menos; cuatro días después comuniqué a usted mi entrada a Tlaxiaco, persecución que hice a su guarnición hacia Oaxaca, y mi vuelta rápida a este rumbo. Por ser estos hechos pequeños, los he comunicado a usted en lo particular, porque me ha dado pena dirigir a usted y al Gobierno oficialmente, parte de operaciones de guerrillas; pero veo que usted lo desea así, y lo haré en lo sucesivo.

“El hecho más notable de que también he dado a usted conocimiento, es la derrota completa que dió Figueroa a una columna austríaca, que por la sierra se dirigía a la costa de sotavento; y de esto no he dado a usted ni al Supremo Gobierno conocimiento oficial y detallado, porque de la línea que ocupa Figueroa a este Cuartel General sólo se atreven los correos a traer papeles muy pequeños, y todo lo que en ellos me ha dicho lo he transmitido a usted, no mandando el parte oficial porque no lo he recibido, ni lo creo ya oportuno, después de tanto tiempo.

“En dos de mis anteriores he repetido a usted los pormenores que me dió Figueroa, y no obstante que deben estar ya en poder de usted, repito a grandes rasgos lo más interesante.

“En Soyaltepec, lugar de la acción, fueron recogidos y quemados noventa y tres cadáveres de austríacos; en todo el camino por donde aquellos fueron perseguidos, de allí al plan de Tehuacán, quedaron muchos muertos, cuyo número no puede precisarse por la espesura del monte y porque los perseguidores no eran realmente los soldados de

a) Esta carta fué comunicada oficialmente por nuestro ministro en Washington al Secretario de Estado de los Estados Unidos de América en nota de 6 de octubre de 1866 y transmitida por el presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país con su mensaje de 29 de enero de 1867, y publicado por acuerdo de la misma Cámara. (*Documento del Ejecutivo Núm. 76 del segundo período de sesiones de la Cámara de Diputados del Congreso 39º de los Estados Unidos. Pág. 295.*)

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención Extranjera. 1860-1867. Vol. VIII, Pág. 369.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Figuroa, sino los pueblos que apoyados en los primeros, tomaban sucesivamente puntos ventajosos en el camino, en los cuales hacían mal al enemigo: y los menos resueltos desocuparon sus casas y les aplicaron fuego para negar por ese modo toda clase de recursos. En esta conducta heroica han sobresalido los pueblos de Soyaltepec, Ixcatlán y Ojitlán.

En cuanto a mis próximas operaciones, que es donde encuentro lo de positivo provecho, creo aventurado dar a usted explicaciones, por la inseguridad de la correspondencia; pero sí puedo asegurar usted que todo marcha a mi satisfacción. De usted afmo, y seguro servidor.—
(Firmado) *Porfirio Díaz*.—Señor don Matías Romero, Ministro de la República Mexicana en Washington.¹⁶

LXIII

OPERACIONES MILITARES

Del 1º de julio al 31 de agosto de 1866

Mis operaciones contra el enemigo durante el período que transcurrió desde la acción de Lo de Soto hasta la ocupación de Huajuapán de León, que tuvo lugar el 18 de septiembre siguiente, se encuentran referidos en la siguiente comunicación oficial dirigida al ministro de la guerra del Gobierno de la República y en una carta particular enviada a don Justo Benítez. La circunstancia de haber sido escritos esos documentos en momentos en que tenían lugar los sucesos a que ellos se refieren, les dan un carácter de exactitud que los hacen muy atendibles. Tal vez hubieran desaparecido varios de ellos, si no hubieran sido comunicados oficialmente por la Legación Mexicana en Washington al Gobierno de los Estados Unidos, con el objeto de tener a aquel Gobierno al tanto de las operaciones militares en la República y haber sido comunicados por el Presidente de aquel país al Congreso del mismo, a petición de la Cámara de Diputados, e impresos por acuerdo de esta Cámara. A esta circunstancia se debe el haberse perdido el texto español de algunos de ellos y estar atendidos tan sólo a su texto en inglés del que han sido traducidos de nuevo al español. El texto español ha tenido que tomarse después de los archivos del Departamento de Estado de los Estados Unidos.

“Xochihuetlán, (a), 12 de agosto de 1866.—Querido amigo:

“Llevaba algunos días de estar encerrado, girando en un círculo muy pequeño, en esta frontera del Estado de Guerrero, fingiendo algunas ope-

a) *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera.*—1860-1867.—Nota Núm. 683. Vol. VIII, Pág. 400.

raciones pequeñas que hicieran creer al enemigo y aun a los amigos que eran el objeto único de mi presencia por aquí. Pero mientras me ocupaba activa y muy reservadamente de preparar un sacudimiento general desde el tercer Distrito de México hasta Tehuantepec, esto es: todo el sur de los Estados de Puebla y Oaxaca, y todo el Distrito antes mencionado. En los últimos días de estos trabajos he llegado también a la parte norte del Estado de Puebla y si bien creo que mi trabajo no es una obra completa, estoy seguro de que en mi situación, bastante mala por la faz monetaria, no me era posible hacer más para su perfección. Así es que bien o mal trabajado, tengo en mis manos todos los hilos y comienzo a sacudirme, hasta ahora con buena fortuna.

“Me aproximaba a Chiautla para proteger un movimiento que debía verificar una parte de su guarnición, el 14 del corriente, simultáneamente con la toma de San Juan Ixcaquistla, y según correos que he recibido en todo el día de hoy, se festinaron uno y otro, porque así fué necesario para no caer en un lazo. El de Chiautla puso en mi poder 150 infantes, 50 caballos, un obús de montaña y el depósito de armamento que allí había, cuya importancia aún no conozco. El de San Juan Ixcaquistla pone a mi disposición 40 caballos de los de Flon y 150 más que se reunieron para ejecutar la operación.

“El tercer Distrito de México también comienza a rebullirse, y en este momento destaco a Leyva con una caballería para que uniforme y dirija las operaciones que se harán sentir para el imperio hasta el 14. Para esa fecha, Segura, con 160 infantes, me entretendrá a 309 austríacos que se hallan en Huajuapán, mientras yo me apodero de Acatlán y de Tepeji.

“En la misma fecha Felipe Cruz y Romualdo Zárate, que mandan la fuerza de la montaña mixteca, se aproximarán sobre la cordillera hasta Peras, y Figueroa que dispone de 800 infantes y 200 caballos en Cuicatlán, atacará a Tehuacán, y conseguirá, cuando menos, que aquella guarnición y la de Puebla no se ocupen mucho de mí.

“Respecto a lo que sucederá en la misma fecha por Tlaxcala, Texmelucan, Huamantla, etc., nada debo decir aún, puesto que tú conoces ese plan, que es viejo, y que sólo faltaba fijarle día para su desarrollo. En la misma fecha, López Orozco se moverá con fuerzas de la Costa Chica, por el rumbo de Zola, hasta donde pueda; y Juchitlán batirá a Tehuantepec.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

“No he dado participo a García porque no quiero quitarle su atención, que debe estar fija sobre Tlacotalpam.

“Próximamente te diré el resultado completo de este registro y la aventura que debe seguirle, y entonces verás el motivo que tenía yo para no pasarme a Oaxaca.

“El general Leyva, gobernador del tercer Distrito de México, como más inmediato a mí, y animado por nuestra afinidad, se ha unido de hecho a la Línea de Oriente. De ella recibe dirección y elementos. Procura que este hecho sea confirmado por el Gobierno.

“Acabo de recibir tu carta de 12 de julio, pero no puedo seguir escribiéndote, porque son las dos de la mañana y me esperan los caballos ensillados y formada la tropa. Por esta misma razón no puedo escribir a Romero. Hazme el favor de mostrarle ésta y saludarlo, lo mismo que a su apreciable familia.

“Se me olvidaba decirte que quien ejecutó el movimiento de antier en Chiautla fué Visoso, y que batió y derrotó a Gavito, comandante militar de dicho punto, quien murió en la acción.

“Las operaciones de Tepeji, Acatlán y demás, las ejecuta don Vicente Ramos.

“Si como dices estarás por nuestras tierras para octubre, no seré muy atrevido al ofrecerte que para esa fecha nos veremos en Oaxaca.

“Aunque Maximiliano me favorece con el armanto que reparte a los pueblos, éste no es de mejor clase; por consiguiente, no pierdo la esperanza de cambiarlo por el que me puedas conseguir con Romero; sobre todo carezco de municiones, porque de esto sí escasea mucho Maximiliano y aunque Alvarez me da cuantas puede, no me puede dar todas las que necesito, lo cual me pone en gran dificultad, que es buena añadidura a la diferencia de mis armas con las del enemigo.

“Te desea felicidades tu hermano.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.—Señor licenciado D. J. Justo Benitez.—Nueva York.”

CARTA DEL GENERAL DIAZ AL SEÑOR ROMERO,

Chinantla (a), 20 de agosto de 1866.

“Muy querido amigo:

“Deseo instruir a usted de mi situación actual y progresos que voy teniendo en ella, y como tengo el mismo deber para con el Supremo

a) Distrito de Acatlán, Puebla.

Gobierno, y no cuento con el tiempo necesario para duplicar este trabajo, remito a usted abierta toda mi correspondencia oficial para que se informe de ella antes de darle dirección.

“Tenga usted la bondad de saludar a Benitez, dándole conocimiento de mis trabajos, y de presentar mis recuerdos muy afectuosos a la señora, su mamá, a la señorita, su hermana, y a don Cayetano.

“Su amigo y S. que lo aprecia, y saludándole afectuosamente S.M. *Porfirio Díaz*.—Rúbrica (a)”.

“República Mexicana, Línea de Oriente.—General en Jefe.

“Ciudadano Ministro: Aprovechando el estado de distracción en que actualmente se encuentra el ejército invasor, por las operaciones de las fuerzas republicanas en el interior del país he dispuesto hacer un movimiento general de los pequeños elementos de guerra con que cuento en los Estados de México, Puebla, Oaxaca, Tlaxcala y Chiapas; y ha comenzado a realizarse el día 10 del corriente con buen éxito hasta ahora. En ese día el coronel ciudadano Jesús M. Visoso, sublevó ciento cincuenta infantes de la guarnición de Chiautla y derrotó con ellos el resto de la guarnición que mandaba el traidor Gavito, incorporándose enseguida con su fuerza, un obús de montaña y ochenta y seis fusiles sobrantes. El 13 del mismo mes nos hallábamos al frente de Chiautla, cuya plaza había sido recuperada por el enemigo reforzado con la guarnición austriaca de Matamoros en ese día, dos distintas ocasiones creía que el enemigo aceptaba el combate que mi presencia le ofrecía; pero en las dos ocasiones no hizo más que salir a ver mis fuerzas, sin dejar el apoyo de la plaza fortificada.

a) Fragmentos de esta carta aparecen en el volumen I de estas *Memorias*, y aquí se inserta íntegramente.

Dos comunicados oficiales envié a nuestro ministro en Washington con esta carta, la que se inserta en seguida y otra de la misma fecha en que se transcribía el parte oficial que me dió el general D. Luis Pérez Figueroa de la acción de Zoyal fechada en Teotitlán del Camino, el 10. de mayo de 1866 que por no tener relación con las operaciones militares que yo dirigía directamente, no la inserto aquí.

Estos documentos fueron comunicados por nuestro ministro en Washington al secretario de Estado de los Estados Unidos de América con nota de 21 de octubre de 1866, y transmitidos por el presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país con su mensaje de 29 de enero de 1867, e impresos por acuerdo de la misma Cámara. (*Documento del Ejecutivo Núm. 76 del segundo período de sesiones de la Cámara de Diputados del Congreso 39º Pág. 300.*)

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera. 1860-1867. Nota Núm. 698. Vol. VII, Pág. 423.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

En tal situación recibí aviso de que el teniente coronel Ignacio Sánchez Gamboa, a la cabeza del pueblo de Ixcaquixtla había batido al traidor Granados Maldonado, prefecto de Tepeji, haciéndole siete muertos, veintiséis prisioneros, quitándole treinta fusiles y dispersándole la mayor parte de la fuerza, de la cual se pasaron a nuestras filas durante el combate, veintiocho jinetes traidores. Embarazado Sánchez Gamboa por su pequeño botín y perseguido de cerca por fuerzas procedentes de Tepeaca y Puebla, demandaba mi protección para incorporármese, mientras el enemigo, encastillado en Chiautla, no daba esperanzas de aceptar un combate fuera de sus atrincheramientos. En tal virtud mandé al ciudadano general Francisco Leyva, gobernador del tercer Distrito de México con 70 caballos, para reunir las partidas republicanas que se hallan en su distrito, organizar y armar a la parte de aquel vecindario que se halla dispuesto a defender la independencia, y establecer allí las autoridades republicanas; y con el resto de la fuerza que está a mis inmediatas órdenes, marché para este punto, a donde se me reunió con su fuerza el expresado ciudadano teniente coronel S(ánchez) Gamboa.

Mientras esto pasa por aquí, el ciudadano general Luis P. Figueroa ha debido amagar vigorosamente la plaza de Tehuacán por la parte norte; el comandante de batallón ciudadano Felipe Cruz, a la cabeza de ciento cincuenta montañeses de la mixteca, ha debido ocupar el mineral de Peras el día 12; en la misma fecha el coronel ciudadano Manuel López Orozco ha hecho su marcha agresiva de Jamiltepec a Zola; la guarnición de Juchitán debe haberse trasladado a Tequisistlán para cortar el camino entre Tehuantepec y Oaxaca. Espero el resultado de todas esas operaciones, que deben haberse ejecutado simultáneamente, y me aprovecharé del conflicto del enemigo para extender mi campo de operaciones por este lado y adquirir algunos recursos para mantener a mis soldados, lo cual servirá también para desafiar al enemigo que se halla en Puebla, por medio de marchas cerca de aquella ciudad. Si, como me prometo con fundamento, sale a perseguirme, lo alejaré de su centro cuanto sea posible, y lo batiré sólo en el caso de estar seguro del buen resultado, pues no es ese mi objeto, sino hacerlo de esta parte, para poner en acción los grandes elementos con que cuento en la parte norte del Estado de Puebla, en Tlaxcala y aun en la misma ciudad de Puebla, adonde ya comienza a agitarse la insurrección. Próximamente tendré el gusto de poner en conocimiento de usted el resultado de todas estas maniobras, en las cuales no he dado participo a las fuerzas de

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Chiapas, Tabasco y Veracruz, porque las primeras deben estar en los límites de Oaxaca en observación de las operaciones de Juchitán sobre Tehuantepec y las del general García sobre Tlacotalpam, y las segundas deben conservarse siempre en guardia contra los agresores de Yucatán.

“Patria y Libertad. Chiautla, 20 de agosto de 1866.—(Firmado) Porfirio Díaz.—C. General Ministro de la Guerra.—Chihuahua.”



LXIV

H U A J U A P A N D E L E O N

Del 15 de agosto al 13 de septiembre de 1866

Pocos días después de mis pláticas con el general Trujeque, el general don Vicente Ramos, tenientes coroneles Manuel Sánchez Gamboa y Antonio Gamboa y algunos otros oficiales vecinos de Itzcaquixtla, se levantaron en actitud de guerra con cuarenta y tantos hombres bien montados y armados, del mismo pueblo, y esto hizo que Trujeque abandonara su cuartel en Tecache y se situara en Huajuapán de León donde había una guarnición austríaca.

En esos momentos yo tuve la fortuna de que don Juan Ibarra, dueño de una pequeña finca en el valle de Huamuxtitlán, me facilitara quinientos pesos y que don Mariano Ruiz, de Silacayoapan, me prestara mil, recursos que aunque pequeños eran muy valiosos en las circunstancias que yo guardaba. Con estos pequeños recursos y el engrosamiento de mi fuerza con la de Ramos que se movía para incorporármeme, emprendí mi marcha y me incorporé con él en Piaxtla, del Estado de Puebla.

Avancé hasta Tepeji de las Sedas y mandé una partida que fuera a sorprender en Tlacotepec la diligencia que traía la correspondencia de Oaxaca.

En esa correspondencia había entre otras, una carta de don Francisco Sáenz de Enciso, administrador de alcabalas de Oaxaca, dirigida al licenciado don Manuel Dublán, quien a la sazón se encontraba en México sirviendo al imperio, en que aquél le suplicaba que le situara algún dinero, en una casa donde estuviera muy seguro, aunque ganara poco interés o no lo venciera; y que le consiguiera un destino en México, cualquiera que fuera su dotación, porque, eran sus palabras: “ya Porfirio Díaz to-

caba el territorio del Estado, y cayendo él (Enciso) en manos de ese hombre, la fusilata era segura.” Comprendí por esto el estado de abatimiento en que se encontraba el ánimo de todos los servidores del imperio, y esa circunstancia me inspiró la idea de adoptar en mi correspondencia y algunas veces en mi conducta, un tono amenazador e inexorable para todos los traidores y que me dió muy buenos resultados.

Cuando se me incorporó la partida destacada sobre Tlacotepec, las guarniciones de Tehuacán, Huajuapán de León, de Tepeaca y de Acajete, se movían simultáneamente, dando a conocer el propósito de encerrarme en Tepeji.

La fuerza de Huajuapán era la más seria y la dejé avanzar hasta Santa Inés. Cuando ella se puso en marcha de Santa Inés para Tepeji y las otras estaban ya muy cerca, emprendí mi marcha por el pueblo de Atexcal, y en una marcha forzada por Chazumba y por toda la barranca de ese nombre, fui a salir cerca de Huajuapán de León, sin haber tocado camino nacional ni vecinal.

Como mi arribo a Huejuapán era inesperado, encontré en Sabana toda la caballada de Trujeque, que estaba en dicho punto y como su excusa por el acontecimiento de Tacache me había parecido obvia, dije a los remonteros que se retiraran para el pueblo y dijeran a Trujeque que lo esperaba yo afuera. Le dirigí un pequeño recado escrito en que le prevenía que ensillara y saliera a incorporarse conmigo. Procedí así porque a más de Trujeque, había fuerza austríaca de infantería que ocupaba las alturas de Huajuapán.

Estaba yo tan cerca de la ciudad que a poco de haber entrado la caballada oí tocar bota-sillas y me parecía que Trujeque iba a cumplir mis órdenes, cuando lo vi salir; no obstante que con alguna cautela tenía formada mi fuerza, avancé más de un tiro de mosquete a encontrarlo y en esos momentos rompió sus fuegos sobre mi fuerza, obligándome a atacarlo, y hacerlo volver a las calles de la ciudad hasta donde yo podía penetrar en su persecución, con mucho peligro por los fuegos de los infantes que coronaban los edificios.

Así permanecí dos días, y cuando calculé que era ya tiempo para que regresara la columna enemiga que debía haber llegado hasta Tepeji y de que estuvieran cerca de mí las otras de distinta procedencia que también me perseguían, me retiré por la montaña rumbo a Tlaxiaco.

La noticia de mi presencia en Tlaxiaco alarmó mucho a la guarni-

ción de Oaxaca y salió en mi persecución el general Carlos Oronoz que era el jefe de aquella zona militar, con mil quinientos hombres de las tres armas. No estando yo en condiciones de resistir a semejante fuerza, me dirigí a Chalcatongo, donde tal vez hubiera podido resistir, protegido por las condiciones del terreno y ayudado por los indios de la montaña, que todos eran patriotas celosos.

Después de algunos días de permanecer el enemigo en Tlaxiaco y yo en Chalcatongo, con mucha escasez de víveres y forrajes, así como de municiones, pues llovía mucho y no era posible secar la poca pólvora que podíamos elaborar, empezaron a desmoralizarse mis soldados, entre otras causas por la inacción y a desertar en partidas.

Las cartas siguientes escritas por mí en aquellos días, explican bien la situación que yo guardaba entonces.

“Ixcaquixtla, (a) septiembre 10 de 1866.

“Estimado amigo:

“Hace cinco días entré a Tepeji después de haber derrotado a su pequeña guarnición que huyó, dejándome varios prisioneros y algunas armas. Permanecí allá dos días y en seguida vine a este lugar. Los traidores austro-franceses no se atrevieron a seguirme, sino que continuaron fortificándose en Tepeaca. Acatlán está completamente interceptado y muy pronto lo atacaré.

“No espero conseguir en estas poblaciones más que armas. Ayer al amanecer mandé una compañía de caballería a las poblaciones vecinas para recoger las armas que habían distribuido los franceses, y volvió hoy trayendo un gran número de fusiles y pertrechos de guerra. He despachado hoy otra expedición con el mismo objeto.

“El señor don Rafael J. García es ahora gobernador interino del Estado de Puebla, y he nombrado al general Cuéllar comandante militar de los Distritos al Norte de Puebla y de Tlaxcala.

a) Esta carta fué comunicada oficialmente por nuestro ministro en Washington al secretario de Estado de los Estados Unidos de América en nota de 20 de noviembre de 1866 y transmitida por el presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país con su mensaje de 29 de enero de 1867, y publicada por acuerdo de la misma Cámara. (*Documento del Ejecutivo* Núm. 76. Cámara de Diputados del Congreso 39º de los Estados Unidos en su segundo período de sesiones. Pág. 304.)

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera. 1861-1867. Nota Núm. 762. Vol. VIII. Pág. 588.

“El general Méndez está al mando de la Sierra de Puebla. El general Ramos es jefe de los Distritos de Occidente, y el general Leyva está operando en las inmediaciones de Cuernavaca, mientras que Figueroa amaga a Tehuacán . . .

“Su afectísimo atento servidor.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.—Al señor don Matías Romero.—Washington.”

“Campo sobre Huajuapán (a), 5 de septiembre de 1866.

“Muy estimado amigo:

“Después de mi expedición a la parte sur del Estado de Puebla he engrosado considerablemente mis fuerzas; mas no obstante, nada serio puedo emprender, por la escasez suma de municiones, que me obliga a no poder atacar plazas como ésta, que estén atrincheradas.

“Ya he pedido muchas veces al general Álvarez que me preste algunas pero he conseguido muy poco, porque tampoco está abundante de ellas, a lo que parece, el Estado de Guerrero.

“En consecuencia me voy a dedicar al progreso de mis fuerzas, mientras puedo obtener parque suficiente para emprender grandes operaciones; por lo que he resuelto colocar mis infanterías en seguridad y yo recorreré por todas partes la Mixteca con una fuerza de caballería.

“Como siempre me repito de usted afectísimo amigo y SS. (Firmado) *Porfirio Díaz*.—Señor licenciado don Matías Romero.”

“Tlaxiaco, septiembre 9 de 1866.

“Muy estimado amigo:

“En mi última que escribí a usted de mi campaña frente a Huajuapán, le manifesté que tendría que retirarme, sin intentar el ataque de la plaza, por la escasez suma de municiones. Mi objeto era ver si el enemigo abandonaba sus atrincheramientos para batirlo afuera; desde por la mañana retiré mi infantería poniéndola en marcha a la vista del enemigo, y permanecí con la caballería amagando la plaza. Por un momento creí que se realizaban mis deseos, pues en la tarde la caballería enemiga hizo una salida, cargando impetuosamente sobre mi ala derecha que se apoyaba en el Calvario, pero ésta resistió el choque, y al lanzarme a escape sobre ellos con un trozo de la reserva, volvieron grupas aceleradamente y se refugiaron

a) *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera*.—1860-1867.—Nota Núm. 805. Vol. VIII, Pág. 681.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

dentro de la población, habiendo tenido cinco hombres fuera de combate. En la noche verifiqué mi retirada, y me he venido a este punto, concentrando las fuerzas de la primera división para ocuparme de la fabricación de municiones, después de lo cual volveré a emprender la campaña, si antes no soy atacado.

“Adjunto a usted, para que tenga la bondad de dirigirlas al Gobierno, unas transcripciones de los partes que he recibido últimamente de algunos hechos militares de la línea de mi mando.

“Deseo que usted se conserve bueno, y me repito su afectísimo amigo y S. S.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.—Señor licenciado Matías Romero, ministro de la República Mexicana en Washington.” ¹⁷



CAPÍTULO LXV

REGRESO A LA CAMPAÑA DEL CORONEL FELIX DIAZ

Del 9 de febrero de 1865 al 14 de septiembre de 1866

Al rendirse la plaza de Oaxaca el 9 de febrero de 1865, el coronel Díaz que se encontraba en las vertientes de la sierra de Ixtlán, tuvo que retirarse hasta Tuxtepec. En esa retirada se le separó el coronel Ladislao Cacho con sus guerrilleros de Tehuacán, quien se sometió con los suyos al imperio y se le fueron separando algunas otras, al grado de llegar con muy pocos soldados a la línea de Tlacotalpam, que mandaba el general Alejandro García.

El servicio militar no estaba en esa línea establecido en condiciones estrictamente militares, tanto porque muchos de los principales jefes y oficiales no lo eran de profesión, cuanto porque el carácter de la gente de aquel rumbo se presta muy poco a la disciplina militar.

Por causa de algunas objeciones que el coronel Díaz hacía al servicio militar de aquella zona, comenzó a hacerse poco simpático para aquellos patriotas y para su jefe el general Alejandro García, circunstancia que me obligó a prevenirle desde la prisión, que se retirara a los Estados Unidos y que desde allí ofreciera sus servicios al Gobierno, procurando que al aceptarlos se le destinara a algún núcleo de fuerzas organizadas más militarmente que el de la costa; y que dejara el personal y armamento que tuviera a disposición del señor general García.

Con este motivo se embarcó para los Estados Unidos a principios de mayo de 1865, donde permaneció poco más de un mes^a y regresó a

a) La nota de la Legación Mexicana en Washington Núm. 290 de 20 de junio de 1865 dirigida a la Secretaría de Relaciones Exteriores de la República contiene varios detalles de la visita del coronel Díaz a Nueva York y Washington y de sus propósitos.

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera. 1860-1867. Nota Núm. 290. Vol. V, Pág. 396.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

incorporarse con el Gobierno Nacional en Chihuahua, y fué destinado a la línea que mandaba el general Terrazas, gobernador de aquel Estado, y concurrió con el general Sóstenes Rocha al ataque y ocupación de la ciudad de Chihuahua.

Pasado este ataque, tuvo noticia el coronel Díaz que yo me había evadido de la prisión y que estaba otra vez en actividad, y haciendo la penosa travesía desde Tampico hasta Oaxaca por la Huasteca y Veracruz, comenzó a hacerse sentir organizando fuerzas y batiendo al enemigo en los alrededores de Oaxaca cuando yo hacía lo mismo por la Mixteca, de cuyo hecho tuvo conocimiento en Chalcatongo, por don Eugenio Durán el 14 de septiembre de 1866, según diré en seguida.

CAPÍTULO LXVI

N O C H I X T L A N

28 de septiembre de 1866

El día 14 de septiembre de 1866, en la noche al visitar mis avanzadas de servicio, me encontré con que la que cubría el camino para Tlaxiaco había desaparecido. Mandé dos ayudantes a visitar las que cubrían las otras dos vías laterales y me participaron que había pasado otro tanto con ellas. Entonces mandé a mis ayudantes a vigilar las vías que quedaban abandonadas, y yo permanecí en la directa de Chalcatongo a Tlaxiaco con mi clarín, pensando en lo que haría yo al día siguiente para interrumpir el período de desmoralización que se iniciaba en mis fuerzas. Cuando parecía, pues, mi posición más desesperada, estaba yo en vísperas de obtener una serie de victorias que dieron por resultado la ocupación en nueve meses, de la ciudad de México.

Después de algunos momentos de meditación, y antes de aceptar decisión alguna, que probablemente hubiera sido emprender cualquier movimiento, oí pasos de caballo sobre el camino, y alguna voz que indicaba conversación, lo cual me hacía creer que cuando menos eran dos personas las que venían. Permanecí quieto hasta que tuve los bultos a la vista, y entonces me adelanté con mi clarín a sorprenderlos, resultando que eran un hombre a caballo y un indio a pie, que le servía de guía. El de a caballo era un español llamado Eugenio Durán, a quien yo no conocía, y después de alguna conversación que tuvo conmigo, en la que ocultaba el objeto de su presencia en aquellos lugares, cuando se convenció de quien era yo, me entregó unos pequeños pedazos de papel escrito que traía con la firma de mi hermano, en que me avisaba que aprovechando el estado de debilidad en que quedó la ciudad de Oaxaca

con la salida de Oronoz a perseguirme, la amagaban tan de cerca, que que pocos días antes había penetrado por las calles de San Juan de Dios hasta la plaza del mercado, poniendo en gran alarma toda la ciudad y obligando a la pequeña guarnición de Oaxaca a meterse detrás de trincheras los mismo que a la policía.

Entonces supe que mi hermano estaba en el país y que se encontraba en actitud guerrera, pues creía yo que se hallaba todavía en los Estados Unidos. Agregaba Durán que con motivo de las maniobras de mi hermano que seguramente habían llegado a noticia del enemigo que ocupaba Tlaxiaco, éste se movía violentamente para Oaxaca, y era probable que en los momentos que hablaba conmigo, que serían entre tres y cuatro de la mañana, el enemigo estaría retirándose de Tlaxiaco. Con esta noticia ya no me cuidé más de los caminos; subí violentamente al Cuartel General en compañía de Durán; antes de llegar, mandé tocar diana y en seguida llamada de honor. Acudieron a mi alojamiento con toda prontitud los jefes y oficiales; les leí los papeles que acababa de recibir; les manifesté que el enemigo abandonaba Tlaxiaco en esos momentos y mandé dar el primer toque de marcha.

Ocupé a Tlaxiaco entre 10 y 11 de la mañana, cuando el enemigo acababa de abandonarlo. Conseguí algunos recursos de los comerciantes y en el mismo día seguí la marcha sobre la huella del enemigo. En la tarde alcanzamos algunos soldados cansados y la escolta de un oficial enfermo, a quien conducían en camilla.

El hecho de haber tomado la iniciativa contra el enemigo, cambió por completo el ánimo de mis soldados y en esas condiciones emprendí mi marcha hasta Yanhuitlán donde había un destacamento de cerca de doscientos húngaros atrincherados, que no quisieron aceptar combate fuera de sus trincheras.

Oronoz había hecho alto por poco tiempo en Nochistlán y con este motivo me dirigí al pueblo de las Andalías en donde encontré a mi hermano que venía, procedente de las inmediaciones de Oaxaca, con objeto de incorporárseme, con la fuerza que había organizado.

Oronoz siguió su marcha rápidamente para Oaxaca, y yo, en compañía de la fuerza de mi hermano pernocté en Tecomatlán, pueblo que distará unos 8 ó 10 kilómetros de Nochistlán, hacia el Sur y al pie de la montaña.

En la noche supe que los húngaros acuartelados en Yanhuitlán ha-

bían hecho una excursión en Nochistlán en número de 100 caballos. Calculando que allí podría encontrarlos, me dirigí a Nochistlán violentamente antes de amanecer, dejando a la infantería en Tecamatlán a las órdenes del coronel don Manuel González. Me acompañó mi hermano quien entre sus soldados tenía también un pequeño piquete de caballería. Llegamos a Nochistlán cuando comenzaba a amanecer y nos avisaron que los húngaros habían permanecido allí pocas horas y habían vuelto a tomar el camino de Yanhuitlán.

Apenas habíamos avanzado algunos pasos sobre el camino de Yanhuitlán, cuando vimos formado en una loma un escuadrón de húngaros al cual nos dirigimos en son de carga, en dos distintas fracciones de las cuales yo mandaba la principal y el coronel don Vicente Ramos la otra.

Tuvimos varios choques muy reñidos y sangrientos con los húngaros, que al fin emprendieron una marcha muy táctica y muy bien ejecutada que les permitió llegar a Yanhuitlán no sin sufrir grandes pérdidas; y si los soldados que yo mandaba hubieran tenido la mitad de la disciplina de aquellos hombres, evidentemente que no hubiera escapado ninguno de ellos.

Dejaron en el campo de combate muchos hombres y caballos heridos unos y muertos otros, entre los últimos el jefe del escuadrón, Conde de Gants. El escuadrón de húngaros tendría cien hombres y mi fuerza tal vez llegaba a muy cerca de trescientos; pero había gran diferencia entre la disciplina de ambas. Por mi parte tuve también algunos heridos siéndolo muy grave el entonces mayor de caballería don Manuel Bravo, hoy coronel de la misma arma y diputado del Congreso de la Unión.¹⁸



GENERAL IGNACIO MEJÍA.

LXVII

M I A H U A T L A N

3 de octubre de 1866

Vuelto a mi campamento de Tecomatlán, emprendí otra vez la marcha por el rumbo de las Andallas, mandando a mi hermano por la vía más corta a colocarse al norte de la ciudad de Oaxaca, apoyándose en la sierra de San Felipe del Agua, con orden de amagar seriamente la plaza si el enemigo la debilitaba sacando alguna tropa en mi persecución, y ofreciéndole que yo haría una cosa semejante por el sur, en los casos en que él fuera perseguido por el enemigo, porque si no le era posible en esas acometidas tomar la ciudad, a lo menos serviría para distraer a la columna que me persiguiera y viceversa.

En cumplimiento de esta combinación hice mi marcha de las Andallas a Peras y de Peras a Huajolotitlán, llegando hasta Zimatlán. Pernocté en ese pueblo y supe que una fuerte columna mandada por el general Oronoz, salía en mi persecución.

Evadiendo el choque del enemigo me dirigí a Ejutla y allí permanecí hasta que Oronoz se movió de Zimatlán y entonces ocupé Miahuatlán. Permaneció el enemigo dos o tres días en Ejutla, y vo en Miahuatlán.

El 3 de octubre de 1866 mis vigías que se habían descuidado, vinieron a avisarme que el enemigo se movía sobre mí, y cuando me lo decían casi estaba el enemigo a la vista, a lo menos así se comprendía por el polvo que levantaba en su marcha.

Yo había mandado limpiar las armas para pasar revista de comisario, que debía tener lugar en la tarde de ese día, y con ese motivo aun quedaban muchos fusiles desarmados. Mandé que violentamente se armaran, que la tropa se pusiera en estado de recibir órdenes y que se cargaran las mulas con los bagajes, y que cuando todo esto estuviera hecho el coronel González emprendiera su marcha, con toda la infantería por el

camino de Cuixtla, que es montañoso, desde la salida de Miahuatlán. Yo con mi numeroso Estado Mayor y mi escolta como de treinta hombres de caballería, marché hacia el camino que traía el enemigo, dejando ordenado que luego que estuviera ensillada y lista la caballería siguiera mi movimiento, y que recibiría órdenes al incorporárseme. El general don Vicente Ramos mandaba la caballería que constaría de unos 280 caballos.

Seguí yo mi marcha hasta una colina que parte por la mitad la carretera para Oaxaca y que distará como un kilómetro de la plaza de Miahuatlán. Mi escolta y ayudantes fueron colocados en línea de tiradores sobre la cumbre de la colina; y como el enemigo no podía ver lo que había detrás de ella, creyó que allí había fuerza con quien tenía que combatir, hizo alto y montó sus obuses de montaña que venían a lomo de mulas. En esos momentos aparecía la columna de caballería saliendo por una de las calles principales del pueblo a incorporárseme, y en este instante la vió bien el enemigo aunque la perdía de vista a proporción que se acercaba a la colina. Con muy poca diferencia comenzó a salir por el camino de Cuixtla la infantería que mandaba el coronel González. El enemigo naturalmente creyó entonces que se trataba de una retirada y que mi presencia, cortando el camino, no tenía más objeto que dar tiempo a la infantería para que se alejara de aquel lugar. En consecuencia reunió su caballería que había colocado a los dos costados de la infantería y comprendiendo yo que iba a darme una carga decisiva, ordené al general Ramos que por la misma calle por donde había venido volviera a la plaza y saliera a juntarse con el coronel González que debía esperar en la loma por la que iba desfilando. Toqué alto frente al coronel González y destaqué un ayudante con orden de traerme cincuenta hombres de infantería de los que por no haber ascendido a la colina no estaban a la vista del enemigo, y que los condujera por dentro de la barranca, a fin de que pudieran llegar cerca del camposanto del pueblo, sin que el enemigo los viera.

Al ordenar al general Ramos que se retirara con su caballería cuando fuera atacada por el enemigo, no tuve el tiempo bastante para hacerle explicaciones detalladas, ni tenía él por su parte la educación militar suficiente para comprender y ejecutar mi orden, dada en pocas palabras; y temiendo yo que no la cumpliera exactamente, encomendé al coronel Espinosa y Gorostiza que quedara con Ramos, para explicársela y cui-

dar de su exacta ejecución; diciéndole al retirarme, que Espinosa conocía mejor mi propósito y le diría lo que debería hacerse.

Apenas había yo dado algunos pasos, cuando Ramos manifestó al coronel Espinosa su propósito de defenderse, diciéndole que él no sabía retirarse sin pelear, porque no era cobarde. Espinosa le repuso que mi propósito era pelear, y que para lograrlo con buen éxito era indispensable que él cumpliera exactamente con la orden que yo le había dado, y merced a su explicación se ejecutó ésta.

En el movimiento de retroceso del general Ramos le incorporé mi escolta y mi Estado Mayor y me quedé sólo con un clarín en una de las bocacalles del pueblo por donde tenía que pasar mi caballería y en seguida la del enemigo.

La caballería enemiga cargó resueltamente sobre la mía en su retirada y cuando pasaron por donde yo estaba, y cuando ya comenzaba a hacer uso hasta de arma blanca contra los soldados de retaguardia, apareció en momentos oportunos una partida de paisanos de Miahuatlán armados y organizados por su cuenta, que sin que yo tuviera antecedentes ni noticia de ello, dentro de un sembrado y a la izquierda del enemigo, le hacían fuego casi a quemarropa.

Yo había colocado los 50 hombres que pedí al coronel González y que eran tiradores de la montaña, emboscados dentro de la milpa y muy cerca de la calle por donde debía pasar el enemigo. En consecuencia, al aparecer la caballería enemiga y comenzar a recibir los fuegos de los paisanos le hizo un fuego nutrido la infantería que yo había emboscado y así pudo salir nuestra caballería y atravesar la población para unirse al coronel González.

La caballería de Ramos fué casi alcanzada por la del enemigo y habría sido enteramente destruída, porque su número era mayor, si no hubiera sido por la circunstancia de que los cincuenta hombres de la columna del coronel González que aposté dentro de un sembrado de maíz, les hizo un fuego muy certero y casi a quemarropa, a la vez que los paisanos armados de Miahuatlán hicieron otro tanto, del otro lado de la calle principal que era la que traía la caballería enemiga, lo cual la desorganizó y la obligó a regresar a galope.

La caballería enemiga volvió a incorporarse con la infantería que formaba en batalla cerca del camposanto, haciendo frente al coronel González con la barranca de por medio.

Los paisanos de Miahuatlán fueron rechazados al centro de la población con muchas pérdidas porque eran muy atrevidos y estaban muy ebrios. Los tiradores montañeses habían quedado ocultos dentro del maíz y buscando yo paso a la barranca, me incorporé al coronel González en el momento en que el enemigo desplegaba en cadena de tiradores, un batallón que mandaba el teniente coronel Pedro Garay, y formaba en columnas paralelas el resto de su infantería con su caballería a retaguardia.

Una vez incorporado con el coronel González, mandé que la caballería tomara distancia como para cubrirse de los fuegos del enemigo, y como todos estábamos en la cima de la colina a pocos pasos la caballería quedaba fuera de la vista del enemigo.

Esa colina da una vuelta en forma de semicírculo, por el lado que en esos momentos era izquierda nuestra y derecha del enemigo y atrás de la colina, en la depresión, hay un pequeño arroyo. Di orden al general Ramos para que hiciera un movimiento de medio kilómetro, por todo el lecho del arroyo, para no levantar polvo, lo cual era bastante para quedar oculto y a espaldas del enemigo. Las líneas de tiradores enemigos nos hicieron un fuego muy nutrido que las nuestras no podían contestar, porque apenas tenían cuatro o cinco cartuchos disponibles; y cuando noté que nuestros fuegos estaban completamente apagados y comprendí la causa, reforcé nuestra cadena con algunos soldados que fueran a intercalarse en ella para refrendar el fuego durante algunos momentos.

Había yo dado orden al general Ramos de cargar sin reserva y con vigor sobre el enemigo en los momentos que yo le tocara tres puntos agudos después de atención, y al capitán Rojas que mandaba los tiradores ocultos en el maíz, que a la misma señal rompieran fuego vivo sobre el enemigo, aproximándose hasta la orilla del plantío y sin salir de él para que no se notara lo reducido de su número. Como no teníamos municiones con que sostener un combate regular, mandé a la infantería descender a la barranca, pasar el arroyo y batir al enemigo en la ribera opuesta, y en esos momentos di la señal que servía tanto para la caballería, como para los tiradores escondidos.

Al notar el enemigo nuestro brusco movimiento, nos lanzó su caballería que fué inmediatamente arrollada y con el impulso de su propia caballería derrotada, se desorganizó su infantería, y se volcaron sus cañones, a la sazón que la nuestra cargaba al sable por la espalda, comenzando por apoderarse de todos los caballos de la oficialidad y cargamento de

municiones que habían quedado a retaguardia.

Sin gran dificultad recogí toda la infantería del enemigo que después de haber tirado sus armas corría en desorden por toda la llanura y con mi caballería hice a la enemiga una persecución de más de tres leguas, de donde regresé entre nueve y diez de la noche y la pasé toda en recoger heridos y armas, dejando para el día siguiente la operación de recoger muertos.

El general Oronoz había huído con varios de sus jefes y oficiales, quedando en el campo el jefe francés Enrique Testard, que mandaba un batallón de fuerzas mexicanas, cuya oficialidad era exclusivamente de franceses, teniendo todas sus clases de sargentos, cabos y algunos soldados del personal de soldados franceses cumplidos, que habían enganchado en México.

La mayor parte de los muertos eran oficiales franceses, puesto que habiendo perdido sus caballos, no pudieron huir, como lo hizo su general de jefe.

Los decretos y órdenes del Gobierno federal contenían el precepto más terminante de ejecutar a todos los mexicanos que fueran aprehendidos con las armas en la mano, sirviendo al invasor extranjero, y aunque estas órdenes por su rigor no llegaron a ejecutarse por lo que hacía a los soldados rasos y oficiales de inferior categoría, por regla general se cumplían con los jefes y oficiales de mayor graduación, cuando se les capturaba como aliados del invasor extranjero y en armas contra su país. Nos veíamos también obligados, hasta cierto punto, a proceder así, por vía de represalia, pues el enemigo mataba a nuestros jefes, sin embargo de que peleaban por la independencia de su patria.

Además en algunas circunstancias era absolutamente necesario proceder con todo ese rigor, porque desgraciadamente el corazón humano se guía del miedo más que de otros sentimientos, y cuando era preciso influir eficazmente en el ánimo del enemigo para desmoralizarlo, se hacían indispensables actos ejemplares de rigor y energía, aun cuando después tuvieran que lamentarse.

No se puede juzgar de sucesos pasados sino colocándose en la situación que guardaban las cosas cuando ellos tuvieron lugar, y esto no es fácil hacerlo cuando han pasado muchos años y todo ha vuelto a su estado regular y normal.

He expresado aquí, aunque muy sucintamente, las causas que me determinaron a ordenar algunas veces la ejecución de los jefes mexicanos

tomados prisioneros, para no tener que repetirlo al hablar del fusilamiento de algunos de los prisioneros de Puebla y otras batallas subsecuentes.

Por las razones que dejo apuntadas, mandé fusilar al día siguiente de la batalla de Miahuatlán, a 22 de los jefes y oficiales que hicimos prisioneros, especialmente de los que antes habían peleado del lado del Gobierno Nacional, a quienes se les consideraba doblemente traidores, por haber abandonado sus filas y unídose al invasor extranjero. No fué ejecutado ninguno de los jefes y oficiales extranjeros capturados en esa jornada ni en las siguientes hasta el término de la guerra por la ocupación de la capital, pues aunque los considerábamos invasores, no tenían la mancha de traidores. Los oficiales franceses capturados en Miahuatlán fueron enviados a la sierra de Oaxaca para su custodia y para que no interrumpieran las operaciones militares, habiéndolos canjeado más tarde, cuando tomé a Oaxaca.

Ocurrió después de la batalla de Miahuatlán un incidente deplorable, que me ha apenado profundamente y que fué cometido en un primer impulso, sin la meditación debida, y que he lamentado mucho. Entre los prisioneros capturados al enemigo estaba el capitán Manuel Alvarez, el mismo a quien había yo dispensado toda mi amistad y mi confianza, pues lo había tenido como ayudante durante el sitio de Oaxaca por los franceses a las órdenes del Mariscal Bazaine, y quien antes de la toma de la plaza, se había pasado al enemigo. Cuando me lo llevaron prisionero, sobre el campo, sólo recordé la ingratitud de su pasada conducta, me indigné grandemente y arremetiéndole mi caballo, le descargué un golpe con mi sable que tenía desnudo en la mano, cayendo sobre él en el acto las lanzas y sables de mi escolta, y quedó muerto. No obstante que yo habría mandado fusilar a Alvarez, como mandé fusilar al día siguiente a todos los oficiales prisioneros traidores, el hecho de haberle inferido personalmente la primera lesión, me apena y amarga constantemente; y como mi pena más grande, cualesquiera que sean las que llegue a expiar por esa incorrección, será la censura de los hombres superiores que conozcan el hecho, no la quiero eludir, ni tampoco aun la de hombres tan débiles como yo, o que no sepan apreciar todas las circunstancias que produjeron mi impresión decisiva, porque esa censura es mía también, por más que ella no sea justa.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

El botín consistió en cosa de mil fusiles poco más o menos, dos obuses de montaña, cuarenta y tantas mulas cargadas con municiones de infantería y de artillería.

Teniendo en cuenta la desigualdad de nuestros elementos, pues yo apenas contaba con cosa de 700 hombres mal armados, desnudos, sin disciplina y con parque que no alcanzaba para sostener el fuego ni por quince minutos, y sin artillería, mientras que el enemigo tenía 1,400 hombres bien organizados, disciplinados, vestidos, armados y elementos de todo género, considero la victoria de Miahuatlán como la batalla más estratégica de las que sostuve durante la guerra de intervención y la más fructuosa en sus resultados, pues ella me abrió las puertas de las ciudades de Oaxaca, Puebla y México.

El día siguiente, 4 de octubre, lo pasé en dar colocación a los prisioneros en los cuadros de batallones que yo había formado, en establecer un hospital que pude organizar, debido a la incorporación del doctor don Antonio Salinas, que me prestó en su profesión importantes servicios.

Pasó en esta batalla otro incidente que creo deber mencionar. La reputación de cobardía que se había dado al coronel don Juan Espinosa y Gorostiza, por su comportamiento en la acción de San Antonio Nahuatipam, lo tenía grandemente sobreexcitado, con tanta mayor razón cuanto que esa imputación no era fundada, pues en efecto, peleó con mucho denuedo así en Miahuatlán como en la Carbonera, y principalmente en la primera de esas batallas. Durante ésta estuvo siempre cerca de mí, y con frecuencia me decía: “fíjese usted en mí, mi general, y no dé oídos a lo que le cuenten; no soy cobarde”. En efecto, los jefes que pelearon con más valor y sangre fría en ese reñido combate.

Inserto en seguida el parte oficial de la batalla de Miahuatlán dirigido el 6 de octubre de 1866 al Ministro de Guerra y Marina, suprimiendo los estados anexos al mismo.

‘Ejército Republicano (a).—Línea de Oriente —General en Jefe— Ciudadano Ministro: Después del combate con los húngaros en No-

a) Este parte fué comunicado oficialmente por nuestro ministro en Washington, en nota de 20 de noviembre de 1866, al secretario de Estado de los Estados Unidos de América y transmitido por el presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país, con su mensaje de 29 de enero de 1867 y publicado por acuerdo de la misma Cámara.

(Documento del Ejecutivo Núm. 76, del segundo período de sesiones de la Cámara de Diputados del 39º Congreso de los Estados Unidos, Pág. 304.)

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera. 1860-1867. Nota Núm. 760. Vol. VIII. Pág. 580.

chistlán el 23 de septiembre, de cuyo hecho tiene usted conocimiento, marché con las fuerzas de mi mando para este punto por Teozacoalco y Peras; luego que el movimiento fué sentido en Oaxaca, se me destacó una columna de 1,100 hombres de las tres armas a las órdenes de Oronoz, que tuve a la vista el 3 del corriente a las tres y media de la tarde. El enemigo marchaba rápidamente y en tal virtud salí con mi escolta, que fué la primera fuerza que estuvo disponible, a contenerlo, entretanto el general Vicente Ramos, con toda nuestra caballería se me presentaba en cumplimiento de la orden que había recibido; pocos momentos después se me presentó y ordenándole que detuviese al enemigo el mayor tiempo posible, pasé a situar la infantería en las lomas, al oeste de esta villa, llamadas de los Nogales, con frente al este; antes había mandado la orden al ciudadano coronel Manuel González, jefe de infantería, para que las ocupara, y en tal virtud, cuando llegué, sólo tuve que hacer ligeras rectificaciones en la línea y situar mi escaso parque, quedando en la forma siguiente: la línea de batalla se prolongaba de sur a norte, hallándose a la derecha el batallón Morelos de Tlapa, con 100 hombres de fuerza a las órdenes del ciudadano teniente coronel Juan J. Cano, seguía tiradores de la Montaña a las órdenes del comandante Felipe Cruz, con 230 plazas, no todas armadas, y cerraba la izquierda el batallón La Patria con 96 plazas, su jefe el coronel Segura y Guzmán. Apoyaba la derecha la Compañía de Chiautla de 80 plazas, en columna, y la izquierda el batallón Fieles de la Patria en la misma formación, a las órdenes de su comandante ciudadano José Guillermo Carbó. Cuando la línea se encontró establecida, el general Ramos, cumpliendo mi orden, se retiraba por el centro de esta villa, dejando en sus calles un pelotón de 30 vecinos armados, a las órdenes del capitán Apolinar García.

“Para impedir que la caballería fuese molestada en su retirada, mandé ocultar en las milpas que formaban las primeras calles de la población, una compañía de 40 hombres de los Tiradores de la Montaña, que obrando en combinación con los vecinos armados, hizo retroceder al enemigo en la persecución, que muy de cerca hacía a nuestra caballería: ésta pasó por el costado derecho a situarse a retaguardia de la línea, y entonces el enemigo hizo un cambio sobre su derecha, quedando por este



MARISCAL BAZAINE, JEFE DE LAS FUERZAS FRANCESAS DE INVASION.

motivo frente a frente de mi línea de batalla, se formó en tres columnas destacando una fuerte línea de tiradores que abrieron el combate y rompiendo sus fuegos de artillería sobre nuestras posiciones, dió principio a la batalla. Nuestros tiradores sostuvieron valientemente el primer impulso del enemigo, que contenido en su avance, se vió obligado a detenerse, aprovechando los accidentes del terreno para continuar el combate.

“Visto el gran número de tiradores del enemigo, reforcé los de mi línea con el resto de la compañía de Chiautla, de la cual una parte estaba ya en combate, 20 hombres del batallón Morelos, de Tlapa y mandé tomase el mando de todos ellos el jefe de mi Estado Mayor el ciudadano coronel Juan Espinosa y Gorostiza.

“El combate se hizo general en toda la línea, y nuestras municiones se iban agotando rápidamente, lo que me decidió a dar una carga sobre las posiciones del enemigo, y terminar a nuestro favor, por el valor de nuestros soldados, un hecho de armas que de otra manera nos hubiera sido adverso, por la escasez completa de municiones.

“Tomada esta resolución ordené que los tiradores pasasen el río que formaba la parte divisoria de nuestras respectivas posiciones. Organicé el resto de mis fuerzas en columnas y ordené al ciudadano general Ramos que él en persona con el escuadrón de Tepeji avanzase por nuestra izquierda a tomar la retaguardia de las posiciones de Oronoz, adelantando nuestro costado derecho al mismo tiempo que el centro, y apoyando el movimiento del escuadrón de Tepeji con las tropas que formaban nuestra izquierda, de tal manera que quedasen envueltas las posiciones del enemigo en el ataque general.

“Tomadas estas disposiciones di la señal de avance, poniéndome a la cabeza de una columna formada por el batallón Fieles y el escuadrón Lanceros de Puebla cuya columna cargó por el centro sobre la artillería enemiga, protegiendo la carga, las fuerzas que vinieron a unírseme ya sobre la línea de batalla del enemigo.

“La dirección del ataque por la derecha fué confiada al ciudadano coronel González con las tropas que cerraban este flanco, donde se encontraba también mi ayudante, ciudadano comandante Juan de la Luz Enríquez.

“Nuestras tropas, venciendo todos los obstáculos, subieron hasta las posiciones ocupadas por el enemigo, y arrojándole, se apoderaron de su artillería, poniéndolo en dispersión y asegurando una cara, pero completa victoria.

“La columna de caballería que a las órdenes del ciudadano general Ramos marchó a tomar la retaguardia del enemigo, ejecutó su movimiento con tan buen éxito, que en el momento que éste era destruido sobre su línea, ella, cortando las cargas, cargaba de revés sobre los dispersos, destruyendo los pequeños grupos que aún permanecían unidos e impidiendo toda reunión.

“Los dispersos fueron perseguidos por espacio de tres leguas y en su fuga dejaban tirada multitud de armamento, cuyo número verá usted por la relación adjunta, lo mismo que la de muertos, heridos y prisioneros, así como la de municiones, efectos y acémilas quitadas al enemigo.

“Me es satisfactorio manifestar a usted que la conducta que observaron en esta jornada los jefes, oficiales y tropa, es de tal manera honrosa, que no permite hacer recomendaciones especiales.

“Los oficiales traidores hechos prisioneros fueron pasados por las armas, conforme a la ley de 25 de enero de 1862, y de sus nombres y empleos adjunto a usted relación por separado, advirtiéndole que algunos de ellos fueron de los que se pasaron al enemigo en el último sitio de Oaxaca.

“Los días 4 y 5 de este mes los he pasado en esta plaza reorganizando mis batallones, en los cuales he refundido a los prisioneros de la clase de tropa, cambiando una gran parte del armamento por el que dejó el enemigo, revisando y separando en lo posible las municiones quitadas también a éste, y estableciendo el hospital; por fin ayer casi en la noche he pasado mi revista de guerra, y hoy marchó para Oaxaca; cuya plaza ha sido ocupada por el ciudadano coronel Félix Díaz reduciéndose el enemigo a Santo Domingo, el Carmen y Cerro de la Soledad.

“A dicha plaza deben concurrir, según mis órdenes, el general Luis P. Figueroa con su brigada, y el coronel Manuel López Orozco con las fuerzas de Costa Chica. Independencia y Libertad.—Miahuatlán, octubre 6 de 1866.—*Porfirio Díaz*.—Ciudadano General Ministro de la Guerra y Marina.—Chihuahua o donde se halle.¹⁹

LXVIII

CUARTO SITIO DE OAXACA

Del 5 al 16 de octubre de 1865

El 5 pasé revista de entrada a mis tropas en la nueva organización que les había yo dado, y en la tarde una escrupulosa revista de guerra, y el 6 emprendí la marcha sobre Oaxaca y pernocté en el Vergel, el 7 en Ocotlán y el 8 en Oaxaca. A poca distancia encontré un comisionado del coronel don Félix Díaz, quien me comunicó, que aprovechando el movimiento de la columna que había salido a atacarme, había asediado vigorosamente la ciudad por el Norte, sorprendiendo una guarnición de cincuenta hombres de caballería que cubría la plaza de Tla-colula y que se dirigía sobre la ciudad con objeto de amagarla más seriamente. En efecto, al día siguiente, según nuevo parte que recibí, el Coronel Díaz había ocupado la plaza y la parte baja de la ciudad, teniendo reducido al enemigo a los conventos de Santo Domingo, el Carmen, Santa Catarina y el cerro de la Soledad.

El 8 en la noche, luego que llegué a la capital, perfeccioné el sitio, ocupando la hacienda de Montoya, la Casa Mata, y el Monte Pelado, y puse mi Cuartel General en la hacienda de Aguilera. Permanecimos así hasta el día 16, en que había logrado estrechar al enemigo en los conventos que le servían de cuartel, hasta quedar con sólo una calle de por medio, entre nuestras posiciones y las suyas.

La siguiente carta que dirigí de San Felipe del Agua, frente a la Ciudad de Oaxaca, al general don Alejandro García, durante el cuarto sitio de esa plaza, entre la batalla de Miahuatlán y la de la Carbonera, da algunos detalles de la primera de dichas batallas y del estado que guardaba el sitio antes de levantarlo con motivo de la aproximación de una fuerte columna de austríacos que venía a proteger la plaza.

“San Felipe del Agua (a), octubre 11 de 1866.

“Estimado compañero:

“Con fecha 4 del corriente escribí a usted dándole cuenta del espléndido triunfo obtenido por las fuerzas de mi mando sobre la expedición que venía a atacarme en Miahuatlán, a las órdenes de Oronoz, pero sabiendo que se extravió mi carta, dirijo a usted la presente dándole un extracto de aquélla, por el que se impondrá usted de lo ocurrido.

Como a las tres de la tarde del 3 del corriente, se avistó al enemigo avanzando a paso veloz sobre Miahuatlán. Resolví salir inmediatamente a su encuentro, y dejando al general Ramos con la caballería para que lo detuviera por algunos momentos, dispuse que ocupara en el acto la infantería una altura que me pareció ventajosa, y poco después rompió sus fuegos sobre nosotros el enemigo. La columna del enemigo se componía de 1,300 hombres de las tres armas, de los que 200 eran de caballería con dos piezas de montaña. El fuego del enemigo fué contestado vigorosamente por nuestros tiradores, y al caer el sol, observando que el enemigo no emprendía un ataque general, y encontrándome muy escaso de parque, me decidí a atacarlo, con cuyo fin organicé mis columnas, descendiendo de las alturas que ocupaba sobre la línea del enemigo. Al atravesar el río que separaba nuestras posiciones, se introdujo el desorden en el campo del enemigo, y al atacarlo, sus batallones emprendieron la fuga (aunque se formaron pequeños grupos que hicieron alguna resistencia), perseguidos por nuestra caballería. Pronto cayeron en nuestro poder, así como los muertos y heridos que se hallaban en el campo de batalla. Capturamos todas las armas, dos piezas de artillería, unas cincuenta mulas cargadas de parque, y otros pertrechos de guerra; también más de cuatrocientos prisioneros de guerra. En el campo había más de ochenta muertos. De los franceses no escapó ni uno solo. La mayor parte de ellos fueron muertos o prisioneros, incluso su jefe Testard.

a) Esta carta fué comunicada oficialmente por nuestro ministro en Washington al secretario de Estado de los Estados Unidos de América, en nota del 20 de noviembre de 1866, y transmitida por el presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país, con su mensaje de 29 de enero de 1867, e impresa por acuerdo de dicha Cámara. (*Documento del Ejecutivo* núm. 76, del segundo período de sesiones de la Cámara de Diputados del 39º Congreso de los Estados Unidos. Pág. 308.)

No habiéndose encontrado el texto español de esta carta se ha traducido de la traducción inglesa.

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera. 1860-1867. Nota Núm. 763. Vol. VIII. Pág. 585.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

El efecto moral es mayor que el triunfo positivo. Como consecuencia de esto, mi hermano, que se hallaba cerca de la capital (Oaxaca) la ocupó inmediatamente con algunas fuerzas de la Sierra, y el enemigo, lleno de pavor, resistió muy poco, atrincherándose en sus fortalezas del cerro de Santo Domingo y del Carmen. Después de haber levantado el campo y reorganizado mis fuerzas que habían aumentado considerablemente, me dirigí a la ciudad para disponer el sitio. Figueroa tiene que llegar con sus fuerzas, y de un momento a otro espero a López Orozco con sus fuerzas de Costa Chica.

Esta bien organizado el sitio y el enemigo sabe que no puede recibir auxilio alguno. Tengo establecido mi cuartel general en este punto que es muy ventajoso para las operaciones.—(Firmado).—*Porfirio Díaz*.—Al general Alejandro García.—Tlacotalpam.



LXIX

LA CARBONERA

18 de octubre de 1864

Como la incomunicación a que había yo reducido al enemigo en la ciudad de Oaxaca era perfecta, le intercepté un pliego en que se le avisaba que una columna de mil trescientos hombres, en su mayor parte austríacos y franceses, reenganchados, se dirigían a auxiliar la plaza y se recomendaba a Oronoz que se sostuviera a todo trance hasta la llegada de esa columna y que protegiera su entrada. Seguro de que los sitiados no tenían conocimiento de la venida de ese auxilio, levanté mi línea en la noche del día 16, la reuní toda en la hacienda de Aguilera y atravesando por encima de los cerros, para no dejar huella por el camino nacional, emprendí la marcha para Etla, con objeto de proteger a una pequeña columna que venía a las órdenes del general don Luis Pérez Figueroa a incorporársele por el camino de Teotitlán; y como el que seguía el enemigo se reúne con el que traía la brigada Figueroa, en un punto cerca de la Carbonera, era muy posible que fuera batido antes de que se me incorporara. No pasó esto así, porque el general Figueroa llegó a San Juan del Estado a las nueve de la mañana del día 17, casi en los momentos en que yo llegaba al mismo pueblo, para proteger su marcha.

Volví a Etla con toda mi fuerza, incorporado ya Figueroa e hice un movimiento de retroceso con toda la caballería hasta la hacienda Blanca, a seis kilómetros de Oaxaca para hacer creer al enemigo que volvíamos a establecer el sitio; pero después de media noche salí de la hacienda Blanca habiendo anticipado mis órdenes para que la infantería y artillería marcharan para la Carbonera, tomando el camino de Tenexpa y Huitzo.

Alcancé la columna al salir de Etlá y poniéndome a su cabeza marché con ella a paso bastante acelerado hasta la Carbonera, porque temía que el enemigo ocupara ese punto antes que yo, en cuyo caso me batiría en descenso, ventaja que yo quería alcanzar sobre él, y aunque no pude lograrla del todo, porque llegamos simultáneamente a la meseta de la Carbonera, que es el punto más elevado de la montaña, tomé posiciones adecuadas para batirlo en la principal eminencia donde tenía colocada su artillería, y sobre la marcha destacué una pequeña columna, a las órdenes del coronel don José Segura y Guzmán, hombre muy conocedor del terreno, para que sin tomar parte en el combate, se situara a la derecha del enemigo detrás de una pequeña eminencia y con una barranca de por medio, procurara no ser visto ni sentido y estuviera listo para cortar la retirada cuando se le ordenara, operación que favorecía grandemente una curva que acercaba a Segura el camino por donde el enemigo tenía que retirarse.

Formé la primera línea poniendo al coronel Díaz en el centro, al general Figueroa a la derecha y al coronel Fidencio Hernández a la izquierda. La caballería mandada por el general don Vicente Ramos, formó la segunda línea.

Aun no acababa yo de colocar mis tropas cuando el enemigo destacó una intrépida cadena de tiradores franceses que avanzaron muy cerca de mi línea, sin que pudiera impedirlo el fuego de los míos y de la artillería. Fué necesario hacer un ataque formal con dos pequeñas columnas y esto ocasionó que el enemigo emprendiera un ataque decisivo sobre nosotros. No obstante que yo reforcé mis columnas con otras nuevas, fueron obligadas a retroceder por el empuje del enemigo, bien sostenido por su caballería que en su mayor parte era húngara. Metí entonces al combate toda la reserva que me quedaba, lo mismo que la caballería que había abrigado en torno de la carretera y cuando el enemigo llegaba desordenado a su base de operaciones, que consistía en una pequeña reserva y su artillería, moví por medio de un toque combinado al coronel Segura, quien según mis instrucciones debía atacar al enemigo por la espalda, comenzando por cortar la carretera que era su única retirada.

Este movimiento que se ejecutaba a la vista del enemigo por encima de la colina y mi ataque vigoroso por el frente determinó la fuga de la caballería traidora y una parte de la húngara, abandonándonos en el campo cinco de sus cañones y retirándose todos los soldados en desorden.

Les hice una persecución de más de cuatro leguas, cuyo fruto fué la adquisición de otro cañón que aún les quedaba y más de 700 prisioneros, entre los cuales había muchos oficiales austríacos de infantería.

La caballería, lo mismo la mexicana que la húngara, se escapó en su mayor parte, con excepción de unos treinta o cuarenta hombres que por haber perdido el camino, fueron capturados en la selva por paisanos armados y dos días después conducidos a Oaxaca.

Mi fuerza se componía de cosa de 1,600 hombres y la enemiga sería de 1,300 con seis cañones rayados, de siete centímetros, del sistema austríaco, mientras que mi artillería consistía en dos obuses lisos de montaña, sistema Grigoval y un pedrero contrahecho.

Toda la oficialidad de infantería fué hecha prisionera. Entre los prisioneros había más de veinte oficiales austríacos de infantería, pues solamente se salvó la oficialidad de caballería.

Como una sola excepción, no fueron ejecutados los prisioneros hechos al enemigo en la acción de la Carbonera, y esa ejecución fué causada accidentalmente y recayó en un oficial rubio, alto y bien presentado que tenía todo el tipo de extranjero.

La susceptibilidad del coronel Espinosa y Gorostiza, por la mala opinión que se tenía de su valor, llegó al extremo de extraviarlo de una manera lastimosa en esta batalla. Con mi ayudante, el capitán Casimiro Casas, le mandé orden de atacar con su columna. El capitán Casas, que lo acompañaba en ese movimiento, estaba impaciente porque le parecía que el coronel Espinosa no conducía su fuerza con la prisa debida, y le decía con frecuencia: “más aprisa mi coronel.” Espinosa y Gorostiza le contestaba: “yo sé lo que hago.” Casas le replicó: “¿qué tiene usted miedo, mi coronel?” A lo que repuso Gorostiza: “yo no tengo miedo, ya veremos después si tengo o no miedo.” Tenía razón Espinosa en no precipitar la marcha de su columna, pues no convenía que ésta entrase fatigada a tomar parte en la batalla.

Terminada la jornada buscó Espinosa a Casas, y le dijo: “ahora me debe usted preguntar si tengo miedo; veremos ahora quién de los dos lo tiene: saque usted su pistola y defiéndase.” Casas le contestó: “mi coronel, no puedo hacer armas contra mi jefe.” Entonces Espinosa y Gorostiza le disparó los cinco tiros de su pistola, dejándolo destrozado y muerto en el acto.

Inserto en seguida un sucinto parte de la batalla de la Carbonera,



EL PRINCIPE MAXIMILIANO CON SUS TRES HERMANOS. SENTADO EL
EMPERADOR FRANCISCO JOSE.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

fechado en Minas el mismo día de la acción, y el detallado en la hacienda de Aguilera el 22 de octubre de 1866, suprimiendo los estados que acompañaron al último:

“Ejército Republicano (a).—Línea de Oriente.—General en jefe.—Ciudadano ministro:

“Después de la acción de Miahuatlán el 3 del corriente de que he dado a usted parte, marché a Oaxaca que se hallaba sitiada por el coronel Félix Díaz, perfeccioné el sitio y después de once días y en momentos en que había determinado un asalto, supe que una columna fuerte de 1,500 hombres de las tres armas, venía en auxilio de los sitiados. Abandoné a éstos y rápidamente vine sobre la expresada columna; la encontré en el paraje llamado la Carbonera, hoy a las doce del día; comenzamos a combatir a la una con tenacidad y valor, por ambas partes; son las siete de la noche y me encuentro en el paraje de las Minas, después de tres leguas de persecución al enemigo, teniendo en mi poder 396 (b) prisioneros austríacos, polacos y húngaros, de ellos siete son oficiales; tengo también cuatro piezas de montaña, más de 600 carabinas y un buen surtido de municiones de ambas armas, costándome algunas pérdidas bastante lamentables.

“El Supremo Gobierno me perdonará que le dé este parte sinóptico, en lugar del detallado que daré más tarde; pero no tengo tiempo para más, supuesto que no debo dar lugar a que se me fugue el enemigo que se halla en Oaxaca con muy buena artillería, armamento, municiones y vestuario.

“Tenga usted la bondad de felicitar en mi nombre al Presidente por este fausto acontecimiento, aceptando para sí mi consideración y respeto.

“Independencia y Reforma.—Cuartel general en las Minas, octubre 18 de 1866.—*Porfirio Díaz*. C. Ministro de la guerra y marina.”

a) Este parte oficial fué comunicado oficialmente por nuestro Ministro en Washington al secretario de Estado de los Estados Unidos de América, con nota del 20 de noviembre de 1866 y transmitida por el presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país, con su mensaje de 29 de enero de 1867, y mandado imprimir por acuerdo de dicha Cámara. (*Documento del Ejecutivo Núm. 76*, del segundo período de sesiones de la Cámara de Diputados, del 39º Congreso de los Estados Unidos, página 309.)

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera. 1860-1867. Nota Núm. 760. Vol. VIII. Págs. 585 y 586.

b) El día de la acción se recogieron 396 prisioneros según el parte oficial; pero los vecinos de los pueblos de Yacatlán, Atlatlauca y Oloapam, recogieron y me entregaron al día siguiente, más de 300 dispersos, lo cual hizo un total de 700 prisioneros que llevé a Oaxaca.

“Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en jefe.—Ciudadano ministro:

“Como manifesté a usted en el parte que sobre la marcha di a ese Ministerio del punto de las Minas, el mismo día del hecho de armas de la Carbonera, el 18 del corriente, levanté el sitio que había puesto a esta ciudad por haber sabido que una columna fuerte en 1,500 hombres de las tres armas compuestas casi en su totalidad de tropas austríacas, avanzaba por el camino de la Mixteca en auxilio de la plaza. En el mismo día supe también que el ciudadano general Figueroa, con la brigada de su mando y obrando conforme a las instrucciones que había recibido de este cuartel general, se dirigía por la Cañada a verificar su incorporación y temiendo que el enemigo tratase de batirlo, antes de que lo verificase, me decidí por esta razón más, como he manifestado a usted, a marchar a su encuentro, procurando que antes se me uniese el general Figueroa, lo que tuvo lugar el 17 del corriente en el pueblo de San Juan del Estado.

“Desvanecido el temor de que esta fuerza fuese batida en detall, robustecido con su auxilio y sabiendo que Oronoz trataba de hacer un movimiento de la plaza y salir al encuentro de la columna austríaca, marché de San Juan del Estado a Etla, avanzando la brigada de caballería hasta la hacienda Blanca, simulando emprender de nuevo mis operaciones sobre la plaza. Este movimiento produjo los resultados que yo me esperaba; los defensores de ella se encerraron otra vez en sus fortificaciones, y yo me quedé libre para obrar sobre la columna austríaca. Como era preciso hacerlo con actividad, salí de Etla a la una de la mañana del 18, tomando el camino de Huahuchilla, por la Carbonera, vía que según mis exploradores debía traer el enemigo.

“A las doce del día, los exploradores, tanto de mi descubierta como los que había mandado dentro del enemigo, me anunciaron que los austríacos estaban ya a nuestro frente; detuve mi marcha y escogí las posiciones para librar el combate: éstas son las lomas de la Carbonera. Mi línea de batalla quedó establecida de esta manera: la brigada del general Figueroa, formada en columna con la artillería, teniendo a su frente líneas de tiradores, apoyaba la derecha; el centro lo formaba la brigada de la Sierra a las órdenes del ciudadano coronel Félix Díaz, en batalla con tiradores al frente; a su retaguardia dos columnas con los batallones Chiautla, de la brigada del ciudadano coronel González, y cazadores de la que manda Figueroa, formando una fuerza de 350 hombres, manda-

dos por los tenientes coroneles Juan de la Luz Enríquez y Lorenzo Pérez Castro, a las órdenes del ciudadano jefe del Estado Mayor, Juan Espinosa y Gorostiza. Cuatro pequeñas columnas de la brigada del ciudadano coronel González, compuesta de los batallones Fieles, Montaña, Guerrero y Costa Chica, teniendo a su frente la compañía de Tlaxiaco, en tiradores, defendían el camino nacional a las órdenes del jefe de la brigada, a la izquierda, que estaba separada del centro por dicho camino y por una barranca donde embosqué tiradores, la formaban los batallones Patria y Morelos, de la misma brigada.

“La caballería, a las órdenes del general Ramos, quedó formada a retaguardia de la línea, sobre el mismo camino que se mantuvo despejado para que pudiese cargar.

“Pocos momentos después de haber quedado establecida la línea de batalla, el enemigo desembocó por el camino en una fuerte columna, marchando a tomar posesión de una loma situada a 600 metros de nuestras posiciones y desplegando la columna estableció su artillería, rompiendo inmediatamente los fuegos; entre tanto, organizaba otras dos columnas de infantería que lanzó sobre el centro de nuestra línea, las que fueron rechazadas y el enemigo retrocedió a organizarse de nuevo, bajo el amparo de su artillería. Acomete otra vez con el apoyo de su caballería, que carga impetuosamente sobre nuestra línea, llegando casi a tocarla, introduciendo algún desorden en ella; sin embargo, es de nuevo desbaratada y retrocede. Este momento creí era el más oportuno para lanzar nuestra caballería y así lo ordené. Avanza, en efecto, se traba el combate entre ambas, y la nuestra se ve obligada a retroceder algún espacio por el fuego del cañón enemigo que recibe a quemarropa; vuelve, sin embargo, a la carga y el combate permanece indeciso. En estos supremos momentos ordené que las brigadas del general Figueroa y coronel Díaz cargasen también, lo que verificaron con sumo brío; sin embargo, el enemigo había echado mano de sus reservas; y estas columnas son contenidas; entonces y queriendo acabar de una vez, hice mover las reservas que mandaba el coronel Espinosa y las columnas del coronel González. El enemigo opuso al avance de ellas una desesperada carga de caballería por el camino, sobre los batallones Fieles y Chiautla, que avanzaban por él. Esta carga fué rechazada. Al mismo tiempo que avanzaban todas estas columnas, las brigadas Figueroa y Díaz hacían otro tanto; el enemigo, ame-

drentado por este ataque general, empezó a retirarse, sufriendo en menos de una hora una completa derrota.

“Los batallones Patria y Morelos que habían recibido orden de cargar sobre el flanco derecho del enemigo, lo hicieron sobre la izquierda por haber comenzado éste su retirada.

“La persecución se hizo por espacio de cuatro leguas, y el enemigo dejó en este espacio regada su artillería, municiones, armamento y multitud de muertos y prisioneros.

“La relación número uno indica a usted los muertos, heridos, y dispersos, que ha tenido esta división; la marcada con el número dos, el armamento y pertrechos quitados al enemigo; el número tres, las municiones consumidas, y la número cuatro, las pérdidas conocidas del enemigo en muertos, heridos y prisioneros. Además acompaño a usted las listas nominales de ellos, marcadas con las letras A, B, C.

“Un subteniente y tres soldados que se portaron cobardemente fueron castigados ayer. El resto del personal con cuyo mando me honro, llenó sus deberes a mi satisfacción de una manera tan general, que no me atrevo a recomendar especialmente a nadie y espero que haciendo justicia ese Supremo Gobierno al mérito militar, concederá un recuerdo honorífico a los combatientes del 18 de octubre de la Carbonera.

“Felicitó a usted y al ciudadano presidente por el hecho de armas a que me refiero, y me honro en reiterarle mi justa consideración y respeto.

“Patria y Libertad. Cuartel general en la hacienda de Aguilera, octubre 20 de 1866.—*Porfirio Díaz*.—Ciudadano ministro de Guerra.—Monterrey.”²⁰

CAPÍTULO LXX

QUINTO SITIO Y TOMA DE OAXACA

Del 20 al 31 de octubre de 1865

El 19 volví a Huitzo y el 20 a Oaxaca para restablecer el sitio. La primera noticia que tuvo Oronoz de que venía a auxiliarlo una columna y que había sido derrotada, fué una de las circulares que yo mandé a todos los pueblos para que me llevaran hombres y camillas para conducir a los heridos.

Oronoz se apercibió naturalmente de que había tenido lugar un reñido combate; pero dudaba de sus resultados y había ordenado al jefe que mandaba el fortín de la Soledad, que cuando alguna columna de tropa se acercara a la ciudad, disparara como aviso a la plaza, si era amiga tres tiros de cañón consecutivos, y si era enemiga un solo tiro con bala en la dirección en que se presentara la columna.

Como los primeros que formaron en la columna, eran los prisioneros austríacos y todos tenían uniforme rojo, el jefe del fortín de la Soledad creyó naturalmente, que habían triunfado los austríacos, y aviso la presencia de una columna amiga, equivocación que no tardó en reparar cuando estuvimos más cerca y pudimos ser examinados mejor.

Recuperé sin que el enemigo hiciera conato ninguno de resistencia, toda la línea que había ocupado antes, con muy poco trabajo y con tiroteos que duraron hasta la medianoche, haciendo desfilar a los prisioneros y su respectiva escolta por el centro de la ciudad, para reparar la moral de ésta y alojándolos en el panteón que está situado al oriente de la misma.

Al día siguiente seguí estrechando el sitio, y cuando me preparaba a asaltar el fortín, como operación preliminar, para asaltar enseguida la ciudad, el enemigo tocó parlamento, y me propuso la entrega de la plaza

mediante algunas condiciones, a lo que contesté que sólo aceptaría su rendición incondicional. Así me la ofreció por medio de un nuevo parlamentario, y nombré en comisión para el arreglo de los detalles de la capitulación al general Figueroa y a los coroneles don Manuel González y don Félix Díaz. El enemigo se rindió a discreción el 31 de octubre. Refundí toda su tropa en mis batallones, y establecí prisiones convenientes para los jefes y oficiales.

Al ocupar la plaza de Oaxaca, di el grado de general, usando de la autorización que me había concedido el Gobierno Federal y por necesitar de jefes de esta graduación, a los coroneles Manuel González y Faustino Vázquez Aldana, no habiendo hecho lo mismo con el coronel Díaz, por ser mi hermano, sin embargo de que me lo suplicaron los coroneles ascendidos; pero habiendo llegado este hecho a conocimiento del Gobierno Federal, me mandó de San Luis el despacho de general graduado para mi hermano.

Permanecí en la ciudad de Oaxaca ocupado preferentemente en reorganizar mis fuerzas hasta el 12 de diciembre de 1866, que salí para Tehuantepec con el objeto que diré más adelante.

Habiendo tenido ocasión de notar en el curso de la campaña, el estado de atraso que guardaba en el país la educación de la mujer, lo cual la hacía egoísta, y la grande influencia que ella naturalmente ejerce sobre el hombre, pues en muchos casos era bastante para entibiar el entusiasmo de mis soldados y hacerlos desistir de su propósito de pelear por la independencia de su patria, me pareció que tenía el deber de promover su educación, y con este objeto, al ocupar a Oaxaca, después de la rendición de Oronoz, y sin embargo de la gran escasez de recursos con que luchaba y de la necesidad de aplicar de toda preferencia los muy pocos de que podía disponer a la organización del ejército con que intentaba hacer la campaña contra Puebla y México, establecí el 2 de diciembre de 1866, una academia de educación secundaria para niñas, que fué la primera que se organizó en los Estados, y tuve la satisfacción de instalarla el 15 de enero de 1867 y he tenido la de verla después prosperar y producir muy buenos resultados, pues ella ha mejorado grandemente la condición moral e intelectual de la mujer en Oaxaca.²¹

CAPÍTULO LXXI

LA CHITOVA

19 de diciembre de 1865

Inmediatamente después de haber ocupado la ciudad de Oaxaca, organicé una columna compuesta de los batallones Libres de Oaxaca, batallón de Costa Chica y Guardias Nacionales de Chiautla y de Tlapa y con ella marché el 12 de diciembre de 1866, para Tehuantepec, donde quedaban mil y tantos hombres a las órdenes del general don Luciano Prieto, quien falleció durante mi marcha para Tehuantepec, víctima del tifo, recayendo el mando de las fuerzas imperialistas en el coronel don Remigio Toledo, el mismo que durante el sitio de Oaxaca por el general Bazaine, en enero de 1865 defeccionó con la guarnición de Tehuantepec.

Hice mi marcha sin novedad hasta Jalapa, ocho leguas antes de llegar a Tehuantepec y allí supe por mis exploradores que el enemigo ocupaba posiciones ventajosísimas en un lugar llamado el Tablón, a la margen izquierda del río de Tehuantepec. En consecuencia, al emprender mi marcha al día siguiente, hice una desviación a la izquierda, tomando el camino que conduce a Guevea por La Chitova, con objeto de evadir la emboscada y ocupar a Tehuantepec sin combatir o de obligar al enemigo a aceptar un combate igual en otro terreno.

Cuando el enemigo tuvo noticia de mi movimiento, que debió ser poco después de haberlo emprendido; porque cerca de sus posiciones había alturas que dominaban todas mis operaciones, se dejó venir bizarramente sobre mi retaguardia; traté de contenerlo con pequeños tiroteos y seguí mi marcha hasta La Chitova. Al llegar a este lugar que presenta alguna extensión clara y desmontada, aunque en plano inclinado, formé con el frente a retaguardia en condiciones de combate, habiendo dejado antes oculto en un arroyo que atraviesa el camino, al batallón Libres de

Oaxaca a las órdenes del coronel don Félix Díaz, con orden de batir al enemigo por la espalda cuando hubiera pasado, o se oyera que iniciaba combate conmigo. Así lo ejecutó el coronel Díaz, y los primeros disparos que mi artillería hizo sobre el enemigo, lo batió por la espalda decidida y rudamente.

Este ataque, así como el que el enemigo recibió por el frente, lo hizo salir en completa dispersión, abriéndose paso en un bosque muy cerrado, y por esa circunstancia su fuga tenía que verificarse separados los individuos entre sí y sufriendo mucho, porque el bosque además de ser muy tupido estaba formado en su mayor parte de una planta que produce espinas en forma de ganchos, por lo cual se llama vulgarmente “uña de gato”. Por el desorden en que el enemigo huyó y la espesura del monte no me fué posible perseguirlo, así como porque la función de armas concluyó con el día.

Seguí mi marcha hasta Guevea, que no dista mucho de La Chitova, y al día siguiente entré sin resistencia a Tehuantepec.²²



MAXIMILIANO CON SUS TRES HERMANOS, LUCIENDO EL UNIFORME DE MARINO.

CAPÍTULO LXXII

TEQUISIXTLÁN

26 de diciembre de 1865

Dos días después de haber ocupado a Tehuantepec y habiendo sabido por mis exploradores que un núcleo considerable del enemigo estaba en Tequisixtlán me dirigí a ese pueblo y después de una marcha de toda la noche llegué a las siete de la mañana del siguiente día, en momentos en que el enemigo lo abandonaba precipitadamente. Le hice algunos perjuicios, no pudiendo perseguirlo por alguna distancia, porque como toda su gente era de la localidad y acostumbrada a la selva se dispersaba completamente para evadir la persecución.

Dos días más tarde supe que el enemigo se estaba reuniendo en una selva inmediata a Jalapa. Hice otra batida que dió por resultado algunos muertos y la captura de prisioneros; volviendo a huir el enemigo, aunque ya era en número mucho menor que el que se había reunido en Tequisixtlán.

Como era urgente mi presencia en Oaxaca para continuar la campaña sobre Puebla y México, emprendí mi marcha dejando una guarnición de juchitecos en Tehuantepec y una compañía del batallón Fieles de Oaxaca en San Bartolo Yautepec para expedicionar contra el enemigo en todos los lugares en donde pretendiera reunirse.

Esa compañía quedó a las órdenes del capitán don Carlos Pacheco, y logró pocos días después, el 3 de febrero de 1867, dar una sorpresa al enemigo que se había reunido en el pueblo de Tlacolulita, causándole grandes destrozos y quitándole todo el armamento que le quedaba, en términos que ya no volvió a intentar reunirse en ninguna parte y pude recoger al capitán Pacheco con su compañía antes de emprender la marcha a Oaxaca, para que me acompañara en la campaña que tenía por objeto la ocupación de la capital de la República.

La carta siguiente dirigida a nuestro ministro en Waslington antes de los encuentros en La Chiteva y Tequisitlán, da una idea del estado que guardaban entonces mis fuerzas.

“Tequisitlán, (a) diciembre 16 de 1866.

“Mi muy querido amigo:

“Doy a usted las gracias más expresivas por las felicitaciones que tiene la bondad de hacerme en su grata del 18 de diciembre próximo pasado, la que tengo el gusto de contestar.

“Al dirigir a usted ésta, creo que habrá recibido mis cartas y visto los partes oficiales que le habrán impuesto de la fortuna con que se ha peleado por nuestra parte, y llamo a esto una fortuna, atendida la desigualdad y escasez de nuestros elementos comparados con los del enemigo; pero en fin, ya con esfuerzo, pude cumplir lo que ofrecí a usted de hacer la campaña en este Estado, aun cuando nada se me enviara, pues mi deseo era principiar nuevamente, arrebatando al enemigo lo que me era necesario.

“Hoy la faz de las cosas ha cambiado: la guerra necesita ser más vigorosa y de una singular actividad; pero creo que con el armamento llegado y el que tenemos en nuestro poder, tengo por ahora el necesario; recomendando a usted mucho que para completar éste, haga un esfuerzo para reunirme las armas especiales y artillería que mandé pedir con el coronel Fidencio Hernández.

“Esto en materia de armamento; pero tenemos otra necesidad urgente y es la de numerario. Usted, con su buen criterio, comprenderá que para medio sostener la fuerza que tengo, es indispensable usar de exacciones y medidas qua atraen en favor de sí el odio a la causa y que puede decirse está en renacimiento y necesita un impulso incesante de vida y prestigio; por esto es que si me enviasen algunas cantidades regulares podría poner en pie de guerra 15,000 hombres y seguirlos sosteniendo.

“Podría usted decirme que tengo a mi disposición los bienes de los traidores; pero para convertirlos en numerario es necesario la realización de fincas, etc., y, cosa difícil, si se atiende a los timoratos de la gente a quien usted conoce; pero si por la influencia de usted se proporcione el envío de postores, se encontraría en esto un magnífica recurso,

a) Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera. 1860-1867. Nota Núm. 37 Vol. IX. Pág. 75.

y ellos se beneficiarían haciendo este negocio pues se les podría dar con un cincuenta por ciento de rebaja.

“Por las apreciables de usted, estoy enterado de la influencia moral que el Gobierno de ese país sigue prestando al nuestro y de sus determinaciones con Ortega y Santa Anna; mas para aprovechar esta protección, es preciso que en esta República entremos en una acción violenta y eficaz para terminar todo, y yo por mi parte, para llenar este deber que tanto deseo, no encuentro otro obstáculo que los recursos; pero fío en la ayuda de usted para expeditarlo.

“Sin más por ahora, me repito de usted su servidor y amigo que lo aprecia.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.—Sr. don Matías Romero. — Washington.”

CAPÍTULO LXXIII

DON JUSTO BENÍTEZ

Del 1º de enero de 1863 al 31 de enero de 1867

El licenciado don Justo Benítez fué, para mí, persona muy conocida desde el Seminario de Oaxaca, cuando yo tenía trece años de edad y él casi lo mismo. No fuimos condiscípulos, pues él tenía un año más de estudios, y en consecuencia no estábamos en una misma clase. El, como yo, pensaba seguir la carrera eclesiástica; y como yo, la abandonó para seguir la de abogado.

Era hijo adoptivo del presbítero don José Félix Benítez, cura de la parroquia de San Pedro Teocuacuilco en cuyo pueblo nació don Marcos Pérez, y como el vicario de ese curato, el presbítero don Ramón Pardo, era primo mío, acostumbraba yo pasar mis vacaciones en él y así se estrechó más nuestra amistad.

Más tarde, con motivo de las ideas liberales que profesaba el licenciado Benítez, desistió de la carrera eclesiástica y siguió la del foro, que pudo terminar con lucimiento y con provecho para sí. Fué entonces más cordial nuestra amistad, llegando a ser íntima cuando militamos juntos en una gran parte de la guerra de Reforma.

Durante esa guerra, siendo yo coronel, servía como mayor de órdenes de la brigada que mandaba el general don Cristóbal Salinas, que vino después a Tehuacán a incorporarse con la división del general don Pedro de Ampudia, y el licenciado Benítez con el carácter de teniente coronel asimilado, servía de secretario a Salinas desde que estaba en Oaxaca, y al salir juntos a la campaña, tuve ocasión de estar en más íntimo contacto con Benítez.

Algunos años después, durante la guerra con los franceses, me ofreció Benítez sus servicios como secretario, cuando supo que había yo

sido nombrado gobernador del Estado de Veracruz y general en jefe de la División Llave, en sustitución temporal del general don Ignacio la Llave, servicios que no acepté, manifestándole que era tan efímero ese nombramiento, que él no ameritaba la molestia de un viaje.

Con esta expresión de buena voluntad por parte del señor licenciado Benítez, y el buen concepto que yo tenía de sus aptitudes, al volver a Oaxaca, en diciembre de 1863, lo nombré secretario del gobierno del Estado, mientras estuve encargado de él, y cuando nombré gobernador al general don José María Ballesteros, encomendé a Benítez la secretaría del cuartel general de la línea de Oriente, cuyo carácter conservó hasta que la plaza se rindió al general Bazaine, el 9 de febrero de 1865.

Los servicios que esta vez me prestó el licenciado Benítez fueron de grande importancia, porque además de que tiene buena instrucción y buenas facultades mentales, es muy asiduo para el trabajo.

Luchaba yo sin embargo, con su carácter imponente; pero la buena amistad que nos ligaba y mi posición superior contribuyó mucho a hacerlo condescendiente. Tenía yo fe en su patriotismo, y por lo mismo cuando tuve necesidad de dedicarme a la organización del ramo militar, en el cual no podía él ayudarme, le dejé gran latitud en los ramos administrativos propiamente dichos y en los financieros.

Durante el sitio de Oaxaca, además del trabajo que desempeñaba en la secretaría, me servía de vigilante para poder dormir una o dos horas diarias, cuando me retiraba con ese objeto al cuartel general, pues aunque cualquiera de mis ayudantes podría haber hecho ese servicio, tenía yo más confianza en él, por considerarlo con todo el critetio suficiente para apreciar los casos que debieran ser puestos en mi conocimiento.

Fué capturado conmigo en Oaxaca por los franceses, conducido a Puebla y puesto en libertad en virtud de haber firmado la protesta de neutralidad que los austriacos nos presentaron a todos los prisioneros. Tanto en el fuerte de Loreto como en el convento de Santa Catarina, habitamos el mismo cuarto. Duró en la prisión cosa de cinco meses.

Permaneció en Puebla, después de haber sido puesto en libertad, sirviéndome personalmente y dispuesto a prestar los servicios públicos que yo le encomendaba.

Algunos días antes de que el barón de Csismadia me hiciera objeto de sus consideraciones, que más que útiles me fueron embarazosas, porque yo ya tenía casi arreglada mi evasión mucho antes de verificala, que

habría realizado más fácilmente sin la severidad del conde de Thun ocasionada por las consideraciones que me dispensó Csismadia, había yo concertado con el licenciado don Justo Benítez que marchara a los Estados Unidos a desempeñar algunas comisiones cerca del gobierno federal, por el intermedio de nuestro ministro en Washington. Quise que la marcha de Benítez se anticipara a mi evasión, porque procediendo de otro modo y conocida como lo era su amistad conmigo, habría sido preso al evadirme yo.

Para proveer a Benítez de los fondos necesarios para su viaje, pedí al señor don José de Teresa, caballero español y amigo mío que con insistencia me había ofrecido sus recursos, mil doscientos pesos que me facilitó en un giro de mil pesos sobre Nueva York, y doscientos en oro menudo, para los gastos de viaje.

El principal objeto de la comisión que di a Benítez cerca del señor Romero, ministro plenipotenciario en Washington, era obtener armas y algunos fondos que me permitieron hacer la guerra, sin exigir mucho de las pequeñas y pobres poblaciones donde tenía yo que ejecutar mis primeras operaciones, que siempre son las más costosas, porque consisten en la creación del material y personal de guerra.

Luego que el gobierno supo por la llegada de Benítez a los Estados Unidos, mi propósito de evasión y la supuso consumada, renovó en mi favor todas las autorizaciones con que me había honrado en la primera campaña que terminó con la rendición de Oaxaca.

Más adelante inserto una nota de nuestro ministro en Washington, fechada el 28 de septiembre de 1865, dirigida a la Secretaría de Relaciones Exteriores, residente entonces en Paso del Norte, en que se refiere el objeto de la misión del señor Benítez a Washington.

Durante su comisión en los Estados Unidos, hice yo la campaña que he referido y que comprende desde esa fecha hasta la ocupación de Oaxaca y vuelta de la campaña de Tehuantepec, que fué cuando me reuní con él en la capital de aquel Estado, en enero de 1867. Después de su regreso de los Estados Unidos, siguió en la misma condición de secretario del cuartel general durante toda la campaña hasta la ocupación de la capital de la República.

En todas las disposiciones financieras del cuartel general, en los días de los sitios de Puebla y México, fueron de gran importancia los servicios que el licenciado Benítez me prestó en la secretaría auxiliado po-

derosamente en ese ramo por el señor don Francisco Mejía y por don Albino Carballo Ortega, quien a la sazón era comisario general del ejército.

Como yo tenía la más grande confianza en la aptitud, honradez patriotismo y amistad para conmigo, del licenciado don Justo Benítez, y como lo consideraba más competente que yo para negocios de carpeta y de administración, por haber tenido práctica en ese ramo que a mí me faltaba, ponía enteramente en sus manos lo que podía considerarse como la parte administrativa de la campaña, reservándome enteramente en la parte militar, en la que él no tomaba ninguna ingerencia. Contribuía también a esto la circunstancia de que todo mi tiempo y atención los absorbían la operaciones militares y la construcción de artillería y municiones, y no me quedaba materialmente ni un instante para atender a los demás ramos del servicio.

Contribuía también en parte a este resultado, el carácter del señor Benítez, que no me admitía contradicción de ningún género, y seguro yo de que cualquiera observación o resistencia de mi parte en acceder a sus deseos, me traería un rompimiento con él, que me privaría de sus servicios, y encontrando dificultad para sustituirlo con ventaja en aquellas circunstancias, prefería aceptar todo lo que él hacía o me proponía, aun cuando alguna vez no estuviera yo enteramente conforme con ello, y aun cuando esto importara en algunos casos un sacrificio de mi amor propio. Debo advertir, sin embargo, que la identidad de nuestros propósitos y miras de aquella época de lucha y de prueba, hacía que generalmente estuviéramos de acuerdo, y que no hubiera por lo mismo gran peligro de una escisión.

Es natural que en estas circunstancias tomara el señor Benítez mis condescendencias por ignorancia e ineptitud, y hasta que llegara a creer que me sería imposible marchar sin su cooperación.

Confieso que en aquellas circunstancias me habría sido difícil reemplazar con ventaja los servicios del señor Benítez; y que si él se hubiera retirado, habría yo tenido más o menos dificultades; pero habría podido marchar, y aunque hubiera sufrido la parte administrativa de la campaña, como ella era secundaria, no se habrían entorpecido los movimientos militares, en los que él no se ingería, ni perjudicado su resultado final.

Las relaciones que me estrechaban con el señor don Justo Benítez no eran sólo las que correspondían a nuestra identidad de ideas y de miras

políticas y sociales, sino a una amistad casi fraternal aunque mantenida con mucho trabajo por mi parte, por su carácter dominante y su rigidez de opiniones sobre todas las materias. (*)

“Ministerio de Relaciones Exteriores y Gobernación.—Departamento de Relaciones.—Sección de América.—Número 453 (a).—Legación Mexicana en los Estados Unidos de América.—Nueva York, septiembre 28 de 1865.—Comisionado del general Díaz.

“Tengo la honra de comunicar a usted que anoche llegó a esta ciudad el señor don Justo Benítez que viene en comisión del general Díaz cerca del supremo gobierno con los objetos que paso a referir:

“Durante la prisión del general Díaz en Puebla, estuvo preparando el terreno para lanzarse a la campaña cuando lo considerara conveniente. Del 14 al 16 del actual, debe haberse fugado de su prisión para ponerse a la cabeza de varias fuerzas que lo esperaban en el Estado de Puebla y en el de Oaxaca. Su primer cuidado ha sido enviar un comisionado al supremo gobierno con los objetos siguientes:

“1º—Explicar los acontecimientos que precedieron a la rendición de Oaxaca y las razones que motivaron ésta.

“2º—Saber si al volver el general Díaz a la campaña vuelve a reasumir el mando en jefe de la línea de Oriente, con las mismas facultades que tenía antes de la rendición de Oaxaca, o si ha de quedar subordinado a algún otro jefe.

“3º—Pedir al supremo gobierno hasta cinco mil fusiles con las municiones necesarias antes de tomar a Oaxaca, e igual número o mayor, después que dicha ciudad haya sido tomada.

“4º—Solicitar una subvención en numerario, de la mayor cantidad que fuere posible, para el sostenimiento de la fuerza que organice, cuya subvención deberá ser mayor mientras no se tome a la ciudad de Oaxaca.

“Impuesto de todos estos puntos, aconsejé al señor Benítez que desempeñe desde aquí su comisión por escrito, manifestándole además que si antes de que venga la respuesta del supremo gobierno, tuviéramos aquí algunos elementos de guerra a nuestra disposición, procuraríamos enviar algo de preferencia al general Díaz. Parece inclinado a seguir este camino,

* Aparece la siguiente carta, sin más indicación. A. M. C.

a) Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera. 1860-1867. Vol. V. Pág. 655.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

en cuyo caso enviará por el próximo correo sus comunicaciones con todos los detalles necesarios, que yo no puedo dar por falta de tiempo.

“La noticia de que el general Díaz ha vuelto a entrar en campaña es de las mejores que podemos recibir, pues la República tiene mucho que esperar de su acreditado patriotismo y su pericia militar. Por su graduación en el ejército y los buenos servicios que ha prestado, creo que la nación recibiría muy bien el que el supremo gobierno declarara que estando otra vez en campaña, le corresponde el mando en jefe de la línea de Oriente. El servicio público nada perdería con esa determinación y no hay susceptibilidad que pudiera considerarse justamente herida con ella.

“Reproduzco a usted las seguridades de mi más distinguida consideración.—*M. Romero.*

“C. ministro de Relaciones Exteriores.—Paso del Norte.”

CAPÍTULO LXXIV

CANJE DE PRISIONEROS ARREGLADO CON EL MARISCAL BAZAINE

OFERTA DE ARMAS Y DE PLAZAS FUERTES

Del 20 de octubre de 1866 al 31 de enero de 1867

El mariscal Bazaine que tenía una idea exagerada del número de prisioneros extranjeros con que yo contaba porque no sabía a punto fijo cuántos habían sido muertos, cuántos dispersos y cuántos prisioneros, me propuso un canje que acepté, encomendando su estipulación, conforme a las bases que fijé, al coronel José M. Pérez Milícu, a quien sirvió de intérprete el francés don Carlos Thiele, que con ese objeto **avanzó** hasta la capital de la República, teniendo lugar las conferencias para arreglar el canje en Tehuacán, donde se detuvo el coronel Pérez Milícu.

Después de canjeados todos los prisioneros mexicanos que aún quedaban en poder de las fuerzas invasoras, devolví gratis al mariscal Bazaine, cerca de mil prisioneros, todos extranjeros, con la condición de que fueran inmediatamente embarcados en Veracruz, como lo fueron en efecto.

Cuando mandé a México a don Carlos Thiele para arreglar el canje de prisioneros, el mariscal Bazaine lo autorizó para que me propusiera en venta fusiles, municiones, vestuario y equipo, ofreciéndome esos objetos a precios fabulosamente bajos, esto es, a peso por fusil y a peso también por vestuario de lienzo con zapatos, lo mismo que materiales para fabricarlos, caballada, mulada y sus respectivas monturas y arneses. Comprendí por esa oferta y por los destrozos y remates a precio vil que el enemigo estaba haciendo de su material, que la razón de su oferta era que no tenía vehículos para conducirlos a Veracruz y acaso ni capacidad en su flota para embarcarlos y me negué a comprarlos, pues teniendo que dejarlos me era más barato ocuparlos como propiedad del enemigo, que comprarlos aun a vil precio. Entonces expedí una circular a todas las

plazas incluyendo a las ocupadas por el enemigo, en que declaraba contrabando de guerra todos los efectos que aquél dejara en el país, ya fueran vendidos, regalados o abandonados, e imponía una fuerte multa a sus tenedores o encubridores, la cual sería aplicada íntegramente al denunciante en cada caso, dando a éste la mayor garantía de sigilo.

Esta circular fué extraordinariamente fructuosa para el ejército, al grado que me permitió presentar al presidente Juárez, a su arribo a la capital, 21,000 hombres perfectamente vestidos, armados y municionados. El Gobierno Federal, después de su regreso a la ciudad de México, dictó algunas órdenes en el sentido de mi circular.

Thiele era un francés inteligente, ilustrado, buen escritor, sereno y de iniciativa que se me presentó en la Mixteca a mediados de septiembre de 1866 ofreciéndome sus servicios, y deseando aprovecharme de sus buenas condiciones, lo puse en mi secretaría particular con el carácter de auxiliar, pues el secretario era don Manuel Travesí. Me acompañó en Miahuatlán y la Carbonera. Al regresar a Oaxaca de mi expedición a Tehuantepec, lo mandé como intérprete con el coronel Pérez Milicua, y al volver a Oaxaca y no pudiéndose entender con él don Justo Benítez, que ya figuraba como secretario del cuartel general de la línea de Oriente, le retribuí sus servicios y con el dinero que le di se fué a Guatemala, en donde estableció una fotografía, y murió varios años después.

El mariscal Bazaine me mandó decir con Thiele que a su salida de México permanecería cinco días en Ayotla, como lo verifiqué, y que si mientras él estaba allí, atacaba yo a la ciudad de México, le mandase decir con Thiele el uniforme de mis soldados para distinguirlos de los de Maximiliano, pues que en ese caso se proponía regresar a la capital con el objeto de restablecer el orden, y que todo se arreglaría satisfactoriamente. Entendí por esto que quería manifestarme de esta manera que me haría entrega de la capital y acaso del mismo Maximiliano siempre que yo accediese, en recompensa a sus propuestas, a desconocer al gobierno del señor Juárez con el objeto de que Francia pudiera tratar con otro gobierno antes de retirar sus fuerzas de México, pues sus palabras textuales fueron: “diga usted al general Díaz que yo pagaré con usura el brillo con que nuestra bandera pueda salir de México.” No me pareció conveniente aceptar esas propuestas, y así lo manifesté a Thiele para que lo comunicara al general Bazaine.

En una carta que dirigí a nuestro ministro en Washington durante

el sitio de la Ciudad de México, fechada en Guadalupe Hidalgo el 3 de mayo de 1867, que él publicó en los Estados Unidos, y cuyo pasaje respectivo inserto al fin de este capítulo, hice una alusión a las ofertas de Bazaine. Con este motivo y varios años después, cuando el mariscal se encontraba en Madrid, prófugo de su país, tal vez por agradar a la reina regente de España, sobrina de Maximiliano, y a consecuencia de una tercera publicación que se hizo en Francia de mi carta de 1867, me dirigió Bazaine una carta, el 10 de diciembre de 1886, pretendiendo que rectificara yo los asertos consignados en mi carta de Guadalupe Hidalgo, por considerarlos él inexactos, y recordándome que él no había publicado una carta que yo le escribí el 8 de febrero de 1865 la víspera de la rendición de Oaxaca que suponía me haría mucho mal si era conocida del público. Le contesté, el 11 de enero de 1887, que siendo exactos aquellos conceptos, no podía yo rectificarlos, que lo haría si Thiele se desdecía de lo que me había manifestado, y que ningún mal me podría hacer la publicación de mi carta de 1865; y por los sentimientos que me inspiró la situación que él guardaba, no quise entrar en consideraciones de otro género. Después de esto no volví a recibir carta ninguna del mariscal Bazaine.

Inserto también la carta que me dirigió el mariscal Bazaine y mi respuesta:

“Guadalupe Hidalgo, (a) mayo 3 de 1867.

“Sr. D. Matías Romero, etc., etc. Washington.

“Mi querido amigo:

“El mariscal Bazaine, por medio de una tercera persona, ofreció entregarme las ciudades que poseía, así como también a Maximiliano, Márquez, Miramón, etc., con tal de que yo accediera a una propuesta que me hizo, y la cual deseché por no parecerme honrosa. También se me hizo otra proposición con autoridad de Bazaine, para la compra de seis mil fusiles y cuatro millones de cápsulas; y si yo lo deseaba también, me vendería cañones y pólvora; mas me negué a aceptarla. La intervención y sus resultados han abierto nuestros ojos, y de aquí en adelante tendre-

a) Esta carta fué comunicada por nuestro ministro en Washington al secretario de Estado del Gobierno de los Estados Unidos de América con nota extraoficial de 28 de mayo de 1867. *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera.*—1860- 1867. Nota Núm. 219. Vol. XI, Pág. 487.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

mos más cautela al tratar con las naciones extranjeras, particularmente con las de Europa, y con especialidad con la Francia... (Firmado).—*Porfirio Díaz.*”

“Madrid 10 de diciembre de 1886.

“General:

“El resentimiento de que vengo quejándome, proviniendo del señor general Porfirio Díaz, es a él a quien escribo, y no al jefe del Estado Mexicano.

“La publicación de nuevo en los periódicos de su carta a don Benito Juárez, citando proposiciones deshonrosas que yo le hubiera propuesto por un intermediario, no es más que una sarta de calumnias inventadas por ese intermediario, que no designa usted, y que tuvo usted la torpeza de acoger tan ligeramente con sus falsedades, después de haber hecho alarde para servir sus intereses políticos; desmiento, pues, de una manera absoluta, los hechos contenidos en esa carta, citada como auténtica, y que es de usted solamente; y si las primeras publicaciones han pasado sin observación es porque la personalidad de usted era menos que ahora.

“No debía usted haber olvidado que la víspera de la rendición de Oaxaca, vino usted a pasar parte de la noche en mi Cuartel General, contrario a todas las leyes militares, y que hubiera estado en mi derecho el tratarlo como insurrecto, en lugar de hacerlo como prisionero de guerra. Si hubiera yo hecho publicar su carta referente a esa entrevista, carta que está en mi poder, no hubiera usted llegado a la presidencia; protesto pues, con la mayor indignación contra esta calumnia vuelta a remover y ruego a usted, señor general, designe el intermediario, por el cual sin duda fué engañado, a fin de que lo haga perseguir como difamador.

“Reciba usted, general, la expresión de toda mi consideración de sentimiento por su conducta poco leal hacia mí.—*M. Bazaine.*”

“México, enero 11 de 1887.

Al señor mariscal Bazaine.

“23 Monte Esquinza.—Madrid.

“Señor:

“He recibido una carta de usted de fecha 10 de diciembre último, que en resumen tiene por objeto manifestarme su resentimiento por la publicación de una carta mía, escrita en el año de 1867, en que, refiriéndome a

usted, aseguraba que por tercera persona me había hecho proposiciones que no quise aceptar por indecorosas; suplicarme le designe quién fué ese intermediario, y reprocharme el beneficio de no haber dado a luz la carta que le dirigí el 8 de febrero de 65, así como de haberme tratado como prisionero de guerra y no como insurrecto.

“En cuanto a lo primero debo advertir a usted, desentendiéndome de su estilo que no quiero calificar, que la carta que al principio cita, no fué dirigida al señor Juárez, como lo asienta, sino al señor licenciado Matías Romero, por cuyo conducto acostumbraba yo informar al jefe supremo del Estado, de todo lo que hacía y ocurría en la zona cuya defensa me estaba encomendada; que ésta fué mi única intención al escribirla y no la publiqué, ni pensé que podía ser publicada. Rectifico la aseveración de usted sobre este punto porque así es la verdad, y no porque hubiera tenido inconveniente en dar a luz dicha carta, pues nunca vacilé sobre la veracidad de los hechos que en ella cito; y además por razones contrarias a las que decidieron a usted a despreciarla en su primera, segunda y tercera publicación, esto es, porque la personalidad de usted valía entonces mucho más que ahora.

“Respecto al segundo punto aunque han pasado ya algunos años, no creo que haya olvidado usted a Mr. Carlos Thiele. Debo decirle, supuesto que me lo pregunta, que esa es la persona que mandé cerca de usted para ajustar el canje de los prisioneros mexicanos que tenía usted en su poder, por los que yo tomé en las acciones de Nochistlán, Miahuatlán, Carbonera, Tehuantepec y Oaxaca, canje que realizamos con grave ventaja para el ejército francés, porque le envié como gracia todos los jefes, oficiales y soldados que me sobraron, cuando a usted no le quedaba personal equivalente para canjeármelos. Ese señor Thiele fué quien me hizo en nombre de usted las proposiciones de que di cuenta en mi carta que me ha concitado el resentimiento de usted y quien pocos meses después de los hechos a que me refiero, se radicó en Guatemala, donde se puede ocurrir a él. Celebraría muchísimo si algún día pudiera usted persuadirme de que todo fué impostura de dicho señor, y lo manifestaría así al público que ha conocido mi carta; pero para esto necesito la propia declaración del señor Thiele pues el conocimiento que de él tengo no me autoriza a dudar de su caballerosidad.

“En cuanto a mi repetida carta de febrero de 65, con cuya publicación cree usted que me habría hecho y aun me podría hacer mal ahora,

ese es otro error que usted padece. Hago memoria de habérsela dirigido y aunque no tengo presente con perfección los términos en que está concebida, sí puedo asegurar que no me deshonran, sencillamente porque tanto en mi conciencia de hombre, como de militar, no recuerdo ningún hecho que pudiera avergonzarme. Por otra parte, la inmensa desigualdad en que entonces combatíamos —menos de uno contra diez— y las circunstancias y episodios que rodearon esa campaña y tuvieron lugar en ella, sólo son conocidos hasta la fecha por los que como usted y yo fuimos en ella actores, lo mismo que por nuestros subordinados respectivos y por los pueblos del heroico Estado de Oaxaca. Su publicación halagaría mucho mi orgullo militar y patriótico, y la necesidad de contestar cargos formulados por usted me pondría en condiciones para hacerlo sin riesgo de aparecer presuntuoso y con más ventaja aún si me permitiera comparar el asedio, sitio y pérdida de la plaza de Oaxaca, con otro caso contemporáneo del mismo género, aunque no semejante.

“Me recuerda usted también, no sé con qué objeto, que fui su prisionero y que no me trató como insurrecto. Si hace usted esto para censurarme, le repetiré, que aunque por casualidad y no por deber a que no estoy sometido, no fué mi voluntad la que decidió la publicación de mi carta que tanto le ha afectado. En cuanto que usted haya obrado así por deber o por gracia, permítame que no le replique, porque como quiera que haya sido, tengo presente que usted ha tenido el honroso carácter de mariscal del ejército francés y cualesquiera que sean las desgracias que han pesado y aún pesan sobre usted, y el estado en que ellas hayan dejado su ánimo y su razón, no puedo sin agraviar a usted y al sentido común, entrar en una cuestión que tendría por objeto demostrarle la diferencia que existe entre el insurrecto o bandolero, y el general del ejército de una nación reconocida por el mundo civilizado y que plenamente autorizado por los Supremos Poderes de ella, a la sombra de su bandera, la defiende en su territorio contra un ejército invasor.

“Envío a usted los testimonios de mi pena por la poca meditación que revelan los conceptos estampados en la carta que le contesto.—*Porfirio Díaz.*”

CAPÍTULO LXXV

ARMAS ENVIADAS POR NUESTRO MINISTRO EN WASHINGTON

Del 1º de octubre de 1866 al 31 de enero de 1867

El objeto principal de la misión del señor licenciado Benítez en los Estados Unidos; fué como acabo de indicarlo, obtener recursos y elementos de guerra para hacer una campaña fructuosa contra la intervención extranjera. La llegada del licenciado Benítez a los Estados Unidos coincidió con la aprobación de nuestro ministro en Washington de un contrato celebrado por el general don José María de J. Carvajal con los señores John W. Corlies y Cía., de Nueva York, en virtud del cual se autorizó la emisión de treinta millones de pesos en bonos destinados a la compra de elementos de guerra, que se utilizaran en la campaña contra el invasor. Nuestro ministro en Washington dió sus instrucciones al general Herman Sturm, nombrado por el general Carvajal para hacer la compra de armas y otros elementos de guerra, a fin de que se comprasen los artículos que yo necesitase, según los informes que ministraban el señor licenciado Benítez y el general don Pedro Baranda, comisionado al efecto por el general don Alejandro García, segundo en jefe de la línea de Oriente.

El general Sturm compró un cargamento que puso a bordo del vapor Vixen, en el cual vinieron a Minatitlán los señores Benítez y Baranda.

En el volumen intitulado “Contratos hechos en los Estados Unidos por los comisionados del Gobierno de México, durante los años de 1865 y 1866”, publicado en 1868 en la imprenta del Gobierno, consignó don Matías Romero todos los informes referentes a estos asuntos, y entre ellos (a)

a) Contratos hechos en los Estados Unidos por los comisionados del Gobierno Mexicano durante los años de 1865 y 1866. Páginas 481, 488, 496 y 497.

menciona el envío de armas destinadas a la línea de Oriente que condujeron don Justo Benítez y el general don Pedro Baranda, y en ese libro aparece el pormenor de los efectos enviados en el Vixen, el costo que tuvieron los mismos y todos los demás datos referentes a ese envío.

El 9 de noviembre de 1866 se fletó el vapor Vixen por el general Sturm en 600 pesos diarios pagaderos en bonos. (a) El día 10 salió de Nueva York conduciendo las armas y artículos de guerra para la línea de Oriente, que se pusieron a cargo del general don Pedro Baranda. (b) El vapor se averió y tuvo que atracar en Norfolk, Estado de Virginia, en donde permaneció algunos días para reponer sus averías; después de lo cual partió para Minatitlán. (c)

Desde que yo salí de Oaxaca para Tehuantepec con el objeto de someter a Remigio Toledo, que a la cabeza de mil y tantos hombres ocupaba Tehuantepec, había llamado al general Alejandro García al cuartel general, con el objeto de que informara sobre las dificultades que tenía con algunos distritos de su línea, que se le habían puesto casi en estado de rebelión contra él; y aprovechando su presencia en el cuartel general y para causar en el ánimo de los disidentes una impresión que fuera favorable al general García, le encomendé interinamente el mando del cuartel general, que era la ciudad de Oaxaca y sus inmediaciones, y le dejé instrucciones para que continuara en la obra de organización de los batallones que debían servirme para la campaña sobre Puebla y México, la conclusión de las baterías que también con ese objeto había yo comenzado a construir, así como la fabricación de municiones para dichas baterías y para las armas portátiles y de vestuario y equipo para los batallones a que aludo.

En marcha para Tehuantepec recibí en Tlacolula a un correo procedente de Acayucan que me mandaba don Justo Benítez, en que me avisaba que acababa de desembarcar en Minatitlán procedente de los Estados Unidos y que había llegado a ese puerto con una remesa de arma-

a) Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera.—1860-1867.—Nota Núm. 141 de 9 de noviembre de 1866. Vol. VIII, Pág. 558.

b) Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera.—1860-1867.—Nota Núm. 746 de 11 de noviembre de 1866. Vol. VIII, Pág. 566.

c) Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera.—1860-1867.—Nota Núm. 756 de 17 de noviembre de 1866. Vol. VIII, Pág. 575.

mento, equipo, municiones y útiles de hospital. Con este motivo mandé a recibir esos efectos al capitán de ingenieros don Lorenzo Pérez Castro con una fuerza de guardia nacional.

El general Baranda traía el encargo de conducir dichas armas; pero como los indios de Acayucan estaban pronunciados contra el general García, ocultó su nombre y su misión, se puso bajo el amparo de Benítez quien afrontando la situación dijo que las armas eran para mí, y entonces los indios lejos de oponerse a su conducción, ayudaron a traerlas hasta Tuxtepec. Recibí estas armas al volver de la expedición a Tehuantepec y las utilicé en la campaña sobre Puebla y México, que emprendí a poco.²³

CAPÍTULO LXXVI

DON JUAN PABLO FRANCO

Del 4 de octubre de 1866 al 30 de enero de 1867

Don Juan Pablo Franco, que desde que el Gobierno Federal abandonó la ciudad de México y se organizó en ella el primer simulacro de administración intervencionista, se había manifestado partidario activo y entusiasta del imperio, fué al fin nombrado prefecto superior político de Oaxaca y acompañó en su expedición a los generales Courtois d'Hurbal y Bazaine, sirviéndoles con mucha actividad y eficacia, y haciéndoles creer que ejercía gran prestigio en dicho Estado así como en el de Chiapas.

Después de la batalla de Miahuatlán, aprovechó Franco la salida de una fuerza de caballería que mandó Oronoz a Puebla escoltando al obispo Covarrubias para ir con él a esa ciudad; Covarrubias había sido uno de los más eficaces auxiliares de la intervención y se asustó mucho porque habiéndome mandado preguntar qué consideraciones le guardaría si tomaba a Oaxaca, y siguiendo mi sistema de aparentarme sanguinario para infundir terror, le contesté que lo fusilaría con su gran uniforme de obispo, lo cual lo desmoralizó completamente y otro tanto le pasó a Franco, y esto motivó la salida de ambos para Puebla.

Estando en México Franco con don Manuel Dublán, después de la rendición de Oaxaca, se pusieron ambos de acuerdo para ir con una escolta de traidores hasta Tehuacán, que todavía estaba en poder del enemigo a recibir a sus respectivas familias, que habían mandado traer a Oaxaca. Con este propósito salieron de México; pero en Puebla comprendió Dublán que había peligro en seguir adelante, y manifestó a Franco que lo esperaba allí si él continuaba su marcha, aconsejándole que no pasara de allí.

Avisados los puestos avanzados que tenía yo en algunos lugares cer-

canos de la carretera que conduce de Puebla a Tehuacán, de que llegaba a Tlacotepec una fuerza de caballería enemiga en tal número que estos podían batir, la dejaron entrar a Tlacotepec para atacarla en dicha población con ayuda del vecindario.

No tardaron mis soldados de caballería, mandados por el teniente coronel don Ignacio Sánchez Gamboa, en apoderarse de Franco y de su escolta, que mandaron para Oaxaca, a donde llegó él primero el 6 de enero de 1867, antes de mi regreso a Tehuantepec.

Luego que tuve noticia de la captura de Franco, mandé instaurar el proceso correspondiente y después de su tramitación regular y completa y de permitirle el ejercicio de todos los recursos legales, fué sentenciado a muerte el 26 y pasado por las armas en Oaxaca el 30 de enero de 1867, después de haber salido yo de aquella ciudad para Puebla. Interpuso el recurso de indulto que le negué.

Fué fiscal en esa causa, el teniente coronel don Joaquín Ballesteros, asesorado por el auditor, licenciado don Ramón Rodríguez, y su defensor el licenciado don José Isaac Cañas, abogado distinguido de Oaxaca.²⁴

A P E N D I C E

I I. En este memorable sitio que con justicia causó la admiración del mundo entero al grado de que años después al formular la requisitoria en contra del mariscal Bazaine acusado de traición por la entrega de la plaza de Metz durante la guerra franco-prusiana en 1870-71, el acusador lo increpó diciéndole: que habiendo atacado la plaza de Puebla en 1863 no pudo aprender del general González Ortega cómo se debía defender una plaza sitiada, dignos son de alabanza todos los jefes, oficiales y tropa que en número de doce mil hombres defendieron esa plaza contra cuarenta mil sitiadores del primer ejército del mundo en esa época, y sobre todo debe encomiarse el valor, la decisión y la tenacidad del general don Jesús González Ortega, que en este memorable hecho de armas, el más importante de la campaña contra los franceses, logró borrar el desastre del Cerro del Borrego. Para realzar todo el gran mérito de dicho general, inserto a continuación las siguientes cartas tomadas del archivo de mi propiedad. G. V. R.

“Zaragoza, marzo 18 de 1863.

“Señor general don Ignacio Comonfort.

“Querido amigo y compañero:

“El enemigo en su mayor parte, casi en su totalidad, ha levantado el campo que tenía ayer establecido. Desde las primeras luces de la mañana de hoy, comenzó a moverse como si tuviera la intención de circunvalar esta plaza, este movimiento ha durado toda la mañana y la tarde y su resultado es que por el rumbo de Amalucan queda poca fuerza y que el mayor número se encuentra por el Cerro de San Juan y en San Bartolo, habiendo desfilado sus columnas de las tres armas por nuestra derecha e izquierda. Esos movimientos que hemos presenciado, las noticias que después de oscurecer me han traído mis exploradores y la declaración de tres prisioneros que hizo la brigada de caballería de Zacatecas, perteneciente a las fuerzas

que están ahora en San Bartolo y que estuvieron antes en Teotimehuacán, asegurando que aquellas tienen que pasar hasta Cholula, me indican con claridad que el enemigo se propone atacar la plaza por el rumbo referido de San Juan o marchar sobre ella y tal vez sobre México, o situarse por algún tiempo entre aquella capital y esta ciudad. Espero nuevos avisos de mis exploradores, y se los transmitiré a usted, si bien creo que usted estará más al tanto de lo que ocurre sobre este particular, supuesta la dirección que ha tomado el enemigo.

“Suplico a usted transcriba por el telégrafo este largo párrafo al señor ministro de la guerra, y que por el mismo conducto le manifieste a dicho señor que recibí las libranzas por valor de ocho mil setecientos cincuenta pesos (\$ 8.750) y le recomiendo dos negocios que me interesan mucho y son los siguientes: que se sirva mandar entregar a don Mucio Hernández, residente en México, tres mil seiscientos pesos (\$ 3.600), valor de doscientos barriles de aguardiente que acabo de comprar al señor Oropeza de este comercio; en el concepto de que el recibo que extienda el señor Hernández debe ser en favor de la comisaría general del ejército de Oriente, en cuya oficina debe quedar ese documento.

“El segundo negocio se reduce a que el mismo señor ministro de la guerra me mande pronto y de cualquier modo el dinero que ha dejado a mis órdenes el señor ministro de Hacienda, pues necesito de él urgentemente por la posición en que me hallo colocado en estos momentos y en la que me va a colocar el enemigo supuesto el rumbo en que se ha situado.

“Sin más por ahora que comunicar a usted y con qué molestarlo, me repito su amigo, compañero y servidor que lo aprecia. *J. G. Ortega*”.

“Zaragoza, marzo 19 de 1863.

“Señor general Ignacio Comonfort.

“Texmelucan.

“Muy estimado amigo y compañero:

“El enemigo ha continuado aglomerando sus fuerzas en el Cerro de San Juan, en donde enarboló su pabellón a la una y media de la tarde de hoy.

“En Amalucan permanece aún el campamento francés, pero entiendo que ha quedado reducido a una fuerza poco numerosa. En la tarde se movió de San Bartolo la que ocupaba este punto, regresó luego a él y parece



GENERAL JOSE LOPEZ URAGA, QUIEN INVITO AL GENERAL PORFIRIO DIAZ PARA UNIRSE A MAXIMILIANO.

que al terminar la luz lo ha dejado definitivamente, avanzando también para San Juan o para el Puente de Cholula.

“En todos los movimientos que ejecuta el enemigo procura hacer desfilar sus tropas en hileras; o en un orden de formación tal, que los que observen los mismos movimientos, puedan comprender que la fuerza es numerosísima, ostentando así un poder que en realidad no tiene.

“De todo lo que he visto hoy, pues he estado observando durante todo el día las operaciones referidas, así como de las noticias que me han comunicado mis exploradores, infiero que se propone el general francés, tal vez mañana, dar el ataque a la plaza desplegando sus fuerzas y sus columnas por los fuertes de San Juan, Santa Anita, el Parral y el Carmen.

“Al comunicar a usted lo expuesto, como se lo suplico, al señor ministro de la guerra, sírvase también manifestarle que la plaza guarda muy buen estado, que por cualquier parte donde se emprenda el ataque, será rechazado con vigor y que la presencia de los soldados franceses a la vista de los nuestros, lejos de acobardar a los últimos, ha aumentado notablemente su entusiasmo; que estoy por lo mismo contento y bien preparado para la defensa.

“Ayer dije a usted en mi carta que la brigada de caballería de Zacatecas hizo tres prisioneros, y omití por un olvido que la fuerza del general Carbajal hizo varios muertos al enemigo: al reconocerlos, pues quedaron tendidos en el campo, se ha advertido que aunque usaban el traje de zuavos, eran de los traidores.

“Consérvese usted bueno y disponga de su afectísimo compañero, amigo y servidor.—J. G. Ortega.”

“Zaragoza, marzo 30 de 1863.

“Señor general don Ignacio Comonfort.

“Mi querido amigo y compañero:

“Tenga usted la bondad de transmitir al señor ministro de la guerra el siguiente parte:

“Ciudadano ministro de la guerra: Destruída una gran parte del edificio llamado la Penitenciaría, que servía de base al fuerte de San Javier, próxima a desplomarse otra, destruidos también los baluartes y cortinas de la referida fortaleza y cegados sus fosos en una gran parte por los fuegos de la artillería enemiga. Generales instruidos e inteligentes, lo mismo que los jefes encargados de la defensa de dicha fortaleza, me mani-

festaron que ya no era posible defender ésta con buen éxito, entre multitud de razones que había para ello, porque ya nuestra artillería no podía jugar, tanto porque las paralelas del enemigo, donde tenía ocultas y apostadas sus columnas, estaban a distancia de treinta o cuarenta varas de los salientes de los baluartes, como porque las cañoneras y aplanadas estaban convertidas en un montón de escombros; no obstante el respeto que me merece la opinión de aquellos generales, pasé personalmente a la referida fortaleza y me convencí de la verdad en que se apoyaba dicha opinión. En consecuencia, dispuse que toda la existencia de parque que había en los repuestos se trasladara a los almacenes del centro de la ciudad, y que se sacara toda la artillería de sitio, de plaza y de batalla con que estaba armado dicho fuerte, y resolviéndome al mismo tiempo a seguir defendiéndolo no ya con el carácter de una fortaleza, sino de unos cuantos palmos de terreno que quería disputarle de todas maneras al enemigo, vendiéndolos bien caros en un caso desgraciado, y así se lo manifesté a los defensores de dicho fuerte poco antes de que éste sufriera el asalto.

“A las tres y media de la tarde del día de ayer hizo punto objetivo el enemigo al ya citado fuerte de San Javier, como lo había hecho los días anteriores y dirigió a él todos sus fuegos de artillería. Poco después de las cuatro de la misma tarde, lanzó sobre dicho punto fuertes columnas que resistieron en el patio de la Penitenciaría, dos batallones de Guanajuato y uno de Morelia, no pudiendo recibir un auxilio instantáneo, porque las fuerzas que para este objeto habían colocado en los flancos de la fortaleza tenían que recorrer una extensión de quinientas y mil varas, cuando las francesas sólo tenían que andar treinta o cuarenta, dejando apoyada su retaguardia en otras columnas que cubrían las paralelas; esto no obstante, el señor coronel don Carlos Salazar, con el batallón de rifleros perteneciente a la división que manda el señor general Negrete, llegó por nuestra derecha hasta el foso de la referida fortaleza; otra columna que mandó desprender del Carmen el general don Francisco Alatorre, de las fuerzas de Zacatecas y al mando el señor general Shilardi llegó atravesando la llanura que se interpone por la izquierda hasta cerca del pueblo de Santiago; tres batallones de Puebla, también a pecho descubierto, al mando de sus dignos jefes los señores generales Negrete y Prieto reforzaban la línea de la derecha que manda el señor general Antillón; los batallones Reforma, Mixto de Querétaro y parte del de Rifleros al mando del coronel Rioseco, defendían bizarramente las manzanas que circunvalan la retaguardia de

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

San Javier, y otros tres batallones de Zacatecas, al mando del señor coronel Auza, defendían otra de las manzanas citadas y los redientes de Morelos.

“A todos esos jefes y a sus subordinados los vi serenos en medio de los fuegos, a unos a pecho descubierto y a otros en los puntos en que se les había encomendado esperar el empuje del enemigo invasor; mas éste que no pudo o no quiso resistir nuestros fuegos y merced a la absoluta obscuridad que producía el humo, ocultó sus columnas en los fosos de sus paralelas y las otras en el centro del edificio de la Penitenciaría, después de haber sido resistidos heroicamente por los defensores de ese punto.

“No hemos perdido ni un solo cartucho ni una sola pieza de artillería, excepto dos de montaña que era necesario perder para causar algunos males al enemigo a la hora del asalto, pues como he dicho a usted, mandé desartillar el fuerte y vaciar sus repuestos y almacenes.

“En la función de armas perdimos seiscientos hombres entre muertos y heridos. No sé si quedaron algunos de nuestros jefes, oficiales y soldados de los que defendían San Javier, prisioneros y en poder del enemigo.

“Sírvasse usted manifestar al señor Presidente que nuestro ejército no ha sufrido en lo más mínimo en su moral por la pérdida de San Javier, porque ésta, como he dicho, la hicieron necesaria las leyes de la guerra y la exigió además la conveniencia de la defensa de la plaza. Como una prueba del primero de estos asertos puede usted manifestarle al mismo señor Presidente, que hace treinta y dos horas después de la en que sufrió el asalto de San Javier, que el enemigo no ha podido desalojar a nuestras tropas de las manzanas que circunvalan la retaguardia del referido fuerte, ni aun de aquellas que se encuentran a doce o catorce varas distantes del mismo, no obstante ser sumamente débiles por su construcción y estar sufriendo todo el fuego de la artillería de los invasores a consecuencia de que todas tienen su frente a la campaña. Me he propuesto defender otras treinta horas las citadas manzanas para obligar al enemigo a que las tome en columna cerrada y a que en el ataque sea rechazado y pierda en él mil o dos mil hombres, y en el supuesto de que no acontezca lo primero, como lo creo, abandonaré las cinco manzanas, incluso los redientes de Morelos, para que todos esos escombros impidan a la artillería enemiga jugar impunemente sobre nuestra tropa por ese rumbo, por no poder hacer lo mismo nuestras baterías, una vez que el enemigo ocupe a San Javier.

“En el supuesto de que aquél no me ataque las manzanas en los tér-

minos referidos, mi línea quedará establecida a la retaguardia de ellas cuya línea, así como las otras dos que están más hacia el centro de la ciudad está ya perfectamente artillada y defendida por fuerzas respetables.

“El abandono de los redientes de Morelos lo motivará la circunstancia de que ni han sido ni serán atacados por el frente que ve a la campaña sino por la gola que como usted sabe está sin fortificación y que sólo le sirve de apoyo las manzanas y plaza de toros que están frente a San Javier. Mas una vez que sea abandonado este punto, queda a descubierto y puede ser batido por toda su parte interior por nuestra segunda línea.

“El enemigo no me ha atacado alguna otra de las fortalezas que se hallan en los suburbios de la ciudad.

“Me han servido mucho, como siempre, los generales Mendoza y Paz.

“Sírvasse usted dar cuenta con lo expuesto al señor Presidente de la República.—*Ortega.*”

“Zaragoza, marzo 21 de 1863.

“A las ocho de la noche.

“Señor general don Ignacio Comonfort.

“Mi querido amigo y compañero:

“Los generales don Antonio Carbajal y don Aureliano Rivera con la brigada que mandan, saldrán dentro de una o dos horas de esta plaza, rompiendo si es necesario la débil línea que tiene el ejército invasor frente a nuestra fortaleza. El objeto de la comisión que he dado a dichos generales ellos mismos podrán manifestarlo a usted verbalmente. Le mando a usted una colección de boletines que se han publicado en esta plaza, faltando sólo el que se publicará dentro de algunas horas y que tendrá interés por referirse en él a los sucesos que han tenido lugar la tarde de hoy. En unas cuantas líneas se los referiré.

“El enemigo no ha hecho obras de zapa para colocar sus baterías hasta la tarde de hoy, que comenzó una obra frente a Totomihuacán y a mucha distancia de la plaza; pero poco después de haber comenzado sus trabajos el enemigo, la fortaleza de Ingenieros desbarató con sus tiros de cañón la columna que los apoyaba, teniendo que hacer fuego en seguida sobre sólo los trabajadores. A la misma hora que esto pasaba por Ingenieros, la fortaleza de Guadalupe, Loreto y Santa Anita, o sea 5 de Mayo y Demócrata, rompían también sus fuegos de cañón sobre la línea que el enemigo había

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

formado por un camino de carros y traía de Amalucan para el Cerro de San Juan. Esto produjo una grande alarma en todo el campamento enemigo, el que se puso en el acto listo y sobre las armas.

“La última de las mencionadas fortalezas hizo con tanto acierto sus tiros, que una columna que se dirigía hacia ella como para amagarla a una gran distancia, la desbarató a los diez o doce tiros, haciéndole algunos muertos. El enemigo tuvo que diseminar la columna en guerrillas y tiradores y hacer que echaran pecho a tierra para proteger la pasada del convoy.

“El campamento de Amalucan lo están pasando para la línea del Cerro de San Juan, en cuyo punto, como lo he dicho, a usted, están haciendo los invasores la reconstrucción de su fuerza.

“Le suplico a usted le transmita al señor ministro de la guerra el contenido de esta carta; que va escrita de mi puño y letra como la anterior, para que usted no dude de su autenticidad. Diariamente le he escrito una carta, dígame usted si las ha recibido.

“La confianza y la moral del ejército que defiende la plaza no pueden ser mejores.

“Continúan los trabajos de fortificación sin descanso. Todos los generales encargados de las líneas interiores y perímetro interior, así como los encargados de las reservas, como son los generales Negrete y Prieto, trabajan de día y noche.

“El perímetro interior de la ciudad va cerrándose con una fuerte muralla hacia la campaña.

“Mañana le volverá a escribir su amigo y compañero que lo aprecia.
—J.G. Ortega.”

“Zaragoza, marzo 31 de 1863.

“Señor general Ignacio Comonfort.

“Mi querido amigo y compañero:

“Sería muy oportuno para el buen éxito de nuestra causa y para facilitar mis operaciones que usted, haciendo un movimiento, abandonase ese rumbo del camino de México y viniera a situarse con sus fuerzas por Santa Inés Zacatelco a retaguardia de los campamentos que tiene el enemigo al norte de esta plaza, y comunicándome usted oportunamente su combinación haría yo salir de esta plaza una columna con lo que conseguiríamos una de dos cosas: o derrotar la fuerza que está en uno de esos campamentos

o hacer que éstos se reconcentrasen en uno, y poder entonces hacer introducciones de víveres, de los cuales estoy ya sumamente escaso y necesito hacerlos venir a toda costa, pues de esto depende la resistencia.

“Ayer cuando observé que usted avanzaba sobre el puente, hice salir una columna de las tres armas, mandada por el compañero Berriozábal y con dirección al rancho de Santa María y con instrucciones necesarias para retirarse de cierta altura y a una hora determinada, dicha columna avanzó para el citado punto en donde hizo algún fuego de artillería y se retiró al oscurecer, pero esto fué bastante para introducir una gran alarma entre el enemigo y hacerlo poner en movimiento en todos sus campamentos y me indica que lo que le propongo al principio de ésta nos dará el resultado que deseamos.

“En cualquier día que yo vea o tenga noticia que se desprende del enemigo alguna fuerte columna sobre usted, inmediatamente yo desprenderé otra sobre él, pues estoy en constante observación.

“Contésteme y reciba un abrazo de su amigo que mucho lo quiere.
 —J. G. Ortega.”

“Ao.—Se me han acabado los víveres y el dinero. Los pocos que estoy comprando de los primeros es a peso de oro. No se sabe ni quién tiene dinero ni dónde viven los comerciantes, pues el bombardeo lo ha transformado todo. No crea usted que por esto desespero de la situación. A la fortuna habiendo constancia se le arranca por bien o a fuerza una sonrisa. Díglele usted esto al señor Presidente reservadamente; díglele también que voy a comenzar a matar mulas.—Ortega.”

1 II. *Ataque al convento de San Agustín.*—Día 2 (abril).

Hacia tiempo que había entrado la noche cuando las tropas francesas que ocupaban el Hospicio abrieron brecha en el antiguo presidio situado en la calle de San Marcos y un grupo de zuavos se lanzó decididamente con el objeto de reconocer aquel edificio; en sus espaciosas galerías, atrincheradas con saquillos llenos de tierra y con gran cantidad de losas de las banquetas hallábase el general don Porfirio Díaz al frente de una numerosa sección, y entre ambas fuerzas trabóse rudo combate que duró hasta la media noche en el cual murieron más de cincuenta mexicanos y no pocos de los sitiadores.

En esos mismos momentos tenía lugar un ataque semejante en la man-

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

zana que ocupaba el coronel Balcázar, adonde se acercaron los franceses por medio de otra brecha practicada por el oeste de la plazuela de San Agustín. El fuego de fusilería era horrible y los combatientes se habían acercado tanto que muchos de ellos peleaban a la bayoneta. Las baterías establecidas en San Javier lanzaban bombas a la plaza y los cañones introducidos en las casas producían con sus disparos una confusión espantosa.

Estos reconocimientos tenían por objeto rodear el convento de San Agustín, donde los juaristas tenían sus principales depósitos, evitando hasta donde fuera posible un ataque a viva fuerza del mencionado punto, por temor de una explosión que podría ocasionar lamentables pérdidas. La realización de este pensamiento debió dejarse sin duda para más tarde, pues en el momento en que los franceses se preparaban a dar una carga en toda forma, recibieron orden de permanecer en los puntos de la línea que ocupaban, dejando en los suyos a los juaristas, lo que dió motivo a que estos pretendieran hacernos creer en una gran derrota de los franceses, que consistía en haber impedido el reconocimiento de veinticinco o treinta zuavos (a). (A.M.C.)

1 III. *Despacho del general Forey al ministro de la guerra.*

“En el cerro de San Juan, 2 de abril de 1863.

“Señor mariscal:

“Mi parte general del 2 de este mes ha puesto a V. E. al corriente de la marcha de los trabajos del sitio de Puebla hasta el 29 de marzo.

“Había fijado ese día para la toma del fuerte de San Javier, hacia el cual se dirigían nuestros ataques, y tengo el honor de comunicar a V. E. los pormenores de esta operación.

“El fuerte de San Javier ofrece al oeste un frente bastionado; al norte una gran cortina; al este una media luna que cubre la entrada por el lado de la ciudad, y al sur un frente bastionado irregular. Estas obras que forman un recinto continuo, rodean una vasta construcción que comprende una Penitenciaría enlazada con el convento de San Javier. El conjunto de este sólido edificio se extiende unos 180 metros de largo y 80 de ancho; tiene tres patios interiores y diversos cuerpos de edificios.

“Los aproches estaban cubiertos de defensas y flanqueados por numerosas piezas todavía intactas. La defensa era, pues, fácil y la disposición interior de los edificios permitía prolongarla, hasta los últimos límites.

a) “El Sitio de Puebla”. Tirso Rafael Córdoba. Puebla, 1863. Págs. 61 a 62.

“Era indispensable apoderarse de ese gran obstáculo. Los trabajos de los ingenieros nos habían acercado a él, y el fuego de la artillería había arruinado a las baterías. A la infantería tocaba hacer lo demás.

“Confiando en el vigor y energía de mis tropas, no vacilé en ordenar el asalto. El primer batallón de cazadores de infantería y un batallón del 2º de zuavos formaron la columna de asalto. Un batallón del 51 y uno del 3º de zuavos compusieron la reserva, además de los batallones de guardias de trinchera.

“Confié la dirección de esta importante operación al general Bazaine, que, acompañado de su estado mayor, vino a la una de la tarde a tomar el mando de la trinchera.

“A las cuatro, todas nuestras baterías, dirigieron el fuego más vivo sobre la Penitenciaria, de manera que completaron la ruina de sus defensas exteriores. A las cinco, según se había dado orden, cesó el fuego. El general Bazaine, colocado en la cuarta paralela, dió la señal. Los gritos repetidos de ¡Viva el Emperador! respondieron a ella, y en seguida, saliendo de las trincheras la primera columna, se lanzó al paso de carga hacia el saliente de San Javier, le coronó rápidamente y penetró en la obra con arrojo invencible.

“El enemigo quedó por un instante sorprendido, pero al cabo de algunos minutos una granizada de balas que partían de las murallas arpillradas, de los terrados, de las puertas, ventanas y campanarios, cubrieron nuestros ataques. Los mexicanos descubrieron al mismo tiempo algunas piezas ocultas tras de las barricadas, y añadieron el fuego de una batería de campaña colocada delante del fuerte del Carmen y el de todos los fuertes vecinos al punto de ataque; pero este diluvio de metralla no contuvo el arrojo de nuestros soldados. La segunda columna siguió de cerca a la primera, y presto penetraron en la Penitenciaria. La guarnición formada de unos 700 hombres con varias piezas de campaña, intentó resistir. Esta era la primera vez que los mexicanos sentían la punta de nuestras bayonetas, y cedieron a la impetuosidad de este ataque. Perseguidos sin descanso de piso en piso, de cuarto en cuarto, algunos consiguieron escapar, pero muchos sucumbieron y los demás fueron cogidos.

“En las diferentes partes del edificio había pólvora, cajas de cartuchos y cadenas de bombas enterradas que debían estallar por medio de alambres disimulados por la paja. Gracias a la energía y a las disposiciones tomadas por el capitán de ingenieros Barillon, no resultó ningún accidente.



GENERAL JESUS GONZALEZ ORTEGA, JEFE DE LAS FUERZAS
REPUBLICANAS.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

“Al ver el enemigo que la Penitenciaría estaba en nuestro poder, trató de recobrarla. Una reserva de 2,000 mexicanos avanzó hacia el frente oriental; pero los cazadores y los zuavos instalados en el primer piso recibieron a esta columna con un fuego de alto a bajo, tan nutrido, que retrogradó prontamente tras de las barricadas de la ciudad. El enemigo continuó dirigiendo hacia el fuerte una fusilería de las más vivas, que no cesó hasta las siete y media.

“Las pérdidas del enemigo son graves, pues el interior del fuerte estaba lleno de cadáveres. Cogimos en el fuerte tres obuses, una pieza de campaña, carros cargados de proyectiles, y los dos banderines del 20º batallón de línea mexicano. Se han hecho cerca de 200 prisioneros, 10 de ellos oficiales, y entre ellos se encuentran un coronel de ingenieros y otro de infantería.

“Los oficiales y soldados de las diversas armas merecen los mayores elogios por su arrojo y disciplina en el combate.”—*Diario de las operaciones del Sitio de Puebla.* (a). (A.M.C.)

1 IV. *Parte del general H. Brincourt al general Forey.*

“Ejército expedicionario de México.—División sobre Atlixco.—Atlixco, 15 de abril de 1863.—Al Sr. general Forey, senador, comandante en jefe de las tropas expedicionarias de México.—Mi general: obedeciendo vuestras órdenes he partido de Cholula el 12 del presente mes, a las ocho de la mañana, con una columna ligera compuesta de la manera siguiente:

Un batallón del primer regimiento de zuavos	500 hombres
Una sección de montaña	30 ”
Tres escuadrones de cazadores de Africa	260 ”
El escuadrón del coronel Peña	200 ”
Dos batallones de infantería del general Márquez	500 ”
Total de la fuerza	1490 hombres

“Con estas fuerzas debía escoltar un convoy compuesto de 12 carros mexicanos, treinta y cinco del tren y ochocientas mulas que se dirigía a Atlixco con el objeto de conseguir víveres para el ejército.

El señor intendente general Wolf y yo debíamos fijar el tiempo nece-

a) “El Sitio de Puebla”. Tirso Rafael Córdoba. Puebla, 1863. Págs. 51 a 55.

sario para llevar a cabo esta disposición: llevábamos municiones de todo género para dos días y además 6.000 raciones de reserva. En vuestras instrucciones generales me habíais prevenido que procurase no comprometer por mi parte lance alguno, pero que con las tropas que estaban bajo mi mando podía hacer frente al enemigo, si la ocasión se presentaba.

“Desde luego destiné exclusivamente la infantería del general Márquez a la custodia del convoy, repartiendo las demás tropas a la vanguardia y a la retaguardia para recibir por todas partes al enemigo. El coronel Peña colocó a la cabeza de la columna y hacia sus flancos, los soldados mejor montados que llevaba, así es que nuestra marcha iba perfectamente dirigida y cada vez que hacíamos alto mandaba yo que se concentrase mi convoy, el cual ocupaba una extensión de cerca de media legua.

“A las dos de la tarde nos hallábamos en frente de Atlitxco, punto que Carbajal ocupaba con 400 ó 500 caballos. Sabedor de nuestra llegada juzgó prudente sacar de la ciudad a la mayor parte de su tropa por el camino de Axoxopan, dejando sólo cincuenta hombres que defendiesen las trincheras de la plaza.

“El coronel Peña, después de haber dispersado algunos merodeadores que encontró a su paso, atravesó la ciudad persiguiendo a Carbajal, cuya fuga era tan precipitada que dicho coronel no tuvo necesidad de ser auxiliado por uno de los escuadrones del comandante de Pucé que yo había enviado con ese fin.

“La caballería mexicana ejecutó bien aquel movimiento, teniendo sólo que lamentar la muerte del subteniente don Leonardo Posada y sentir la pérdida de seis caballos. En compensación le mató al enemigo algunos jinetes y tres caballos, quitándole también 35 lanzas. Un oficial de Carbajal, aprovechándose de las circunstancias, se pasó a nuestras filas (a). (A.M.C.)

1 V. “Ejército de Oriente.—1ª División.—General en Jefe.

“A las seis y media de la mañana de hoy el enemigo, a quien se había frustrado su ataque a la manzana que ocupaba el 2º batallón de Toluca, rompió su fuego de artillería sobre San Agustín y Santa Inés, logrando destruir algo de la parte superior del 1º y abrir una gran brecha en el 2º

a) “El Sitio de Puebla”. Tirso Rafael Córdoba. Puebla, 1863. Págs. 72 a 74.

haciendo penetrar por ella hasta el centro del edificio, una parte de las columnas de ataque que al efecto tenían preparadas.

“En el acto que comenzó a abrir brecha, di orden al mayor general de la división para que el coronel Caamaño permaneciera como reserva en la calle de la Concordia con 200 hombres del 1º y 3º de Toluca, y que él y el coronel Padrés con el 2º estuvieran listos en la esquina de Pitimini y Portería de Santa Inés, para romper el fuego al enemigo tan luego como emprendiera el asalto; al ciudadano general Díaz que con unas compañías del 40º de Oaxaca y 6º y 8º de Jalisco y dos obuses de a doce lo estuviera también en San Agustín para el mismo efecto, situándome yo como punto céntrico en la calle del Noviciado con dos compañías del 6º y una del 8º de Jalisco.

“La combinación de todos estos fuegos ha dado por resultado que el enemigo ha sido batido fuertemente por su flanco izquierdo, y sus columnas de ataque enteramente cortadas, pues sólo pudo hacer penetrar a Santa Inés una parte aunque muy respetable de ellas.

“Se me dió parte por el mayor general de la división, que el enemigo había penetrado en Santa Inés hasta rebasar la trinchera que estaba en la calle de la Portería; lo que había hecho que quedara abandonado un obús de a 24 que en ella estaba; pero que el bravo teniente coronel Padrés con algunos soldados del 1º y 2º de Toluca, lo había recobrado; este informe me lo dió también el comandante de la misma pieza.

“Di orden en el acto al coronel Caamaño para que con los 200 hombres que tenía de reserva auxiliara al punto de Santa Inés. Cuantas personas lo vieron me han hecho grandes elogios del comportamiento que él y sus soldados tuvieron en aquellos momentos solemnes, logrando en unión del mayor general de la división hacer al enemigo 24 prisioneros que entregó el mismo mayor al de la plaza.

“Hemos tenido pérdidas muy sensibles que lamentar, pues al recobrar el obús mencionado han sucumbido valientemente los tenientes del 1º y 3º de Toluca, Moreno y Méndez; el ciudadano capitán Rincón, ayudante del ciudadano general en jefe, ha muerto a consecuencia de la herida que recibió en el punto en que yo me encontraba; siete individuos de tropa de los batallones 1º y 2º de Toluca y 4º de Oaxaca, y 2 oficiales y 27 individuos de tropa heridos de los mismos batallones y del 6º de Jalisco.

“El ciudadano general García, el comandante del batallón, capitán 1º de artillería ciudadano Francisco Castañeda y el capitán 1º ciudadano Pla-

tón Sánchez, que han dirigido la artillería del flanco mencionado, son dignos, en mi concepto, de una muy especial y honorífica mención.

El comportamiento de los ciudadanos generales, jefes y oficiales de la parte de la línea que está a mis órdenes que han podido concurrir a este importante hecho de armas, ha sido cual corresponde a militares pundonorosos y que defienden el honor y la independencia de su patria.

“El ciudadano general Llave me auxilió en momento oportuno con 15 escogidos tiradores que situé en la esquina de la calle de San Agustín.

“Como el punto de Santa Inés no formaba parte de mi línea, excuso hablar a usted sobre otros pormenores que sólo el digno jefe de él puede dar, limitándome a lo expuesto y a felicitar a usted por el resultado que han dado hoy los esfuerzos del Ejército de Oriente. Lo que tengo el honor de participar a usted, para su conocimiento y para que se sirva ponerlo en el del ciudadano general en jefe, si a bien lo tiene.

“Zaragoza, abril 25 de 1863.—*Felipe Bertiozabal*.—Ciudadano general Cuartel Maestre del Ejército de Oriente.—Copiado de la historia del Ejército de Oriente. (a)

1 VI. *Parte del general Forey al Ministro de la Guerra.*

“El general comandante en jefe del ejército de México a S.E. el ministro de la guerra.—Cerro de San Juan, mayo 18 de 1863.—Señor mariscal: Tengo la honra de dar cuenta a V.E. de la acción que ha tenido lugar el 8 de este mes en San Lorenzo.

“Hacia mucho tiempo que seguía los movimientos de Comonfort, esperando encontrar una ocasión favorable para atacarlo vigorosamente. Dispersas como estaban las tropas del general mexicano hasta los primeros días de este mes, en diversos puntos entre Puebla y San Martín de un lado, y Puebla y Tlaxcala del otro, no podía dar un resultado definitivo cualquier ataque parcial intentado sobre alguno de esos puntos, que no habría servido por otra parte más que a dar la alarma sobre los demás. Mas el 5 de mayo efectuó este cuerpo de ejército un movimiento de concentración, y su caballería avanzó hasta San Pablo del Monte para reconocer el terreno. La intención de Comonfort evidentemente no era otra que buscar

a) “El Sitio de Puebla”. Tirso Rafael Córdoba. Puebla, 1863. Páginas 93 y 94.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

el modo de traspasar nuestra línea de circunvalación para hacer llegar a la guarnición de la plaza un convoy, en inteligencia con esa misma guarnición, que hizo por su parte ese día una salida para tenderle la mano. Esta tentativa se frustró, y el general mexicano que permanecía siempre en el camino de Tlaxcala frente a San Pablo, extendió su derecha sobre la llanura de San Lorenzo, en la que hizo su punto de apoyo, llevando artillería y fortificándose en ella, con el designio sin duda de apoderarse de las alturas del cerro de la Cruz, para batir desde este punto nuestra línea de circunvalación, a la vez que hacer un esfuerzo sobre San Pablo del Monte y conseguir por este medio introducir su convoy a la plaza.

“Efectivamente, el 6 pareció querer poner en ejecución este proyecto. Masas de infantería, ocultas entre las barrancas que separaban los dos ejércitos, aguardaban sin duda el efecto de la artillería de San Lorenzo para asaltar el cerro de la Cruz; pero estas alturas fueron fuertemente ocupadas por el general Márquez, reforzado por algunas de nuestras tropas. La artillería enemiga fué contrabatida con buen éxito por la nuestra que desalojó la infantería mexicana de las barrancas en que estaba aglomerada, y fué ésta de parte del enemigo una nueva tentativa abortada.

“La mañana del 7 se pasó, por su parte, en combinar mejor sus proyectos, reforzando sus fortificaciones en la llanura de San Lorenzo, y meditando sin duda un golpe próximo decisivo. Por la mía, juzgué favorable el momento para ejecutar el designio que tenía formado de asaltar el cuerpo de Comonfort, desde que se hubiese concentrado lo bastante para poder obtener un éxito completo destruyéndole, y tomé en consecuencia mis medidas para atacar al enemigo el 8 en la mañana, envolviéndolo por su derecha establecida sólidamente en San Lorenzo.

“En la tarde del 7, cuatro batallones, cuatro escuadrones, 8 piezas de artillería y una sección de ingenieros, se reunieron en el Puente de México, estando la infantería bajo las órdenes del general Neigre, la caballería bajo las del general Mirandol y la artillería dirigida por el comandante de la Jaille. El mando de esta columna lo había encargado al general Bazaine.

“Este tenía orden de retirarse de su campamento a la una de la mañana, de seguir el camino de México con el mayor sigilo hasta llegar a la altura de San Lorenzo, en donde seguiría su marcha por la derecha para llegar al despuntar el día al frente de la posición que había de tomar.

“Todo salió a medida de nuestro deseo, y sin otro incidente que el

haber tropezado con algunos centinelas de caballería y una avanzada que cayó en poder de la caballería del coronel Peña.

“A las cinco de la mañana, las tropas, escalonadas por batallones en columna, guardando todas sus distancias, precedidas de la batería de la guardia y sostenidas a la izquierda por la caballería, se dirigían, yendo a la vanguardia el ala izquierda, sobre los atrincheramientos contruídos alrededor de la iglesia de San Lorenzo. Aunque los mexicanos fueron sorprendidos con este ataque, tuvieron tiempo no obstante de armarse, haciendo un fuego vivo de artillería a 1,200 metros. La nuestra lo contestó en el acto con éxito, y toda la línea se lanzó con un arroj irreistible al paso de carga y al grito entusiasta de ¡Viva el Emperador! sobre la posición, que se tomó a pesar de la resistencia desesperada de los soldados mexicanos, muriendo una parte considerable a bayonetazos. El resto se desbandó y trató de escaparse por el vado de Panzacola, echándose a la barranca del Atoyac; pero, ametrallados por nuestra artillería, acosados por la caballería del general Mirandol por un lado y por otro por la del general Márquez, que había bajado por el cerro de la Cruz, estos desgraciados mexicanos dejaron regado el campo de muertos y heridos hasta Santa Inés, en donde el general Márquez viendo al enemigo derrotado completamente y huyendo en todas direcciones en un espantoso desorden, dejó de perseguirlos.

“El enemigo ha dejado en nuestro poder en este brillante combate, ocho cañones, seis de ellos rayados; tres banderas, once guiones, mil prisioneros, entre ellos varios coroneles y jefes, la mayor parte del convoy destinado a la plaza de Puebla, el cual se componía de carros y mulas cargados de víveres y efectos de todas clases, como también de ganado. Han caído también en nuestro poder 3,500 kilogramos de pólvora del parque de artillería, 800 ó 900 hombres entre muertos y heridos, y todo el ejército de Comonfort se ha dispersado en su totalidad; tal ha sido el resultado de esta victoria que tan sólo nos ha costado once muertos y ochenta y nueve heridos.

“Antes de tributar los elogios debidos a todos aquellos que concurrieron a esta gloriosa jornada, quiero dar un testimonio particular de mi gran satisfacción al general Bazaine, por el modo con que ha cumplido mis instrucciones, las cuales han obtenido el éxito más completo, debido todo a su pericia en la guerra, a la confianza que inspira a las tropas su golpe de vista, su sangre fría y su valor que se comunica a los demás.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

“El general Márquez ha sabido aprovechar, ex profeso, el momento favorable para completar la derrota del enemigo, merece también una **men**ción particular. Me considero feliz al aprovechar esta ocasión para **hacer** a nuestros aliados la justicia a que son acreedores, y cuyo celo **secunda tan** bien las operaciones del cuerpo expedicionario.

“En esta brillante jornada, todos han cumplido noblemente con su deber. Con todo, hay algunos que han sobresalido y cuyos nombres **me** han sido designados, y son los siguientes . . .” (a). (A. M. C.)

1. VII. *Parte del general Forey*

Puebla, 20 de mayo de 1863.

“Señor Mariscal:

“Tengo la honra de dar cuenta a V. E. de las operaciones del cuerpo expedicionario desde el 3 de este mes.

“El ejército de Comonfort se nos acercó. Las señales que cambiaba con Puebla, los partes de nuestros reconocimientos, no dejaban duda de **que** el enemigo intentaba introducir a la plaza un convoy de víveres. **Vigilé** cuidadosamente los movimientos de nuestros contrarios, aguardando **una** ocasión favorable para batir y dispersar su ejército auxiliar.

“El cuatro de mayo se señaló por la llegada de Juárez al campo de Comonfort. El general Douay, previniendo un recio ataque a sus tropas, dejó la Penitenciaría y vino a tomar el mando directo de su división. Después del medio día el general Márquez practicó un reconocimiento sobre San Lorenzo, donde halló al enemigo y lo batió en un pequeño combate.

“El cinco las tropas enemigas se presentaron en los muchos puntos de la línea de circunvalación al norte de Puebla, y a la vez que la plaza emprendía una salida por el punto de San José, la cual fué **vigorosamente** impedida por el general Douay.

“El seis por la mañana el ejército de Comonfort, con fuerza de ocho o nueve mil hombres, bajó de las alturas de San Lorenzo e hizo replegar las avanzadas del general Márquez.

“Este volvió a tomar la ofensiva. El enemigo, viendo llegar al general Douay con estos refuerzos, se retiró, y la cosa no pasó de un fuego recio de cañón. A las cuatro y media de la tarde, el ejército auxiliar **había** desaparecido tras las alturas de San Lorenzo. La plaza por su parte **había** intentado una salida por Santa María, y el general L’Hériller la frustró de-

a) “El Sitio de Puebla”. Tirso Rafael Córdoba. Puebla, 1863. Págs. 105 a 112.

cididamente. El día 7 acabó el enemigo de concentrarse en las alturas de San Lorenzo, y comenzó a fortificarse fuertemente allí. El momento me pareció favorable para atacarle: encomendé tal operación al general Bazaine, poniendo a sus órdenes cuatro batallones, cuatro escuadrones y ocho piezas. Hizo una marcha de noche, y al amanecer el día 8 batió y derrotó completamente las tropas enemigas. El nueve para aprovechar la victoria de la víspera, envié una parte de las tropas al mando del general Neigre, y acompañadas del intendente militar M. Woll, a situarse en Santo Domingo, para recoger provisiones en aquella riquísima comarca. Este punto ha quedado ocupado hasta el 14: numerosos convoyes nos han venido de allí diariamente con grandes cantidades de víveres.

“Debí reunir las tropas encargadas de esta operación administrativa, porque los trabajos un poco paralizados, volvían a tener mucha actividad, y reclamaban la presencia de todas nuestras fuerzas.

“Después del asalto infructuoso de Santa Inés, el 25 de abril, debía investigar cuidadosamente las causas de no tener resultado nuestras operaciones y los medios de remediarlo. La mayoría fué de parecer que prescindieramos de insistir en atacar a viva fuerza los islotes, en cuyas operaciones frecuentemente chocábamos con obstáculos enteramente imprevistos, y que nos causaban graves pérdidas sin resultados provechosos.

“Se pensó en una operación contra San Agustín, en términos de penetrar rápidamente hasta el reducto de la plaza. La idea de operar por mina se presentaba naturalmente; pero en las operaciones practicadas se halló la roca a 50 centímetros bajo del suelo. Era necesario, pues, buscar otra combinación.

“Después de la toma de la Penitenciaría, yo quería atacar el fuerte del Carmen, de modo que se pudiese marchar sobre el reducto de la ciudad por dos direcciones, dividiendo así la atención y fuerzas del enemigo.

“Nuestras provisiones se habían aumentado y la operación me parecía practicable. Se objetó que antes debía ser atacado el fuerte de Totimehuacán, que domina y fianquea el Carmen; que no pedía mucho esfuerzo ese fuerte sin reducto; y que en fin, posesionados de él, se hallaría el Carmen rodeado por nuestras baterías, y consiguientemente en una situación muy difícil.

“El diez y el once fueron dedicados a los preparativos necesarios.

“El doce, al declinar el día, estaba zanjada la primera paralela. Las



GENERAL FOREY, QUE DIRIGIO EL ATAQUE CONTRA PUEBLA.

baterías de la izquierda hicieron un fuego fuerte para llamar la atención del enemigo.

“El trece, a las siete de la mañana, el enemigo hizo una salida del fuerte de Totimehuacán, cargando muy vigorosamente sobre nuestra paralela: recibido por un fuego de los más nutridos, debió volver en desorden a la obra, dejando en el terreno gran número de muertos. Se completó la paralela, así como las comunicaciones que la unían al molino de Guadalupe y a la garita de San Baltasar.

“La artillería comenzó sus baterías.

“El catorce se concedió un armisticio al enemigo para que levantase sus muertos frente a Totimehuacán. Se continuaron los trabajos de aproximación y de baterías.

“El quince a media noche se le quitó el rancho de la Magdalena. El enemigo hizo en vano una salida para recobrarlo. Han continuado las comunicaciones. La artillería terminó y armó las baterías 13, 14, 15, 16, 17, 18 y 19 de la serie de la derecha.

“El dieciséis a las seis de la mañana todas estas baterías rompieron el fuego por el frente de ataque de Totimehuacán. Las baterías auxiliares de la derecha echaron sus proyectiles sobre el Carmen. Al mismo tiempo las baterías de los ataques de la izquierda 12, 15, 16, 21, 22 y 23, así como los cañones y morteros mexicanos que cayeron en nuestro poder, batieron la ciudad. El enemigo contestó con mucha energía, pero abrumado por un fuego convergente y bien dirigido, acabó por responder muy débilmente a las ocho de la mañana.

“Desde el catorce se me había iniciado confidencialmente una capitulación por un ayudante de campo del general Ortega. Yo había pedido proposiciones categóricas escritas. El dieciséis después del medio día vino de parlamentario el general Mendoza. Era portador de los poderes necesarios para tratar de un armisticio y poner verbalmente las bases de una capitulación. Yo rehusé absolutamente suspender las operaciones, y declaré que si aquella tenía lugar, sería estando combatiendo. Entrando en explicación sobre la capitulación que pedía el general Mendoza, me propuso que dejase salir la guarnición de la plaza con armas y bagajes, una parte de su artillería de campaña, los honores de la guerra y permiso de retirarse a México. Yo rehusé tales pretensiones, y respondí que las únicas condiciones admisibles serían que la guarnición saliese con los honores de la guerra, desfilar ante el ejército francés, deponer sus armas y darse por prisionera de guerra.

Después de una larga conversación sobre la situación de México, despedí al parlamentario, encargándole dijese al general Ortega me remitiese proposiciones escritas.

“Durante la noche, quebró el enemigo sus armas, desmuñonó sus cañones, destruyó una parte de sus municiones, licenció a sus soldados, y al rayar el día, el general Ortega me escribió que la plaza estaba a mi disposición.

“El diecisiete por la mañana envié al coronel Maneque, segundo jefe de estado mayor general, con el primer batallón de cazadores de a pie, para tomar las primeras medidas conducentes a la ocupación de la ciudad. Durante el día fueron ocupados por nuestras tropas los fuertes de Totimehuacán, Santa Anita, Loreto y Guadalupe. Se comenzaron a destruir las trincheras en términos de facilitar el paso de la plaza de la garita de México a la de Amozoc. Los médicos fueron a examinar los establecimientos bajo el punto de vista de la salubridad. Los cuerpos de artillería e ingenieros, y la intendencia, procedieron a inventariar el material y provisiones dejadas por el enemigo. Durante el día 18 continuaron los trabajos y recuentos comenzados la víspera. Se concluyeron las providencias más urgentes de ocupación y policía.

“El diecinueve hice mi entrada solemne a Puebla, acompañado de los generales de los estados mayores, de los jefes de servicio, y de una columna compuesta de fracciones de diversas armas. Desmonté ante la puerta de la Catedral, fuí recibido por el cabildo metropolitano y conducido al coro, donde se cantaron el Te Deum y el Domine salvum. Después de la ceremonia, desfilaron las tropas delante de mí en la plaza, a los gritos repetidos de ¡Viva el Emperador!

“El enemigo ha dicho, para explicar la rendición de la ciudad, que no tenía ya ni víveres ni municiones. Esto no es exacto. La ciudad ofrece todavía recursos importantes y una gran cantidad de municiones. No son éstos, pues, los verdaderos motivos que han hecho cesar la resistencia. Es menester buscarlos en otra parte. La derrota y dispersión del ejército de Comonfort el ocho de mayo, quitando a la guarnición toda esperanza de ser socorrida y abastecida de nuevo, la habían completamente desmoralizado. El ataque de Totimehuacán no le intimidó menos. Nuestros adversarios habían tomado la primera paralela por una simple cortadura de cerco, y la tentativa del trece tenía por objeto cerciorarse de si las salidas estaban completamente obstruidas en aquella parte; a pesar del mal resultado de esta

tentativa parece que los generales mexicanos habían conservado ilusiones en cuanto a la posibilidad de escaparse por aquel lado, y no habían sospechado la importancia de los trabajos que habíamos ejecutado allí.

“El fuego terrible de nuestras baterías en la mañana del dieciséis, derribando todo el frente de Totimehuacán, les sacó de su error, y les hizo entrever el lado débil de la defensa. Viéndonos atacar por el oeste, habían acumulado allá todos sus medios de resistencia, y descuidado la parte oriental. Cuando nuestros esfuerzos se dirigieron hacia ese lado, no disimularon ellos que el asalto de Totimehuacán sería prontamente seguido de la toma de la ciudad. Mas yo no había dejado ignorar al parlamentario, que si la guarnición esperaba el asalto general, según las leyes de la guerra sería pasada a cuchillo. Tales son las verdaderas razones que han determinado la rendición de Puebla. Los mexicanos han cesado en la resistencia, no porque carecieran de víveres o municiones, sino porque el tomar a viva fuerza la ciudad era inminente, y ellos reconocieron que estaban impotentes para impedirlo. Son considerables los resultados de la toma de Puebla. Han caído en nuestro poder 26 generales, 225 oficiales superiores, 800 oficiales subalternos, 11,000 prisioneros, 150 cañones en buen estado, armas y municiones en gran número. Las banderas fueron sin duda destruidas o escondidas: sólo se ha encontrado la del batallón de Zacatecas.

“Los prisioneros han sido desde luego un embarazo muy considerable por cuanto a su alimentación. Dos o tres mil han sido incorporados ya al ejército aliado. Los oficiales eran aún más molestos. He dispuesto que sean remitidos a Francia, e inmediatamente los he mandado conducir hacia Veracruz.

“El general Márquez ha marchado rumbo a San Martín, por el camino de México, donde forma nuestra vanguardia. Ha dejado aquí uno de sus generales que incorpore todavía cierto número a medida que se les pueda armar. Dejo en Puebla 3,000 hombres para destruir las barricadas y trincheras. Voy a enviar otros a nuestros puestos de retaguardia, y otra parte si es posible, será conducida a los trabajos del camino de fierro.

“Este prosigue con actividad. El 30 de abril se transportaron a la Purga los campos de trabajadores. Los trenes llegarán hasta este punto al fin de mes. El puente de la Soledad se acabará probablemente para el mismo tiempo. Los terraplenes entre la Purga y la Soledad avanzan rápidamente, porque ya no se presentan dificultades serias.

“El estado sanitario de las tropas se conserva perfectamente. El de Veracruz era también muy satisfactorio hasta el 30 de abril.

“Soy con respeto, etc.—El general comandante en jefe, *Forey*.” (a)

2. *Telegramas del general Díaz respecto de la aproximación del Ejército Francés a la Ciudad de México. (*)*

Señor general Garza:

Se bate Quiroga en Buenavista y ya el telégrafo no contesta.—*Díaz*.

Mayo 30 de 1863

Ministro de la guerra:

Marcho para el Peñón porque no creo prudente hacerlo para otro punto, tanto porque el Gobierno se encuentra aún en ésa, como porque en dicho punto hay una garganta, que puede defenderse por algún tiempo, con tal que esa plaza defienda el rumbo de Tacubaya, San Antonio Abad y Niño Perdido. Al Peñón mándeme Ud. sus órdenes.—*Porfirio Díaz*.

Mayo 30 de 1863

Señor general Garza:

El correo que se me ha mandado con el parque no tiene más que piezas rayadas, por consiguiente de fusil no tengo más que el de cartucheras, a 4 por plaza.—*Porfirio Díaz*.

Mayo 31 de 1863

Señor ministro de guerra:

El enemigo se presentó anoche a Venta de Córdoba: hoy sigue su marcha y nuestra avanzada viene tiroteándolo: aún no pasa de la Venta.—*Díaz*.

a) “El Sitio de Puebla”. Tirso Rafael Córdoba. Puebla, 1863. Imprenta a cargo de J. M. Vanegas Calle del Deán, Núm. 9. Páginas 121 a 130.

* Cuando me evadí de Puebla y volví a la Capital, me dió a mandar más fuerzas el Sr. Juárez y recibí orden de salir con ellas hasta Ayotla en observación del ejército francés, que hacía su marcha de Puebla a México. Estos partes fueron escritos en esa ocasión y dirigidos al Ministerio de Guerra y al general Garza, que mandaba la división a que pertenecía mi fuerza, y los autógrafos fueron probablemente conservados por el telegrafista que los transmitió y recientemente me han sido presentados por un amigo mío.

3. I. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

“Acámbaro, (a) julio 3 de 1863.

“Mi muy estimado amigo:

“Con mucho gusto he recibido la apreciable de usted de fecha 1º del corriente en San Luis, y la contesto dándole las gracias por el buen concepto que tiene de mí, merced a los informes de personas que me aprecian y que por esta razón los producen muy favorables, pues aunque con tranquila conciencia puedo decir que no he omitido diligencia por servir a mi Patria, no estoy contento de los resultados; yo mismo me reprocho mi poca inteligencia y creo que si fuera instruido, cual corresponde a mi empleo, habría sido más fructuoso mi trabajo; pero ya no es tiempo de pensar en eso ni está el remedio en mi mano, y me conformo con ofrecer de nuevo a mi país todo mi trabajo y todo el sacrificio que sea necesario, y como no dudo de que lo cumpliré, creo que llenaré con esto los deberes de mexicano, y medianamente los de militar, pero se trata de echar sobre mí una carga superior a un individuo y esto sí me espanta profundamente. El señor Presidente ha dispuesto que me encargue del mando del ejército, y aunque el ministro me indica que será provisionalmente, creo de mi deber manifestar mi incapacidad al señor Presidente, y lo elijo a usted mi órgano o apoderado para que se acerque a él y le haga saber que aunque yo pertenezco a mi Gobierno desde que soy ciudadano, y por consiguiente puede estar seguro de que no le economizaré mi sangre ni mi trabajo, tengo la desgracia de no poderle ofrecer con igual agrado una inteligencia e instrucción, como corresponde al encargo tan honroso cuan difícil a que me promueve, y no entienda usted que esta es una fórmula que entraña el deseo de aparecer como modesto; hablo con la conciencia, y el negocio es bastante grave para que me atreviera a separarme de sus consejos infalibles, y puede usted estar seguro de que no me dirijo en los mismos términos y de oficio al señor Presidente, porque hasta ahora, él nada me ha dicho, y sólo me ha llegado una orden militar sin explicación y sin contar con un deliberado consentimiento, y a este lenguaje sí no me es dado contradecir.

a) Esta es carta autógrafa y fué escrita antes de que se me incorporara el Sr. Romero en Acámbaro, y en respuesta de una suya en que me decía que deseaba servir a mis órdenes y me comunicaba que se me había nombrado general en jefe del ejército del Centro.—(P. D.)

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

“Procure usted herir el corazón del señor Presidente manifestándole que el mayor servicio que puede hacerme es dejarme como jefe de segundo orden, seguro de que a pleno esfuerzo apoyaré y obedeceré a la persona que nombre, sin tomarme la libertad de calificarla.

“Me halaga mucho la esperanza que usted me da de que podremos vernos, y en caso de que esto no se realice le agradecería que me dijese aunque sólo sea lo que a su juicio pueda fiarse a la pluma.

“Cuenta usted siempre con el sincero y justo aprecio de su servidor y amigo afectísimo que B. S. M.—Firmado *Porfirio Díaz*.—Sr. Ministro Lic. Don Matías Romero.”

3. II. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

Correspondencia particular del General Porfirio Díaz. (a) San Juan del Río, agosto 12 de 1863.—Estimado amigo:

“Por un olvido no dije a usted lo que me contestó el señor general don José Justo Alvarez, (b) y como creo interesante que usted lo sepa, le pongo la presente con aquel objeto único. Alvarez dijo, que siempre ha hecho lo que le ha mandado el Gobierno y que aún no piensa cambiar de conducta.

“Visto esto, puede usted proceder sin temor de que se niegue, y con la prontitud que se necesita.

“Que usted tenga feliz y pronto regreso desea su amigo afectísimo q. b. s. m.—(firmado) *Porfirio Díaz*.—Sr. D. Matías Romero.”

3. III. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

Un sello que dice: Correspondencia particular del General Porfirio Díaz (c). San Juan del Río, Agosto 19 de 1863.—Muy querido amigo mío:

“En su apreciable del 15 que contesto me dice usted que ha dicho al señor Presidente todo lo que de acuerdo convinimos que debía saber y debíamos proponerle, y que lo oyó con atención y contestó que me escribiría sobre todo ello. Estoy pues en espera de su carta prometida porque

a) Esta carta es también autógrafa.

b) Apreciando las buenas condiciones militares del general don José Justo Alvarez descaba yo que sirviera en mi División y había encargado al señor Romero que consiguiera del Gobierno me lo enviara.

c) También esta carta es autógrafa.

hasta hoy sólo he recibido una de fecha 13, que seguramente escribió entre la primera entrevista y siguientes, porque simplemente me dice: “Llegó Romero pero hasta mañana me hablará de los negocios de usted.”

“Quedo entendido de que en cuanto a Linares debemos esperar el resultado de la crisis y que por ella misma y por opinión del señor Juárez desistió usted de la conferencia con Uraga, y atendiendo al estado actual de las cosas, creo que ha hecho usted muy bien.

“Es necesario que el señor Presidente sepa que la renuncia de los ministros no es un secreto; aquí se ha sabido por ocho o diez cartas y por algunos pasajeros, siendo conversación de moda aquella materia.

“Decía yo que es necesario que lo sepa, para que pronto se resuelva a adoptar un partido, cortando con su determinación el estado de alarma y de violencia en que todos están; algunos no sólo dan por consumado el hecho de la renuncia, sino que predicen la nueva forma del gabinete.

“Me parece muy bien que usted no venga sino cuando la crisis haya pasado, tanto porque nada podrá arreglarse antes, como porque es necesario que usted presencie el arreglo definitivo y sus condiciones para saber a qué ajustar nuestra conducta.

“No han puesto a mi disposición más que 1,600 pantalones y 1,170 chaquetas; todo esto es la obra de dos meses y por esto puede calcularse cuándo estará concluido el vestuario que se necesita, y me temo que nadie haya pensado en chacós, fornituras y ropa interior; sin embargo no se tiene temor al asegurar al Presidente que yo he recibido vestuario para 4,000 hombres.

“Quedo entendido de que traerá usted mis encargos y que algunos de ellos los están haciendo ya, y le doy las gracias.

“Lo que me dice usted de Tampico no me parece que se limite a la ocupación del puerto, sino que tal vez haya tropas de desembarco para obrar en combinación con las que salgan de México. A propósito: hoy uno de mis exploradores me ha venido a decir que ha entrado hasta Ixtlahuaca y ha visto llegar una fuerza de franceses y traidores, cuyo número no sabe él fijar; pero creo que no ha de ser corta porque, según el mismo explorador, trae 14 piezas de artillería y un gran tren de carros. Ya mando nuevos exploradores, para averiguar el rumbo que toman y el objeto que puedan traer.

“Al entrar Doblado en el ministerio es indudable que ha de querer dar el

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

mando de este cuerpo de ejército al señor Uraga (a), o a cualquier otro de sus adictos, y si no puede arreglar esto francamente con el señor Juárez, ha de trabajar políticamente para llegar al mismo resultado, haciéndole una guerra sistematizada y tenaz al ejército, por hacérmela a mí, y como en caso de disyuntiva estoy por el primer modo y no por el segundo, he de agradecer a usted que, por una vez más, diga al señor Presidente que nunca me considere como un obstáculo para sus determinaciones, ni por consideraciones a mí desaproveche los servicios de otras personas, a cuyas órdenes estaré gustoso, pues no debe dudar que toda mi aspiración consiste en contar con un lugar en el ejército que defienda la independencia, y si él se empeña en sostenerme, dando lugar con esto a la intriga y arterias que tiendan a precipitarme, me perjudica porque tal vez me inhabilita para seguir peleando. Desconozco mucho el juego de las intrigas y por eso lo temo tal vez con exceso.

“Quedo de usted amigo y s. s. q. b. s. m.—*Porfirio Díaz*.—Sr. Lic. Matías Romero.”

2. IV. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

“San Juan del Río, agosto 22 de 1863. (b)

“Mi estimado amigo:

“Contesto su favorecida del 18, en que me dice que a aquella fecha aún seguía la crisis ministerial; ya en mi anterior dije a usted lo mucho que dicha crisis violenta por aquí los ánimos, y que por esa razón conviene darle la menor duración posible. En cuanto a Uraga es inconcuso que no debe decirse una palabra hasta que la crisis haya pasado completamente.

“Tenga usted la bondad de decir al señor Presidente que las dos brigadas Kampfner y Caamaño van a esa ciudad, la caballería de Alvarez a Morelia y la de Quiroga a su Estado; ya no me quedan más que dos brigadas mínimas que tiene Echegaray, y la de Ballesteros que yo tengo aquí, porque la de Linares y la de Sinaloa las considero cero a la izquierda, y que para no estar exponiendo el tren de artillería que tenemos en esta línea en desproporción con la fuerza que lo apoya, es conveniente que

a) Apreciando debidamente las aptitudes militares del general Uraga, él era mi candidato para general en jefe del ejército nacional.

b) Esta carta es también autógrafa.



LA CALLE DE SAN MARCOS, SEGUN LITOGRAFIA DE “EL SITIO DE PUEBLA”, POR TIRSO RAFAEL CORDOBA.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

haga que el nuevo batallón de Zapadores venga unido a la brigada Kampfer; que en cambio le mandaré a Sinaloa para que allí se reponga o se acabe de consumir, porque en mi concepto no puede esperarse otra cosa de esa gente, que del primero al último están convencidos ellos mismos de que no han nacido para soldados.

“Quedo entendido de la promesa que ha hecho a usted el señor Núñez y le ruego le dé las gracias a mi nombre.

“Respecto de su regreso, tengo que encargar a usted que no lo haga por la vía recta, porque se está poniendo muy insegura; y de Querétaro a este punto no marche usted sin avisarme previamente para mandarle una escolta, y no se venga usted hasta que definitivamente haya pasado la crisis.

“Agradezco a usted mucho los periódicos, y espero que me siga mandando y deje este encargo a Prieto al separarse, porque es cosa que levanta mucho el espíritu de nuestras gentes.

“Insista usted a todo trance en que el Presidente mande por la brigada de Sinaloa porque cada día se hace esta canalla más insufrible; hoy he tenido queja, al visitar los cuarteles, de que uno de los batallones lleva algunos días de no estar socorrido, y he mandado visitar todas las cajas: protesté con bastante energía, pero no obstante, convencido de que esta gente no ha de servir por inutilidad de todos sus jefes y oficiales y vicios de todos ellos, espero que usted conseguirá que me la quiten de aquí, donde es muy posible que den un escándalo o yo acabe con ellos fusilándolos en masa, único remedio que pueden tener.

El coronel don Luis Alvarez (a), amigo nuestro, escribe a usted comunicándole un compromiso de honor en que se encuentra; usted ha visto que por su buen servicio este señor merece que se le aprecie y sirva con empeño; en tal virtud yo también me empeño por él, y agradeceré a usted como propio servicio cuanto pueda hacer en su favor.

“Consérvese usted bueno, y mande a su amigo afmo. que atento b.s.m.—
Porfirio Díaz.—Señor licenciado Don Matías Romero.”

a) Hermano del general don José Justo Alvarez y jefe entonces de mi Estado Mayor.

3. V. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

“San Juan del Río, agosto 25 de 1863 (a).—Estimado amigo y paisano:

“Siento mucho que la salud de usted haya sufrido quebranto como me indica en su apreciable de 2 del corriente y me prometo que no progresará.

“Quedo entendido de las noticias que con el carácter de reservadas se sirve usted darme, y tengo mucho que decirle, pero no me atrevo a hacerlo por escrito, tanto por las eventualidades a que siempre está expuesta la correspondencia como porque temo que ésta ya no le encuentre en San Luis.

“Mañana sale un escuadrón a encontrarlo a usted en San Miguel y muy pronto tendrá el gusto de verlo su amigo afmo. q. b. s. m.—Firmado.—*Porfirio Díaz*.—Sr. licenciado Don Matías Romero.”

3. VI. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

“San Juan del Río, Agosto 27 de 1863 (b).—Muy querido amigo mío:

“Contesto sus dos muy apreciables del 22 y 23 del corriente aunque muy ligeramente, porque todo me hace creer que ésta ya no lo encontrará a usted en San Luis y sólo le doy las gracias por haberle leído al señor Presidente mi carta en lo relativo al mando en jefe de este cuerpo de ejército.

“Como me debo reservar todo lo que tengo que decir a usted para cuando nos veamos, concluyo deseándole un viaje feliz y repitiéndome su amigo servidor afmo. q. b. s. m.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.

“La escolta lo espera a usted en San Miguel, a las órdenes del teniente coronel don Octaviano García (c).—Sr. licenciado don Matías Romero.”

3. VII. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

“San Juan del Río, 31 de Agosto de 1863.

“Quedo entendido de que continúa aún la crisis ministerial y que usted

a) Esta carta es también autógrafa.

b) Esta carta es también autógrafa,

c) Estando arreglando la marcha a San Juan del Río del señor Romero le situé la escolta que debía acompañarlo.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

no vendrá sino hasta que ésta termine definitivamente, según se lo he encargado.

“Yo creo que el señor general Uraga tiene razón en opinar que las brigadas Caamaño y Kampfner deben volver y yo hubiera resistido a las órdenes relativas del Gobierno, si no hubieran sido tan terminantes y además anunciando un grave peligro en esa capital.

“En cuanto al negocio de Alvarez, no quiere fijar la cantidad que necesita y tanto él como yo nos conformamos con lo que usted pueda conseguir, con la condición de que al salir usted de esa, el negocio sea concluído y usted le traiga lo que le den.

“Pasado mañana marchó para Querétaro, y como creo que permaneceré allí algunos días, me prometo verlo a usted en dicha ciudad y que de allí vengamos juntos.

“Mande usted a su servidor y amigo afmo. que b. s. m. (Firmado) Porfirio Díaz.—Sr. Lic. D. Matías Romero.”

3. VIII. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

“San Juan del Río, Septiembre 10 de 1863.

“Muy querido amigo: (a).

“Hasta ayer recibí su carta de fecha 2, habiendo recibido antes su última; llegó también Pancho Díaz y tanto los encargos que éste me trajo como los que vinieron por la diligencia, llegaron sin novedad, y todos están muy buenos, como resultado de la eficacia de usted, por lo cual le doy las gracias.

“Agradezco a usted mucho las pistolas que tuvo la bondad de regalarme y siento mucho que al tomar uno de los caballos lo haya hecho tan a la inglesa y no haya dispuesto, como yo deseo que disponga, de todo lo que me pertenece. La pistola que yo tenía en uso se la hubiera llevado Pancho Díaz, pero la carta de usted que contesto, la recibí después del regreso de éste, y no teniendo otro conducto me he tomado la libertad de mandarla con Aureliano al Presidente para que en la primera oportunidad se la remita; va también la medida de que usted me habla.

“Siento mucho la separación de usted porque ya había consentido

a) También ésta es carta autógrafa y fué ella escrita en respuesta a una del señor Romero en que me participaba que había sido nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en Washington, y que muy a su pesar había tenido que aceptar ese cargo.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

en que viviríamos juntos por algún tiempo y que participando usted de mi buena o mala fortuna en la guerra, tendría mejor derecho a su amistad que siempre se perfecciona y cultiva con el trato íntimo e identidad de suertes; pero usted lo mismo que todos los que servimos con abnegación a nuestro Gobierno, pocas veces tenemos el gusto de estar en el lugar y empleo que más nos gusta.

“El plan de operaciones previas de Uraga está conforme con mis proyectos en la parte que usted me da a conocer, con diferencia sólo de algunas personas. En la semana próxima probablemente pasaré a San Luis para discutir con el Gobierno sobre organización y algunas generalidades sobre operaciones, y me prometo que aceptados mis propósitos y suficientemente autorizados para su desarrollo, daré más vida a este cuerpo de ejército.

“Lo felicito a usted por su nuevo carácter y me prometo con fundamento, que llenará usted las esperanzas de sus amigos y del Gobierno.

“Repito a usted mi agradecimiento por los encargos y le aviso que todo llegó sin novedad y conforme con las relaciones y carta de usted.

“Soy de usted servidor y amigo affmo. que atento b. s. m.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.—Sr. ministro licenciado don Matías Romero.”

4. Llama mucho la atención, que el general Díaz apenas mencione tan ligeramente el ataque y la toma de Taxco, y que tampoco inserte ningún parte oficial sobre el asunto. Fué un hecho de armas muy notable, y según parece, harto honroso para los sitiados. Léase lo que sobre el particular asientan el general Manuel Santibáñez en el segundo tomo de su *Reseña Histórica del Cuerpo de Ejército de Oriente*. pág. 107 y 108, y el historiador Niceto de Zamacois en el tomo XVI de su *Historia de México*, Pág. 802 y siguientes. Conviene también a los que se interesen en el asunto, leer dos artículos muy desfavorables para el general Díaz y sus tropas que aparecen respectivamente en dos periódicos de la ciudad de México: uno, en *L'Estaffette*, número del 12 de noviembre de 1863, y otro que bajo el título de *Verdadera Relación de los Sucesos de Taxco* vió la luz pública en *El Cronista de México*, número de 13 de noviembre del mismo año. Que los historiadores juzguen sobre el particular.—(M. M. G.)

5. I. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

Al margen: sello Porfirio Díaz

“Oaxaca, abril 12 de 1864;

“Amigo muy querido: Con su estimable de 24 de febrero último recibí los impresos últimos que se sirvió mandarme, y una copia de la carta del señor Presidente, sobre las ocurrencias de los señores Doblado y Ortega. Es positivamente una desgracia muy lamentable que cuando el punto objetivo de todos nuestros desvelos debiera ser el enemigo común, en esta lucha gigantesca que tenemos que llevar a buen término, o por lo menos que dejar bien establecida para que la continúen los que nos sucedan, nos distraigamos en cuestiones de preferencia, que no debía disputarse sino para hacer mayores sacrificios.

“Habiendo llegado en diciembre después de una peregrinación enojosa y tardía con cosa de dos mil hombres mal armados, pésimamente vestidos, me he dedicado con asiduidad a la reorganización y aumento de la fuerza armada, a la pacificación de Chiapas, Tabasco y costa de Sotavento de Veracruz, y a contener al enemigo en los límites de Puebla de Zaragoza. Todo hasta ahora me ha salido perfectamente, cuento con seis mil hombres y seis baterías de artillería; habiendo tenido el gusto de barrer completamente de traidores y franceses todo el suelo de Chiapas, Tabasco y Sotavento, a la vez que siempre que el enemigo ha querido emprender sobre el territorio de este Estado, se le ha arrollado dos jornadas más allá; daré mi última mano a mi equipo y arreglo, y muy pronto me pondré en marcha sobre la Mesa Central, si antes no me invade una expedición que han estado preparando en México para ese objeto, al decir de los periódicos de la capital.

“Paso a otra cosa: una de las necesidades más apremiantes es la del armamento, porque en cuanto a recursos no hay que hablar, el país tiene todos los necesarios para salvarse, y dos o tres mil fusiles me servirán de más que otros centenares de pesos. Si usted pudiera conseguirlos, que es el único de quien puedo esperar tan inmenso servicio, Oaxaca, la Nación y yo quedaremos profundamente agradecidos, pues usted comprenderá toda la influencia que con ese elemento más tendré yo en los destinos del país.

“No me escasee usted sus letras, porque tengo especial satisfacción en recibirlas.

“La familia de usted disfruta de buena salud, y yo sin otro asunto

me repito su afmo. amigo y S. S. *Porfirio Díaz*.—Sr. Licenciado Don Matías Romero”.

5. II. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

Al margen: sello Porfirio Díaz.

“Oaxaca, mayo 3 de 1864.

“Amigo muy querido: contesto a la favorecida de 12 de marzo último, agradeciéndole las noticias que me comunica e impresos que tuvo la bondad de remitirme, y suplicándole que me conceda constantemente igual favor que bien lo necesito encerrado como estoy en esta extremidad.

“Aún no acabo de completar la reorganización y equipo de mis fuerzas; sin embargo se ha hecho alguna cosa, pues Tabasco y Chiapas quedan libres de traidores, habiéndome servido en este último Estado el general Salinas que fué a él con 600 hombres del batallón Juárez; últimamente hemos logrado libertar a Jonuta y Frontera que eran los últimos puntos de nuestros Estados en que los traidores se habían encastillado. En el de Veracruz se logró arrojarlos de Minatitlán y de Ajalpan y Petlancingo; de Puebla se les ha arrollado dos veces, quitándoles en el primer pueblo 35 armas. Todo esto no es gran cosa, pero es buen preliminar para la próxima campaña.

“No puede usted figurarse todos los desvelos que me cuestan la reorganización y aumento de estas fuerzas, pues he tenido que hacer un gasto de \$100,000 mensuales sin contar más que con las rentas de este Estado que como usted sabe jamás ha llegado a ese guarismo, y carece por otra parte de los elementos necesarios para la recomposición de armamento y construcción de vestuario, pero sobreponiéndome a todo he duplicado el número de fusiles, construído bayonetas y fabricado chimeneas para volver de precisión los de chispa y dando la mano a los indígenas de Teotitlán del Valle he llegado a vestir a los soldados de paño gris. En estos trabajos preparatorios he invertido el tiempo que llevo de estar aquí sin descuidar por supuesto el estudio personal del terreno, porque hubo días en que llegué a creer que el enemigo me invadía formalmente. Ahora todo ha cambiado, pues creo que durante la estación de aguas el Estado estará libre de toda expedición, y que yo tendré tiempo para completar mi obra, y podré lanzarme sobre el centro de la República con algunas probabilidades de triunfo con retirada segura.

“Opino también, como usted, que la guerra de Dinamarca y Alemania

acabará por incendiar a toda la Europa y llamar la atención a la Francia.

“Recibí el brindis pronunciado por usted en Nueva York, pero como no ha llegado a mi poder su traducción, he tenido que encargar ese trabajo a un amigo, para que se publique en el Periódico Oficial.

“En una de mis anteriores hablé a usted de armas, que es la exigencia más apremiante de mi posición. Sólo usted podría por la suya, por el interés de nuestra causa y por el de nuestra amistad, proporcionármelas, aunque fueran solamente 2,000, bajo el concepto de que nunca serían muchas porque aquí hacemos sin graves dificultades un regular soldado de cada hombre, con tal de que tenga brazos y piernas.

“No ocurre por aquí otra cosa que merezca su noticia, y con tal motivo concluyo asegurándole que conservo de usted muy grato recuerdo y que lo estima muy especialmente su atto. amigo y s. s.—*Porfirio Díaz*.—Sr. licenciado Matías Romero.—Wáshington.”

5. III. *Protesta de la Guarnición de la Plaza de Oaxaca contra el Imperio.*¹ (a)

“En la capital del Estado de Oaxaca, a los 21 días del mes de junio de 1864 reunidos en el salón principal del Palacio el ciudadano Porfirio Díaz, general en jefe de la línea y los demás ciudadanos generales, jefes y oficiales del ejército de Oriente que se hallan en esta ciudad.

“Considerando que desde que la Nación por los heroicos esfuerzos de sus hijos se emancipó del dominio de los Borbones de España, ha manifestado constantemente su firme y resuelta voluntad de existir constituida como República democrática representativa; que este principio ha permanecido incólume a pesar de los diversos partidos políticos en que se ha dividido el país; que la Nación se hallaba constituida y en el libre uso de sus derechos cuando fué invadida por el ejército de Napoleón III, que faltando a la fe de tratados y aprovechando las posiciones que se le habían concedido amigablemente avanzó sobre Puebla de Zaragoza; que la junta de traidores nombrada por Dubois de Saligny no tuvo derecho para cambiar la forma política de la República en una monarquía despótica, rindiendo la majestad nacional a los pies de un monarca extranjero de la raza que más odia las libertades de los pueblos que subyuga y que se ha obligado

a) En una hoja suelta se publicó en Oaxaca la protesta que se inserta aquí porque ella contiene los nombres y grados de todos los jefes y oficiales del ejército de Oriente, antes del asedio de la plaza por los franceses.

a pagar una suma fabulosa, para cuya satisfacción sería necesario triplicar las contribuciones y arrancar de raíz la riqueza pública; y que la Nación ha conquistado la igualdad social, la supremacía del poder civil y la tolerancia religiosa como bases fundamentales de sus instituciones, protestan:

- 1º—Que sostendrán la independencia de México contra cualquiera nación, raza u hombre que pretenda avasallarla.
- 2º—Que desconocen al austríaco que se llama “emperador de los mexicanos” y que contra sus absurdas pretensiones sostendrán la República democrática representativa.
- 3º—Que sostendrán la supremacía del poder civil y la tolerancia religiosa establecidas por las leyes de reforma y sancionadas por la civilización del siglo y por la voluntad nacional.

“Y estando conformes todos y cada uno de los asistentes, el ciudadano general en jefe dijo que se complacía por la uniformidad de pareceres de los beneméritos generales, jefes y oficiales del ejército de Oriente, que en adelante grabarían sobre sus banderas como el grito de victoria y el símbolo de su fe: “Independencia, República y Reforma”.

“Y siendo de la aprobación de todos, firmaron—*Porfirio Díaz*.—*Rafael Benavides*, general en jefe de la División de operaciones. *Cristóbal Salinas*, general en jefe de la 1ª Brigada; *José María Ballesteros*, general en jefe de la 3ª Brigada; *Fernando Mª Ortega*, general comandante militar del Estado de Puebla; *Francisco Leyva*, general comandante militar del Distrito del Estado de México; *Antonio Rojas*, general comandante militar del Estado de Tlaxcala; *Apolonio Angulo*, coronel en jefe de la 2ª Brigada; *Francisco Carreón*, coronel del batallón Cazadores de Oaxaca; *Manuel González*, coronel del batallón Tiradores de Oaxaca; *Jesús Toledo*, coronel del 2º batallón de Sinaloa; *Rafael Ballesteros*, coronel del batallón Morelos; *Joaquín Terán*, coronel del batallón Juárez; *Diódoro Corrella*, coronel del 1er. batallón de Sinaloa; *Ramón Reguera*, coronel del 2º Cuerpo de Lanceros del Potosí; *Manuel Cuesta*, coronel mayor de órdenes de la 2ª Brigada; *Manuel Santibáñez*, coronel mayor de órdenes de la 3ª Brigada; *Nemesio Quiñones*, coronel mayor de órdenes de la plaza; *Félix Díaz*, coronel del 1er Cuerpo de Lanceros de Oaxaca; *Marcelino González*, coronel; *Guillermo Palomino*, teniente coronel, comandante general de Artillería; *Mariano Jiménez*, teniente coronel mayor de órdenes de la 1ª Brigada; *Anastasio Flores*, teniente coronel del 2º batallón de Sinaloa; *Jesús Altamirano*, teniente coronel del batallón Tiradores de

Oaxaca; Atanasio Díaz, teniente coronel del batallón Juárez; Guillermo Haff, teniente coronel del batallón Cazadores de Oaxaca; Miguel Castellanos, teniente coronel jefe del Estado Mayor de la 1ª brigada; Eduardo Vega, teniente coronel pagador del 1er batallón de Sinaloa; Venancio Leyva, teniente coronel; Lorenzo Pratz, teniente coronel; Florencio Ramírez, asesor; Juan Higareda, teniente coronel del 1er batallón de Sinaloa; Francisco Hernández, médico cirujano del ejército; Luis Ballesteros, **mayor** del batallón Juárez; Joaquín Ballesteros, comandante del batallón Cazadores de Oaxaca; Feliciano García, jefe del Estado Mayor del general en jefe; José G. Carbó, comandante de batallón; Gregorio Chávez, jefe de división; Juan Enríquez, comandante del batallón de Tiradores; Francisco Durán, comandante ayudante del coronel jefe de la 2ª brigada; Félix Aldama, comandante de batallón; José María Díaz, comandante de batallón; Isidoro Quintero, comandante capitán; Mariano Castro, comandante de batallón, José Mª Guerrero, comandante de batallón; Adrián Valadez, comandante capitán; Francisco Higareda, comandante capitán; Melchor Feria, comandante capitán; Jesús S. Sosa, comandante de escuadrón; Diego M. Guerra, comandante capitán; Carlos Ortega, comandante; Mariano Chávez, comandante capitán; Pablo Alcázar, comandante; Pedro A. Gómez, comandante; M. M. Aecoechea, comandante de escuadrón; Capitanes: Manuel María Mejía, Lorenzo Velázquez, Ignacio Manzano, Juan N. Celis Enrique Canseco, Joaquín Quijano, Mariano Lavariega, José M. Olivera, José M. Mindaga, José Valenzuela, Joaquín Osorio, Julio González, José Ojeda, Marcos Ortiz, Jesús H. Preciado, M. Martínez, C. Jesús Romero, Manuel González, Gabriel Serrano, Fermín Muñoz, Ignacio Carrillo, Amado Banuet, José E. Salgado, Miguel Marín, ayudante del ciudadano general en jefe; Juan Campos, Manuel González, Jesús Aguirre, Jesús Ramírez, Próspero Urruño, Paulino Machorro, Margarito Carrillo, Miguel Izábal, Carlos Pacheco, José María Cabrera, B. Sánchez, R. Campos, Félix Espinosa, Bernabé Salgado, Martiniano León, Manuel María Gracia, Antonio Meléndez, Jan C. Vera, Pedro Vera, Luciano Zafra, Ramón Reguera, Lorenzo P. Castro, Rafael Ocampo, José P. Núñez, José Mariano Soltero, José Romero; Tenientes: Antonio de la Garza, Francisco Pérez, Nicolás Yescas, Manuel Moncada, Anastasio Urrutia, Encarnación Torres, José Ignacio Alvarez, Jesús Zerezo, José Meléndez, José C. Ríos, Miguel Márquez, José J. Rivas, José O. Alvarez, Pedro Martínez, Jesús A. Chávez, F. Torres, Albino Zertuche, Antonio Núñez,

Salvador Ramos, Patricio López, José M. Canseco, José Juan Ruiz, Eusebio Cruz, Wenceslao Régules, Manuel Franco, Manuel Fernández, Eduardo Fernández, Antonio Linares, J. Peña, José María Noriega, Luciano González, Antonio Avilez, Antonio Esteves, Francisco Chávez, José Otero, José María Núñez, Casimiro Casas, José María Hernández, Manuel Rincón, José María Vera, Cesáreo Velasco, Mariano Juárez, R. Contreras, Luis Jiménez, Luis Arévalo, Victoriano Castañeda, Francisco Díaz Ordaz; subtenientes: J. Reyes, Vicente Figueroa, Jesús R. Andrade, Alejo Ramos, Claudio Montero, Manuel España, Matías Velasco, Braulio L. Noriega, Eduardo Catáneo, Margarito G. Rasilla, Roque Alvarez, Juan Toro, Abrahám Martínez, José M. Coronel, Mauro Vázquez, Mariano Fuentes, Urbano Ruiz, Mariano P. López, Felipe Herrero, Eduardo Ramírez, José D. Carballido, A. Torres, Francisco Celis, S. J. Robles, José M. Espinosa, José María Alvarez, Gregorio Yescas, José María Uribe, Antonio Crespo, José Muñuzuri, Gabino Martínez, José María Figueroa, Tomás Garcés, Manuel Romero, ayudante del ciudadano general en jefe, Bárbaro Candia, Eduardo Suárez, M. Díaz, Miguel Méndez, Miguel Alquisiris, Julián Medina, José Mesinas, Fructuoso Sánchez, Abrahám Reyes, José María Ortiz, Rodrigo Niño, José Chincoya, Juan Ruiz, Amado Catáneo, José María Salgado, Ismael Velasco, Manuel Vera, Prudencio Ortiz, Justo Benítez, secretario.”

5. IV. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

Al margen: sello Porfirio Díaz.

“Oaxaca, Julio 26 de 1864.—Estimado y querido amigo: Son en mi poder sus apreciables del 21 y 29 de Mayo a que corresponde la presente.

“Dichas cartas cayeron en poder del enemigo el que impuesto de ellas las dejó correr a su destino.

“Por esto verá usted que necesita mayor cuidado aún el gravísimo negocio de armamento, pues probablemente el enemigo va a duplicar su vigilancia. Sin embargo es tan vital y tan urgente la necesidad en que me hallo, que vuelvo a instar a usted porque no me olvide y que a cualquier riesgo y a toda costa se digne recabar del señor Presidente los recursos necesarios, y procurar ponerme en cualquier punto de la costa del Pacífico o en Minatitlán, un pequeño convoy de armas y cápsulas, avisándome so-

lamente con algunos días de anticipación el del desembarco para preparar el transporte y la fuerza que deba recibir aquí.

“Agradezco a usted debidamente los números del “Continental” y las noticias que se sirvió enviarme, y le suplico que no me prive de igual favor porque estoy aquí tan arrinconado que nunca es de más cualquier informe por atrasado que sea.

“Volviendo al negocio de armamento, yo no podría facilitar un céntimo porque los recursos con que cuento no alcanzan ni con mucho a los crecidos gastos que me ocasionan el equipo y mantenimiento de la fuerza.

“Acompaño a ésta una carta de la familia. La señora doña Tomasa (a) estuvo en cama, pero se encuentra restablecida.

“Nada nuevo ocurre por esta línea que merezca los honores de noticia, si no es un combate sostenido el día 13 por el rumbo de Tehuacán en que capturamos una avanzada de 22 hombres.

“Es muy dolorosa la situación de los prisioneros mexicanos en Francia; pero yo me prometo que con el empeño de usted y acaso sólo con la noticia, el señor Presidente habrá cuidado de que no carezcan de los recursos necesarios para su subsistencia. Ya le he escrito, a mayor abundamiento, sobre el mismo asunto.

“Consérvese usted bueno, y mande lo que guste a su afmo., amigo y s. s.—*Porfirio Díaz*.—Sr. licenciado don Matías Romero.—Washington.”

6. Una carta del Gral. López Uruga.

La traición del general Uruga a la causa liberal, venía iniciándose desde octubre del año 1863, según se desprende de la carta original que obra en mi poder, y que inserto en seguida.

“Señor ministro de Guerra, general don I. Comonfort.—San Luis.

“Queréndaro, octubre 30 de 1863.

“Muy amado amigo:

“Ya me esperaba yo lo hecho: ¡acaso duro más de cuarenta días en todo mando que me da el Gobierno? Desde Tarimoro está dispuesta mi entrega y la he cumplido en el acto.

“Mando a usted abierta la carta del señor Presidente; no quiero repetirla a usted, pues me falta tiempo, pero déjese copia de ella y le ruego que

a) La madre del señor Romero.

lo que se determine venga de San Luis, pues tal vez mañana no conviene al señor Lerdo lo que usted pudiera hacer. Sin cualquiera de los puntos que pido, no acepto nada; pues que todo ello es para el buen servicio y no para mí.

“Temo se me deje sin dinero y con el ejército sobre el país; temo que el señor Núñez nos abandone y con sus economías decrete que somos extranjeros a la Hacienda Nacional, y por ello pido precisamente a Suárez Navarro.

“En lo de Michoacán hay mil intereses locales que contemplar, pero sobre todo hay una necesidad de Berriozábal que necesito a mi lado y poder descansar en él; pienso traerme a Justo Alvarez, pero enteramente subalterno y en el Estado, apareciendo hechura mía, rodearlo de confianza. Estoy malo, en efecto, pero seguiré a ver a usted a Querétaro, porque una vez le he dicho que soy su amigo y nada más; pero no tomo mando, no tomo parte ni hago nada, hasta el final arreglo de lo que pido hoy en la carta del señor Presidente. Con que ya sabe usted cómo me recibe; es necesario que el señor Lerdo no se equivoque más; como lo ha hecho en mi relevo, no acepto nada, sin las bases que propongo, y mientras éstas llegan seré su huésped y siempre afmo. amigo que lo ama y b.s.m. —José L. Uraga.” — (G. V. R.)

7. I. Carta del general Díaz al señor Romero.

Al margen: Porfirio Díaz (a).—“Sr. licenciado don Matías Romero. —Washington.—Estimado amigo mío:

“Profundamente agradecido a las repetidas pruebas de amistad de que le soy deudor, así como también a su importantísima cooperación en los asuntos del servicio de la República en esta línea, no vacilo en contar con ella en los graves compromisos de mi empeño.

“En mis anteriores he tenido el honor de participarle los sucesos de la guerra, y a mayor abundamiento le remito mi proclama de 23 de agosto que explica perfectamente la naturaleza de los hechos de principios de ese mismo mes.

a) Esta carta fué enviada al señor Romero a Washington, con su hermano don José, que era pagador del batallón Juárez, uno de los cuerpos que formaban el cuerpo del ejército de Oriente.

“Los franceses y traidores, para descarriar la opinión pública, han disminuído el número de sus fuerzas que entraron en combate y el de sus pérdidas, aumentando el de las nuestras de una manera fabulosa, pero lo cierto es que si bien yo reconcentraré mis fuerzas al Valle, el enemigo tuvo que desocupar la Cañada, ha sido desalojado después de Tlaxiaco sin sostener combate, y de Coxcatlan por la fuerza de nuestras armas con numerosas pérdidas, y que el día siete del corriente le destrozamos completamente un grupo de 200 caballos que merodeaban en la Mixteca, sin que hasta ahora se haya atrevido a pasar de Yanhuitlan.

“Ultimamente me escriben de México que Bazaine emprenderá por sí mismo la campaña contra nosotros, lo cual no creo difícil porque habiendo hecho fiasco Brincourt, que mandaba la expedición, fué relevado hace algunos días. A todo estoy dispuesto. Dios dirá del porvenir.

“Como usted sabe, el señor Juárez me ha ofrecido varias veces armamento y otros efectos de guerra, y sin embargo aún no he recibido un solo fusil. Encerrado en este rincón, rodeado por tierra de inaccesibles cordilleras y numerosos enemigos, sin medios de transporte por agua y hallándome escaso de recursos, que aquilutados apenas alcanzan para el pan del soldado, estoy expuesto a perder en una sola jornada todos los elementos con que cuenta la República en la línea de Oriente, y a que se pierdan también los Estados de la misma.

“Más de una vez habré chocado la atención de usted con la inferioridad de nuestras fuerzas respecto del ejército francés; pues bien, fuera de algunos otros motivos que no es del caso enumerar y que desaparecerán a fuerza de constancia, el principal consiste en las armas; pues tanto nuestras bocas de fuego como nuestros fusiles, son inferiores en mucho a los del enemigo. Figúrese usted, pues, con los peores cañones del país, con una pólvora que no peca de buena, con cápsulas elaboradas por Almogábar a fuerza de eficiencia y trabajo, y con fusiles que he formado de pedazos traídos de todas partes, de chispa, sin caja ni bayoneta, y hoy vueltos ya de percusión por nuestros mismos artesanos, y comprendiendo el resultado de un mal cápsul, mala pólvora y mal fusil por la inexperiencia de los artesanos que los elaboraron o recompusieron, comprenderá también el estado de profunda aflicción en que debiera encontrarme y lo importante que es para el Gobierno de la República impartirme pronto y poderosos elementos.

“Aseguro a usted, sin embargo, bajo mi palabra de honor, que nada

me hará desmayar y que cumpliré con la misma buena y serena voluntad los sagrados deberes que he contraído para con el Gobierno de la República, mandando un ejército bien armado, municionado y atendido o una guerrilla de chinaca, desarrapada, con la conciencia de que en uno y otro caso voy a un mismo objeto y combato por un mismo principio; de manera que si parezco exigente, lo hago sólo por cumplir con un deber indeclinable.

“Teniendo usted conocimiento de mi situación, hará por mejorarla lo que su ilustrado patriotismo le dicte y en cuanto a su posición pueda hacer, no sólo por ser usted mexicano, sino como oaxaqueño y amigo mío muy querido.

“Pasando de este negocio que es el principal, a otro no menos grave, me permito solicitar por el digno conducto de usted y mediante su recomendación cerca del señor Presidente, la facultad expresa por decreto que pueda publicarse, de expedir patentes de corso, o algunas ya extendidas, dejando en blanco el nombre para poner aquí el de la persona que convenga.

“Este es el único medio que me ocurre para establecer relaciones entre nuestros puertos y San Francisco de California; y tengo probabilidades de conseguirlo, pues se me han hecho indicaciones en ese sentido por alguna casa de aquella ciudad. Usted me hará el favor de manifestar al señor Presidente que la inmerecida confianza con que siempre me ha honrado, me asegura de esta nueva prueba que creo conveniente y necesaria para el mejor servicio de la República; pero que si diferimos en nuestro juicio no sufriré por su negativa la más pequeña mortificación.

“Remito a usted copia de los partes relativos a la ocupación de Tlaxiaco y combates de Coxcatlán y Nochistlán.

“Don Pepe dirá a usted todo lo demás que hemos hablado y que omito en ésta por no hacer más voluminosa y arriesgada la correspondencia.

Hágame usted el favor de pasar copia de todo al señor Presidente manifestándole que por la misma razón indicada y porque ésta contiene los asuntos más graves del momento, me privo del placer de escribirle directamente, reservándome el hacerlo por la vía de San Francisco que deseo aprovechar y creo haber ya encontrado el medio.

“Consérvese usted bueno, y disponga como guste de la afectuosa es-

timación que se complace en reproducirle su muy atento amigo y s.s.—
Porfirio Díaz.—Oaxaca, noviembre 15 de 1864.”

La carta que precede estaba acompañada de los cuatro documentos que siguen.

7. II. Proclama del general Díaz al ejército de Oriente

“Porfirio Díaz, general en jefe de la Línea de Oriente, a los oaxaqueños:

“Conciudadanos: Invadido el Estado por dos columnas del ejército francés, preparé sobre su izquierda un golpe de mano que sin empeñarnos en una batalla formal ni ser de grandes consecuencias por falta de éxito, fuera un buen principio de campaña.

“El día 10 del corriente lancé sobre San Antonio Nanahuatipan dos cuerpos de infantería que arrollaron al enemigo y le quitaron sus convoyes, y hallándose distantes los nuestros, tuvimos que desistir del empeño, dejándolo bastante maltratado y reducido a la defensiva.

“Debilitada la derecha y separada ésta de la izquierda por montaña de difícil trayecto, no debí librar la suerte del Estado a combates parciales en que sin poner en juego nuestros grandes elementos de guerra, un descalabro podía ser de trascendentales consecuencias.

“Confiada con tal motivo la defensa de la Cañada y de la Mixteca a los bravos guardias nacionales de aquellos pueblos, concentré al Valle los cuerpos de la división de operaciones, no en medrosa fuga como si hubiera sido vencida sino con la calma y entereza de una operación meditada y prudente para el mejor resultado de la campaña.

“El enemigo que tiene conciencia de nuestra fuerza y de que no hemos sido vencidos, retrocedió de Dominguillo a Güendalain, cortó de allí para la Mixteca y sin haber conseguido envolver ni cortar el menor grupo de la división aun no se atreve a lanzarse al Valle.

“El suelo del Estado será, pues, sin duda, teatro de grandes hechos que influirán mucho en los destinos de la República; pero nadie sabe si el terreno de combate estará en el Valle, en la Cañada, en la Mixteca o en alguna otra parte.

“Nos preparamos, es cierto, y fortificamos como si tuviéramos el enemigo al frente porque así lo aconseja y demanda el arte. Deseando sin

embargo salvar la ciudad de los desastres de la guerra, sólo comprometido por la conducta del invasor, y por la naturaleza de los sucesos, fijaré en ella la base de nuestras operaciones, pero cuidaré también de anunciarlo oportunamente al público, no sólo recomendando sino previniendo a las familias su separación para tener menos inconvenientes en el asedio, si a tal extremo hubiéramos de llegar.

“Oaxaqueños: Los acreditados y escogidos veteranos de Nuevo León, Sinaloa, San Luis y México que formaban parte de la división de operaciones, compartirán con nosotros los peligros y la gloria de las más solemnes jornadas. Juntos regaremos con nuestra sangre los campos de batalla, y a fuerza de constancia y valor llegaremos a escarmentar la orgullosa altivez del enemigo. Si queréis ser libres y conservar la reputación de invencibles que habéis merecido, ayudadme con abnegación y seremos aún los vencedores.

“Yo combatiré con vosotros y por vosotros mientras cuente con vuestra cooperación, y la victoria que otras veces ha ilustrado vuestros nombres, no os negará días de igual y mayor ventura.

“Cuartel General en Oaxaca, Agosto 23 de 1864.—*Porfirio Díaz.*”

7. III. *Parte de la acción de Tlaxiaco, dado por el coronel don J. Segura*

“República Mexicana.—Sección de operaciones. Coronel en jefe.— ¡Viva la Independencia! A las diez y media de la mañana se presentó el enemigo traidor a las alturas de los ranchitos inmediatos a esta villa, queriéndome entretener; pero en el acto dispuse la manera más conveniente de batirlo, aprovechándome del brío de los ciudadanos jefes, oficiales y tropa que ansiaban el momento, lo que se verificó desalojándolo de sus posiciones a paso veloz, sin hacer sobre el enemigo un sólo tiro el que no esperó y corría vergonzosamente la fuerza de caballería que era la única que cubría los puntos.

“A continuación me dirigí sobre esta plaza la cual se hallaba atrincherada y foseada; pero sólo la presencia de la fuerza de mi mando fué bastante para que la hubieran desocupado, y como esto pasó a mi vista, dispuse perseguirlos con 50 caballos y otros tantos infantes hasta la distancia de tres leguas, donde ya mirando que era infructuoso continuar, porque corren peor que unos galgos, mandé hacer alto, después de haber visto que un puñado de valientes de caballería, en unión del ciudadano

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

comandante Melchor Fera, los hicieron quemar más de dos cajas de parque y los desbandaron por distintos puntos asegurándole a usted que ha perdido el enemigo la mitad de su fuerza llevándose tres heridos y tomando el rumbo de San Juan Numí. Por nuestra parte sólo tenemos un soldado levemente herido, pues las balas del enemigo no pudieron causarnos más efecto por el miedo con que las dirigían.

“Felicitó a usted a nombre de la patria por este pequeño triunfo, recomendándole de preferencia a los vecinos de esta población, pues han salido en grupo y sin armas en nuestra compañía a perseguir al enemigo, con una decisión digna de escribirse en la historia, lo mismo que los ciudadanos jefes, oficiales y tropa, pues no han dejado que desear en su comportamiento.

“Protesto a usted con este motivo mi aprecio, subordinación y respeto.

Patria y Libertad. Tlaxiaco. Octubre 18 de 1864.—*J. Segura*.—C. Gobernador y comandante militar del Estado.—Oaxaca.”

7. IV *Parte de la Acción de Coxcatlán, dado por el coronel don Ladislao Cacho.*

“Sección Cacho.—Teniente coronel.

“Deseando satisfacer de la manera más cumplida el objeto que usted se propuso al ordenarme el movimiento sobre este rumbo, desde Salomé escribí al ciudadano coronel Figueroa, concertando un ataque sobre la plaza de Coxcatlán que suficientemente fortificada y defendida por cosa de 200 hombres, era un obstáculo que constantemente amagaba nuestra frontera. El expresado coronel supo comprender y desarrollar mi idea con una eficacia propísima, moviéndose en mi auxilio con doscientos infantes y treinta caballos desde el pueblo de Huautla, hasta reunirnos en la Hacienda de la Calavera para combinar el ataque, y a las tres de la mañana de ayer caíamos sobre la expresada plaza, que aunque sorprendida al principio, pues penetraron nuestras fuerzas hasta el cuerpo de guardia, donde se apoderaron de parte de las armas de ésta, pudo el enemigo sin embargo organizar su defensa y hacerla de la manera más vigorosa.

“Lo creo inútil y además no tengo el tiempo suficiente para manifestar a usted las diversas circunstancias y aspectos del combate, y por esto paso a decirle que después de cinco horas de un fuego vivo sostenido por una y otra parte y diversos encuentros a arma blanca hemos vencido todo el

obstáculo, deshecho al enemigo y quedamos dueños absolutos de la plaza. Más de treinta muertos del enemigo han quedado en ella y sus armas en nuestro poder. Por nuestra parte y sin comprender las pérdidas habidas en las fuerzas del ciudadano coronel Figueroa, tenemos que lamentar la desgracia de haber sido gravemente herido el oficial Antonio Benítez que recomiendo a usted cuanto merece, y un soldado.

“Reitero a usted con tal motivo las protestas de mi adhesión y respeto. —Independencia y Libertad. Teotitlán, Octubre 20 de 1864.—*L. Cacho*. —C. General en jefe de la línea de Oriente.”

7. V. *Parte de la Acción de Coxcatlán, dado por el general Luis Pérez Figueroa.*

“Línea avanzada.—Sección Figueroa.

“El día 17 a las 12 del día tuve aviso en Huautla del ciudadano teniente coronel Cacho del movimiento que por orden de usted debía efectuar sobre este rumbo, invitándome a un ataque sobre Coxcatlán, plaza fortificada y defendida por cosa de ciento cincuenta hombres. En el acto emprendí mi marcha con doscientos infantes que tenía allí y libré la orden competente para que se me incorporase la caballería que se hallaba en Tecomavaca, y como a las doce de la noche de antier nos hemos reunido el expresado teniente coronel y yo en la hacienda de la Calavera. A las tres de la mañana llegamos a Coxcatlán y aunque nuestra fuerza penetró con el mayor arrojó hasta un portal en el centro de la plaza, donde se hallaba la guardia, y se apoderó de parte de las armas de ésta, sin embargo el enemigo organizó su defensa vigorosamente, y fué necesario sostener un reñido combate por cinco horas, pero al fin quedamos dueños absolutos de la plaza cubierta con más de treinta cadáveres del enemigo. Por nuestra parte hemos tenido heridos al ciudadano capitán de la Legión República, Lorenzo Guzmán, de la clase de tropa catorce, tres muertos y diez dispersos, cinco caballos muertos y tres heridos.

“No encuentro palabras bastantes para expresar a usted la satisfacción con que he visto la digna conducta de mi nueva infantería; allí recibió el bautismo de fuego y sin embargo decidió el combate como si fueran unos aguerridos soldados.

“Protesto a usted las seguridades de mi adhesión y aprecio.

“Independencia y República. Teotitlán del Camino, octubre 20 de

1864.—*Luis P. Figueroa*.—C. general Porfirio Díaz, en jefe, de la línea de Oriente.—Oaxaca.”

7. VI. *Parte de la Acción de Quilitongo, dado por el coronel don Félix Díaz.*

“Ejército de Oriente.—Brigada de Caballería.—Comandante. Tengo el honor de remitir a usted el parte detallado de lo ocurrido en el movimiento que emprendí sobre los franco-traidores.

“El día 16 del corriente después de un ligero descanso en Huaucilla, continué mi marcha a las once de la noche con el objeto de llegar a Chinantla a las cuatro de la mañana siguiente.

“Había formado una columna de dos escuadrones máximos de rifleros a las órdenes del teniente coronel de la Legión del Norte, ciudadano Basilio Garza, para que atacasen pie a tierra, y otra de dos escuadrones maniobreros al mando del coronel del citado cuerpo, ciudadano Jerónimo Treviño, para servir de sostén a la primera o cargar si el enemigo estuviera montado. El ciudadano teniente coronel Ladislao Cacho, con el escuadrón de Tehuacán, debía situarse en San Mateo, a fin de observar los movimientos del enemigo en Yanhuatlán y recoger a los que se dispersasen en Chinantla. La columna del bizarro teniente coronel Garza que llevaba orden de arrollar la avanzada del enemigo, sin hacer fuego, lo verificó perfectamente, haciéndole dos muertos y tres prisioneros, y el grueso de aquel huyó precipitadamente al abrigo de las hondonadas del terreno, dejando regado el camino de caballos, lanzas, cartucheras y otros efectos de guerra y en nuestro poder el referido pueblo de Chinantla.

“No habiendo tenido efecto el combate que provocamos, regresé al paso a Nochistlán; se dió pienso y agua a la caballada y a las diez seguimos nuestra marcha para Huaucilla, cuando a un cuarto de legua se presentó el enemigo queriendo atraernos a la infantería que tenía emboscada al poniente de aquella población, y como no pudo hacernos caer en el lazo, se contentó con tirotear a la retaguardia que cubría el escuadrón de Tehuacán y vino en esta dispersión hasta San Pedro Quilitongo.

“Allí fué donde juzgué oportuno escarmentar su tenacidad; mandé detener la brigada, y con el 1º de Lanceros, que hallándose en el centro estuvo más pronto, cargué fuertemente al enemigo que reunido embestía bruscamente sobre la retaguardia, sirviéndonos de sostén la Legión del Norte, que en nuestra marcha retrógrada traía la vanguardia; la primera

seccion a cuya cabeza venía el bandido Trujeque, resistió con bravura, pero arrollada por la fuerza de nuestro empuje, fué arrojada sobre el resto del enemigo, con numerosas pérdidas.

“Cuando llegamos al alcance de su infantería, hizo al arrimo de ésta, el último esfuerzo; pero entonces el mayor de órdenes ciudadano comandante de batallón, Félix Almada, con el capitán Amado Banuet, y un trozo que había reorganizado el primero, después de haber tomado parte en el combate, con el pensamiento de frustrar cualquier lance que pudiera ocasionar el desorden de la victoria, secundó felizmente el impulso de las más avanzadas y el enemigo desesperó de su salvación.

“El pundonoroso y valiente comandante de escuadrón ciudadano José María Olivera, se distinguió macheteando traidores hasta que lo tiraron de su caballo de una lanzada que no le interesó sino la piel después de pasar el cinturón. El teniente coronel ciudadano Ladislao Cacho acompañado del ciudadano comandante de escuadrón, Manuel Bañuelos y otros individuos del de su mando, hizo varios prisioneros a quienes consiguió salvar la vida.

“Me veré en el caso de recomendarle a usted y con justicia a los ciudadanos capitanes Julio González y Marcos Ortiz y alféreces Mauro Vázquez y Carlos Rems Cheiot, quienes metieron al enemigo hasta las calles de Nochistlán. El número de muertos visto por los jefes y oficiales y enterrados por los presidentes de San Pedro y San Miguel asciende a cuarenta y seis, a diez y siete los prisioneros, ochenta caballos, otros tantos fusiles recortados, muchas espadas y pistolas, contando entre estas últimas las del traidor en jefe así como su caballo.

“Aunque dije en mi parte anterior que los oficiales pasados por las armas eran tres, fueron en realidad cuatro reconocidos por los mismos prisioneros e identificados con arreglo a la ley.

“Por nuestra parte sólo tenemos dos heridos leves, siendo uno el soldado del escuadrón de Tehuacán ciudadano Agustín Torres, el cual se confundió entre los enemigos varias veces en medio del calor de la refriega.

“Protesto a usted con tal motivo las seguridades de mi subordinación.—Libertad y Reforma. San Francisco Telistlahuaca.—Noviembre 8 de 1864.—Félix Díaz.—Ciudadano general en jefe de la línea militar de Oriente.”

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

8.—*Carta del general Díaz al señor Romero.*

“Señor don Matías Romero.—Washington.

“Estimado amigo mío:

“Hace poco que escribí a usted con persona de nuestro especial cariño, y le manifesté las angustias que sufro por falta de numerario y armas, así como mi deseo de que se me autorizara para expedir patentes de corso, ya sea en decreto especial o enviándome esqueletos firmados. Creo por demás volver a la carga porque estoy seguro de que sin eso usted no perdonará medio de ayudarme en estas solemnes circunstancias.

“Después de la que acabo de citar sólo ha habido de nuevo que el enemigo emprende sería campaña contra nosotros, pues ha caído al valle y a esta hora debe estar en Huitzo (a) San Francisco Telixtlahuaca.

“No debiendo exponer mi caballería porque me expondría a ser encerrado y dominado en la plaza, sólo la tengo en observación para aprovecharla en la mejor oportunidad.

“Teniendo usted noticia de mi posición y sabiendo lo que ha pasado en toda la República, comprenderá cuánto importa que no se me abandone y las fatales consecuencias que tendría la ocupación de esta plaza por el enemigo.

“Concluyo porque estoy de prisa, y me repito su afmo. amigo y s.s.
—Oaxaca, Diciembre 17 de 1864.—*Porfirio Díaz.*”

9. I. *Carta del general Díaz suscrita por el señor Benítez.*

Un sello: Porfirio Díaz.

“Sr. Lic. Matías Romero.

“Washington.

“Amigo muy querido:

“Aprovecho la oportunidad de mandar a usted algunos impresos sobre los últimos sucesos de la guerra en esta línea, para que impuesto de ellos, comprenda mi situación e interponga para mejorarla el valimiento de la suya.

“Deseando salir de la calma en que estamos desde el día 4, mandé una columna de caballería a operar sobre la retaguardia del enemigo, y éste viendo comprometidos su camino militar, sus recursos y comunicaciones, avanzó de Etla a la hacienda Blanca en la mañana de ayer, y en la de hoy sigue, según parece, sobre esta plaza.

“Tengo fundadas esperanzas de conquistar para la Patria un espléndido triunfo y dar a la guerra otro carácter más favorable para nuestra causa; y muy injusto y enemigo ha de ser el destino si llega a defraudarlas. Por lo pronto, es de notar que la división invasora, que, entre paréntesis, viene al mando del jefe más acreditado, no ha sido feliz como las que expedicionan por otras partes.

“Inútil me parece repetir a usted que ya sea que Dios me conceda la victoria o que la fatalidad me la niegue, necesito dinero y armas y que sin esos preciosos elementos correremos riesgo de que la victoria sea estéril y la derrota mortal; con un auxilio de 100,000 pesos mensuales y con una remisión de cinco a diez mil fusiles y tres baterías rayadas, la victoria será la salvación de la independencia y la derrota quedaría reparada ventajosamente.

“Sólo viéndolo podría usted creer todo lo que se ha hecho para presentar al enemigo una resistencia de las dimensiones que va a tener la de esta plaza, pues ha sido preciso sobreponerse a toda consideración, a todo respeto, a todo escrúpulo, y a tal grado, que si la victoria no viene a disculpar el rigor de mis providencias, no habrá quien no se crea con derecho a arrojarme una piedra.

“Es cierto que en todo caso me quedará la satisfacción de haber cumplido con mi deber y de presentarme a amigos y enemigos tan pobre y humilde como el primer día que empuñé la espada.

“Deseo que usted lo pase bien y que viva siempre seguro de la afectuosa estimación que le profesa y cuyas muestras le renueva su muy atento amigo y s.s.—Oaxaca, Enero 10 de 1865.—Por ocupación y encargo del general en jefe (Firmado) *Justo Benítez*.”

9. II. En la colección de papeles referentes a la intervención europea en México (1861-1867), que perteneció al licenciado José María Lafragua, y hoy existe en la Biblioteca Nacional de México, en el tomo VI se halla el recorte de un periódico francés (cuyo nombre no sabemos) el que contiene un discurso pronunciado en el Senado francés por el mariscal Elías Federico Forey. Tampoco podemos precisar la fecha de la sesión de aquel alto cuerpo en que fué pronunciado dicho discurso, pero es indudable que tuvo lugar a principios de 1865. De ese recorte traducimos el curioso párrafo siguiente: “. . . Recientemente, a propósito del asunto de Oaxaca y a la noticia de que Porfirio Díaz había sido fusilado, se ha dicho que Porfirio Díaz tenía el carácter de general, que estaba a la cabeza de tropas regulares, y que se le debía tratar como un general. Se-

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

ñores, no hay nada de verdad en todo eso, y si Porfirio Díaz ha sido fusilado no ha tenido más que lo que merecía. (*Movimiento*). No hay crímenes abominables que no haya cometido: no citaré más que uno que os hará estremecer de horror: él ha hecho abrir el vientre a mujeres preñadas, de allí les ha arrancado los hijos y se los ha hecho colgar al cuello de sus madres, con sus entrañas... (*Sensación prolongada*). En cuanto al señor mariscal Bazaine, no ha hecho más que lo que yo mismo habría hecho, si ha tratado a este Porfirio Díaz como jefe de bandoleros y no como soldado. (*Viva aprobación. ¡Muy bien! ¡Muy bien!...*") (M. M. G.)

Los hermanos Luis y Manuel Maneyro respondieron en Europa, espontáneamente, a esta calumniosa imputación. (Archivo Gral. Díaz. A. M. C.)

10.—*Relación hecha por el señor Rafael J. García de los sucesos que tuvieron lugar en Oaxaca durante el tiempo que ocupó aquella ciudad el general Díaz de 1863 a 1865.*

"Oaxaca, junio de 1865.

"Estimado amigo mío:

"Ofrecí a usted en mi anterior informarle sin odio ni pasión de los sucesos que tuvieron lugar en esta ciudad en el último semestre del año próximo pasado y en los dos primeros meses del presente, y aunque no he tenido tiempo ni humor para dedicarme a un trabajo concienzudo, no pienso burlar las esperanzas de usted, y me propongo hacerle una narración breve y sencilla, pero sincera e imparcial, confiando en que el notorio buen criterio de usted y su bondadosa deferencia, completen el cuadro, dando mejores tintes a sus claros.

"Permítame usted que retroceda al año de 1863 para conocer la filiación de las cosas y para que usted sepa a quien corresponde el honor o la culpa de los hechos.

"Gobernaban el Estado a fines de este año los señores Ramón Cajiga y José Esperón, cuyo sistema consistía en hacerse tolerar del invasor desarmando a los indomables guerrilleros de Puebla y Veracruz, que perseguidos por aquél, buscaban abrigo en el antes hospitalario suelo de Oaxaca, reduciendo la fuerza armada a menos de mil hombres, procurando que la mayor parte de las armas fuesen útiles para un empeño comprometido y

dejando los almacenes con el parque apenas necesario para no alarmar a los partidarios de la guerra.

“Sin embargo el francés los tenía constantemente vigilados y para intimidarlos y mantenerlos en su retraimiento, mandó de vez en cuando pequeñas guerrillas de mexicanos que merodeaban por los distritos de Silacayoapam, Tlaxiaco y Huajuapam e hizo explorar con destacamentos de su propia fuerza este último distrito y el de Teotitlán.

“En estos casos el Gobierno aparecía todo alarmado y en vísperas de abandonarse a la clemencia de la intervención y sólo volvía del susto al saber el regreso de aquellas fuerzas a Puebla.

“Sabe usted probablemente que Tabasco, Chiapas, la costa de Sotavento de Veracruz y la mayor parte de Guerrero, habían sido dominados por la intervención, y que Oaxaca no les prestaba siquiera el auxilio de sus consejos.

“En el mes de noviembre, el guerrillero Vizoso, con dos o trescientos hombres, se había internado en el Estado y el Gobierno de Cajiga salió a su encuentro con la mayor parte de la guarnición; pero más capaz y emprendedor Vizoso había logrado flanquearle destrozando la sección del teniente coronel Mariano Jiménez, dirigiéndose por entre los distritos de Tlaxiaco y Jamiltepec a la capital, cuando sintió a su retaguardia los pasos del general Porfirio Díaz, y temiendo quedar sin salida huyó apresuradamente.

“El general Díaz es un joven de 34 años, de una organización vigorosa, de estatura regular, pelo rubio, barba escasa, mirada firme y maneras sencillas. Hijo de una honrada familia de escasos recursos y habiendo quedado huérfano de padre desde muy joven, no tuvo en su infancia las mejores comodidades, pero sí el ejemplo, los consejos y la ternura de la mejor de las madres.

“Hizo su educación primaria en las escuelas de esta capital, estudió latinidad, francés, matemáticas y demás cursos preparatorios en el Seminario, y pasó después a las cátedras de jurisprudencia del Instituto civil, en las cuales concluyó con las mejores recomendaciones los estudios de la carrera del foro.

“Concluía el término de la práctica cuando conmovido por los excesos de la tiranía de la dictadura de Santa Anna en 1854, tomó parte en la revolución de Ayutla y entró de lleno en la vida activa de la política.

“No puedo dar a esta carta las dimensiones de una biografía, y por



EL GENERAL BRINCOURT. UNO DE LOS ATACANTES DE PUEBLA, SEGUN LITOGRAFIA DE "EL SITIO DE PUEBLA", POR TIRSO RAFAEL CORDOBA.

eso me privo de referir a usted los mil gloriosos episodios de la vida del señor Díaz, en este decenio de 1854 a 64.

“De capitán en 1857, fué la única inteligencia y el verdadero brazo que decidió la pequeña pero honrosa batalla de Ixcapa, entre Oaxaca y Guerrero, contra el coronel Salcedo que murió en la jornada; Díaz fué gravemente herido en el hipocondrio derecho quedándole el proyectil por mucho tiempo en el borde superior del innominado izquierdo.

“En enero de 1858 tuvo la parte más gloriosa del asalto dado al palacio de esta capital, en que se habían atrincherado Moreno y los Cobos con mil quinientos hombres, y del que fueron desalojados por menos de seiscientos.

“En febrero del mismo año mandó una mitad del 2º batallón de Oaxaca, combatió otra vez con el mismo éxito en Jalapa, contra Cobos y Conchado.

“Recuperado Tehuantepec a consecuencia de esta última victoria, quedó Díaz de jefe político del distrito y comandante militar del istmo con sus compañías del citado cuerpo, que al principio tendrían ciento setenta hombres y que a poco bajaron de cien, hasta la segunda invasión de Cobos, hacia fines de 1857.

“En este período, Díaz con la pequeña fuerza de su inmediato mando y una mitad más de Juchitán, sostuvo repetidos combates en la constante persecución de más de mil patricios que robaban en los caminos, asaltaban los pequeños pueblos y le disputaban la posición de la Villa: se llaman así en Tehuantepec a los que no queriendo dedicarse a un trabajo provechoso proclaman cualquier bandera y viven del robo. Combates fueron éstos tan sangrientos y reñidos como numerosos, y en ellos fué generalmente sobrepujada la salvaje energía de los alzados por la más enérgica voluntad del incansable jefe.

“En noviembre de 59 le fué preciso replegarse a Juchitán, porque Cobos, dueño de esta ciudad, mandó a Trujeque con su escuadrón y otras fuerzas en auxilio de los patricios; pero no tardó Díaz en reponerse y cayendo otra vez sobre Tehuantepec, derrotó a Trujeque y dispersó a todos como a una banda de aves.

“En enero de 1860, con setecientos hombres, presentó batalla en Mitla a Marcelino Cobos, que mandaba mil setecientos hombres, y si sus esfuerzos no fueron coronados del merecido triunfo, conquistó la admiración de su mismo adversario.

“Incorporado después a las fuerzas de la Sierra se le nombró comandante en jefe de ellas, pero con humildad sin igual declinó tanto honor por respeto a la antigüedad y a las canas del coronel Salinas, proponiéndose auxiliarle como mayor general en las resoluciones de gabinete y en los campos de batalla.

“Con la brigada de la Sierra, otra de Guerrero, el regimiento de Ramos y otros piquetes, puso sitio a esta plaza que atrincheró y artilló Cobos ventajosamente. No sé lo que hubiera sucedido si continúan los sitiadores bajo el mando nominal de Salinas y acertada inspiración del coronel Díaz; pero habiéndose recibido de aquél el general Rosas Landa, abandonó en mayo la empresa, dispersando todas las fuerzas. En medio del desorden de la dispersión, Díaz supo en Teocomilco que Trejo pretendía cortar la retirada, y como ya con la fuga de Rosas Landa las cosas habían vuelto a su influencia, marchó sobre aquél con un grupo de valientes y lo arrojó desde el otro lado de las cumbres de Ixtepeji, hasta el valle.

“En Ixtlán se propuso reorganizar los desmembrados elementos que parecían aniquilarse, y de doscientos sesenta hombres a que estaba reducida la antigua división sitiadora de esta plaza, logró crear una brigada de novecientos hombres, con la cual, en el memorable 5 de agosto de 1860, derrotó en San Luis triple número de enemigos y reconquistó el Estado.

“Rehusando después el Gobierno del mismo con que le brindaban amigos y enemigos, salió a la campaña del centro, ardiendo en deseos de tomar parte en los colosales sucesos que todos presentían para los últimos meses del año. El joven coronel había sido herido después del empeño de San Luis en el combate de la plaza de esta ciudad, de donde desalojó inmediatamente a Trejo, Ibáñez y Cobos que la defendían, y en cama, con los dolores de la herida, que le interesó la tibia del lado derecho, dispuso el combate de las Sedas, perfeccionó la organización de las fuerzas y no quiso dilatar su marcha al centro.

“En 1861 dió al país la gloriosa jornada de Jalatlaco, derrotando con trescientos hombres más de tres mil que mandaban Márquez y los mejores jefes del partido clerical. Bien sabido es que el general González Ortega llevaba el mando de la división que perseguía a aquéllos, tenía otros planes sobre la campaña y que ninguna otra fuerza tuvo parte en el combate.

“En el mismo año el general Díaz, honrado con esa alta y merecida jerarquía, fué el alma de la batalla de Pachuca, dada bajo el mando del

bizarro general Tapia, que adivinando las dotes de su compañero compartió con él los peligros y la gloria del espléndido triunfo.

“En diciembre del mismo año marchó a hacer frente a las fuerzas de la intervención, que habían desembarcado en Veracruz.

“Cubrió la retirada de nuestro pequeño ejército cuando el francés cayó sobre Orizaba, y recibió del general Prim, con ese motivo, los más cumplidos elogios y satisfactorios augurios sobre su porvenir.

“Combatió en las cumbres de Acultzingo para dar lugar a que se replegaran las fuerzas y trenes del ejército, y fué el último que a paso de león tomó el camino de Puebla.

“En el glorioso 5 de mayo mandó la división que cayendo de flanco sobre el ejército francés lo puso en derrota, decidiendo así la jornada, en unión de Berriozábal y Negrete.

“Con motivo del desastre del Borrego, volvió a encomendársele que auxiliara la retirada del ejército, y lo hizo con su acostumbrada maestría. Empeñadas las operaciones del sitio de Puebla, no faltó a uno de los combates de alguna importancia y sostuvo constantemente la línea más comprometida, salvando más de una vez la vida de los prisioneros franceses, que se encontraban atónitos de tener un huésped tan afable en tan terrible adversario.

“Ocupada la plaza por Forey y requerido para que diera su palabra de honor de permanecer ajeno a las cuestiones que se agitaban en el país, fué de los que levantaron acta formal de combatir durante su vida por la República, documento que fué remitido al expresado jefe francés.

“Salió en tal virtud de la prisión y fué a pedir otra vez al Gobierno Nacional un lugar entre sus defensores; se le confirió el mando de la primera división y con esa fuerza contuvo en Lerma el inmenso desorden que había cundido en el ejército, a su salida de México.

“Nombrado después comandante en jefe del ejército de operaciones, hizo mil fructuosos esfuerzos por el mantenimiento de su moralidad, sin que el enemigo se atreviera a provocarlo a un empeño peligroso.

“Sin embargo, como el Gobierno necesitaba de él por este lado de la nación, como el más a propósito por sus antecedentes y numerosas conexiones locales, le confirió el mando de los seis Estados de Oriente, dándole además una fuerza de las tres armas de cosa de dos mil hombres y substituyéndolo en el ejército de operaciones con el malogrado señor Comonfort.

“Desprendióse a principios de octubre con aquella fuerza, tomando desde Querétaro por Michoacan y Guerrero para Oaxaca y después de una travesía milagrosa llegó a Huajuapam en los últimos días de noviembre del mismo año de 63.

“Ya he indicado a usted cómo se hallaban los estados de Oriente y principalmente Oaxaca. Cajiga y Esperón eran los menos a propósito para alentar los ánimos en esa ocasión, tanto por lo irresoluto del primero, cuanto porque el segundo jamás ha dado pruebas de tener costumbres belicosas y guerreras.

“El general Díaz dejó en Huajuapam la fuerza que le acompañaba y llegó solo con un ayudante a esta ciudad el 27 de noviembre citado.

“Como Cajiga había logrado hacerse de una pequeña hacienda, y Esperón iba a ser muy pronto rico con la muerte de su padre, temblaron por miedo de los peligros a que les exponía el inesperado arribo de un compañero de patriotismo y energía que los iba a comprometer, bien a su pesar, en las eventualidades de la guerra. Huyeron con tal motivo de la escena, y Díaz se vió precisado a encargarse provisionalmente de la administración del Estado el día 1º de diciembre siguiente.

“Su primer acto fué reducir a una mitad los pingües sueldos de los altos empleados de Justicia y Hacienda, y expedir una tarifa económica para el socorro de la fuerza armada.

“Transmitió sus autorizaciones y dió sus instrucciones a los jefes que mantenían la guerra en Chiapas, Tabasco y Sotavento, e hizo marchar para los primeros Estados una brillante sección de infantería y un pelotón de artilleros, con cuyo auxilio Chiapas fué completamente pacificado, y los patriotas de Tabasco cobraron nuevo aliento y arrojaron a los invasores de su heroico suelo.

“Aún no regresaba la sección expedicionaria de Chiapas, cuando el 2º batallón de México, que mandaba el coronel González, se desbandó en Tlaxiaco, y Du Portier con una columna de más de mil hombres salió de Puebla con dirección a la Mixteca. El general Díaz nombró en el acto nuevo gobernador del Estado y marchó sobre aquel rumbo, tanto para contener la desmoralización que hubiera podido cundir en los otros cuerpos, como para hacer frente a la invasión del francés, si se formalizaba. Esto sucedía por el mes de febrero de 1864, pero no habiendo tenido otro resultado el desorden de Tlaxiaco, ni atreviéndose Du Portier a emprender campaña con su escasa fuerza, Díaz tuvo tiempo de regresar a la

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

capital para organizar su gabinete y atender a la administración de los Estados de su línea.

“Suprimió en éste varias oficinas, cambió el personal de los gobiernos de Chiapas y Tabasco, mandó reglamentar la administración de justicia y dar unidad a la de Sotavento, y auxilió al muy digno general García con un batallón de infantería, cuando Marechal llegó a ocupar Tlacoalpam, que había sido la capital de ese departamento militar.

“Hacia el mes de agosto del mismo año 64, el joven general había visto coronados sus nobles esfuerzos en la administración civil y militar y en el resultado de las operaciones de sus fuerzas. ¿Qué más? Chiapas y Tabasco habían vuelto al orden, Tlacoalpam era recuperado; en Barlovento de Veracruz recibía el mando el distinguido general Ignacio Alatorre en Huauchinango y Zacapoaxtla, Cravioto, y el ameritado coronel Juan Francisco alcanzaba plausibles ventajas, y en el sur de Puebla el general Ortega amenazaba a Chiautla y expedicionaba por el interior del Estado.

“Habiendo creado una maestranza, se fundían pequeños cañones a la Korn, se fundían también proyectiles y se elaboraba parque y pólvora con inmensos gastos y muy imperfectos medios, pero con resultados positivos.

“Carecíase de cápsulas y el señor Juan N. Almogábar, antiguo jefe de la guardia nacional, dado de baja y postergado por odios rastreros, fundó los talleres que hicieron concebir al general en jefe lisonjeras esperanzas.

“La mayor parte de los fusiles eran de chispa, carecían de bayoneta y tenían envejecidas e inútiles cajas, pero los obreros de la maestranza se dedicaron con tesón a la reforma de esas armas, y llegaron a fabricar buenas bayonetas, mejores cajas y no malas chimeneas y bombillas, de manera que no quedó fusil inútil ni envejecido cañón que no se pusiera en uso.

“La caballería, que no pasaba de trescientos hombres, se aumentó a setecientos, se le remontó perfectamente dos veces y se le armó de rifle o mosquete y de machetes de acero, especie de largas y cortantes cimitarras que surtieron muy buen efecto.

“Para el vestuario de la tropa se apeló también a la naciente industria del país, construyendo de jerga, o sea paño hilado y tejido por los artesanos de la ciudad, y de los pueblos de Tlacolula, lo cual aunque tardío

y acaso más costoso, tenía la ventaja de alentar uno de los escasos ramos de trabajo y subsistencias para aquellos infelices.

“En la administración hacendaria se habían hecho milagros, sin una sola exacción violenta, ni un impuesto extraordinario. Sabido es que Oaxaca no ha producido en los días más bonancibles sino de 28 a 30 mil pesos mensuales, que apenas alcanzaban para sostener su administración local y mil hombres de guarnición; pues bien, desde diciembre de 63 se gastaron constantemente por la Comisaría General de la Línea de 100,000 a 133,000 pesos, sin que, repito, hasta agosto hubiera decretádose un solo impuesto extraordinario y sin que a más de los crecidos gastos de vestuario, remonta, reposición y construcción de armas, etc., etc. faltara ni a la tropa ni a la oficialidad un solo día de su haber económico.

“Chiapas, Sotavento y mucho después Tabasco, auxiliaban con la mejor voluntad al Cuartel General; pero teniendo que sostener fuertes guarniciones, principalmente los últimos, tenían que invertir en ellas la mayor parte de sus productos; de manera que no llega ni con mucho a \$ 50,000 el auxilio que los tres hayan prestado en toda época al general Díaz.

“¿De dónde salían, pues, los recursos tan maravillosamente multiplicados por el inteligente patriotismo del joven general Díaz? No lo sabemos; admirados deben quedar los que algún día se dediquen al estudio de esa época, para comprender cómo se elevaron los rendimientos de un pequeño Estado a \$ 100,000 mensuales, y cómo esta insignificante cantidad fué suficiente para la creación y subsistencia de una fuerza de más de cuatro mil caballos que hiciera vacilar el imperio de Maximiliano.

“Pero volvamos a las operaciones militares. En agosto se propuso el mariscal Bazaine cargar con todos los elementos de su ejército sobre el hasta entonces desapercibido coloso de Oaxaca, y mandó una columna sobre Huajuapam y otra sobre Teotitlán del Camino, que son las dos vías principales del Estado. Díaz salió prontamente de Oaxaca con el grueso de la división de operaciones, dirigiéndose sobre la columna enemiga de Huajuapam, pero hallándose en Tamazulapam a nueve leguas de aquella Villa y dejando a su frente la mayor parte de la fuerza, se corrió sobre la derecha con mil hombres para caer de improviso sobre la de Teotitlán, cortarle la retirada y envolverla en la cañada.

“Combinábase este movimiento con el de otra sección, que destacada

en Cuicatlán desde mucho antes debía hallarse en San Antonio Nanahuatipam a la hora conveniente.

“El francés no se apercibió de la operación de su adversario hasta que lo tuvo encima el día 10 de agosto en este último pueblo; pero desgraciadamente la sección de Cuicatlán se había replegado antes de tiempo y los destacamentos del invasor pudieron concentrarse con oportunidad.

“El general Díaz atacó a pesar de eso al enemigo que se hallaba poseionado de Nanahuatipam, lo arrolló hasta dentro de la iglesia del pueblo y lo hubiera desalojado completamente a no haber sido aquél reforzado en el acto con otro destacamento, que de regreso para Tehuacán, oyó el tiroteo en el camino, por el de Teotitlán y por el otro destacamento que en Ayotla había contenido a nuestra fuerza de Cuicatlán.

“Hubo más y es fuerza decirlo, los soldados que con tanto arrojo combatían por la República no eran los impasibles veteranos que fueran de desear para tan noble causa. Viendo que el enemigo desaparecía, que nadie les resistía y que los carros de equipajes y víveres quedaban a su merced en la plaza, se abalanzaron sobre ellos, sin atender a los ruegos, ni a las amenazas de los jefes. La presa era legítima, pero su captura extemporánea e imprudente, y el resultado fué fatal.

“Repuesta y reforzada la columna francesa volvió a la carga y no encontrando el poderoso empuje de antes, desordenó en momentos la del general Díaz, que tuvo que retirarse sin ser molestado en el camino.

“La jornada tuvo inmensas consecuencias, en el número de material de guerra y moral de toda la fuerza. Desertaron de la fuerza de Cuicatlán cosa de mil hombres perdiéndose otros tantos fusiles, vestuarios, fornituras, etc. Pero sobre todo: lo más grave fué que desde entonces nuestra fuerza se consideró inferior a la francesa e incapaz de disputarle el triunfo, por la superioridad del armamento y parque: y el general Díaz que sentía desvanecerse todos sus más atrevidos planes con motivo de esa desmoralización, se vió precisado a replegarse a la capital por temor de verse abandonado en medio del campo. Procuró, sin embargo, aparentar la mayor indiferencia, y esperó el tiempo necesario para cubrir la retirada de la columna que había dejado frente a Huajuapam.

“Llegado a esta capital a la vez que el enemigo se apoderaba de la Mixteca y ponía su cuartel general en Yanhuítlán tendió a su rededor las caballerías y se propuso fortificar la plaza y las colinas que dominan la ciudad.

“¿Hizo bien?... ¿Hizo mal?... Cuestiones son éstas que superan los límites naturales de una carta, pero toda vez que me he propuesto relacionar los hechos más notables de la época, usted me permitirá que no me detenga por nimios escrúpulos.

“Tres proyectos se disputaban la preferencia del general Díaz.

“1º Decidir su suerte en una batalla peleando con supremo arrojo e incansable tesón.

“2º Abandonar la ciudad y fraccionar sus fuerzas y seguir la guerra de montaña.

“3º Fortificar la plaza, sostenerse en ella dos o tres meses y retirarse después, si no era posible otro mejor resultado.

“Pero después de la pérdida de San Antonio y con los refuerzos que recibió el enemigo, su superioridad numérica y moral no podía ocultársele al último soldado, ni había uno solo que creyera conveniente aventurar un combate decisivo a campo raso. ¿Podía, pues, el general disponer otra cosa cuando acaso su convicción era la misma? O aún cuando no lo fuera, tenía que combatir con los hombres que la tenían.

“No, porque la batalla contra 8,000 hombres en aquella situación era la derrota, y derrota segura y estéril por la misma naturaleza de las cosas.

“El segundo proyecto más realizable y natural al parecer; era absolutamente impracticable aquí en Oaxaca y en los Estados de Chiapas y Tabasco.

“Quién sólo tenga noticias de lo que pasa en Michoacán y ha pasado en Jalisco e ignore la manera en que está repartida la población de este Estado no podrá comprendernos; pero teniendo presentes los hechos de nuestra historia, teniendo conocimiento de la fuerza que se manejaba, y sabiendo que toda la vida del Estado está reconcentrada en su capital y que fuera de ésta no hay como en los demás del centro e interior una población que pueda sostenerse con 500 hombres por tres días, tenía sobrada razón en creer que el fraccionamiento de la fuerza y el abandono de la capital, tendrían el mismo resultado que una derrota.

“No ha mucho, en mejores días para la causa de la libertad, en mayo de 1860, habiendo levantado Rosas Landa el sitio de esta misma ciudad teniendo 3,600 hombres, se vieron reducidos en la primera revista que pasó en Villa Juárez, a mucho menos de 300.

“La guerra de esta época confirma con otros varios sucesos asaz notorios, que para las fuerzas improvisadas una retirada es la dispersión



EL HOSPICIO DE POBRES, SEGUN LITOGRAFIA DE "EL SITIO DE PUE-
BLA", POR TIRSO RAFAEL CORDOBA.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

más completa. Y para no hacerse infundadas ilusiones, bueno será tener presente que las que mandaba el general Díaz no merecían otro nombre.

“No queda, pues, otro sistema de conducta honrosa y digna, que el tercero, defender la plaza y no abandonarla sino en el último extremo, después de dos o tres meses de combate y así lo dispuso el general Díaz.

“La primera división francesa asomó al Valle el 18 de diciembre al mando del general Courtois D’Hurbal y fuerte de 6,000 hombres; se tenía noticia de que con otros refuerzos de Veracruz, Puebla y México el ejército ascendería a 8,000, pero fuerza es decir la verdad: se creyó que no pasaría de ese guarismo porque se ignoraba que venían en marcha otros batallones desde San Luis y Durango.

“La caballería se batió perfectamente en la hacienda de San Isidro, una milla al noroeste de Etla, pero tuvo que replegarse en obediencia de las órdenes del cuartel general. Véase el parte oficial marcado con el número 1 al fin de ésta. (*)

“Etla, como usted sabe, es una escasa población asentada sobre las últimas colinas en que termina la sierra sobre el valle de ese nombre. Tiene un contiguo convento de Dominicos fuerte y bien situado como todos los de esa orden.

“Pues bien, Courtois D’ Hurbal se posesionó de ese edificio, lo fortificó a la ligera y el 22 del mismo diciembre se presentó a la plaza con objeto de reconocerla o acaso de tentar fortuna si hacía flaquear a sus defensores. Sólo sostuvo en esta ocasión un ligero tiroteo y regresó a sus cuarteles de Etla según consta de los partes oficiales de esos días que quedan marcados con el núm. 2.

“En 27 del mismo mes, repitió Courtois D’Hurbal su ensayada escaramuza, cambió unos saludos con una fuerza avanzada por el norte de la plaza y regresó a Etla.

“El 13 repitió su operación por el sur y sin otro resultado visible volvió a Etla.

“A esta fecha el general Díaz se encontraba en un gravísimo y solemne compromiso. Habiendo ocupado el enemigo una tercera parte del Estado y púestose otra sobre las armas, ya no contaba más que con una tercera para los mil servicios e innumerables necesidades de los defensores de la plaza.

“Ya desde diciembre estuvo la tropa la mayor parte del mes a sólo rancho y los jefes y oficiales no recibieron más que una mitad del miserable haber de la tarifa económica y la perspectiva de enero y los siguientes

* Ni éste ni los otros anexos existen. A. M. C.

meses era terriblemente desconsoladora. Habiéndose sin embargo resuelto el sostenimiento de la plaza faltaba imprimir a una parte de la fuerza, la brigada de caballería, el movimiento imaginado por el general para distraer la atención del sitiador, destruir sus convoyes de municiones y volver a cierto tiempo a la plaza para apoyar la acción de la fuerza citada.

“La brigada de caballería, fuerte de 800 hombres, salió de la ciudad en la tarde del 8 del último enero. Debía de tomar por Alemán y los Huilssos al pueblo de Etna y amanecer el 9 en Nochixtlán.

“El enemigo, según noticias confirmadas después por los franceses traidores, tenía tendido un numeroso convoy de municiones de boca y guerra desde Puebla hasta Oaxaca; venía en camino el mariscal Bazaine con una escolta de 200 caballos y traía entre el convoy un auxilio pecuniario de algunos miles.

“A la repetida brigada debían también allegarse las pequeñas partidas de caballería que militaban en la Mixteca y en el sur de Puebla y ascender con ellas a muy cerca de 1,500 hombres. Debía igualmente, practicadas o no las operaciones que se le encomendaban, regresar precisamente dentro del término de 30 días.

“Es indudable que si la repetida fuerza hubiera amanecido el 9 en Nochixtlán, el 10 en Tamazulapam, el 11 en Huajuapam, el 12 en Acatlán, y recorrido con la debida diligencia las otras vías habría capturado fácilmente numerosos e importantes convoyes, incorporadas todas las guerrillas indicadas y efectuado su regreso con debida oportunidad. Con esto el enemigo hubiera tenido que replegarse a la Mixteca dilatando sus operaciones por dos meses, y nuestra tropa habría recobrado sus alientos, y hasta héchose capaz de tomar la iniciativa.

“Pero aún dispensando a la repetida brigada de toda la operación, hubiera bastado su regreso en tiempo oportuno para no frustrar los planes del general en jefe, sosteniendo con su presencia la moral de los sitiados y apoyando sus movimientos de expansión.

“En el último extremo hubiera servido de mucho para resolver y realizar el abandono de la plaza sin dejar al enemigo más que el casco.

“Pero nada de esto debía tener lugar, sino otra cosa que vino a burlar los planes mejor combinados del general Díaz, y que no podía preverse sino exagerando la desmoralización infinita de una gran parte de nuestros hombres de armas.

“Desde el primer paso la brigada extravió el camino que hubiera de-

bido llevar, tomando por intransitables vericuetos, así es que no apareció en la vía que ocupaban los convoyes sino dos días después de su salida de esta ciudad. Habiendo en fin llegado sin hacer nada de provecho a los límites del Estado, el coronel Jerónimo Treviño desertó con la legión del Norte, cuerpo de su mando inmediato, llevándose también la mayor parte del 2º de San Luis; el coronel Avalos Cristóbal desertó con el escuadrón de Puebla, los otros cuerpos se resintieron profundamente con este doble escándalo, y el coronel Díaz, comandante de la brigada, vió muy pronto reducida a ésta a menos de 200 hombres.

“Su regreso a la plaza era difícilísimo y sobre todo inútil porque tuvo que tomar entre las fragosidades de la sierra, y al llegar a las vertientes en que ésta se confunde con el valle, su caballería no podía tentar la menor empresa. Veamos lo que entretanto pasaba en la plaza.

“El ejército francés reforzado con las tropas destacadas de Veracruz, Puebla y México, tentó otros reconocimientos el día 1º de enero, con objeto de asegurarse si la marcha de la caballería era definitiva o si sólo se trataba de ocultarla a su vista para el éxito de alguna otra operación. Acompaño a usted bajo los números 3 y 4 los detalles de la escaramuza de ese día.

“Ya Courtois había dicho a Bazaine que la plaza no podría ser tomada con la división de su mando y los elementos que se la habían conñado: sus subalternos se quejaban de que el día del encuentro de San Isidro no se había procedido con la pericia debida y empeñaban al mariscal a que se pusiera pronto en marcha; aceptando sin embargo las apreciaciones de Courtois, había éste mandado traer algunos batallones desde los estados de la frontera, y aumentó las bocas de fuego, los trenes y las municiones, y no se puso en marcha hasta que tuvo plena seguridad de cerrar la ciudad con un ejército cinco veces mayor que la fuerza citada.

“Desde el día 1º el enemigo había fijado sus cuarteles en las haciendas Blanca, Montoya y Viguera; pero hasta el 17 dividió sus fuerzas alrededor de la plaza, entre Xoxoxotlán, Santa Lucía y San Felipe del Agua, y comenzó formalmente sus operaciones sobre ella.

“Nuestra fortificación era irregular e imperfecta, como improvisada sobre una ciudad que jamás se había tenido cuidado de artillar: formaba una especie de cruz, cuyos extremos se apoyaban en la Soledad al oeste y San Francisco al norte; se habían hecho también obras pasajeras en las

crestas del ramal de la cordillera, que termina al pie del convento de la Soledad, el fortín de la última cresta meridional se llamaba de “Zaragoza”, el siguiente hacia el norte “Morelos” y el otro de la misma dirección “Sinaloa”.

“Cubrían la Soledad el 1º de México; San Francisco, Tiradores de Oaxaca; la Merced, Cazadores; los cerros, la brigada de Sinaloa y el batallón de Sierra Juárez y Santo Domingo; el Carmen y el perímetro interior, compañías de voluntarios de la ciudad, la Mixteca, la Cañada y otros.

“Situó desde luego el enemigo sus baterías en el cerro de Vigueras, el Crestón, Cerro Pelado e Ixcatel, sobre Santo Domingo, la Merced, Sinaloa y Morelos; en Mexicapam y la Soledad cuidando de ponerse a tal distancia que pudiera arrasarse nuestros reductos sin exponerse al alcance de nuestros tiros.

“El 22 quiso avanzar sobre Aguilera, bajo la protección de sus baterías de Cerro Pelado e Ixcatel; el comandante de la línea de los cerros destacó a su encuentro una compañía de tiradores, y llegando el general Díaz empuñó con otras pequeñas fuerzas un reñido combate que dió por resultado la fuga de la columna francesa y que nuestros soldados cobrasen algún aliento. El general en esta ocasión se puso intencionalmente bajo los fuegos cruzados de las baterías y tiradores franceses, procurando mantener a alguna distancia a sus ayudantes. Creyóse generalmente que buscaba la muerte, y mandó (después se supo) la dispersión de la caballería y se comprendió que sus planes habían sido burlados por la incomprensible conducta de Avalos, Treviño, Ortiz y cómplices: nadie dudó de las intenciones, pero, a pesar de la duración y desventajas del combate, el francés huyó de prisa para San Felipe y el general Díaz fué dueño del terreno cuestionado sin que entre la multitud de proyectiles hubiera habido uno que le sacara de penas. En las adjuntas copias verá usted los partes de los jefes que lo acompañaron en la jornada.

“A los tres o cuatro días hubo otro episodio igualmente glorioso para las armas de la República, hacia el sur de la plaza, entre una fuerza de los batallones Juárez y Tiradores y la avanzada francesa que sostenía los trabajos de aproche. Comprometiéndose el combate por la avidez de algunos soldados franceses que iban a cortar caña de azúcar a un sembrado bien distante de San Francisco: sorprendidos y casi envueltos, desde el principio hubieran tenido que perecer o rendirse si no se envía, en auxilio suyo, un

piquete de cada uno de los referidos cuerpos. El subteniente Vargas tuvo la gloria de sostener el empeño con laudable arrojo y de rechazar completamente a los franceses quitándoles algunos rifles y todos los instrumentos de zapa.

“Pero estos episodios eran muy raros porque los sitiadores se mantenían fuera del alcance de nuestras armas desde donde ellos podían ofender sin el menor riesgo de ser ofendidos. Con las baterías de Cerro Pelado, Viguera y Montoya dominaban perfectamente la línea de los cerros y con la de Mexicapam extendían el terror en toda la ciudad y los fuertes de la plaza, inclusive el de Zaragoza.

“Su artillería era fuera de toda duda incomparablemente superior a la de la plaza. Lo era en calibre porque mientras sus bocas de fuego eran una de a 36 y de a 12 las más pequeñas, las mayores de la plaza eran de este último calibre, salvo dos piezas escorreadas que no servían más que de estorbo: en clase, porque sus cañones eran rayados y los de la plaza lisos; en cuanto a los proyectiles, porque los suyos eran de fierro cónico y estaban cargados con inmejorable pólvora y los nuestros eran de cobre, único metal que se logró fundir por falta de elementos, esféricos, y la pólvora de su carga de la peor que pueda imaginarse. En cuanto a la de cañón, fuera de su poca fuerza, tenía el gravísimo defecto de una variedad infinita porque, no habiendo podido establecer sino hasta los últimos días una fábrica por cuenta del Estado, había necesidad de encargarla y comprarla a los artesanos particulares.

“De esto resultaba que situadas las baterías del sitiador a dos millas, asesinaban en el sentido genérico de la palabra a los defensores de la plaza cuyos tiros se perdían a esa distancia. Cinco o seis cañones de los mejores fueron inutilizados por querer esforzar su alcance hasta el campo francés.

“Por lo que hace a la infantería, no era menor la desproporción, pues fuera de 80 carabinas “Enfield” que tenía la compañía de zapadores, los otros cuerpos estaban armados de fusiles belgas de a 15 adarmes cuyas balas por lo mismo eran esféricas, mientras que los fusiles de la fuerza francesa eran rayados, sus balas cónicas y de casi doble peso y su pólvora mil veces superior, como ya lo hemos notado, a la nuestra. Pero aún había más; nuestros fusiles eran viejos cañones antiguos de chispa, reformados y recompuestos a fuerza de gastos y trabajo y de esto resultaba que a los ocho o diez tiros se había inutilizado una tercera parte que era preciso

volver a componer. A nadie se oculta el atraso de toda clase de industria en este país, y el que, conociéndolo, sepa que de un cañón enmohecido, traído desde Tabasco, se ha llegado a hacer una arma de percusión más o menos útil, quedará sorprendido de ese milagro de voluntad.

“Sucedía, pues, frecuentemente, que para amparar a los soldados de los otros cuerpos, de sus faenas, impidiendo que fuesen impunemente diezmados, era menester protegerlos con tiradores de la repetida compañía, única que tenía regulares armas, aunque nunca iguales a las francesas.

“Volviendo a las operaciones, el ejército sitiador cercó completamente la plaza, practicó algunas obras alrededor, fué adelantándolas con calma y procuró exasperar a las fuerzas de la Soledad y de los cerros con un constante y a veces nutrido cañoneo. Ya hemos dicho que con la batería de morteros que servían en la vertiente de Mexicapam alternaba el bombardeo de Zaragoza, la Soledad y todos los otros reductos de la plaza. Sobre todos y cada uno de estos puntos sostenía flojos, pero constantes tiroteos, salvo algunas veces que los formalizó sobre San Francisco y otros puntos.

“Hacia dicho punto aproximó una obra y aparentó dirigir sus miras; pero en realidad desde que supo la dispersión de la caballería fió toda su esperanza y con sobrada razón, en el cansancio, y, fuerza es decirlo, en el terror que se propuso difundir entre los defensores.

“Hasta el día del combate de Aguilera la moral se había casi reparado a fuerza de constancia y energía. Todo el mundo comprendía que el movimiento impreso por el general en jefe a la brigada de caballería debía ser, bien practicado, la salvación de la plaza o cuando menos de sus defensores.

“Pero a poco comenzó a susurrarse que los cuerpos de la brigada de caballería se habían desbandado; díjose que las tendencias de Treviño habían sido huir con dirección a la frontera del norte y hacer la guerra a su modo y merodear por su cuenta. Primero corrió la voz con alguna reserva, pero después nadie dudó del infausto suceso y todos comenzaron a ver que por ninguna parte había retirada posible.

“Esta terrible consideración influyó poderosamente en el ánimo de la tropa y aun en el de los oficiales y jefes. La desertión aunque nunca había dejado de experimentarse, llegaba al principio a las clases ni pasaba de veinte hombres diarios, desertando no solamente soldados y sargentos, sino oficiales y jefes.

“¿Quién trajo a la plaza la triste noticia del desbandamiento de la

caballería? ¿Quiénes favorecían la desertión y acaso la procuraban más o menos activamente? La conducta de algunos pudiera servir de suficiente motivo de sospecha; pero no seré yo, ni menos en una carta particular, quien me constituya juez en esta situación.

“El caso es que nadie puso en duda el referido desbandamiento, y que su noticia heló la sangre de nuestros valientes; que el terror y la desertión cundieron como una gangrena fatal, que no había día que la baja fuera menos de ochenta hombres, que en los más llegaban a cien, y en los últimos días pasaban de ese guarismo.

“El que conozca personalmente al general Díaz, hombre sin tacha y sin miedo, si los hay, de indomable entereza y de irresistible voluntad, apenas podrá todavía comprender su profundo pesar y aflicción en medio de este desmoronamiento universal. Trabajaba personalmente día y noche en la reconstrucción de las trincheras: con la barreta en la mano, unas veces se afanaba en levantar de nuevo las que destruía el enemigo en el cerro de Sinaloa, o bien otras convertido en artillero, hacía milagros con las toscas piezas de los fortines, hasta apagar los fuegos del enemigo.

“Pasaba generalmente las noches y una parte de los días en la línea de los cerros, bajaba a eso de las cuatro de la tarde o a las ocho de la mañana a visitar los otros puntos de la Soledad, San Francisco y la Merced, tomaba rara vez una ligera colación, si algún amigo se la ofrecía, y volvía de nuevo a los fortines.

“Pocos hombres han merecido más justamente los favores de la fortuna; pero muy pocos también se habrán visto, como Díaz, luchando uno contra seis sin los más precisos elementos y contra los de una poderosa nación.

“En esto llegó el día 8 de febrero sin que hubiera habido poder humano capaz de atajar el terror y la desertión, sin que hubiera medio posible de hacer entender al soldado que con la serenidad del momento se podía salvar el honor de la República y del país.

“El mariscal Bazaine no pensaba ciertamente en dar un asalto a la plaza ni a los cerros; pero los defensores de uno y otro punto huían a bandadas a la vista de sus jefes y exponiéndose a ser muertos en la fuga por no permanecer un día más expuestos a imaginarios peligros. Y decimos que en el campamento francés no se trataba del asalto, porque Mr. Bazaine sabía por sus amigos de dentro y fuera de la plaza lo que en ella pasaba,

es decir, que con algunos días más tenía que rendirse a pesar del general Díaz y de algunos otros valientes que hubieran deseado cubrir con sus cadáveres el suelo que pisara el francés, antes que franquearle el paso. Un asalto, pues, era una efusión inútil de sangre francesa, que suponemos desearía evitar el señor mariscal.

“El general Díaz que lo comprendía todo perfectamente y que se veía solo, luchando contra la fatalidad, debió pensar en una retirada vigorosa, rompiendo violentamente el sitio para salvar ya que no la plaza, su honor militar. Era el último extremo que seguramente previó antes de encerrarse en ella, mas entonces debió contar con el regreso de la caballería en número de 1,000 a 1,500 hombres, con que la infantería no habría desmoralizándose tan completamente y que se hubiera conservado en número de 3,000 hombres aproximadamente.

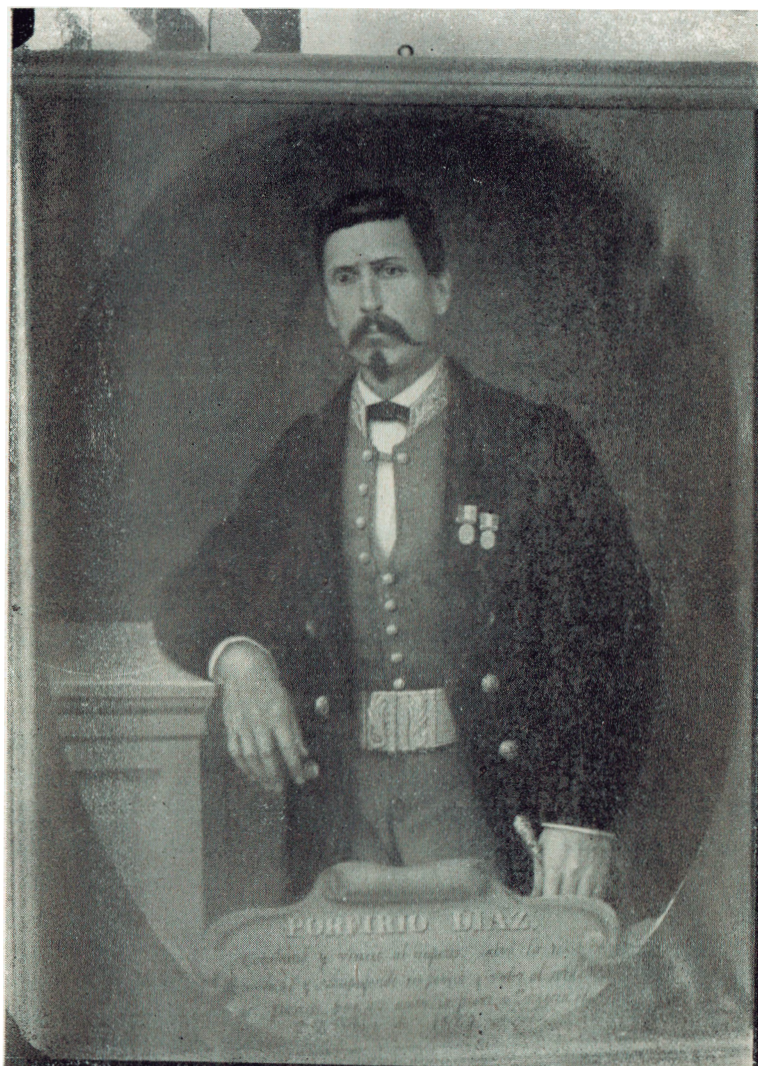
“Pero la caballería se había disipado como una ilusión de espejismo, y la infantería estaba reducida a menos de 2,000 hombres, en su mayor parte resueltos a tirar el fusil y esconderse en la primera hondonada. ¿Qué hacer, pues?

“Profundas reflexiones agitaban sin duda su asendereado pensamiento, cuando en la tarde del citado día 8, se le avisó que acababa de desertar la 1ª compañía del 1º de Sinaloa con sus oficiales, en presencia de la otra parte del batallón.

“Parece que en el mismo día o en el anterior el coronel Joaquín Terán había expuesto al general en nombre de los jefes de la brigada de Sinaloa que ya no les era posible contar con su tropa para la defensa de la línea de los cerros y los coroneles González y Carrión, comandantes de las líneas de San Francisco y la Merced habían dicho oficialmente, por conducto del general Ballesteros, que no respondían de las suyas. El primero principalmente se veía precisado a custodiar sus soldados con los oficiales y no era raro que unos y otros huyeran al campo enemigo dejando descubierta alguna interesante posición.

“Justo es decir que los jefes de los cuerpos manifestaban la más completa abnegación por la causa, y brindaban su sangre por salvarla; pero personalmente y de ninguna manera en el más ligero empeño que se tuviese con tropa de su mando.

“En fin se llegaba a esa situación suprema en que se revela el miedo por los cinco sentidos del hombre, y en que aun los valientes pierden



**EL GENERAL PORFIRIO DIAZ EN LA EPOCA DE LA DEFENSA DE PUEBLA.
CUADRO EXISTENTE EN EL MUSEO DE LA MISMA CIUDAD.**

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

toda iniciativa, y sólo conservan la calma de la resignación y eso cuando más se necesitaba del arrojo y empresa de cada uno.

“Había también otra gravísima circunstancia que no debo pasar en silencio.

“Ya he dicho a usted, que con inauditos trabajos se estableció una fundición de cobre y que no se logró crear la de fierro. Aún la de cobre no estuvo útil sino algunos meses antes del sitio, ni podía llevar a cabo grandes trabajos, de manera que en los últimos días hubo que apelar a elaborar de plomo los proyectiles de artillería.

“Los talleres de capsulería creados por el malogrado Almogábar daban los mejores productos, mas no en la cantidad necesaria para las atenciones del servicio, por la imperfección de las máquinas y por la inexperiencia de los trabajadores. Y sin embargo era el único recurso que quedaba al general Díaz para proseguir la defensa de la plaza por algún tiempo más.

“Almogábar, que se agitaba con una eficacia sin ejemplo, fué víctima de su patriotismo, pues en la espantosa explosión de una regular cantidad de fulminantes, murió hecho pedazos.

“La pérdida de este inmaculado patriota fué irreparable, porque era el único que había conseguido preparar las sustancias necesarias y surtir de cápsulas el parque general. Después de su muerte sólo se pudo aprovechar el fulminante ya preparado que se había salvado de la explosión, pero no se encontró quien hiciera más.

“No quedaban entretanto más que algunos centenares de proyectiles de artillería y 40,000 tiros de fusilería surtidos con cápsulas, es decir, lo suficiente apenas para prolongar diez o doce días la defensa, contando con alguna moral en la tropa.

“Todos los elementos, pues, se conjuraban contra la plaza y el general Díaz acabó por convencerse que en la imposibilidad absoluta por falta de combatientes y de otros precisos recursos, de prolongar la defensa o de romper el sitio, tenía que elegir entre estos dos medios: o buscar su salvación personal, mandando atacar algunos puntos de la línea enemiga, mientras él con el pequeño batallón de Sierra Juárez que se mantenía perfectamente, lograba salir por otro lado de la plaza, o rendir ésta aceptando las consecuencias de tan triste suceso con todos sus compañeros de desgracia. Pero repugnando sobremanera a su caballeroso y leal corazón sacrificar un solo hombre por salvar su persona, dejando a los demás bajo la cuchilla

del vencedor, aceptó todas las consecuencias del inmenso sacrificio y apuró hasta las heces del cáliz de amargura.

“Bajo la influencia de tan luctuosas impresiones citó a los comandantes de brigada y después de conferenciar con ellos por espacio de una hora, se dirigió con su acuerdo al mariscal Bazaine, provocando una entrevista para el abandono de la plaza, ofreciéndole pasar él mismo al lugar que se creyera conveniente para la conferencia, y las más amplias garantías, si se aceptaba la plaza para ese objeto.

“Sabemos que el coronel Angulo fué el portador del citado despacho, que salió de la plaza con dirección al cuartel general de Bazaine entre siete y ocho de la noche, y que el general Díaz esperó la contestación en el punto de San Francisco; pero todo lo demás que pasó en esa terrible noche ha quedado envuelto en el misterio, sin más esperanzas de aclararlo que los informes de algunas personas que no hemos podido oír.

“Lo cierto es que el general Díaz pasó personalmente a ver al mariscal Bazaine y hallándose en su presencia le dijo sobre poco más o menos, según nos lo ha asegurado un oficial francés, lo siguiente:

“Las vergonzosas defecciones que usted ha presenciado y que me privan de una gran parte de la fuerza con que contaba para resistir al ejército francés, y del brío de la que me queda, me ponen en la imposibilidad de seguir combatiendo, sin que por esto deba usted considerarme hoy menos enemigo que ayer, de la intervención extranjera y del imperio. No vengo a pedir la menor garantía para mi persona, mas sí me prometo que respecto de los que no se han deshonrado buscando la salvación en la fuga, usted les tendrá todas las consideraciones a que son acreedores”.

“Al otro día 9 de febrero ya citado, la plaza fué ocupada por los franceses . .

“Tal fué el término de las fatigas de Díaz, de sus inmensos sacrificios y desinteresada consagración a la defensa de su Patria: creó milagrosamente un ejército regular de 5,000 hombres donde no se había visto más que indisciplinados grupos: se sostuvo por catorce meses a pesar de la superioridad de sus enemigos, del egoísmo y traición de los antiguos republicanos, y de la desmoralización de los mismos que no obedecían.

“Se encerró en la plaza porque no quiso dispersar los elementos que a fuerza de genio había logrado concentrar, pero combinando a la vez otras operaciones, que debieron producir un resultado favorable a no haberse frustrado la más importante por la desertión de la brigada de caballería: si

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

pues el éxito no vino a consagrar sus patrióticos esfuerzos, culpa no es suya sino de otros y sobre todo de la época y de los elementos.

“Y ya que toco otra vez este gravísimo punto, referiré a usted otros dos episodios parecidos a la desertión de Avalos, Treviño y Ortiz. Se había dado orden al señor coronel Marcos Carrillo para que con dos compañías de la ciudad de Tehuantepec, en donde estaba de guarnición, marchara para esta capital; pues bien, Remigio Toledo, antiguo bandido de la escuela de los patricios, sublevó a la tropa en el camino y regresó a Tehuantepec declarándose por la intervención. El otro menos vergonzoso ciertamente pero de iguales trascendencias para el plan del general en jefe, fué el de don José María Morales; había organizado éste una fuerza de 200 hombres con los cuales debió incorporarse al Cuartel General, pero con pretextos que no debo calificar, fué retardando su marcha hasta que redondeado el sitio del enemigo, retrocedió a Miahuatlán y Ejutla, de cuyos distritos tenía el mando.

“Concluyo porque ya es mucho para una carta, rectificando las noticias que di a usted al principio sobre la artillería con datos seguros sobre ella, y también seguros sobre el máximo de la del enemigo, pues fué la que se batió.”

ARTILLERIA DEL EJERCITO FRANCES

Cañones de a 12 de sitio	15
Idem de a 4 todos rayados	18
Morteros de a 68	6
Idem de a 36	2
Idem de a 12 centímetros	3
Total becas de fuego	44

ARTILLERIA DE LA DIVISION REFUBLICANA

Obuses de montaña de a 12	18
Cañones de batalla	4
Idem de a 8, marinos	2
Obuses cortos de a 36	2
Cañones de a 4 irregulares, especie de cerbatanas.....	2
Morteros a la Korn	3

Total 31

COMPARACION

Bocas de fuego del ejército francés	44
Idem de la fuerza republicana	31
Diferencia	13

“Pero ya se sabe que esta diferencia numérica es poca cosa en comparación de la de calibre, clase, proyectil, etc., etc., etc.

“Los que quieran juzgar al señor Díaz y su conducta en esa situación solemne por lo que pasa entre los ejércitos igualmente disciplinados, y en países que por sus adelantos poseen los recursos del arte, le juzgarán mal; pero se equivocarán. Es necesario no desconocer la clase de tropa, oficiales y jefes que mandaba y el país en que hacía la guerra, y no olvidar que generalmente se creía que era el último centro de resistencia con cuyo desbarato iba a quedar aniquilada por mucho tiempo la causa de la República, para que se comprenda el aislamiento en que los defensores de Oaxaca fueron quedando poco a poco, conforme se comprometieron las operaciones militares.

“En fin, no soy yo el que pueda dar una historia bien relacionada de los sucesos, ni una carta escrita a la ligera sin plan de meditación se presta a las dimensiones y circunstancias de un trabajo corregido y concienzudo. Por eso observará usted y disculpará algunas contradicciones y algunas repeticiones que no he temido evitar. Escribe el amigo al amigo en el seno de la intimidad; si alguno otro llegara a ver ésta no olvide que está obligado a dispensarme toda la benevolencia de una buena amistad

Encargo a usted el secreto de mi nombre porque vivo aquí bajo la pater-nal autoridad de un comandante tudesco y de un comisario imperial, que no verían con buenos ojos que me hubiera atrevido a decir la verdad.”

11. I. *Segunda evasión de Puebla.* — 20 de septiembre de 1865.

Inserto en seguida las cartas que dirigí, en septiembre de 1865, al evadirme de Puebla, al general Thun y al mayor Kerschel, con el objeto que en ellas se expresa.

Carta del general Díaz al conde de Thun

“Puebla, 14 de septiembre de 1865.

“Muy señor mío: el teniente Schismadía que tiene una idea justa de mi carácter, supo asegurarme, dándome toda la franquicia* que le fué posible, sin tomarse ni la libertad de exigir mi palabra de honor, que nunca habría comprometido. Con el señor Csismadía sólo tenía la obli-

* En las Memorias impresas por don Matías Romero se lee: *franqueza*. Probablemente por error de imprenta.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

gación, que tácitamente me impuse, de no comprometer su responsabilidad, generosa y oficiosamente empeñada a mi favor; nada contraje expresamente al aceptar su gracia, que tampoco solicité, y sin embargo nunca he estado más afianzado en mi prisión que durante el goce de aquélla; pero usted, que no conoce a los mexicanos sino por apasionados informes; que cree que entre ellos no hay más que hombres sin honor y sin corazón, y que para conservarlos no hay otros medios que la custodia y los muros, me ha puesto en absoluta libertad, sustituyendo con estos ineficaces lazos los muy pesados e insolubles con que hábilmente el mencionado Csismadía me había reducido a la más completa inacción.

“En Papantla y Tuxtepec tengo prisioneros del cuerpo que usted dignamente manda, y a quienes se da el mejor trato posible.

“Si usted quiere que arreglemos un canje por otros de los míos, que aún quedan presos, mande usted a Papantla un comisionado con sus poderes al efecto, y yo le ofrezco que quedará contento del éxito.—S.S.Q. S.M.B. (Firmado) *Porfirio Díaz* — Sr. general conde de Thun. — Presente.”

11. II. *Carta del general Díaz al mayor Kerschel.*

“Puebla, septiembre 19 de 1865.

“Muy señor mío: Perdone usted que no le preste mi mozo como tenía ofrecido, y cuente usted con que personalmente desempeñaré la misión que usted desea.

“Desde el 14 debía emprender mi marcha; pero usted me llamó la atención con un asunto importante a primera vista: en tal virtud, había escrito a los señores conde de Thun y Csismadía (a) esas cartas que ruego a usted haga llegar a sus respectivas manos.

“Yo no me he podido resolver a sufrir prisión por tiempo indefinido; busco indistintamente la libertad o la muerte; en mi situación actual y en la de mi Patria, me es igual.

“Llevaré siempre de usted gratos recuerdos, y le ruego que desentendiéndose por un momento de su calidad de militar imperialista, juzgue mi conducta con toda su caballerosa justificación, porque sentiría mucho que tuviera usted mala opinión de su servidor Q.S.M.B. (Firmado) *Porfirio Díaz*. — Sr. Mayor D. Richard Kerschel.”

a) No se ha conseguido el texto de esta carta.

11. III. Se insertan copias de la circular teleografiada, dirigida por el general Thun el 20 de septiembre de 1865 a las autoridades civiles y militares de Puebla notificándoles mi evasión y recomendándoles mi aprehensión, y de otra circular también teleografiada del comandante Dulanh, jefe de la Cancillería del cuerpo austrobelga, fechada en Puebla el 21 de septiembre, en que se ofreció a nombre del conde de Thun el premio de mil pesos al que la verificara, cuyos documentos se han tomado de un expediente original que se encontró en la Subprefectura de Tepeaca, correspondiente al año de 1866 y marcado con el número 34, respecto de este incidente.

11. IV. *Circular teleografiada del conde de Thun en que anuncia la evasión del general Díaz y recomienda se le aprehenda*

“Circular núm. 6595 op.—El prisionero de guerra, jefe de los disidentes, don Porfirio Díaz, huyó esta noche de la prisión.—Sírvase V. S. ordenar la más eficaz vigilancia para lograr su reaprehensión.—Puebla, septiembre 21 de 1865.—El general comandante de la 2ª división territorial militar, *Thun*.—General. . . —Una rúbrica.—A los Sres. Prefectos Políticos.”

“Un acuerdo en el margen de la Subprefectura de Tepeaca, que dice: Septiembre 22 de 1865. Circúlese a las autoridades subalternas y dígase así en respuesta.”

Circular del director de la Cancillería del cuerpo auxiliar en que se ofrece un premio por la aprehensión del general Díaz

“Un sello que dice: K. Mex. Corps.—Oester. Freiwilliger (Cuerpo Imperial Mexicano de Voluntarios Austro-Belgas).—Ad. núm. 6595.—El señor general comandante de la 2ª división territorial, conde de Thun, se ha servido contestarme adicionalmente que él ofrece una gratificación de mil pesos a quien aprehendiere al prófugo general de los disidentes don Porfirio Díaz.—Puebla, septiembre 21 de 1865.—El director de la Cancillería, *Dulanh*.—Otro sello que dice: Com. Oester-Belg. Freiwilliger. Kais. Mex. Corps. (Comandante del Cuerpo Imperial Mexicano de Voluntarios Austro-Belgas).

“Un acuerdo al margen de la subprefectura de Tepeaca que dice: Septiembre 22 de 1865.—De enterado, manifestando que ya se hace saber esta disposición a las autoridades del resorte de esta oficina.—R.—Cumplida en la misma fecha.”

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

II. V. *Oficio del juzgado municipal de Acatzingo sobre el mismo asunto*

“Un sello que dice: Juzgado Municipal de Acatzingo.—Acatzingo, septiembre 21 de 1865.—El Sr. Secretario de la Prefectura Política del Departamento, por parte telegráfico recibido hoy a la una del día, me dice lo que copio:

“El Comandante Supremo ofrece mil pesos por la reaprehensión del general Porfirio Díaz que se ha fugado hoy de esta ciudad, por lo que de orden superior prevengo a usted proceda a la reaprehensión por medio de los agentes de esa oficina y que lo avise al señor comandante Carrasco, con el mismo objeto.

“Y lo transcribo a usted para su conocimiento, y que dé aviso al señor Carrasco, protestándole con tal motivo mi consideración y respeto. El alcalde municipal, *J. de J. Machorro*.—Una rúbrica.—Sr. Subprefecto del distrito de Tepeaca.”

Un acuerdo al margen que dice: “Septiembre 21 de 1865.—Recomiéndese al comandante Carrasco y al subprefecto de Tepeji la reaprehensión de que se trata y dígase así en respuesta.”

II. VI. *Carta del general Díaz al señor Romero, fechada en Puebla el 8 de septiembre de 1865*

“Sr. Lic. don Matías Romero.

“Washington. (a)

“Amigo mío y muy querido:

“Benítez, quien como usted sabe me ha acompañado siempre con lealtad y desinterés sin igual, va para ésa encargado de historiarles el pasado y de recabar instrucciones y elementos para el porvenir.

“Tenga usted la bondad de recibir sus informes como propios y de apoyar eficazmente sus pedidos cerca de nuestro respetable amigo, el señor Presidente, aceptando desde luego por todos sus favores las muestras de mi gratitud y la sincera admiración de su atto. y afmo. amigo y S.S. *Porfirio Díaz*.—Zaragoza, septiembre de 1865.” P. D.

f. *Documentos del Archivo de Cancelados*11. VII. *Partes oficiales sobre la evasión del general Porfirio Díaz*

“Ministerio de Gobernación. Sección 2ª. México, septiembre 21 de 1865. Exmo. Señor: El Sr. Prefecto del Departamento de Puebla en tele-

a) Esta carta está escrita de puño y letra del señor licenciado don Justo Benítez.

grama que acabo de recibir me dice lo siguiente: “Hoy se ha fugado de la prisión militar el general don Porfirio Díaz en unión de otro individuo cuyo nombre ignoro. He dictado todas las providencias convenientes para su aprehensión. Lo que pongo en conocimiento de V. E.

“Y me honro de transcribirlo a V. E. para lo que tenga a bien acordar. —El Ministro de Gobernación. *Esteva*. Exmo. Sr. Ministro de la Guerra.”

“E. Sr. Contesto la nota de V. E. fha. de hoy en que se sirve trasmitirme el telegrama que ha recibido referente a la fuga del titulado general don Porfirio Díaz, manifestándole que inmediatamente me he dirigido por el telégrafo a las autoridades de Puebla, Orizaba, Va. Cruz, Tehuacán y Oaxaca, previniéndoles dicten las disposiciones más ejecutivas para lograr la aprehensión del mencionado Díaz y del individuo que lo acompaña.—El M. de G.—E. S. Ministro de Gobernación.”

11. VIII. “Sr. Mariscal; El E. S. Ministro de Gobernación me transmite un telegrama que acabo de recibir del prefecto de Puebla, avisando que en la mañana de hoy se ha fugado de la prisión militar de aquella ciudad el titulado general don Porfirio Díaz, en unión de otro individuo cuyo nombre se ignora.

“Al tener el honor de ponerlo en conocimiento de V. E. debo manifestarle que inmediatamente me he dirigido por el telégrafo a las autoridades de Puebla, Orizaba, Va. Cruz, Tehuacán y Oaxaca a fin de que dicten las disposiciones más violentas para conseguir la aprehensión del expresado Díaz.

“Aceptad, señor mariscal, las seguridades de mi alta consideración.

“*El M. de G. a S. E. el mariscal; Bazaine, comandante en jefe*”.

11. IX. Siguen las órdenes telegráficas firmadas por Peza, ministro de Guerra, y entre las respuestas se halla ésta:

“Puebla, septiembre 25 de 1865. E. S. El subprefecto de Tepeaca con fecha 23 del actual dice a la secretaría de esta prefectura lo que sigue: “Ahora que son las 11 de la noche acabo de recibir de la subprefectura de Tepeji la siguiente comunicación: “Con esta fecha y a horas que son las 11 de la mañana he recibido del alcalde de Cuayuca la comunicación que a la letra dice: “En este momento que son las 4 de la tarde he tenido noticias ciertas que en el rancho de Tlacotepec ha llegado don Porfirio



INCENDIO DEL TEMPLO DE SAN AGUSTIN, SEGUN LITOGRAFIA DE "EL
SITIO DE PUEBLA", POR TIRSO RAFAEL CORDOBA.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

Díaz con otros tres en su compañía como con doscientos caballos que se le han reunido no sabiendo hasta esta hora el rumbo que tomaron, pero voy a tomar mis providencias para que por dondequiera que se vayan le dé yo a V. pronto aviso. Lo que digo a V. para su superior conocimiento. Y lo transcribo a V. S. para su superior conocimiento y para que se sirva participarlo a la prefectura superior del departamento, manifestándole que sería conveniente mandar una fuerza para que en unión de la que se halla en ese punto se pudiera perseguir al disidente general don Porfirio Díaz. Y lo inserto a V. S. manifestándole que tanto al comandante de la fuerza móvil como a las demás autoridades subalternas se ha circulado la orden de que con suma actividad den los avisos oportunos para comunicarlos a esa superioridad poniendo todos los medios posibles para lograr sorprender a los que se crean sospechosos de connivencia y aun a él mismo si merodea por esos rumbos. Suplico a V. S. se sirva elevar lo expuesto al superior conocimiento del señor prefecto político para que determine lo conveniente.”

“Y tengo la honra de transcribirlo a V.E. para su conocimiento.

“Dios guarde a V.E. muchos años.

“El prefecto político interino.—V. *Leizigni*.” (?)

“Oaxaca, septiembre 27 de 1865. Excmo. Sor. El subprefecto de Tehuacán me comunicó por extraordinario el telegrama de V.E. sobre la fuga del titulado general don Porfirio Díaz, y en el acto dicté las providencias convenientes para su aprehensión.

“Debo manifestar a V.E. que este suceso ha sido considerado generalmente en esta capital como de poca importancia, pues el desprestigio de Díaz es general.

“El Visitador Imperial. *J. P. Franco*.

“Excmo. ministro de la Guerra. Méjico.” (A.M.C.)

11. X. *Se anuncia el retiro de las fuerzas napoleónicas*

“Estado de Chihuahua. Comandancia Militar en la frontera del Sur. Con fecha 31 de diciembre último me dice el ciudadano general Antonio Carbajal desde la Villa Coronado lo siguiente:

“Es ya indefectible la invasión de los franceses sobre Chihuahua. La tenemos encima. Salió la expedición de Durango el día 21 del corriente

escalonada, como es muy natural. La manda el general Castagny y se compone de cinco mil hombres de las tres armas, con un tren respetable de carros que conducen parque, los víveres y las pasturas. La expedición no sólo tiene por objeto Chihuahua, sino también Sonora, Estados que según los datos que tenemos, deben ser ocupados como indemnización. Durango queda bien fortificado y con una guarnición muy insignificante. El interior está casi abandonado. Oaxaca siempre vencedora, se presenta hoy como el Estado predilecto de la República. Nuestro compañero Porfirio Díaz ha obtenido tres veces espléndidos triunfos sobre los soldados del mundo, y su reputación es tan colosal, que los invasores mismos le llaman el “temible”. En fin, todo indica que la Francia abandonará a su propia suerte al ridículo Maximiliano I de infeliz memoria. El conducto por cuyo medio tengo estas noticias es tan seguro como la evidencia. Por estas causas ya no avanzo; cuidaré el flanco izquierdo de la frontera, nuestro compañero Quesada el centro y V. nos vigilará el flanco derecho entretanto recibimos órdenes del Supremo Gobierno a quien ya comuniqué todo cuanto pasa.

“Protesto a usted mi consideración y aprecio.

“Independencia, Libertad y Reforma. Hidalgo, enero 3 de 1865. *Manuel Ruiz*”. (A. M. C.)

11. XI. *El general Díaz resume el mando del ejército de Oriente*

Cuartel General de la Línea de Oriente. En copia autorizada por el ciudadano ministro de la República en Washington he recibido una comunicación en que se inserta la que el Ministerio de Relaciones dirigió al ciudadano general García, comunicándole el acuerdo en que el Superior Gobierno dispuso que yo reasumiera el mando en jefe que había tenido en la Línea de Oriente. Lo que digo a usted participándole: que dicha orden fué circulada a los jefes respectivos y que será obsequiada.

Independencia y Reforma. Atoyaquillo, febrero 3 de 1866. *Porfirio Díaz*.—Ciudadano Ministro de Guerra. Chihuahua. (A. M. C.)

12. I. *Carta del general Díaz al licenciado don Justo Benítez*

“Tlapa, (a) septiembre 26 de 1865.

“Estimado amigo:

“Como te había anunciado, me fugué el 20 en la noche, escalando el convento de la Compañía; el 22 entré a Teutzingo a la cabeza de 20 caballos y espanté a la guarnición de aquel pueblo que huyó y dejó en mi poder 25 fusiles; el 23 entré a los pueblos de Chinantla y Piaxtla, que casi están unidos; tenía ya 50 caballos, impuse allí un préstamo pequeño para socorrer y durante el cobro se me echó encima una fuerza de Acatlán, que me perseguía, a quien rechacé y devolví para Acatlán, acompañándola dos leguas en su carrera más veloz que la nuestra, por la diferencia de cabalgaduras; sin embargo, el resultado fué un traidor y un caballo muertos, un caballo y cinco lanzas recogidas sobre la carrera y la realización del préstamo que no se resintió de aquel incidente.

“Si hubiese seguido expedicionando en aquel rumbo, estaba seguro de contar a los diez días con doscientos caballos, que son de aquellos que llevó Ramos a Oaxaca, pero para pelear a caballazos, por que no tienen ni un cartucho ni un cápsul; esta circunstancia me hizo avanzar a este punto, y probablemente llegaré hasta la Providencia para ver si cuento con algunos recursos y darle un carácter más formal a mi trabajo.

“Según los informes recibidos hasta hoy, la Providencia es el pequeño Pekín y difícilmente se consigue ayuda para el que no sea suriano; por consiguiente toda mi esperanza para no ponerme en ridículo, está en ti; si tengo dinero con que comenzar, a los dos meses no necesitaré de nadie. pero si me abandonan, casi nada podré hacer y los riesgos de perderlo todo serán dobles y más repetidos.

“Comprendo que tendrás dificultades para situarme dinero en estos rumbos, y por eso todo lo que te exijo es que me facultes para girar, diciéndome contra quién, en qué plaza y hasta qué cantidad.

“Por Dios, que veas este negocio con empeño; que es de vida o de muerte y que mandes cualquiera friolera para comenzar.

“No dirijas mi correspondencia a Tehuacán como te había dicho, sino a Puebla, bajo el nombre de E. A. de D. que ya tú sabes; yo tengo allí

a) Distrito de Zaragoza. Estado de Guerrero. Esta carta fué recibida en Washington el 22 de diciembre de 1865.

quien la saque y marche personalmente a entregarla; como debes suponer todo esto cuesta recio, de suerte que si no me has de mandar nada, ni me escribas, porque me pones en tortura.

“Da conocimiento a J. J. de todo lo que te llevo referido; si lo crees necesario, cópiale mi carta para que comprenda mi situación. Todos mis recursos están en Figueroa, Tabasco, Sotavento y Chiapas, por consiguiente, cortado como estoy, mientras esté ocupado en Acapulco, no cuento más que contigo; no me abandones, no omitas sacrificio, que te dejaré contento con los míos.

“Dime si ya tienes una copia que te mandé de la carta que le escribí al general conde de Thun para mandártela en caso contrario, pues sentiría que fueran a creer que me manejé indecentemente, te encargo que combates a todo aquel que hable o escriba mal de mí; si mis compañeros de prisión se toman alguna libertad no tienen razón, porque con excepción de Tapia, Castellanos y Reguera, los demás están presentados y ni unos ni otros son capaces de salir charínicamente (*) como yo salí, por consiguiente si se quejan de que no los invité, eso fué porque no son capaces de seguirme.—Tu hermano.—*Porfirio Díaz.*”

12. II. *Carta del general Díaz al licenciado don Justo Benítez.*—Octubre 2 de 1865. (a)

“Querido hermano:

“El día 20 de septiembre hice mi salto mortal con tanto lujo que debo tener celoso a Charini. El 22 sorprendí con 20 caballos a la guarnición rural de Tehuiztingo y le quité 25 fusiles, el 23 me metí a Piaxtla y me vino a buscar una fuerza de Acatlán; le pegué con 50 caballos que ya tenía a esa fecha y le fuí a dejar hasta cerca de Acatlán.

“Seguí aumentando; me perseguía Visoso con cerca de 200 y ayer se descuido, le pegué en Tulcingo, le maté 41, le dispersé todos, le quité cuanto tenía y ya me tienes armado caballero. No me abandones y te ofrezco ser buen muchacho.—Tu hermano.—*Porfirio Díaz.*”

* Es decir, como si hubiera sido acróbata del Circo Chiarini. A. M. C.

a) No expresé en esta carta el lugar en que ella fué escrita, pero supongo que fué en Xochihuehuetlán, antes distrito de Morelos y hoy Zaragoza, cuya cabecera es Huamuxtitlán, del Estado de Guerrero.

13. I. *Carta del general Díaz a don José Antonio Godoy, cónsul de México en San Francisco.*

“Cuesta de Santa Rosa, (a) diciembre 30 de 1865.

“Muy apreciable amigo:

“Recibí su favorecida de 17 de noviembre último que contesto, dándole las más cumplidas gracias por todas las noticias que en ella se sirve darme, lo mismo que por la felicitación que con motivo de mi evasión me hace en la misma tan llena de los cumplimientos que constituyen su carácter eminentemente amable. Satisfecho este cumplimiento con mucho gusto de mi parte, voy a mi vez a informar a usted de lo que ha pasado a mi salida de la Providencia a la fecha.

“A mi paso por Tixtla se recibió allí la noticia de que una columna fuerte de 700 hombres austríacos y traidores de las tres armas, se habían apoderado de la Villa de Tlapa, y seguía por ese distrito internándose en el Estado de Guerrero, como a la vez una columna con más visos de formalidad amagaba por Mezcala, y el general Jiménez encargado de aquella línea no podía distraerse ni distraer sus fuerzas ocupadas en el río, tomé yo algunas fuercesitas de Chilapa y la indiada de la montaña armada a la fronda, y con esta miscelánea acudí al auxilio del comandante de Tlapa que con su guarnición se defendía en las montañas sin abandonar el territorio de su Distrito. Reunidos como llevo dicho y cuando comenzaban mis operaciones sobre la plaza de Tlapa, el enemigo que ha pensado con más juicio que antes, se ha retirado restituyendo a Puebla las fuerzas austríacos que formaban la columna y dejando las traidoras a las órdenes de Vizoso en los límites del Distrito. Ocupé Tlapa y comencé a retirar algunas fuerzas, tanto porque así lo exigía el estado más que indigente de nuestras rentas, como porque con dicha providencia inspiraba confianza a Vizoso que se me estaba poniendo a muy buena medida, hasta que partiendo de Tlapa rápidamente el día 3 del corriente y empleando también su noche, me encontré el 4 a la diana a las puertas de Comitlipa, cuartel del repetido Vizoso, sin que éste hubiese sospechado que yo había puesto un pie fuera de Tlapa. Como era natural, supuesta la felicidad de los primeros pasos, le destrocé cuanto allí tenía, le quité el armamento, cornetas, parque y algunos caballos; le hice sesenta y un muertos reco-

a) La cuesta o el Castillo de Santa Rosa está entre Putla y Mesones, distrito de Tlaxiaco, Estado de Oaxaca. El señor Godoy mandó al señor Romero copia de esta carta y así es como se pudo conservar.

gidos en el acto, habiéndose avisado después de haberse recogido más cadáveres en los bosques, de veinticuatro prisioneros, a más tres oficiales que fueron pasados por las armas y cinco heridos; por mucha fortuna de Vizoso no pudieron nuestros caballos alcanzarlo, porque los traidores no siendo tan honrados como nosotros, están mucho mejor montados. Después de esta operación, hice una marcha de flanco hacia Acatlán con objeto de proteger a un jefe liberal que debía reunirse con cincuenta caballos; verificada esta reunión en el día designado y sin inconveniente alguno volví a Tlapa, a donde llegué el día 8; el 11 volví a salir, dejando en aquella villa todas las fuerzas pertenecientes al Estado de Guerrero que me acababan de servir y tomando sólo el mío, es decir, lo creado con los despojos que el enemigo me dejó el 1º de octubre en Tulcingo y el 4 del corriente en Comitlipa, emprendí mi marcha para Silacayoapam atravesando las montañas y sin tocar pueblos durante tres días con objeto de sorprender a una corta guarnición que allí había; llegué a Silacayoapam sin haber logrado la sorpresa porque el enemigo tiene sin duda muy buenos agentes; permanecí allí seis días, y dejando restablecidas las autoridades y la guardia nacional del distrito, me dirigí al de Tlaxiaco con mi fuerza que sólo consta de cien caballos y cien infantes. En Tlaxiaco comencé a practicar lo mismo, pero a dos días de residencia y trabajo de organización, se me presentó a corta distancia una columna austro-traidora cuádruplo mayor que mi miniatura y les desocupé la villa; retirándome hasta este punto que es todavía territorio del mismo distrito, y gastando en mi marcha de Tlaxiaco acá que habrá 15 leguas, nueve días, pues no he querido andar sino exactamente lo que anda el enemigo en la tímida persecución que nos hace es decir, conservar la distancia que nos separa. Por último llevamos tres días de estar a pie firme cada uno en su puesto, y si yo recibo los auxilios que espero de Jamiltepec sin que el enemigo lo sienta, como procuro que sea, le haré salir de vacilaciones y volviendo a la iniciativa seguiré mi propaganda en los pueblos del Estado.

“Durante las operaciones que he referido, el coronel Segura y teniente coronel López Orozco verificaban la ocupación y restablecimiento de autoridades en el distrito de Juquila cuya maniobra les había prevenido de antemano; dicha operación fué practicada sin inconveniente.

“Habrá usted fijado la atención en que son muy pocos los elementos que pongo en acción, pero no puede ser de otro modo, no cuento con recursos, estoy haciendo actualmente lo que refiere la Biblia; tengo que

crear hombres, armas y dinero con la eficacia de mi palabra, porque los pueblos se pegan como una sensitiva al primer toque, y los patriotas más o menos acomodados que se multiplican a millares en las poblaciones; que derraman patriotismo en los cafés y que nos escriben cartas que abundan en fe y buenos deseos, a todo están listos con tal que se miente su nombre en los negocios públicos, que no se exija de ellos un centavo, ni un servicio por insignificante que sea. Ya verá usted que con estos colaboradores progresamos, pero nos costará mucho trabajo y tiempo. A esto también se agrega que dondequiera que hay algún elemento que poner en acción y para ello se cuente con hombres superiores a los descritos antes, es decir con hombres de acción tenemos la desgracia de que en el acto brotan dos o tres entidades igualmente influyentes e insufriblemente celosas entre sí, que se ocupan de pelearse, de difamar y hasta de destrozarse unas y otras sin hacer nada de provecho; esto es las más veces y cuesta mucho trabajo que no suceda.

“Suplico a usted que haga llegar esta carta a conocimiento del ciudadano Presidente y de nuestro ministro en Wáshington a quienes por ahora no puedo escribir, porque me interesa que sepan mi verdadera situación y comprendan que si pudiera recibir de ellos algún auxilio pecuniario y de armas, mis progresos serían incalculablemente mayores.

“Deseo que usted se conserve bueno, que me escriba muy a menudo y con minuciosidad sobre todo lo relativo a política de nuestro país y que me mande con toda franqueza como a su verdadero y sincero amigo que atento b.s.m.—*Porfirio Díaz*.—Sr. D. José A. Godoy, Cónsul de México en San Francisco California.”

13. II. *Carta del general Díaz al señor don Rafael J. García.*

“Yoxondua, (a) enero 20 de 1866.

“Muy querido amigo: (b) Siento mucho que mi carta de 2 de octubre la hayas recibido tan tarde como me dices en tu apreciable del 27 de di-

a) Distrito de Nochixtlán, Estado de Oaxaca.

b) Dirigí esta carta al señor don Rafael J. García, quien a la sazón estaba en Puebla y para no comprometerlo, si ella llegaba a caer en manos del enemigo, no la firmé ni le puse dirección. El señor García la transmitió a nuestro ministro en Wáshington a quien tenía al tanto de cuanto ocurría en la República. El señor Romero comunicó oficialmente los fragmentos de ella al gobierno de los Estados Unidos de América el 9 de marzo de 1866, en la forma que aparece en el primer volumen de estas Memorias y aquí se insertan íntegramente.

ciembre de que voy a ocuparme: decididamente el agente a quien la encomendé no nos conviene: sólo él manda en su miedo y por consiguiente nada podríamos hacer que lo moderara: mi corresponsal de hoy en adelante es un hombre a quien se necesita más bien inspirar miedo para traerlo a ciertos términos de precaución que son indispensables: el portador te dirá quién es y el seudónimo o términos en que debes dirigirte a él a Puebla y estoy seguro de que tendremos pronta y segura correspondencia. No puedo asegurarte si recuerdo o no todos los puntos que acordé con J. en la víspera de su marcha: todo lo reduje a unos apuntes en idioma que consistía en combinación extraña de las letras del alfabeto español, cuyos apuntes tengo en mi poder, pero no comprendo por qué no contando más que con un momento para cambiar algunas palabras con J. convinimos en que instruyera sobre la manera de escribir y descifrar a otra persona que gozaba de más libertad que yo, y que debió fugarse conmigo y no lo verificó, porque es como todo hijo de vecino, dueño y admirador de su miedo: he aquí por qué no nos hemos podido entender, pero ya te doy el conducto de mi correspondencia y ésta será en lo sucesivo en escritura española ordinaria.

“Sobre mis trabajos emprendidos hasta fin del año nada te digo porque el portador te habrá instruido. A principios de éste, el seis del corriente, con objeto de llamar a Tlaxiaco la guarnición austríaca que se hallaba en Silacayoapam, hice un amago serio al primero de esos puntos: se verificó la concentración de fuerzas que yo deseaba y se ocupó a Silacayoapam. También me proponía con ese movimiento llamar la atención de una columna austro-traidora que marchaba por Oriente a batir a Figueroa: al presentarse a las puertas de Tlaxiaco salió su guarnición, superior en número a mis fuerzas y a las órdenes de Ramírez Acevedo, a batirme. La rechacé con mi caballería (que es del mismo personal que tenía Ramos en Oaxaca en 60) y esto sucedió tres ocasiones sin mayores resultados, porque siendo muy corta la distancia que arriesgaban a correr los defensores de la plaza, a poco de perseguirlos nos hallábamos bajo los fuegos de la torre y edificios altos del centro. Permanecí dos días al frente de Tlaxiaco a menos de medio tiro de fusil, y el enemigo no emprendió una cuarta salida y teniendo noticias de que sus refuerzos estaban cerca me he retirado cuatro o cinco leguas, andando por los pueblos del mismo distrito con la esperanza de que saldría a batirme; pero me equivoqué: el enemigo recibió sus refuerzos y sólo se ocupa de fortificarse, siendo yo dueño de todos

los pueblos con excepción de la cabecera, y dueño del de Silacayoapam, porque el jefe que mandé para ocuparlo está en posesión de él y lo explota, lo mismo que a todos los pueblos de Huajuapam que quedan en su rumbo.

“Tengo entre manos una porción de proyectos de que no puedo hablarte mientras me fracasen o se realicen: son de fecundos resultados; pero no podrán tenerlos si yo no tengo pronto fondos a mi disposición; y no es eso sólo lo que siento, sino el ridículo en que voy a quedar entre militares extranjeros, a quienes por esa circunstancia tengo mucha vergüenza.

“El Distrito de Juquila está pacífico con la fuerza y guarnición que le puse.

“A. J. (a) he escrito por conducto del mismo corresponsal que te mando a reconocer; pero ni una letra he tenido de él, posterior a nuestra despedida.

“Sé feliz querido amigo, y trabaja por el progreso de quien consagrando a la independencia todos sus esfuerzos, deja para ti toda su sincera amistad.

“El jefe de la columna del centro a su mayor.”

13. III. Carlos Oronoz nació en Jalapa (Veracruz) el 13 de marzo de 1820. Por algunos escalafones del ejército vemos que fué nombrado teniente de Infantería el 9 de mayo de 1839; capitán el 9 de noviembre de 1842: teniente coronel el 18 de noviembre de 1846, y coronel el 1º de junio de 1853. Ignoramos cuándo ascendió a general de brigada. Murió en Jalapa el 28 de noviembre de 1901, sin haber servido después de la caída del Imperio, como tantos otros, al Gobierno Republicano. De él dice el general Manuel Santibáñez en su “Reseña Histórica del Cuerpo de Ejército de Oriente”: “Oronoz, que, entre los desleales a la Patria, ha conservado hasta el día la dignidad suficiente para no pedir un asiento en el banquete del triunfo, etc.” (pág. 368 del tomo II).—(M. M. G.)

a) El señor licenciado don Justo Benítez.

14. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

Atoyaquillo, (a) febrero 2 de 1866.

“Mi muy querido amigo:

“He recibido su muy apreciable de 18 de octubre y con ella las tres comunicaciones a que usted se refiere; las anteriores de que usted me habla no han llegado a mis manos.

“Incluyo a usted una carta abierta para el señor Presidente; ella y otra que escribí al señor Godoy^(b) y de que debe usted tener copia, contiene la crónica de mi nueva época hasta hoy; véalas usted.

“Siento infinito que en cuanto a recursos me hable usted de una manera tan terminante y absoluta, haciéndome perder hasta la esperanza, para más adelante. Si el préstamo, como usted me dice, “no ha producido lo que esperábamos”, enhorabuena que yo tampoco cuente con lo que esperaba; pero que no cuente con nada cuando estoy en situación desesperada en cuanto a plata, es mortificarme por algún tiempo; crea usted que cualquiera cantidad por insignificante que fuera, me valdría más ahora que millones después, porque toda la gente descontenta que me busca y que no puedo mantener y sin armas, se desmoraliza al verse despedida.

“Yo podría pasarme al otro lado, esto es a Tabasco y Sotavento, porque allí están las fuentes de recursos y la mayor fuerza; pero poco podría hacer porque aquella gente no tiene el espíritu que ésta y porque no quisiera abandonar a los pueblos que por ayudarme se han comprometido.

“Quedo enterado del buen giro que la cuestión política relativa a nuestro país toma en esa, y ruego a usted que no me abandone con sus noticias relativas a tan importante asunto.

“Tenga usted la bondad de saludar cariñosamente a su mamá, a la señorita su hermana y a Don Cayetano a nombre de su sincero y muy

a) Distrito de Tlaxiaco, Estado de Oaxaca. Esta carta es autógrafa y ella es la misma que aparece en el tomo I; pero allí está la parte que se comunicó oficialmente al Gobierno de los Estados Unidos de América, mientras que aquí se consigna íntegramente.

b) La carta al señor Godoy a que aquí se hace referencia, es la que antecede.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

adicto amigo.—*Porfirio Díaz*.—Señor ministro Don Matías Romero.—*Washington*.”

15. I. *Carta del general Díaz al Señor Romero,*

“Quetzala, (a) marzo 15 de 1866.

“Mi buen amigo:

“He recibido sus cartas de 8 y 20 de enero; mucho agradezco a usted las noticias que me da en ellas y le suplico que sobre asuntos de nuestro país me escriba seguido, pues ya que mi situación no me permite hacer por la causa todo lo que deseo, me vigorizaré, al menos con saber que nuestra penosa situación presente no se prolongará mucho, y que si las cosas toman el giro indicado hasta ahora y se realiza la promesa que me hace usted en una de sus cartas, mis servicios serán más fructíferos.

“Benítez permanece aún en ese país porque yo así se lo he prevenido; ya le digo ahora que se mueva y para dónde; pero se entiende que si usted cree que próximamente pueda hacerlo trayendo consigo algo de lo que necesitábamos, puede detenerlo.

“En cuanto al párrafo que usted se sirve copiarme de la carta del ciudadano presidente, puede usted estar seguro de que la conducta de los oaxaqueños ha sido que desde antes de saber la opinión del señor presidente, estaba yo resuelto a desarrollar contra esos traidores una conducta de rigor, aun cuando me atrajese el más enconado enojo del presidente; creo que nosotros debemos hacer algo por nuestra cuenta, ayudándolo así a cargar el enojo insensato de los enemigos hipócritas.

“Tenga usted la bondad de hacer que esa carta llegue a manos de Benítez, y saludando afectuosamente a su familia, cuente siempre con la sincera y justa estimación de su afectísimo.—*Porfirio Díaz*.—Señor ministro Don Matías Romero.—*Washington*.”

*Documentos del Archivo de Cancelados.*15 II. *Parte del general Alejandro García.*

“C. Ministro: El ciudadano general Porfirio Díaz, en jefe de la Línea de Oriente, me dice con fecha 13 de abril ppdo. desde el rancho del Zapote,

a) Distrito de Ayutla, Estado de Guerrero.

en el Estado de Oaxaca, lo siguiente: “Tengo el honor de comunicar a usted que a mi llegada a Jamiltepec, el enemigo, fuerte de setecientos hombres con dos piezas de artillería, habiendo tenido noticia anticipada de mi movimiento, abandonó la plaza. Inmediatamente dispuse la persecución de dicha fuerza que hizo tenazmente el general Leyva y aunque no fué posible darle alcance por la precipitación con que huía, se le obligó a abandonar más de cuatrocientas armas de fuego y bastantes pertrechos, de lo que he recogido doscientos y tantos fusiles, parque de cañón, vestuario, etc., hasta ahora, y he dejado el encargo de recoger el resto al señor López Orozco, prefecto de Jamiltepec.

“Lo que tengo la honra de transcribir a usted para conocimiento y satisfacción del supremo Gobierno de la República.

“Independencia y Libertad. Cuartel General en Amatlán a 15 de mayo de 1866. *Alejandro García*. Ciudadano Ministro de Guerra y Marina. Paso del Norte o donde se halle”. Fol. 329. (A. M. C.)

15. III.—*Nuevo parte del general García.*

“Ciudadano Ministro: El general Luis P. Figueroa en carta particular de 28 de abril ppdo. me dice desde Soyaltepec lo que sigue: “Después de escrita la que con esta fecha le dirijo, remitiéndome a la del general Díaz, he visto el aumento de ella fechado en Putla el 14 del corriente, cuyo tenor es como sigue: “Aumento. Putla 14 de abril de 1866. Como indico a usted arriba, comienzo mis operaciones en las Mixtecas. Hoy he ocupado a Putla, sorprendiendo al cabecilla español Ceballos que mandaba una fuerza de 200 hombres. Apenas tuvo tiempo el enemigo para hacer una resistencia de minutos en una altura en donde le cargué con una parte de mi caballería, dispersándolo completamente y persiguiéndolo hasta que la entrada de la noche me obligó a volverme. El resultado fué un triunfo completo, quitando al enemigo 70 fusiles, 21 mosquetes, 30 lanzas y 40 caballos ensillados. Se le hicieron igualmente al enemigo 17 muertos y 23 prisioneros. Por no tener tiempo para más, transmítale usted este aumento al general García. *Díaz*.” Lo que inserto a usted en cumplimiento de la recomendación precedente, repitiéndome, etc.

“Lo que me honro de transcribir a usted para conocimiento del supremo Gobierno, a quien no dudo servirá de mucha satisfacción ver los progresos que ha hecho el ciudadano general Díaz a pesar de las muchas veces que lo ha supuesto derrotado el enemigo.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

“Independencia y Libertad. Cuartel General en Amatlán a 15 de mayo de 1866. *Alejandro García*. Ciudadano Secretario de Guerra y Marina. Paso del Norte o donde se halle.” F. 332. (A. M. C.)

16. I. *Carta del general Díaz al señor licenciado don Justo Benítez.*

“Tlapa, mayo 9 de 1866.

“Querido hermano:

“Con diferencia de un día he recibido dos cartas tuyas, una con fecha 27 de diciembre y otra sin fecha dirigida a Eulalio que comienza: “Acabo de recibir tu apreciable de 14 de enero”, etc. Quedo enterado de cuanto en ella me dices, y no obstante que ya pasó marzo, espero al señor Borrachada de caballo blanco, sucesor de nuestro hermano el buen cuáquero Juan.

“Supongo en tu conocimiento una revista que dirigí al señor Godoy, en que comprendía todas mis operaciones, desde que comencé, es decir desde septiembre hasta fin de febrero. Al expresado señor Godoy supliqué que transcribiera aquella carta a los señores Juárez y Romero, y con igual objeto voy a enterarte de la historia desde aquella fecha hasta la presente.

“Después de mi penúltima entrada a la Mixteca, hice una retirada a la costa en tan buen orden, que los más días se avisaba mi retaguardia con la vanguardia del enemigo, esto es de la columna que me perseguía por la Mixteca; mas teniendo noticias de que otra se dirigía por Sola y Juquila, alargué mis marchas y me puse antes que ella en Pinotepa, donde volví a estacionarme hasta la llegada de ambas pasándome entonces a Lo de Soto en donde volví a esperar hasta el 25 de febrero que el enemigo logró dispersarme, con su caballería, una avanzada de cuyos individuos ninguno llegó a mi campo; y sin que yo tuviera aviso se presentó cara a cara Trujéque con trescientos caballos que con dificultad pude volver por el mismo camino, y conté con cosa de dos horas que tardó la infantería enemiga, para reorganizar la mía, levantar las cargas y emprender marcha para Ometeppec, dejando mi caballería en Lo de Soto a las órdenes del general Leyva, con orden de retirarse a la vista del enemigo y deteniéndolo cuando fuera necesario, para asegurar la marcha de la infantería, que constaba de gente colecticia de costa, y que en su mayor parte se me había evaporado (esta gente tiene costumbre de emprender marcha para sus pueblos, siempre que al comenzar una función de armas, no cuentan a su modo con una

victoria probable; pero nunca abandonan el fusil y las municiones, y después que han vuelto a su casa, se cuenta con ellos en el lugar y fecha que se les cita, con tal que se les hayan dejado pasar dos o tres días en sus hogares).

“La caballería enemiga que se atrevió a perseguir a la nuestra, fué obligada en dos ocasiones a presentar las grupas, siendo el resultado final que nos mataron al joven Manuel Aburto, por tres muertos, un prisionero y diez heridos del enemigo.

“Me encontré en la noche en Ometepepec, sin un centavo para el día siguiente, con el enemigo a la puerta y con la infantería que me quedaba en completa desmoralización. Ocurrió al señor Alvarez demandando algunos recursos y entre tanto me contestaba, despedí a los infantes a sus respectivos pueblos, aplazándolos para el día en que esperaba la respuesta, en cuyo día los reuní y recibí autorización para imponer un préstamo de \$2,000, que se hizo efectivo y por los caminos excusados me dirigí a Jamiltepec, punto donde se había concentrado el enemigo. Este, que sabía el desbandamiento y luego licenciamiento de mis fuerzas, se sorprendió cuando supo que me tenía a una jornada, y emprendió una fuga muy violenta para Oaxaca y aunque por esa circunstancia y la de tener ya nuestra tropa algunas jornadas largas, no se logró batirlo, fuimos recogiendo cuanto dejaba y volvimos a Juchatengo con 232 fusiles, un juego de calderos, ocho cajas de municiones de obús, cinco idem de fusil y algunas fornituras de vestuario. La persecución más larga hubiera sido de fecundos resultados, pero la tropa costea no sale de sus límites.

“Volví a Jamiltepec, y después de algunos días de descanso y de despedir a la tropa costea, que no podía llevar adelante ni seguir manteniendo en quietud, quedé reducido a mi fuerza propia, que consiste en 100 infantes y 160 caballos, y con ésta emprendí mi marcha por vereda muy poco usada, a Putla, donde había un destacamento de cerca de 200 hombres de infantería y de caballería, a quien destruí en su totalidad el 14 de abril; gasté el 15 en levantar el campo y proporcionarme bagaje para mi botín que unido al de Jamiltepec, me embarazaba bastante. El 16 mandé al general Leyva con la infantería y convoy, por el camino más corto, para esta plaza y yo, con la caballería, marché para Tlaxiaco. Las guarniciones de dicha plaza, Justlahuaca y Huajuapam, se habían replegado a Teposcolula; avancé hasta Yolomecal y el enemigo se disponía a retirarse enviando sus cargas y artillería para Yanhuatlán; mas como yo suponía

cerca la fuerza que entre tanto había salido de Oaxaca, contramarché a Tlaxiaco y seguí para Silcayoapam hasta esta villa, que en la víspera había sido ocupada por una fuerza austríaca.

“La guarnición mexicana se hallaba ventajosa a una milla de aquí, y el general Leyva se le había incorporado. El enemigo al tocar la plaza tuvo conocimiento de esto y de mi aproximamiento, y a las dos horas de descanso emprendió su contramarcha desandando dos jornadas en la noche y parte del día siguiente.

“Mi excursión tuvo por objeto asegurar la marcha del convoy, conmover a Oaxaca para que, como sucede en estos casos, salgan algunos voluntarios a buscarme.

“Ahora permaneceré aquí algunos días, organizaré hasta emplear todas las armas que me ha proporcionado el enemigo y haré otras cosas, que aún no debo decir, auxiliado por las fuerzas irregulares que están en asamblea, y se ponen en servicio a la hora que quiero y tengo con qué mantenerlas.

“Hasta aquí la crónica y vamos a lo que a mí me interesa.

“El principal inconveniente que tengo para contar con la fuerza que quisiera, no es la falta de armamento, sino la de dinero.

“Todos los pueblos que están a mi alcance me llaman y me ofrecen las armas que les ha dado el Imperio; con esta conducta nada de plata puedo sacarles cuando los toco y me conformo con los víveres y forraje que me dan de muy buena gana. Cualquier auxilio en numerario me vendría muy bien, porque con él me podría introducir hasta donde hay traidores ricos, disponer de las armas, hombres y hasta fuerza organizada que mediante esa condición están a mis órdenes.

“Para que tengas una idea de la economía con que estoy obligado a vivir, debes saber que en seis meses que llevo de campaña, mandando 700 hombres cuando más y 200 cuando menos, he gastado \$7,300, porque la menestra turna con el miserable haber que he señalado a mis subordinados, el cual casi no tiene diferencia de la suprema a la ínfima grada de la jerarquía militar, porque siempre he creído que tenemos necesidades iguales. No faltará quien me reproche esta conducta, sosteniendo que explotando un poco más a los pueblos daría más vuelo a mi empresa, y yo no contradigo esta verdad, a juzgar por lo que sucedería de pronto; pero con la conducta que sigo, y que es la más conforme con mi carácter y educación por más que Forey afirme lo contrario, he llegado a tener tantos agentes

eficaces colaboradores, cuantos son los pueblos de este rumbo, de dentro y fuera del radio imperial, al grado de poder penetrar en los primeros sin soldados, no obstante que dichos pueblos saben las fuertes sumas que han ofrecido por mi cabeza.

“Admírate: siempre que yo tengo una prenda de valor, se la debo al enemigo; antes era la espada de Cobos, y hoy mi cabeza, que aunque no me la han dado, le dan valor.

“Escríbeme un poco más seguido y siempre por la vía de Acapulco, duplicando por Veracruz. Tu hermano.—*Porfirio Díaz*.—Señor licenciado J. J. Benítez, New York.”

16 II. *Carta del general Díaz al señor Romero*

“Xochihuehuetlán, (a), 24 de junio de 1866.

“Querido amigo:

“He recibido sus cartas de abril, por Acapulco, y por Veracruz la del señor presidente, a cuyo calce se sirve usted saludarme. Recibí también el protocolo de piezas diplomáticas, que alcanza hasta la nota de Mr. Seward a Mr. Motley.

“Figuroa me da parte de haber derrotado a la columna austríaca que lo persiguió hasta Soyaltepec, en cuyo punto los batió, persiguiéndolos en seguida hasta el Valle de Tehuacán, adonde llegó la columna reducida a la mitad con 70 heridos, quedando en toda la sierra muchos muertos y algunos prisioneros en poder de Figuroa. No es fácil asegurar el número de austríacos que murieron allí; porque quedaron en todo el trayecto, desde Soyaltepec hasta el Valle de Tehuacán, pero pasaron de 100 entre los que quedaron en el mismo Soyaltepec y en el camino. La persecución fué muy enérgica porque la hicieron sucesivamente los pueblos del tránsito.

“Próximamente daré a usted aviso de algunos hechos notables por este lado.

“Salude usted a mi nombre y afectuosamente a su estimable familia y mande como siempre a su amigo.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.—Sr. ministro Matías Romero. Washington.”

a) Xochihuehuetlán, cabecera del distrito, hoy de Zaragoza, Estado de Guerrero. Esta carta está escrita en un pliego de papel muy delgado de 10 centímetros de largo y 7 de ancho.

16. III. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

“Huamuxtitlán, (a), 28 de julio de 1866.

“Muy estimado amigo:

“Juntas he recibido dos cartas de usted, de 10 y 17 de junio.

“Agradezco a usted mucho las noticias que me da acerca de la situación de México en ese país y en Europa, y siento mucho que no haya usted recibido mis cartas, que a esta fecha creo sin duda que estarán en su poder porque algunas de ellas han ido por ambas vías. La correspondencia se dificulta un poco y hay necesidad de reducir mucho su volumen.

“Después de mi carta fecha en Quetzala, a que usted se refiere, le escribí de Jamiltepec, dándole conocimiento de mi entrada en aquella plaza y ventajas que obtuve sobre el enemigo, en la persecución que se le hizo rumbo a Oaxaca. De Putla avisé a usted quince días después, mi arribo a dicho punto, sorprendiendo y destrozando un destacamento del enemigo, de 200 hombres poco más o menos; después, cuatro días, comuniqué a usted mi entrada a Tlaxiaco, persecución que hice a su guarnición hacia Oaxaca, y mi vuelta rápida a este rumbo. Por ser estos hechos pequeños, los he comunicado a usted en lo particular porque me ha dado pena dirigir a usted y al Gobierno oficialmente parte de operaciones de guerrilla, pero veo que usted lo desea así y lo haré en lo sucesivo.

“El hecho más notable, de que también he dado a usted conocimiento, es la derrota completa que dió Figueroa a una columna austríaca que por la sierra se dirigía a la costa de Sotavento y de éste no he dado a usted y al supremo Gobierno conocimiento oficial y detallado, porque de la línea que ocupa Figueroa a este Cuartel General sólo se atreven los correos a traer paquetes muy pequeños, y todo lo que en ellos se me ha dicho, lo he transmitido a usted, no mandando el parte oficial porque no lo he recibido, ni lo creo ya oportuno después de tanto tiempo.

“En dos de mis anteriores he repetido a usted los pormenores que me dió Figueroa y no obstante que deben estar ya en poder de usted repito a grandes rasgos lo más interesante.

“En Soyaltepec, lugar de acción, fueron recogidos y quemados noventa y tres cadáveres de austríacos; en todo el camino por donde aquellos fueron perseguidos; de allí al plan de Tehuacán quedaron muchos muertos, cuyo

a) Hoy cabecera del Distrito de Zaragoza, Estado de Guerrero.

número no se puede precisar por la espesura del monte y porque los perseguidores realmente no eran los soldados de Figueroa, sino los pueblos que, apoyados en los primeros, tomaban sucesivamente puntos ventajosos en el camino, en los cuales hacían mal al enemigo y los menos resueltos desocuparon sus casas y les aplicaron fuego, para negar por ese medio toda clase de recursos. En esta conducta heroica han sobresalido los pueblos de Soyaltepec, Jocatlán y Ojitlán.

“En cuanto al resentimiento de Justo, nada puedo decir a usted porque él no me lo ha revelado y si es que tal existe y el motivo es la falta de elementos que tengo pedidos, yo también siento mucho su falta sin resentirme por ella con nadie, porque estoy íntimamente convencido de que abundando el señor Juárez y usted en los mismos deseos que yo, sólo dejarán de darme lo que no haya, sintiendo conmigo que por este motivo el trabajo sea menos fructífero, más duro y prolongado. Respecto de la confianza que tengo que agradecer al supremo Gobierno nunca he tenido duda, porque me ha dado muchos y elevados testimonios de ella, que en parte debo y agradezco a usted; porque lo siento también en mi conciencia. Por esto es que no desespero y he dicho a Justo que permanezca allí en expectativa.

“En cuanto a mis próximas operaciones, que es donde encuentro lo de positivo provecho, creo aventurado dar a usted explicaciones por la inseguridad de la correspondencia, pero si usted puede comunicarse con Justo, él le informará de mis proyectos, porque estando al tanto de mis trabajos antiguos, puedo entenderme con él por medio de alusiones, que ninguna otra persona podría comprenderlas; circunstancias que me facilitan explicación más amplia con él.

“Tenga usted la bondad de saludar afectuosamente a mi nombre a su apreciable familia y disponga usted como siempre de la justa estimación de su servidor y amigo.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.—Sr. Matías Romero.—Ministro de la República Mexicana en Washington.”

17. I. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

“Ixcaquixtla, (a) septiembre 1º de 1866.

“Muy estimado amigo:

“Hace cinco días que entré a Tepeji desbaratando su pequeña guar-

a) Distrito de Tepeji, Estado de Puebla. Fragmentos de esta carta aparecen en el volumen I de estas Memorias.

nición, que en su fuga me dejó algunos prisioneros y armas; permanecí allí dos días y llevo tres de estar en este punto, sin que las tropas austriacas, francesas y traidoras que se hallan en Tepeaca, se atrevan a dar un paso adelante, empeñadas por el contrario en hacerse sus trincheras. A Acatlán lo tengo cortado y lo batiré de un día a otro; sólo espero acabar de recoger el armamento que tienen estos pueblos. Ayer al amanecer, tocó una partida de mi caballería a Tlacotepec, donde recogió 63 fusiles, 15 lanzas, algún plomo, una caja de municiones de fusil y las valijas de Oaxaca y Tehuacán para Puebla. En seguida pasó la misma partida a recoger el armamento de Todos Santos, Sochitlán y San José de Gracia, y se me incorporó sin novedad. He mandado otra con igual objeto a Zapotitlán Salinas, y se me debe incorporar hoy.

“He nombrado provisionalmente gobernador del Estado de Puebla a don Rafael García; jefe de los distritos del valle del Norte de Puebla y Tlaxcala, al general don Rafael Cuéllar; de la sierra Norte también de Puebla, al general don Juan Méndez, y daré extensión a la línea de éste, sobre la costa de Barlovento; es inteligente y acaba de obtener ventajas sobre el enemigo en Teziutlán; éstos del sureste de Puebla los he puesto a las órdenes del general don Vicente Ramos, los del suroeste a las del coronel don Manuel González; el general Andrade se me ha movido en amago de Tehuantepec, que ha sido reforzado por Oaxaca; López Orozco sobre Oaxaca por Juquila y Felipe Cruz sobre Peras, mientras Figueroa amaga fuertemente y aun ha atacado a la plaza de Tehuacán.

“Haga usted una indicación al señor Alvarez para que me facilite municiones, pues me cuesta mucho trabajo construir, en este estado de inquietud en que me hallo. Sírvasse usted transcribir todas estas noticias al ciudadano presidente, remitiéndole original esta carta que tomé de la valija interceptada, para que forme juicio del estado moral de los oaxaqueños traidores. Las demás cartas están en el mismo estilo, con más o menos exageraciones, según el carácter de sus firmantes; previendo el extravío de ésta, pongo otra igual a Benítez por la vía de Acapulco.

“Tenga usted la bondad de saludar de mi parte a la señora su mamá, a la señorita su hermana y a don Cayetano.

“Su amigo que lo aprecia y b. s. m. — (Firmado) *Porfirio Díaz*.

“Había olvidado decir a usted que el general Leyva y Vizoso obran activamente por Cuernavaca, Cuautla y Jonatepec.

“Sr. Lic. D. Matías Romero, ministro de la República Mexicana en Washington.”

17. II. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

“Campo sobre Huajuapam (a), 5 de septiembre de 1866.

“Muy estimado amigo:

“Después de mi expedición a la parte sur del Estado de Puebla, he engrosado considerablemente mis fuerzas, mas no obstante nada serio puedo emprender por la escasez suma de municiones que me obliga a no poder atacar plazas como ésta, que estén atrincheradas.

“Yo he pedido muchas veces al señor Alvarez que me preste algunas, pero he conseguido muy pocas, porque tampoco está abundante de ellas, a lo que parece, el Estado de Guerrero.

“En consecuencia me voy a dedicar al progreso de mis fuerzas, mientras pueda obtener parque suficiente para emprender grandes operaciones; por lo que he resuelto colocar mis infanterías en seguridad, y yo recorreré por todas partes la Mixteca con una fuerza de caballería.

“Como siempre me repito de usted afmo. amigo y S.S. (Firmado) Porfirio Díaz.—Al Sr. Lic. Matías Romero.”

17. III. *Carta del general Díaz al señor Romero.*

“Tlaxiaco (b), septiembre 9 de 1866.

“Muy estimado amigo:

“En mi última que escribí a usted de mi campo frente a Huajuapam, le manifesté que tendría que retirarme, sin intentar el ataque de la plaza, por la escasa suma de municiones.

“Mi objeto era ver si el enemigo abandonaba sus atrincheramientos para batirlo fuera; desde por la mañana retiré mi infantería poniéndola en marcha a la vista del enemigo, y permanecí con las caballerías amagando la plaza.

“Por un momento creí que se realizaban mis deseos, pues en la tarde la caballería enemiga hizo una salida, cargando impetuosamente sobre

a) Cabecera del distrito de su nombre en el Estado de Oaxaca, fragmentos de esta carta aparecen en el volumen I de estas Memorias y aquí se inserta íntegramente.

b) Cabecera del distrito de su nombre en el Estado de Oaxaca. Fragmentos de esta carta aparecen en el volumen I de estas Memorias y aquí se inserta íntegramente.

mi ala derecha que se apoyaba en el Calvario, pero ésta resistió el choque y al lanzarme a escape sobre ellos con un trozo de la reserva, volvieron grupas aceleradamente y se refugiaron dentro de la población, habiendo tenido cinco hombres fuera de combate. En la noche verifiqué mi retirada y me he venido a este punto concentrando las fuerzas de la primera División, para ocuparme de la fabricación de municiones, después de lo cual volveré a emprender la campaña, si antes no soy atacado.

“Adjunto a usted para que tenga la bondad de dirigirlas al Gobierno, unas transcripciones de los partes que he recibido últimamente de algunos hechos militares en la línea de mi mando.

“Deseo que usted se conserve bueno y me repito su afmo. amigo y S.S.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.

“Sr. Lic. Matías Romero. Ministro de la República en Washington.”

18. I. *Carta del general Díaz al señor Romero*

“Ixta (a), septiembre 26 de 1866.

“Muy estimado amigo mío:

“Por los partes que adjunto a usted verá mis operaciones últimamente practicadas; marchó a situarme en el valle de Zimatlán, para privar al enemigo que se halla en Oaxaca de todos los recursos del Estado. Figueroa se situará en San Juan del Estado y San Juan Guelachi, sacando la caballería al Valle y mi hermano en la Parada y Tlacolula con puesto de observación en Tlalistaca y San Felipe del Agua.

“Las operaciones siguientes no debo decírselas a usted ni puedo precisarlas antes de circunstancias que deben surgir con mi aproximación, pero sí puede usted estar seguro de que lo tendré al corriente de cuanto ocurra.

“Supongo que ya estará en poder de usted el parte que por su conducto remito al Gobierno, relativo al ataque que dió Figueroa en Teotitlán, lo mismo que del que sostuvo mi hermano en Jayacatlán contra fuerzas muy superiores a las suyas, en el cual salió herido y quedó dueño del terreno.

“Habiendo aumentado mis fuerzas, comienzan a faltarme armas, al grado de tener ya más de cien hombres de a pie, armados con lanzas que he construído; para las municiones también sufro mucho porque tengo

a) Distrito de Nochixtlán, Estado de Oaxaca.

que extraer de la tierra los simples para hacer después la pólvora y labrar las municiones. Sin embargo vamos adelante y creo que muy pronto podré escribir a usted de Oaxaca.

“Tenga la bondad de saludar a su mamá, a la señorita Luz y a don Cayetano, y como siempre, mande a su amigo que lo quiere.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.

“Aumento.

“El teniente húngaro muerto el día 23 es el conde Gans, primer teniente de húsares.—(Firmado) *Díaz*.”

18. II. *Carta del general Díaz al señor licenciado Justo Benítez*

“San Miguel Peras (a), 28 de septiembre de 1866.

“Muy querido hermano:

“Supongo ya en tu poder mis cartas últimamente dirigidas por la vía de Acapulco; sin embargo, como aquélla no es muy segura y sí demasiado tardía, me parece necesario repetirte todo lo que he hecho últimamente y lo que ha sucedido por aquí; he nombrado gobernador del Estado de Puebla a Rafael García; dicho nombramiento ha sido muy bien recibido y funciona ya con notables ventajas, he nombrado jefe de la línea norte de Puebla al general Juan Méndez y he confirmado en Alatorre el nombramiento que de él hizo García para la costa de Barlovento. Vamos a operaciones. Después del pronunciamiento de Vizcso, de que te he dado conocimiento, marché a amagar a Acatlán, y desprendiéndome de allí rápidamente sorprendí a Tepeji, batiendo a su pequeña guarnición; de allí pasé a Huajuapam donde se hallaba fortificado el enemigo austro-traidor, lo tiroteé dos días, causándole algunos males y marchando violentamente, sorprendí la pequeña guarnición de Tepoxcula y pasé a Tlaxiaco de donde me separé violentamente, porque me seguían fuerzas superiores que infructuosamente intenté llamar para la Sierra; entretanto, mi hermano sostuvo un combate enormemente desigual en Jayacatlán, en el cual salió herido; pero rechazó al enemigo haciéndole siete muertos y algunos heridos, metiéndose en seguida a escaramucear hasta los suburbios de la ciudad (Oaxaca). Como resultado de esas operaciones se debilitó un poco la columna que estaba en Tlaxiaco; tomé la iniciativa sobre ésta y no me esperó; la perseguí hasta Yanhuitlán y habiéndome metido en el convento, que se halla

a) Distrito de Nochixtlán, Estado de Oaxaca.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

muy bien fortificado, pasé a ocupar a Nochixtlán; para sacar de allí algunos recursos pecuniarios y salitre que me hace mucha falta. El 23 del corriente un escuadrón húngaro vino a observarme hasta las puertas del mismo Nochixtlán; salí con un trozo de caballería y volví a darle el camino de Yanhuítlán, llevándolos más de dos mil millas al trote, matándoles tres hombres, haciéndoles ocho heridos y quitándoles algunas armas y caballos. Uno de los muertos fué el conde de Gans, primer teniente de húsares. La guarnición del cantón de Jonuta se ha puelto a las órdenes de Méndez. García reocupó a Tlacotalpam. Franco que con 600 hombres iba a hacer la pacificación de Chiapas y Tabasco, fué derrotado en Juchitlán; dejó 86 muertos, 2 piezas, todas sus municiones, y regresó a Oaxaca con cincuenta infantes y veintitantos caballos. Sierra Juárez se ha sublevado contra el Imperio batiendo a cerca de cien hombres que se hallaban en la villa, matando a cinco y dispersando el resto. Pasó mi hermano con sus fuerzas a apoyar los y darles dirección y hoy se encuentran con sus avanzadas en Tlalixtaca y San Felipe. Trasmite estas noticias al señor Romero a quien no tengo lugar de escribir sobre el particular.

“Te recomiendo muy especialmente a un comisionado que manda Rafael J. García a ese país en busca de armamento. Yo también lo necesito mucho porque ya empleé todo el que tenía y estoy armando infantes con lanzas porque es lo que puedo construir. Te recomiendo mucho que me mandes algunas carabinas de Spencer. Me haces ya muchísima falta y te espero con ansia; creo que antes de un mes ocuparé la ciudad.

“Se me olvidaba decirte que Luciano Prieto, gobernador de Tehuantepec, ha muerto de fiebre, y los traidores secundarios que allí quedaron, se disputan el mando en el mayor desorden.

“Haz cuanto puedas por el comisionado antes mencionado y manda a tu hermano que te quiere.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.

“Sr. Lic. D. Justo Benítez.—Washington.”

18 III. — *Carta del general Díaz al señor Romero*

“San Miguel Peras (a), 28 de septiembre de 1866.

“Querido amigo:

“Antier escribí a usted por la vía de Acapulco, haciéndole una reseña de todo lo ocurrido desde mi carta anterior a la fecha, y hoy repito dicha

a) Distrito de Nochixtlán, Estado de Oaxaca.

reseña a Benítez para que se la transcriba a usted, si dicha carta aún no llega. Habiendo dado extensión a mis fuerzas, resiento ya mucho la falta de armamento; sin embargo ya he dicho a usted que no será un inconveniente para seguir combatiendo. Estoy construyendo lanzas, y con ellas y las armas que voy quitando al enemigo, armo mis soldados. He acordado con don Rafael J. García, gobernador del Estado de Puebla, mande un comisionado cerca de usted para que si algo ha conseguido me mande con él algunas armas, y recomiendo a usted muy particularmente y con empeño de nuestra buena amistad, al expresado comisionado, para que me lo despache cuanto antes con lo poco o mucho que pueda darle. Excuso más súplicas porque sé que sólo en caso de absoluta imposibilidad no obsequiará usted mi indicación.

“Tenga usted la bondad de saludar a su apreciable familia, y usted disponga como siempre de la sincera estimación de su servidor y amigo q.b.s.m. (Firmado) *Porfirio Díaz*.

“Sr. Lic. D. Matías Romero, ministro de la República Mexicana.—Washington.”

19. I. *Detall de la batalla de Miahuatlán*

El parte oficial detallado de la batalla de Miahuatlán está consignado en las páginas del primer tomo de estas Memorias. Los estados y demás anexos a ese parte se insertan en seguida:

Ejército Republicano de Oriente.—1ª División.—Mayoría General.—Relación nominal de los muertos, heridos y dispersos que tuvo la División en la función de armas del día 3 del presente.—Brigada de Infantería.—Batallón “Fieles”.

Muertos.—Cabo, Julián López; soldados: Lázaro Martínez, Juan de la Cruz, Ignacio Casimiro, José Antonio, Refugio Ramos, José Bernardo.

Heridos.—Sargento 1º Juan Martínez; soldados: José Toribio, Valentín Pérez, Juan Morales, Juan Caballero, Felipe Nava, Felipe Casanova, Joaquín Mora, Isidro Hernández, José María Conde.

Dispersos.—Manuel Jiménez y Manuel Olivera.

BATALLON DE CHIAUTLA

Muertos.—Sargento 2º Trinidad Tacachi; soldado, Lucas García.



GENERAL FELIPE BERRIOZABAL.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

Heridos.—Capitán Félix Rivera; subteniente José María Robledo; sargentos segundos: Jacinto Espinosa y Paulino García; cabo José Huertero; soldados: Severino Grajeda, Lorenzo Guevara, Néstor Guadalupe, José Morán, Andrés Agustín, Martín Palmar.

Disperso.—Soldado Mateo Olea.

BATALLON PATRIA

Heridos.—Teniente Martín Cortés; sargento 2º Bernardo Pastrana; soldados: José Cuenca y Antonio Barrera.

BATALLON MORELOS

Heridos.—Sargento 1º Manuel Flores; soldados: Miguel Gaspar y Antonio Torres.

Disperso.—Pedro Guillermo.

COMPAÑIA DE TLAXIACO

Herido.—Soldado Pedro Cruz.

BATALLON DE LA MONTAÑA

Muerto.—Juan Riaño.

Heridos.—Cabo Martín Núñez; soldados: Benigno García, Alejandro Núñez, Anacleto Bruno, Simón Nicolás.

Dispersos.—Cabo Norberto Santiago; soldados: Juan Hernández y Luis López.

COMPAÑIA DE TEHUITZINGO

Herido.—Máximo Soriano.

COMPAÑIA DE MIAHUATLAN

Muertos.—Capitán Apolinar García; subteniente Anastasio Salmerón; sargentos segundos: Luis B. Vázquez, Tomás Pérez, Angel Chávez, Manuel García; cornetas: Felipe Gareda y Manuel Gracida.

Herido.—Teniente Juan de Mata Zurita.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MAYORIA DE ORDENES

Herido.—Teniente Luciano Olivera.

BRIGADA DE CABALLERIA, ESCUADRON LANCEROS DE PUEBLA

Muertos.—Capitán Bartolo Hernández; alférez Jesús López; clarín Marcelino Rivera; soldados: José María Carbadillo y Mariano Lozano.

Heridos.—Comandante de escuadrón Bonifacio Valle; sargento 2º Manuel Meza; trompeta Cecilio Escobar; cabo Tomás Romero; soldado José Ventura.

ESCUADRON REFORMA

Muertos.—Sargento 1º Pedro López; cabo Eduardo González; soldados: José Rojas, José Estrada y Manuel Arroyo.

Herido.—Soldado Crescencio Zurita.

ESCUADRON TEPEJI

Muertos.—Capitán Juan Montero; soldados: José María Espínola y Cristóbal Vázquez.

Heridos.—Alférez Agustín Olguín; soldado Miguel Rodríguez.

ESCUADRON INDEPENDENCIA

Muerto.—Soldado Juan Martínez.

Herido.—Soldado Santos Zamora.

PIQUETE DE LA SECCION CRUZ

Disperso.—José María García.

EJERCITO REPUBLICANO DE ORIENTE

Primera División.—Mayoría General.—Relación nominal de los muertos, heridos, prisioneros y desertores franceses habidos en la función de armas del 3 del corriente:

Muertos.—Comandante de batallón Mr. Testard Zacharie; sub-

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

tenientes: Mrs. Tambirini Camille, Baudens Ferdinand, Charles, Hedno Louis, Chevrillon; sargento 1º Mr. Norelle; sargentos segundos: Mrs. Selievre, Pouillon Paul, Touquiss, Masson Emile, Deferid Weber; cabo Mr. Pingautl; soldados: Mrs. Lloffer, Mayxen, Bisieau, Gonthier, Chene y dos más cuyos nombres no se conocen.

Heridos.—Mrs. Mayer Charles, Manlau Silvestre, muerto en el hospital; sargento Mr. Puch; soldados; Mrs. Maroc, Augustín, Montiel, Vandevayer Alexander, muerto en el hospital, Desmure.

Prisioneros.—Subtenientes: Mrs. Santory y Ange Toupaint, Louis Eugene, Cerfain Jules Jean Marie Joseph, Fleuret Adolfe; sargentos: Mrs. Antoine Nicolas, Pincon François Jules, Moracchine Jules Francois; cabo Mr. Baraette Victor Adolphe; soldados: Mrs. Vandevayer Albert, Vandael Alexandre, Julienne Charles Victor.

Desertor.—Soldado presentado: Mr. Le Riek.

EJERCITO REPUBLICANO DE ORIENTE

Primera División.—Mayoría General.—Relación nominal de los oficiales traidores hechos prisioneros en la jornada del día 3 de este mes que fueron pasados por las armas, conforme a la ley de 25 de enero de 1862:

Capitanes de infantería: Mariano Heras, Victoriano Rivas, Joaquín Jijón; teniente de infantería José María Flores; subtenientes de infantería: Benjamín Cabero, Lorenzo Valverde, Rafael Velasco.

Oficiales muertos.—Manuel Alvarez, Antonio Zaragoza.

Prisioneros.—Sargento 1º José Elías Cantoral; sargento 2º Pánfilo Reina; cabos: Juan Rodríguez, Manuel López; soldados: Agustín Nicolás, Marcos Ruiz, José María Diego, Juan García, Bartolo Santiago, Norberto López, Ignacio Flores, Catarino García, Gregorio Sánchez, José Robles, Pedro Sánchez, Román Cerqueda, Calixto García, José Roque, Juan Bautista, Mariano Colón, José Ma. Martínez, Ildefonso José Manuel Santiago, Fernando Martínez, Martín Nolasco, José Pascual, Luis de la Cruz, Nazario Flores, Lucas Juan Pérez, Manuel José, José María Cortés, Felipe García, Cayetano Castellanos, Anastasio Juan, Urbano Aguilar, Diego Santiago, José María Ruiz, José María Sánchez, Francisco Hernández, José María Hernández, Estanislao López, Manuel López, Melchor García, Juan de Dios, Victoriano García, Silverio Santiago, Melchor Cruz, Laureano Martínez, Julio Venegas, Julián García, Jerónimo

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Salmerón, Julián Osorio, Anastasio Vargas, Domingo García, Francisco López, Antonio Martínez, Casiano Jiménez, José María Santiago, Rafael Bernabe, Guadalupe Osorio, Félix Fabián, Domingo Miguel, Pedro Hernández, Mariano Martínez, Bartolo Rodríguez, Manuel López 2º, Guadalupe Santos, Perfecto Crescencio, Juan Jiménez, Leandro García, Manuel Pérez, Luis Anaya, Benigno Feliciano y más hasta completar 295.

RESUMEN

Franceses muertos.—1 jefe, 4 oficiales y 15 de tropa.

Franceses heridos.—2 oficiales y 6 de tropa.

Franceses prisioneros.—3 oficiales y 7 de tropa.

TOTAL: 1 jefe, 9 oficiales y 28 de tropa.

Traidores muertos.—4 oficiales y 32 de tropa.

Traidores heridos.—72 de tropa.

Traidores prisioneros.—7 oficiales y 295 de tropa.

TOTAL: 11 oficiales y 399 de tropa.

FJERCITO REPUBLICANO DE ORIENTE

1ª División.—Mayoría General.—Relación que manifiesta las bocas de fuego, montajes, fuegos de armas, armamento de infantería, municiones, equipo y demás objetos quitados al enemigo en la función de armas habida en las lomas de “Los Nogales” a inmediaciones de Miahuatlán, el día 3 del presente:

Bocas de fuego.—Obuses de montaña de bronce, de 12 centímetros, 2.

Montajes.—Cureñas para obuses de montaña, de 12 centímetros, 2.

Juegos de armas.—Escobillones atacadores para obuses de a 12 centímetros, de montaña, 2; palancas de carga, 2; varas, 2; bolsas de proveer, 4; cajas de reglamento para granadas, 4.

Aparejos.—De reglamento con borriquetes, 4.

Municiones de artillería.—Cartuchos cargados con granadas para obuses de a 12 centímetros, de montaña, 129; ídem, ídem con botes de metralla para ídem, 41.

Municiones de infantería.—Cartuchos con bala para fusil Enfield, 15,000; ídem, ídem para ídem, de a 15 adarmes, percusión, 14,240.

Armamento de infantería y caballería.—Fusiles de Enfield, 330; ídem

de a 15 adarmes, percusión, 115; rifles de Mississippi, 5; fusiles rayados, 2; carabinas Minié, 2; mosquetes de 15 adarmes, percusión, 37; lanzas diversos modelos, 50; sables ídem, ídem, 9; bayonetas para fusil Enfield, 186; ídem para ídem 15 adarmes, 43.

Instrumentos de guerra.—Cajas, 5; cornetas, 5.

Efectos de proveeduría.—Galletas, arrobas, 36; sal ídem, 4; café, libras, 17; tabaco, ídem, 16.

NOTA.—Se le quitaron al enemigo 48 acémilas.

Miahuatlán, octubre 5 de 1866.—*Manuel Santibáñez.*

En el Archivo de Cancelados aparece que los enemigos fusilados fueron: los capitanes Mariano Heras, Victoriano Rivas y Joaquín Jijón; el teniente José María Flores; subtenientes Benjamín Cabero, Lorenzo Valverde y Rafael Velasco, todos de infantería. Folios 383-385 v. (A.M.C.)

19. II. *Parte de la batalla de Miahuatlán, dado por el coronel 'González' al general Díaz, el 4 de octubre de 1866 (a)*

Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—1ª División.—1ª Brigada de Infantería.—Coronel en jefe.

Ciudadano general:

Paso, como es mi deber, a dar a usted el parte detallado de las novedades ocurridas en la brigada de mi mando en la función de armas que tuvo lugar el día de ayer.

Como a las tres de la tarde del citado día, me comunicó usted, por uno de sus ayudantes, que las fuerzas de traidores y franceses en número aproximativo de 1,200 hombres a las órdenes de Oronoz, y que hacía dos días seguían nuestra marcha, se habían presentado a media legua de esta villa; que en consecuencia, desocupase la población atravesando el río y tomara posiciones en las lomas de los Nogales, situados a la izquierda de ella, previamente reconocidas para un combate.

Obedecida la orden, tomé posesión de dicho campo que usted conoce, y es una loma prolongada de Sur a Norte, defendida por el río que forma un foso natural, ligeramente accidentada en la cima y cortada por la izquierda por un profundo barranco.

La línea de batalla quedó establecida, apoyada a la derecha en una

a) Este parte está tomado de "El Boletín Oficial del Cuartel General de la Línea de Oriente", tomo I, número 3, fechado en Oaxaca el 22 de octubre de 1866.

cerca de piedra, por el batallón de la Montaña, el centro por el batallón Morelos y compañía de Chiautla, y a la izquierda por el batallón Fieles, en el crestón, que forma dicha loma al terminar sobre el río; formando la reserva el batallón Patria.

El enemigo se había presentado por el frente de la población donde resistía una caballería, se vió flanqueado por su derecha, lo que le obligó a hacer un cambio de frente sobre este costado, tomando posesión de las lomas de Yolveo y el Matadero en la margen derecha del río; y de esta manera quedamos uno al frente del otro; el enemigo abrió el combate destacando una nube de tiradores a su frente y rompiendo su fuego de artillería. Destaqué para contenerlos, entretanto usted llegaba, que se encontraba con la caballería y tomaba las disposiciones generales, en tiradores, a diez hombres de la legión de infantería, veinte del batallón Patria y veinticinco de la compañía de Tlaxiaco, haciendo pasar del otro lado del río a tomar posesión de una pequeña loma situada a la izquierda del enemigo a veinte hombres de la compañía de Chiautla a las órdenes del subteniente ciudadano José María Robledo, que fué herido gravemente. En esta disposición usted llegó y el combate se hizo general; los tiradores fueron reforzados en vista del crecido número de los del enemigo, por el resto de la compañía de Chiautla y veinte hombres de Morelos a las órdenes de un subalterno, tomando el mando de todos ellos (en lo general) por disposición de usted, el jefe de su estado mayor, ciudadano coronel Juan Espinosa y Gorostiza.

La compañía de Peras del batallón de la Montaña a las órdenes de su capitán ciudadano Carlos Martínez, reforzó los tiradores que estaban al otro lado del río sobre la izquierda del enemigo y que resistían valientemente a fuerzas muy superiores. El peligro era inminente por lo que me tomé la libertad de ordenar tomase el mando de toda aquella fuerza, su ayudante de campo ciudadano comandante Juan de la L. Enríquez, que casualmente se encontraba comunicándome órdenes de usted. El enemigo que por este lado intentó hacer bajar una columna, fué desorganizado por el fuego de nuestros tiradores y obligado a cederles el terreno.

Las cosas estaban así, el combate era reñidísimo y general en toda la línea, las municiones se habían agotado completamente por nuestra parte y usted en vista de lo crítico de la situación, dispuso dar una carga general con todas nuestras fuerzas de infantería y caballería, poniéndose a la cabeza de nuestras columnas, que guiadas por usted se arrojaban sobre la ar-

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

tillería del enemigo, venciendo todos los obstáculos, arrollando su línea de batalla y consiguiendo una cara pero completa victoria.

No debería recomendar particularmente a ninguno de mis subordinados, pues todos llenaron cumplidamente su deber, mas debo decir que el batallón Fieles, a cuya cabeza se encontraba su digno comandante ciudadano Guillermo Carbó, resistió valientemente por espacio de tres horas en columna y a pie firme, el fuerte cañoneo del enemigo, lo mismo que el batallón Morelos del Sur, a las órdenes de su comandante teniente coronel ciudadano Juan José Cano, lo hizo en orden de batalla. Las compañías de Tlaxiaco y Chiautla que a las órdenes, la primera del comandante ciudadano Isaac Narváez y la segunda a las de su capitán ciudadano Félix Rivera, que fué herido gravemente, se batieron constantemente en tiradores con fuerzas triples, no volteando ni una sola vez la espalda a sus enemigos y sí obligándoles a retroceder.

El resto del batallón de la Montaña que por la naturaleza del terreno fué dividido en dos fracciones, tomando el mando de la primera su comandante ciudadano Felipe Cruz, y el de la segunda el comandante Feliciano García, así como el batallón Patria, en el momento de la carga, lo hicieron valerosamente sobre la izquierda del enemigo apoyados por el batallón Morelos con el que iba el mayor de órdenes de la brigada, teniente coronel ciudadano Juan Higareda.

Mi ayudante el teniente ciudadano Luciano Olivera, que por disposición de usted y visto que casi todos los oficiales del centro de la línea de tiradores estaban heridos, fué a encargarse de uno de los pelotones y en el momento de la carga, y casi sobre la línea de batalla del enemigo, recibió una herida, manejándose con suma bizarría. De esta manera lo hizo también mi otro ayudante ciudadano teniente Santiago Pozo en todas las comisiones que desempeñó, distinguiéndose por su valor en los momentos decisivos y recibiendo dos contusiones.

Las pérdidas de la brigada consisten en dos oficiales muertos, cuatro heridos, quince muertos de la clase de tropa y treinta y dos heridos y seis dispersos cuyo pormenor verá usted en la adjunta relación.

He dado a usted un parte sencillo pero verídico, de los hechos de mi brigada en la jornada de ayer; réstame sólo felicitarlo por un triunfo que honrará siempre a los soldados de la República y al digno general que supo alcanzarlo.

Independencia y Libertad. Miahuatlán, octubre 4 de 1866.—*Manuel González*.—Ciudadano general en jefe de la línea de Oriente.—Presente.

20. I. *Parte oficial de la batalla de la Carbonera, dado'por el general Díaz*

El parte oficial propiamente dicho, aparece en lugar diverso de estas Memorias, por lo cual no se consigna aquí; pero se insertan los detalles y documentos anexos a este parte, tomándolos del número 5, tomo I, del Boletín Oficial del Cuartel General de la Línea de Oriente, publicado en Oaxaca el 29 de octubre de 1866.

NUMERO 1

EJERCITO REPUBLICANO DE ORIENTE

Primera División.—Mayoría General.—Relación nominal de los muertos, heridos y dispersos que tuvo la división en la función de armas del día 18 del presente:

Primera brigada.—Batallón cazadores.—Capitán Antonio Rojas y sargento 2º Petronilo Rodríguez, heridos; sargento 2º Antonio Peralta y soldados: Hermenegildo, Marcos Antonio, José de la Cruz, José Avedaño, José Mariano, Sotero de la Cruz, Ramón Andrés, José Antonio y Guadalupe Carranza, dispersos; cabos: Justo Aguilar, Dionisio Mendoza y Manuel Díaz, y soldado Juan Villafaña, heridos; Soldados. Ignacio Juan, José Pablo y Calixto Eduardo, dispersos.

Segunda sección.—Sargentos segundos: Antonio García, Salvador Machuca y Bernabé Pedro, y soldados Juan Manuel y Antonio Juan, heridos. Soldados: Manuel Díaz, Juan Antonio y Silvestre García, dispersos.

Tercera sección.—Sargento 2º Antonio Cruz; cabo Juan García, y soldados: José Mariano y Manuel Antonio, muertos; soldados: Felipe Masazagua y Gabriel Sánchez, heridos, y Trinidad Antonio, disperso.

Compañía de Huautla.—Soldados Juan Isidro y Juan Díaz, muertos; Manuel Juan y Estrada Anieva, dispersos.

Compañía de Soyaltepec.—Soldados: José Felipe y Juan Antonio, muertos; Manuel Bartolo, herido, y Plácido José, disperso.

Compañía de Ixcatlan.—Soldado José Juan, muerto.

Guardia nacional de la Cañada.—Sargento 2º Pedro Nolasco, muerto; soldado Antonio Fuentes, disperso.

Primer escuadrón de caballería.—Alférez Diego Rivera, muerto; soldados: Juan García y Antonio Pasquel, heridos; Luis Camilo, muerto.

Tercer escuadrón.—Soldado José Valverde, herido.



GENERAL NEIGRE, UNO DE LOS JEFES DE LAS FUERZAS INVASORAS.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

Segunda brigada.—Batallón Fieles.—Capitán Patricio López, herido; sargento 1º Valente Hernández, y soldados: José de la Cruz, Carlos López, Dionisio Hernández, Celedonio Gerónimo, Francisco Antonio, Mateo López, Juan Bruno, Cosme García, Manuel María Martínez, Felipe Santiago y Manuel Purificación, muertos; cabo Julián Sánchez, y soldados: Manuel Ramírez, Ambrosio Jiménez, Antonio González, Eпитacio Herrera, Alberto López, Isidoro Hernández, Florentino Feliciano, Aristeo Ramírez, Luis Hernández, Lucio García, José Santiago, Juan Quirino y Juan Jiménez, heridos; Salvador Antonio, Manuel Guerrero y Blas Bautista, dispersos.

Batallón de Chiautla.—Soldados: Felipe de Jesús, José González, Francisco Velasco, José María Crisóstomo, Felipe Ramos y Secundino Hernández; capitán Miguel Domínguez; soldados: Félix Nava, Benito Martínez y José Pérez, heridos; Juan José García y Gabriel Cruz, dispersos.

Compañía de Tlaxiaco.—Corneta Casimiro Hernández, muerto; soldados: Eugenio Osorio y Miguel Cruz, heridos; y Florentino José, disperso.

Batallón de la Montaña.—Comandante Felipe Cruz, herido; soldados Albino Alimeda y José Gabriel, muertos; Fernando García y José Hernández, dispersos.

Batallón Allende.—Sargento 2º José Nazario, y cabo Martín Castañeda, muertos; soldados: Juan Eufrasio, Felipe Santiago, Pedro Mayo, Juan Felipe, heridos.

Batallón Guerrero.—Soldados: Francisco López y Pedro Francisco, muertos; teniente Julián Reyes y subteniente Leocadio López, heridos; soldados: Juan Francisco, herido; Juan Jiménez y Juan García, dispersos.

Batallón Patria.—Soldados: Luis Julián y Florentino José, dispersos.

Tercera brigada. Batallón Libres de Oaxaca.—Sargento 1º Juan Bautista Iglesias, herido; soldado Ruperto Sánchez, herido; teniente Mariano Fuentes, herido; cabo Juan Díaz López, herido; soldado Rito Guzmán, herido; corneta José María Vázquez, muerto.

Partida suelta de Oaxaca.—Soldado Jesús Avedaño, muerto; sargento segundo Tereso Agüero, y cabo Filomeno Jiménez, heridos; soldado José María Ortega, disperso.

Batallón Tiradores de la Sierra.—Corneta José María García, muerto; soldado Apolinar Pérez, muerto; teniente Clemente Méndez y subteniente

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Manuel Badiola, heridos; soldados: Pedro Vargas, Cornelio Luis, Francisco Hernández, Gregorio Cano, Leandro Hernández, Rosalindo Pérez, Gregorio López, muertos; Justo Pérez, Teodoro Pérez, José Díaz, Cesáreo García, heridos; capitán Nicolás Soto, herido; soldados: Mariano Esteban, Catarino Hernández, José María Sánchez, Pedro García, Florencio Hernández, Lorenzo Peña, Leonardo Jiménez, heridos; cabos: Ignacio Hernández y Santiago Hernández, heridos; soldados: Eusebio Hernández, Nazario Pérez y Manuel Martínez, heridos; soldados: Atanasio Cruz, José de la Cruz, Gabriel Cruz, Julián Santiago, Nicolás Martínez, Pedro de la Cruz, Manuel Sánchez, heridos; teniente Bernabé Ramírez, herido; soldados Fernando Pérez, Francisco Hernández, heridos; Camilo López, muerto; Pablo Cruz, Tomás Martínez, Sixto Ruiz, Pablo Antonio Ruiz, heridos; cabo Juan Tapia, herido; soldados: Eusebio Martínez, Ignacio León, Procopio Luna, Tomás Juárez, Pablo Luis, Marcos Luis, heridos; sargento 1º Miguel Luna, herido; soldado Ramón Cruz, herido.

Segunda guerrilla.—Subteniente Sebastián Martínez, herido.

Escuadrón de Jayacatlán.—Teniente Ambrosio Cruz, herido; capitán Nicolás Leyva, herido; sargento 2º Eugenio Serapio, herido; soldados: Félix Ruiz, Domingo León, dispersos.

Oficiales sueltos.—Teniente José María López, herido.

Brigada de caballería, escuadrón de Tepeji.—Sargento 2º Manuel Flores, herido; soldado José María Muñoz, herido; sargento 2º Miguel Rodríguez, herido.

Escuadrón lanceros de Puebla.—Capitán Juan Tapia; teniente Guillermo Martínez y alférez Próspero Bravo, heridos.

Escuadrón Independencia.—Capitán Francisco Huerta, muerto; sargento 1º Juan Gil, herido.

Escuadrón Reforma.—Comandante Ignacio Vázquez, herido.

Sección Olguín.—Sargento 2º Próspero de Aquino, herido; soldado Teodoro Vázquez, disperso.

Sección Cruz.—Soldado José María Olmedo, herido.

RESUMEN

1ª brigada, 1 jefe herido; 2 oficiales heridos; soldados: 18 muertos; 25 heridos y 11 dispersos.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

2ª brigada, 1 jefe herido; 3 oficiales heridos; soldados: 25 muertos, 24 heridos y 12 dispersos.

3ª brigada, 8 oficiales heridos; soldados: 12 muertos, 44 heridos y 3 dispersos.

Brigada de caballería, 1 oficial herido y 7 ídem muertos; soldados: 3 muertos, 4 heridos y 1 disperso.

Total: 2 jefes heridos; oficiales: 1 muerto y 20 heridos; soldados: 58 muertos, 97 heridos y 27 dispersos.

Hacienda de Aguilera, octubre 20 de 1866.—*J. Espinosa Gorostiza*.
—Vº Bº—*Díaz*.

NUMERO 2

EJÉRCITO REPUBLICANO DE ORIENTE. 1ª DIVISIÓN
MAYORÍA GENERAL

Relación que manifiesta las bocas de fuego, montaje, juegos de armas, municiones, armamento de infantería y caballería, equipo y demás objetos le guerra quitados al enemigo en la función de armas de 18 del presente en las lomas de la Carbonera.

Bocas de fuego.—3 cañones de a 4 rayados.

Montajes.—4 cureñas para ídem.

Juegos de armas.—5 escobillones para cañones de a 4 rayados; 3 palancas de ídem; 6 bolsas de proveer; 5 cuerdas de garrote; 2 punzones; 1 piola; 36 cajas de municiones de artillería.

Fuegos artificiales.—191 estopines fulminantes.

Municiones de artillería.—236 granadas de a 4 rayadas; 23 botes de metralla de ídem; 236 saquetes con pólvora carga máxima; 97 ídem mínima.

Municiones de infantería.—9,220 cartuchos para carabina austríaca.

Aumento de infantería y caballería.—36 fusiles de percusión de 15 adarmes; 3 carabinas Minié; 375 carabinas austríacas; 3 mosquetones; 11 lanzas; 14 sables; 362 marrazos.

Instrumentos de guerra.—6 cornetas.

Aparejos.—Borriquetes con albardón, modelo austríaco, 24.

NOTAS.—1ª Se le quitaron al enemigo 18 acémilas que fueron entrega-

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

das a la artillería; además, algunos caballos, pistolas, espadas, etc., que no constan en la presente relación por no ser de propiedad nacional.

2ª A más de las carabinas austríacas que constan en esta relación, existe un gran número en poder de los paisanos que habiendo salido de Oaxaca acompañando la División, ayudaron a levantar el campo.

Se han dictado las providencias para recogerlas.

Hacienda de Aguilera, octubre 20 de 1866.—*J. Espinosa Gorostiza*.
—Vº Bº Díaz.

NUMERO 3

EJÉRCITO REPUBLICANO DE ORIENTE. 1ª DIVISIÓN
MAYORÍA GENERAL

Relación de las municiones de artillería, infantería y caballería consumidas en la función de armas del 18 del presente en las Lomas de la Carbonera.

15 cartuchos cargados con granada para obús de montaña 7 centímetros; 18.000 cartuchos para fusil Enfield; 74,200 ídem, para ídem, percusión 15 adarmes; 1,800 ídem para mosquetón de caballería 15 adarmes percusión.

Hacienda de Aguilera, octubre 20 de 1866.—*J. Espinosa Gorostiza*.
Vº Bº Díaz.

NUMERO 4

EJÉRCITO REPUBLICANO DE ORIENTE. 1ª DIVISIÓN
MAYORÍA GENERAL

Estado que manifiesta los muertos, heridos y prisioneros hechos a las tropas austríacas en la función de armas del 18 del presente mes en las Lomas de la Carbonera.

Oficiales.—6 muertos y 7 prisioneros.

Tropa.—155 muertos; 42 heridos y 374 prisioneros.

TOTAL PÉRDIDA CONOCIDA: 13 oficiales y 571 individuos de tropa.

Hacienda de Aguilera, octubre 20 de 1866.—*J. Espinosa Gorostiza*.
—Vº Bº Díaz.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

A. EJERCITO REPUBLICANO DE ORIENTE
 1ª DIVISION.—MAYORIA GENERAL

Relación de los oficiales y tropa austríaca hechos prisioneros en la función de armas del 18 del presente. (a).

Cazadores Austríacos.—Décima cuarta compañía. Capitán Casimir Rieger.

Cazadores de México.—Octavo batallón. Capitán Smith.

Cazadores austríacos.—Octava compañía. Teniente José Caval de Bosh.

Décima compañía.—Teniente Vicente Hidalgo Bogay de Várbogya; Subteniente Francisco Raczek.

Octava compañía.—Subteniente Antonio Enzinger.

Cazadores de México.—Octavo batallón. Subteniente Sain Soyler.

Primera batería de montaña.—Cabo Augusto Apornik; soldados: José Irachik, Antonio Fischer, Miguel Aichinger, Benedicto Midl, Antonio Kochanek, Vicente Hunger, Fernando Shmell, Juan Shumann, Juan Meguschar, José Dub, Francisco Kaspar, Juan Strasshoffer, Francisco Poszuitz, Ignacio Dworacsek, Nicolo Mazzoli, Rudolfo Nesslány, Leopoldo Huntich.

Tercera batería.—Sargento 2º Alejandro Dudinski; soldados: Lorenzo Linger, Adolfo Kirchhausler, José Winkler, Juan Rojek, Enrico Altdorfer, Antonio Baumann, Antonio Trojanek, Juan Hackel, Juan Wilfinger, Antonio Serwikowski, Carlo Jobías, Adolfo Zimmer, Francisco Durek, Armando Kerezal, Carlo Horn, José Binder, Francisco Reichold, Francisco Heiss, Adolfo Gootsch, Pablo Badisch.

Segundo batallón de cazadores austríacos.—*Séptima compañía.*—Sargentos segundos: Adolfo Scháck, Emilio Kohler, Francisco Gross; cabos: Francisco Sprentz, Enrico Herter, Carlo Rechinger; soldados primeros: Juan Mikloschowski, José Schneider, Juan Kühnel, Fernando Tanzer, Pedro Popelka, Juan Saunig, Francisco Babel; corneta Esteban Ratz.

a) Estas listas fueron formadas por don Carlos Thiele, hombre ilustrado y versado en lenguas europeas, quien se valió además de los servicios de algunos oficiales austríacos, prisioneros, por lo cual supongo que los nombres están correctamente escritos a no ser que al imprimirse en Oaxaca se hayan asentado algunos errores tipográficos, por no estar familiarizados aquellos impresores con nombres alemanes, húngaros y eslavos. En el mismo caso están las listas de prisioneros extranjeros, hechas en Miahuatlán, que se acaban de insertar.

Zapadores, Pedro Ibatici, José Oliva; soldados segundos: Juan Frech, José Ricsanek, Fernando Wawra, Carlo Konigsek, Juan Reszman, Alvisio Heidler, Juan Stenek, Esteban Borbely, Juan Brukner, Jacobo Dermastia, Antonio Schlechta, Vinceno Merkwitzka, Antonio Schmidt, Lucas Garberle, Carlo Fornaus, Rudolfo Junge, Antonio Lach, Carlo Matsehink-feski, Francisco Pawlovski, Francisco Hermann, José Facães, Juan Machofski, Mihelo Kolescha, Francisco Palzer, Valentín Pino, Tomás Szollosy, Juan Schunder, Francisco Wierer, Juan Pospischil, Francisco Zadraczil, Enrico Jepil, Tomaso Welzel, Tomaso Rudolf, Francisco Horki, Francisco Blauensteiner.

Octava compañía.—Soldados: Carlo Walter, Antonio Jauber, Miguel Mayer, Francisco Andre, Eduardo Garner, Wenceslao Ipmeke, Aloisio Matzel, Mateo Galmayr, Georgio Markovics, Valencio Indyk, Leopoldo Einwalder, Ignacio Mazannek, Juan Joronyi, Romano Luczemberger, Carlo Klement, Mateo Riehter, Francisco Miiller, José Scheldeker, Ignacio Jeschina, Pedro Tskra, Antonio Ramharter, Antonio Lisoroski, Juan Zbilitowski, José Cek, Juan Funk, Juan Mürmützer, Juan Frank, Juan Smolka, Juan Paulin, Juan Stepanek, Juan Kahlenberg, Juan Jusnar, Jacobo Jippel, Roberto Skrem, José Searpeta, Benedicto Piscacek, Lucas Erzén.

Tercer batallón cazadores austriacos. — Décima tercera compañía. — Sargento 1º Francisco Denelak; sargentos segundos: Francisco Ostriaunski y Mateo Colli; cabos: Agustín Halla, Otton Slama, José Migaczeroski; soldados: Juan Wurtl, Jacobo Gondeck, Lubin Carlo de Kulcizki, Leopoldo Weifsappel, Jacobo Wraufs, Esteban Jrekuseh, Antonio Gaál, Antonio Schott, Juan Swoboda, Juan Ranpini, José Hupp, Henrico Haucha, Francisco Auerbach, Vicente Culie, Federico Friedrich, Juan Grubaner, Antonio Ersehen, Juan Goram, Juan Scholz, André Folnay, Francisco Koppenmauer, Emilio Radanovics, Juan Konecsny, José Karl, Mateo Mascha, Juan Lerokes, Juan Grochovski, Estanislao Koszelski, Pedro Meitner, Miguel Kwittek, Carlo Sroacsek, José Dobranoki, Juan Stadecsek, Tomás Jersabek, Miguel Kawencsanski, Juan Petrik, Carmino Olandi, Ignaci Schima, Juan Jurski, José König, José Sedlek, Antonio Moravetz, Juan Zapotnik, Antonio Guintwald, Francisco Hroch, Nicolao Zuccon; corneta Gregorio Pangratz; gastador Antonio Eberhardt.

Décima cuarta compañía. — Sargentos primeros: Danielo Renszer, Eduardo Kanur; sargentos segundos: Ludovico Rocsies, Antonio Klich:

cabo George Kugelweich; soldados: Filipo Burggraf, Eduardo Roptzki, Alesandro Hruser, Vicente Krifs, Antonio Fran, Alberto Stenzel, Francisco Kominek, Francisco Balvin, José Larenz, José Nupbook, Fernando Masser, Mateo Bulin, José Brandenstein, Francisco Fodran, Juan Prist, Francisco Mochel; gastador Juan Baner; soldados: Alberto Langer, José Bodetzki, Francisco Indrera, Jacobo Stich, Martino Fibich, Ignacio Schwab, Antonio Sever, George Medvetzki, Antonio Perasini, Pascual Matradon, José Kaspar, Eduardo Liegtneker, Francisco Lábreffs, José Frank, José Muchel, André Wismeth, Francisco Rosz, Juan Kirbel, José Deutsch, José Kraschek, Mateo Krenczy, André Ormos, Alberto Balilan; soldado 2º Antonio Schináautz; soldados: Mateo Lucaes, José Wernberger, Apóstol Buonomo, Francisco Jurczány, José Fasching, Juan Winkler, Francisco Dulinek, Juan Swoboda, Carlo Richter, Alberto Javorski, Francisco Bayer, Juan Kochpatz, José Zoller, Wenceslao Reichlich.

Octava compañía.—Sargentos primeros: Francisco Gerabek, Alesandro Wanka, Leopoldo Hesar; sargentos segundos: José Potocnik, Alesandro Cavin, Gustavo Pinkas; cabos: José Relbai, Filippo Eisenman; soldados primeros: Antonio Senrammel, Hugo Simon, Carlos Sommer, Miguel Appe, Pedro Frenkof, Juan Kobler; corneta Sebastián Karras; zapatero Francisco Metlaki; soldados segundos Juan Stybio, Juliáno Fritz, Juan Spitzer, Federico Lang, Juan Dobrin, Jacobo Marinitz. *Décima quinta compañía.*—Cabo Carlo Stepp; soldados segundos Federico Sehremmer, Antonio Dłaziwoda, Juan Jopar, Juan Benner, Wenceslao Slenárz, Mateo Kólbel; soldados Francisco Jile, Wenceslao Ernstberger, Santo Follo.

Décima octava compañía.—Sargento 2º Antonio Mollnar; cabos: Francisco Krieger y José Polák; soldados primeros: Severino Swowda, José Pies, Wenceslao Bennesch, Juan Moravetz, Raimundo Jepli, José Kochhut, José Kámpel, Wendeilno Jill, Pedro Milasinovics, José Lakner; corneta Carlos Sehrák; soldados segundos: Juan Pochacsek, Francisco Freisinger, Juan Frimmel, Juan Frokeseh, José Pluszinki, José Wodechnal, Vicente Zaron, Francisco Kirbel, Francisco Jennik, Pedro Gyurkovich, Francisco Wieze, José Loffier; soldados: Martino Wallek, Francisco Pruts, José Heitzer, Francisco Pechán, Prokopp Semann; soldados: Wenceslao Wauwak, Francisco Leitgel, Francisco Adamek, José Plesinszki, Angelo Varuto, José Baderski, André Bremruh, Augusto Rimrich, Juan Slobodan, José Weinrich, Juan Lederer, Augusto Gebauer, Francisco Bagyakek, José Puts, Juan Blassovszki, Lucas Horvath, José Scarda, Francisco Nalepa,

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Francisco Baier, José Meliezk, Francisco Oscsák, José Brazda, Juan Gertscher, Juan Heger, Augusto Schuller, Juan Novotay Fernando Walterstein.

Tercer escuadrón de los lanceros austríacos. — Sargentos primeros: José Holubek y George Honig; soldados segundos: Juan Gozalski, Ladislao Krazowski, Martino Debelak, Juan Jomann, Martino Scheppel y Estanislao Barkovszki.

Cazadores de México. — *Octavo batallón.* — Soldados: Déres, Frangin, Kitsch y Very.

Décimo tercer batallón de línea. — Sargento secretario del tesorero, Humberto Vogels.

NOTAS.—1ª. De los 351 prisioneros que constan en la presente, siete son oficiales, de los que cinco son austríacos y dos franceses.

2ª. A más de los individuos escritos en esta lista, hay 30 más que constan en la relación marcada con la letra B, los que han sido remitidos por las autoridades de los pueblos circunvecinos al lugar del combate, y que han sido presentados al cuartel general, después de formadas estas listas.

3ª. En la relación aparte marcada con la letra C, constan 42 heridos que han sido traídos y existen en el hospital militar.

Hacienda de Aguilera, octubre 20 de 1866.—*J. Espinosa Gorostiza.*

B.—EJÉRCITO REPUBLICANO DE ORIENTE

1ª DIVISIÓN. — MAYORÍA GENERAL

Relación de los soldados de la tropa austríaca hechos prisioneros en la función de armas del 18 del presente.

Batería 1ª de montaña.—Soldados: Hipólito Svirzovski y Matías Werdtsch.

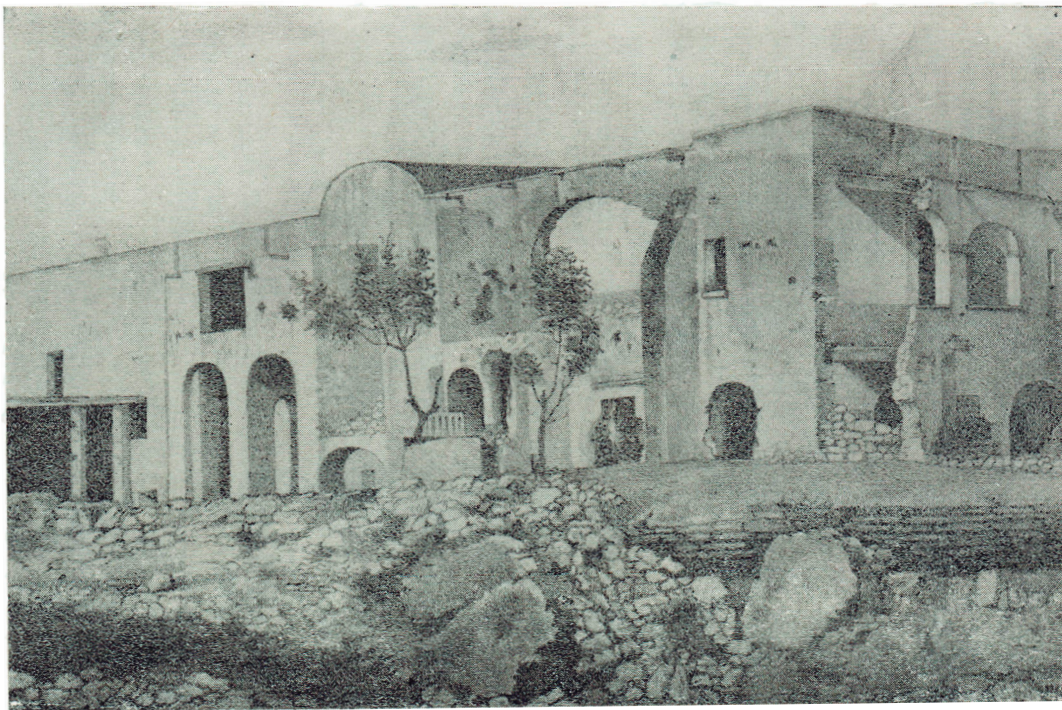
Batería 3ª de montaña.—Soldado José Djedék.

Cazadores 2º batallón de la 7ª compañía.—Soldados: Carlo Jahn y José Karteri.

De la 8ª compañía. — Soldado Francisco Breskovar.

Cazadores tercer batallón de la décima tercera compañía.—Soldado Pablo Aet; cabo Tomás Povischer; soldados: Juan Zajü, Tolentino Wischka, Adalberto Ulimek, Jorge Rakotz y Simeón Muller.

De la décima cuarta compañía. — Soldados: Kociano Pischkola, José Seiferd, José Nermuth, y Gustavo Exiger.



CONVENTO DE SANTA INES, SEGUN LITOGRAFIA DE "EL SITIO DE PUE-
BLA, POR TIRSO RAFAEL CORDOBA.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

De la décima quinta compañía.—Soldados: Aloisie Dranin, Filipo Heinberger, Francisco Brescher y José Wendrobini.

De la décima octava compañía.—Sargento 2º Jorge Kurpiak; soldados: José Bartosch, Aloise Jorozani, Francisco Hodbod, José Stein, Antonio Karvath, Francisco Lasloꝝ, Aloise Schemmi y Juan Dvotzak.

Hacienda de Aguilera, octubre 20 de 1866.—*J. Espinosa Gorostiza.*

C.—EJÉRCITO REPUBLICANO DE ORIENTE

1ª DIVISIÓN. — MAYORÍA GENERAL

Relación de los heridos soldados de la tropa austríaca, hechos prisioneros en la función de armas del 18 del presente.

Batería 1ª de montaña.—Soldados: Francisco Salmutler, Gregorio Koller y Eduardo Gruwald.

Batería tercera de montaña.—Cabo Juan Melsner; soldados: Juan Wisterzil y Francisco Josch.

Tercer escuadrón de lanceros de Austria.—Cabo Tomaso Chojimski.

Cuarto escuadrón de lanceros de Austria. Soldados: Mateo Plode y Mateo Bazinski.

Octavo batallón de cazadores de Oaxaca.—Soldado Simono Voisingrin.

Cazadores. — 2º batallón de la 7ª compañía. — Sargento 1º Kolman Feigl; soldados: Juan Ezulin, Juan Poliska, Mateo Kelleimen y Adam Egerter.

De la 8ª compañía.—Sargento 2º Fernando Wotf; soldados primeros: Antonio Boder e Ignacio Rumel; soldados: Juan Retzer, José Zoufal, Carlos Nxa y Juan Jungheim.

De la 13ª compañía.—Cabo Ignacio Lanner; soldados: Francisco Blimin y Roberto Bittner,

De la 14 compañía.—Soldados primeros Ignacio Martigan y Martino Fischinger; soldados: Juan Kracher, Gregorio Pechmann, Kasparo Schonebeck, Ignacio Neymann, Eduardo Grunwald, Mateo Krumpel, y José Stallirh.

De la 15ª compañía.—Soldado 1º Bernardo Kurz; soldados: Isidoro Mafsl y Eduardo Berger.

De la 18ª compañía.—Sargento 1º Jaroslav Domitrovitsch; soldados: Carlo Reif, Pedro Czisovski, José Mara y Francisco Mlinek.

Hacienda de Aguilera, octubre 20 de 1866.—*Juan Espinosa Gorostiza.*

Documentos del Archivo de Cancelados

20. II. *Parte del capitán-comandante Fabián Espejo*

“Puebla, noviembre 1º de 1866. Exmo. señor: Salí de Oaxaca el 27 de agosto con ochenta hombres de mi campo y cuatro oficiales para hacer conducir el convoy que de esa capital se mandaba para mi cuerpo. El 2 de septiembre llegué a Huajuapam, punto en que creí conveniente recibir nuevas instrucciones del señor general Oronoz, porque él mismo me lo había ordenado, pero el 4 del mismo se presentó el disidente Porfirio Díaz al frente de Huajuapam con mil doscientos hombres amagando dicha plaza. Como V.E. sabe, fué batido el enemigo, derrotada y dispersada una pequeña parte de su columna por la fuerza con que salimos de la plaza el señor coronel Trujeque y yo; el 6 a la madrugada el enemigo levantó el campo y acto continuo hice salir un extraordinario para el señor general Oronoz manifestándole el plan de operaciones que el enemigo se proponía efectuar al meterse al Valle Grande del departamento de Oaxaca, porque yo estaba perfectamente enterado por conducto de los liberales de Huajuapam que con descaro manifestaban sus grandes empresas; si el señor general Oronoz me creyó o no, su conciencia le hablará muy alto; no volví a tener contestación y marché a Tehuacán, donde recibí el convoy y contramarché de allí con él para Huajuapam y al llegar a dicha plaza hice alto por estar los caminos de Oaxaca interceptados por el enemigo y después de ocho días supe con sorpresa que el señor general Oronoz había sufrido un descalabro en Miahuatlán. Los días transcurrieron y la columna austríaca que debía auxiliar a Oaxaca llegó por fin con su comandante en jefe, el señor mayor Crikert. Marché con ella hasta Nochistlán, punto en que se decía habíamos de encontrar la segunda columna francesa que en combinación con la nuestra debería obrar sobre el enemigo. Después de dos días de permanencia en dicho punto, supimos confidencialmente el señor coronel Trujeque y yo por el señor mayor Crikert, que la única fuerza que debía marchar a Oaxaca era nuestra columna; entonces creía conveniente hacer contramarchar el convoy

que conducía hasta Huajuapam, dando para ello sus órdenes el jefe de la columna y haciendo responsable del cargamento al señor Bernart, comandante militar de la plaza de Huajuapam. Todo quedó arreglado y el 17 emprendimos nuestra marcha al pueblo de Huachiya y a instigaciones mías el señor coronel Trujeque consiguió que el señor mayor Crikert reuniera una junta de guerra, la que por desgracia no tuvo más miembros que el señor coronel Trujeque, el señor Crikert y yo, dando por resultado que después de una ligera deliberación en que manifesté a ambos señores las eminentes posiciones que el enemigo ocupaba y el número de gente con que contaba para atacarnos, se me dijo que la orden del Supremo Gobierno era de atacar al enemigo dondequiera que se encontrara, pues que la columna austríaca se componía de tropa bastante regularizada. Yo callé, Exmo. señor, porque ¿quién era yo para hacer objeciones a las altas disposiciones del supremo Gobierno? En consecuencia, el señor mayor Crikert se puso a disposición del señor coronel Trujeque, cediéndole el mando de la columna y dándole especialmente el mando de las caballerías húngara y mexicana, lo que a la verdad, Exmo. señor, me entristeció, no porque no esté acostumbrado a obedecer a un jefe superior, sino porque conozco los conocimientos militares del señor Trujeque. Sin embargo, avanzamos el 18 por la mañana y fuí nombrado mayor de órdenes de las infanterías mexicanas, y a una legua de la Carbonera sorprendimos los exploradores, y después de haberse informado el señor coronel Crikert de las posiciones que ocupaba el enemigo y el número de su fuerza, fueron mandados pasar por las armas. Acto continuo seguimos nuestra marcha y a poca distancia pude enseñar yo mismo en persona al señor Crikert al enemigo en todo su grueso en las posiciones que ocupaba y la gran guardia de caballería en la loma del Cerro de la Carbonera que observaba nuestros movimientos. Avanzamos y ésta nos abandonó su posición, de la cual nos apropiamos; avanzó nuestra columna y una vez en todo el camino de la Carbonera, el señor Crikert dió orden de que avanzara la fuerza que era a mis órdenes hasta ponerse a unos doscientos metros del enemigo; se estableció nuestra artillería y comenzó a jugar sobre el enemigo con muy buenos resultados; después se mandó cargar a mis ochenta hombres y una compañía austríaca, después de un ligero combate en que la fuerza mía que estaba al costado izquierdo hacía esfuerzos desesperados, la compañía austríaca dió media vuelta dejando perecer a mis soldados. Acto continuo ordené yo mismo a la caballería austríaca cargar sobre el enemigo, lo que efectuó con una bizarría que le hará honor para

siempre, y se siguió el combate mandando en detall las compañías austríacas que no hacían más que disparar sus tiros y dar media vuelta despavoridamente. Mirando yo que éramos completamente envueltos, por orden del señor Crikert ordené a las caballerías mexicanas cargaran sobre el enemigo que en completo desorden se hallaba sobre el campo que antes ocupábamos, pero mi voz no tuvo eco y con sentimiento vi que nuestras caballerías no tomaron parte en el combate; comenzamos a huir sin que hubiera podido nadie contener a nuestros soldados, que sólo trataban de destruir los equipajes de nosotros mismos. Seguimos nuestra retirada después de haber perdido todo, no porque el enemigo nos lo hubiera quitado, sino porque se le iba abandonando y a nuestro paso por Nochistlán, Yanhuatlán, Tamazulapam y Huajuapam, se impusieron por el señor coronel Trujéque préstamos forzosos a los hijos de todas esas poblaciones, y adonde no los podían entregar de pronto, eran conducidos los individuos cotizados presos hasta que no entregaban la cantidad que se les había asignado; todos estos individuos venían a mí, pero yo nada podía hacer, porque el que lo mandaba era jefe superior. La veracidad de mis expresiones la podrá acreditar S.E. mandando hacer una información, cuando haya oportunidad, a los habitantes de esas poblaciones, y para mayor brevedad, con los señores subprefectos y autoridades municipales, que emigradas las más, se hallan en esta capital. Por fin permanecemos en Huajuapam y cuando yo llegué, creí encontrar mi convoy en salvo, pero por desgracia no fué así, porque el señor comandante Bernart al saber nuestro descalabro abandonó Huajuapam, el convoy, el depósito austríaco y trescientos y tantos fusiles, dejando todos estos objetos en un cuartel, a merced del que primero quisiera tomarlos, y para colmo de desorden fué repartida una parte del convoy a las tropas austríacas sin que yo de esto hubiera sabido nada hasta después que el señor Crikert me ordenó continuase repartiendo, a lo que me opuse; pero siempre tuve que obedecer, consiguiendo a última hora no fuese quemado el resto, y supliqué al señor subprefecto don Miguel Moreno, me proporcionara la gente necesaria y las bestias para levantar mi convoy y todo el armamento que fué conducido a Acatlán, pero increíble me parece, Exmo. señor, que en vez de conducir todos estos objetos hasta esta capital, sólo venga una parte del cargamento y las armas todas se hayan destruído y quemado. Yo quisiera se nos formase un consejo de guerra para que cada uno de estos señores jefes y oficiales fuéramos dando cuenta de nuestra conducta.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

“Dios guarde a V.E. muchos años.

“El comandante capitán 1º del 8º batallón de cazadores.—*Fabián Espejo*.—Exmo. señor ministro de la Guerra. México, F. 391-393 v.”

El ministro de la Guerra, Tavera, en 6 de noviembre de 1866 dió instrucciones al general comandante de la 2ª división en Puebla para que expidiera las órdenes necesarias a fin de que se instalara el consejo de guerra pedido por Espejo. No existe la noticia del resultado. F. 395.”

Existe una carta suscrita por Ch. Thiele, fechada el 18 de octubre, dirigida a todos sus camaradas, en que da cuenta del desastre ocurrido en la Carbonera, que confirma lo dicho brevemente en su parte por el general Díaz y por Espejo.” (A. M. C.)

20. III. *Partes de los generales Alejandro García y Porfirio Díaz*

El general Alejandro García 2º en jefe, en 18 de octubre de 1866, transcribe al ministro de Guerra la carta que le dirige el señor don Fidencio Hernández desde Oaxaca, que en parte dice:

“En seguida tuvimos noticia de que el señor general Díaz, al frente de sus fuerzas, libró una campaña contra los del imperio al mando del general Oronoz. El combate fué reñido y el campo quedó en su totalidad por las fuerzas liberales, muriendo el jefe que mandaba una fuerza compuesta de jefes franceses y soldados mexicanos y huyendo el resto en muy corto número hasta esta ciudad con el general Oronoz, sin regresar nada absolutamente de sus pertrechos de guerra pues lo perdió todo, desde su artillería hasta el equipaje de él y demás oficiales. El golpe fué rudo pues los franceses que no murieron cayeron prisioneros sin escapar uno, como lo verá usted en el manifiesto que tengo la honra de acompañarle... A la llegada del general en jefe (Díaz) se invitó a los sitiados (en la plaza de Oaxaca) a una plática, concediéndoles el término de seis horas, a lo que contestaron que el plazo era corto y pidieron veinticuatro; el señor general concedió dos más y sin dejar de hostilizarlos, pero éstos, alentados con la esperanza de un auxilio de México o Puebla, aún resisten y nuestra fuerza los está estrechando cada día más y más, hasta el extremo de que nuestros soldados se ven la cara, cara a cara y frente a frente de sus gruesas trincheras...” (ff. 397. A. M. C.)

20. IV. *Carta del Gral. Porfirio, Díaz al Gral. García*

El mismo general García desde Tlacotalpan transcribe una carta del general Díaz escrita en San Felipe del Agua a 11 del mismo octubre, en que le dice: “Con fecha 4 del corriente escribí a usted dándole parte de la espléndida victoria que obtuvieron las fuerzas de mi mando sobre la expedición que vino a atacarme a Miahuatlán a las órdenes de Oronoz; mas habiendo sabido que se extravió mi carta, le dirijo ésta, dándole en extracto dicho parte, que verá usted en breve con todos sus detalles. Como a las tres y media del día 3 se presentó el enemigo, avanzando rápidamente sobre la plaza: dispuse inmediatamente salir a su encuentro, y dejando al general Ramos con la caballería para que lo contuviera en unas lomas que me parecieron ventajosas, y a poco se rompieron los fuegos de la línea enemiga que entretanto se había organizado a mi frente. La columna enemiga se componía de 1,200 hombres de las tres armas, de los cuales 300 caballos y 2 obuses de montaña. Al nutrido fuego del enemigo respondieron con brío nuestros tiradores avanzados. Ya próximo a ponerse el sol, notando que el enemigo no emprendería el ataque, y viéndome ya casi sin parque, dispuse darlo yo, y al efecto organicé mis columnas y bajé de mis posiciones sobre la línea enemiga; al atravesar mis tropas el río que separaba mis posiciones, se introdujo el desorden en el campo enemigo, y al lanzarme sobre él, comenzaron a huir sus batallones, habiendo hecho algunos grupos una ligera resistencia. Perseguidos por nuestra caballería, fueron cayendo en nuestro poder, quedando muertos y heridos en el campo de batalla. Todo el armamento, dos cañones, el parque de ambas armas, que cargaban cincuenta mulas, y otros mil efectos de guerra, fueron el trofeo del combate, quedando además en nuestro poder más de cuatrocientos prisioneros, y en el campo sobre ochenta muertos. De los franceses ni uno solo escapó pues la mayor parte y entre ella su comandante murieron, y los pocos sobrantes son un capitán, tres subtenientes y doce soldados que tengo prisioneros, y de éstos los más heridos. Las ventajas morales son superiores al producto positivo del triunfo. Como una consecuencia precisa, mi hermano que expedicionaba cerca de la capital, la ocupó inmediatamente con algunas fuerzas de la sierra, y el enemigo, lleno de pánico, hizo una leve resistencia, encerrándose en sus fortificaciones, que comprenden el cerro, Santo Domingo y el Carmen. Yo, después de recoger el campo y de dar organización a mi fuerza engrosada considerablemente con las ventajas sucesivas que alcancé en mi expedición, me dirigí violentamente a la plaza para dirigir

las operaciones de sitio. Figueroa tiene orden ya de venir con sus fuerzas, y por momentos llegará López Orozco con tropas de Costa Chica. El sitio está ya perfeccionado, y el enemigo sabe bien que no recibirá auxilio. Tengo establecido mi cuartel general en este punto que es muy conveniente para las operaciones. Como debe usted considerar, necesito con el aumento de fuerzas que tengo, muchas municiones. En mi anterior, que por una fatalidad no ha llegado a manos de usted, le prevenía que con toda la violencia posible me remitiera este artículo. Hoy se lo ordeno a usted en lo militar, y como amigo espero que no me deje en apuros. Además del parque me mandará también algunos miles de cápsulas para dotar el que yo construya por aquí, pues no se consiguen a ningún precio. Consérvese usted bueno, etc., etc.” (ff. 402-402 v. A.M.C.)

21. I. *Parte oficial de la ocupación de Oaxaca, dado por el general Porfirio Díaz*

Tomado del *Boletín Oficial del Cuartel General de la línea de Oriente*, número 1º, tomo I, publicado en Oaxaca el 25 de noviembre de 1866.

“Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en jefe.

“Ciudadano ministro: En el parte que tuve el honor de dirigir a usted del 18 del próximo pasado desde Las Minas ^(a), sobre el brillante triunfo obtenido por nuestras armas en la Carbonera, daba a usted cuenta de que el día 16 había tenido la necesidad de levantar el sitio que por once días puse a esta plaza, pues no contaba con elementos suficientes para salir a batir a la columna austríaca que venía de refuerzo, y sostener las obras de circunvalación; en consecuencia, me decidí por lo primero, obteniendo el resultado del exterminio de la expresada columna.

“En aquel corto período de sitio dirigí al enemigo la comunicación que en copia y bajo el número 1 acompañé a usted, a la que se me contestó pidiendo el término de veinticuatro horas para resolver, el que negado por mí, se continuaron las hostilidades.

“Como era natural, el general enemigo aprovechó nuestra retirada para aumentar sus depósitos de víveres y demás recursos necesarios a la defensa de sus tropas, pero la noticia de que había robustecido sus elementos, aumentó el valor y entusiasmo de mis subordinados, que tenían la confianza

a) Impreso en el tomo I de estas Memorias.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

de su causa y la aspiración de colocar un nuevo laurel sobre su frente, y conquistar una nueva página de gloria para la historia de su Patria.

“El día 20 volvieron a ocupar las posiciones convenientes y se continuó el sitio hasta cerrar la línea de circunvalación a los fuertes de Santo Domingo y el Carmen, con algunos edificios inmediatos, logrando que quedasen aislados y sin comunicación con el cerro en que está situado el fuerte de Zaragoza, y sobre el cual operaba el número suficiente de tropas y se practicaban también obras de aproche, cuyos trabajos se avanzaron hasta cuatrocientos metros de las baterías enemigas y los sitiados fueron obligados a permanecer dentro de sus obras.

“Concluídos nuestros trabajos de fortificación, y preparados para el asalto, llegó el día 31 en que los enemigos de la República, atemorizados por el audaz y bizarro avance de mis tropas, sucumbieron entregando los fuertes y rindiéndose como se impondrá usted por las comunicaciones cambiadas y condiciones estipuladas de que acompaño copia bajo los números 2, 3, 4 y 5.

“Excuso dar a usted más pormenores, porque éstos constan en los partes de los ciudadanos jefes de brigadas y de las líneas que concurrieron al asedio, y que en copia remito, marcados con los números 6, 7, 8, 9, 10 y 11.

“También acompaño a usted el plano de las posiciones de ambas fuerzas.

“La brigada del digno mando del ciudadano general Luis Pérez Figueroa, que estuvo de reserva, se mantuvo siempre en el mayor orden y dispuesta para entrar en combate.

“El número de generales, jefes y oficiales, tropa y empleados civiles que se entregaron como prisioneros, consta en las relaciones marcadas en las letras A., B. y C.

“Adjunto también copias de las relaciones de heridos del enemigo, del material de guerra quitado al mismo, así como la del parque que se consumió por nuestra parte, y de las pérdidas que tenemos que lamentar por muertos y heridos.

“Está en nuestro poder la bandera imperial del Primer Batallón Móvil de Oaxaca.

“Omito hacer a usted recomendaciones especiales, porque nunca terminaría; creo bastante con hacerle notar que he quedado complacido del comportamiento de los ciudadanos que son a mis órdenes, cuando han



EL GUERRILLERO FRANCES CORONEL DUPIN.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

probado a nuestros enemigos, y al mundo todo, que ante el amor a la Patria nada valen los poderosos elementos traídos de Europa, ni el valor tan acreditado de soldados que son tenidos por los más adelantados, cumpliéndose aquella memorable máxima de: “que el pueblo que quiere ser libre lo es”.

“Al dar cuenta al ciudadano presidente con esta nota, le suplico tenga la bondad de felicitarlo a mi nombre, el de todos los buenos mexicanos que me enorgullezco de mandar, y de los pueblos de este Estado donde vió la primera luz, que libres ya, por efecto de su valor, se gozan en su triunfo.

“Independencia y República, Cuartel General en Oaxaca a 6 de noviembre de 1866.—*Porfirio Díaz*.*

“Ciudadano Ministro de Guerra y Marina.—Chihuahua o donde se halle.”

Número 1.—Ejército Republicano.—Línea de Oriente, General en Jefe. —Acabo de llegar a esta ciudad, en la que con sentimiento he notado los efectos que sin razón ni humanidad ha causado y siguen causando la artillería de usted y también tengo noticia de que aquella padece algunos otros males. No puedo ser indiferente a ellos, y para evitárselos, invito a usted a una capitulación racional; usted en contestación se servirá decirme si está o no dispuesto a ella para determinar en el caso que elija, lo que fuere más conveniente. Antes me permitirá usted que le haga algunas observaciones que nunca están por demás.

Por el estado actual de la cosa pública en los Estados del interior y por el que usted ha notado en esta ciudad se habrá persuadido que no es posible en México, y menos en el Estado de Oaxaca, seguir sosteniendo un sistema que pugna con el carácter y hábitos del pueblo oaxaqueño; que sólo las bayonetas extranjeras han podido conservarlo, y que en cumplimiento de la máxima de que es libre el pueblo que lo quiere ser, el de Oaxaca ha dado y está dando bastantes pruebas de su ciega adhesión a aquella. Podría prolongarse la existencia de aquel sistema por algunos pocos días más; pero sería con perjuicio de los habitantes, con destrucción de la ciudad, y para tener, en fin, el sentimiento de ver repetido el triste espectáculo del día tres, porque conocido por usted el valor y disciplina de mis fuerzas, podré tomar, pero con efusión de sangre y pérdidas de

* Este parte original existe en el expediente del general Díaz, Archivo de Cancelados ff, 406-407 v. (A. M. C.)

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

consideración, los fuertes en que usted se guarece. Si por desgracia llegare este caso, las consecuencias recaerían sobre quien, ciego y sin justicia, pretende sostener una administración que por su propia virtud se desmorona. Usted se servirá pesar el valor de estas razones, y después de meditarlas, se servirá también contestarme dentro de seis horas que se contarán desde la en que reciba la presente, para después de ellas, resolver lo que en las circunstancias que nos hallamos convenga.

“Por lo que respecta a la fuerza extranjera que se halla a las órdenes de usted aceptada mi invitación, podrá marchar libremente al punto que para el interior o exterior de la República elija.

Protesto a usted en lo personal mis consideraciones.

“Independencia y República, Cuartel General. Oaxaca octubre 8 de 1866.—*Porfirio Díaz*.—Señor general don Carlos Oronoz, jefe de los fuertes sitiados.—Presente.

Número 2.—Novena División Militar.—Oaxaca.—Fuerte de Santo Domingo de Oaxaca, octubre 31 de 1866. Nombrada la comisión que debe conferenciar con la que usted nombre, le suplico, si lo tiene a bien, que a las nueve de la mañana de hoy se reúnan las expresadas comisiones en el teatro de esta capital.—El general comandante, *Carlos Oronoz*.—Sr. general don Porfirio Díaz.—Presente.—Es copia. — *Faustino Vázquez Aldana*.”

Número 3.—Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en jefe. — A las nueve de la mañana de hoy se reunirán, como usted lo desea, ambas comisiones en el teatro de esa ciudad, atendiéndose que la procedente de ese fuerte, debe pasar por el mismo punto que pasó el parlamento de ayer, y que lo hace éste.

Independencia y República. Oaxaca, octubre 31 de 1866. — *Porfirio Díaz*.—C. general Carlos Oronoz.—Presente. — Es copia. — *Faustino Vázquez Aldana*.

Número 4.—Novena División Militar.—Oaxaca.—Fuerte de Santo Domingo de Oaxaca, octubre 31 de 1866.—Los señores generales don Juan Ortega, teniente Lacronique, capitán Divés, teniente Barón Eggers, y teniente Conde de Karmer, son las personas comisionadas por mí para conferenciar con las que usted tenga a bien nombrar.—El general comandante, *Carlos Oronoz*.—Señor general don Porfirio Díaz.—Presente.—Es copia. *Faustino Vázquez Aldana*.

Número 5.—Los infrascritos, general Luis P. Figueroa, coroneles

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

Félix Díaz y Juan Espinosa y Gorostiza, teniente coronel Manuel Travesí y Carlos Thiele, comisionados por el general en jefe de la línea de Oriente; y el general Juan Ortega, capitán Emilio Divès, teniente Sebastián Lacronique y subteniente Enrique Barón Eggers y Alberto, Conde de Karmier, comisionados por el general comandante de los fuertes de Santo Domingo, el Carmen y el Cerro, han venido en acordar lo siguiente, para la rendición de dichos fuertes:

Primero. Las guarniciones de Santo Domingo, el Carmen y el Cerro, se constituyen prisioneras de guerra del general Díaz con garantía de la vida, que en todos casos será respetada bajo la fe de la palabra de honor del expresado señor general y de los jefes que forman la comisión que lo representa.

Segundo.—Los equipajes, caballos y armas de uso particular que no sean de la propiedad de la nación, pertenecientes a dichos señores generales, jefes y oficiales quedan a disposición de ellos.

Tercero.—El señor general Oronoz, nombrará comisiones especiales de entrega, una para el ramo de hacienda, otra para la artillería, armamento municiones y equipo, y otra para el personal de las fuerzas. Estas tres comisiones se pondrán en contacto con igual número de ellas nombradas por el señor general Díaz, y se verificará la entrega y recibo con documentos que justifiquen la preexistencia de lo antes dicho.

Cuarto.—Estando de acuerdo las dos comisiones de convención sobre lo estipulado en las cláusulas precedentes, determinan que al dispararse un cañonazo en el cuartel general de las fuerzas republicanas, las guarniciones del Carmen y Santo Domingo salgan desarmadas a formar en la plazuela de la Sangre de Cristo y la del fuerte Zaragoza desfilará a la misma señal, y en los mismos términos, para el atrio de la iglesia de Xochimilco.

Quinto.—En la lista nominal de los generales, jefes, oficiales y tropa, se comprenderán los empleados civiles y demás mexicanos que se hallan en el recinto sitiado.

Sexto.—Los heridos y enfermos que existen en los hospitales de los fuertes, se constituyen prisioneros, y quedan bajo la protección y el cuidado del cuartel general.

Séptimo.—Estas convenciones se harán por duplicado y serán ratificadas por el señor general en jefe de la Línea de Oriente y el señor general comandante de los fuertes.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Firmado en Oaxaca, a treinta y uno de octubre de mil ochocientos sesenta y seis.—*Luis P. Figueroa*.—*F. Díaz*.—*J. Espinosa y Gorostiza*.—*Manuel Travesí*.—*Juan Ortega*.—*Emilio Divés*.—*S. Lacronique*.—*Enrique Barón Eggers*.—*Alberto Conde de Karmer*.—Aprobado, *Porfirio Díaz*.—Aprobado, *Carlos Oronoz*.—Es copia.—*F. Vázquez Aldana*.

Número 6. —Ejército Republicano de Oriente. — Comandante general de ingenieros.—Para no hacer difuso el parte relativo a los trabajos de zapa emprendidos en el sitio sufrido por los imperialistas que guarnecían esta ciudad, tengo el honor de remitir a usted el plano de las posiciones ocupadas por ambas partes el día de la capitulación de aquéllos.

Respecto de los aproches sobre el reduto Zaragoza, debo manifestar a usted que después de construídas las dos baterías, una sobre el glasis de la obra abierta por la gola del pico de Morelos y la otra también sobre el glasis que sirve de plano de fuego a la flecha situada en la parte oriental del pico mencionado se terminaron solamente dos ramales del zig-zag, por haber necesidad de transportar la tierra que llenaba los cestones, donde la espalda de las baterías a causa de ser rocoso el terreno sobre el cual se trabaja, quedando, no obstante a sólo cien metros del reduto atacado, los que se hubieran avanzado en cuatro días más de trabajo.

En cuanto a las minas que se sirvió usted mandarme establecer sólo una no fué notada por los sitiados, la de la Sangre de Cristo, habiéndose encontrado la galería nuestra con la que abrió el enemigo, a dos metros del lugar, donde debieron establecerse los hornillos.

En resumen, en tres o cuatro días más hubieran quedado listos los trabajos todos, y por consiguiente abiertas las brechas que nos hubieran conducido al interior de los fuertes.

Independencia y República. Oaxaca, noviembre 3 de 1866.—*Lorenzo P. Castro*.—Ciudadano general Porfirio Díaz, en jefe de la línea de Oriente.Presente.—Es copia.—*F. Vázquez Aldana*. (*)

Número 7.—Ejército de Oriente.—1ª división.—2ª brigada.—Coronel en jefe.—Ciudadano general: Paso, como es mi deber, a dar a usted el parte circunstanciado de las operaciones practicadas por la brigada de mi

* En el expediente del general Díaz, Archivo de Cancelados, existe el plano original levantado por Pérez Castro, y todos los demás anexos al parte oficial, ff. 408 y siguientes. Parece haber un ligero error de redacción en la parte final del segundo párrafo, o existe uno de imprenta. (A. M. C).

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

mando, durante el sitio que las fuerzas republicanas pusieron a los fuertes de Santo Domingo, El Carmen y Zaragoza, así como de las novedades ocurridas en ella.

El 20 de octubre próximo pasado la división de su digno mando se hallaba en marcha sobre esta plaza y a una legua de aquí me ordenó usted que con la brigada de mi mando me dirigiera a la Hacienda de Aguilera por el camino de San Felipe del Agua; y habiendo llegado a la cima de la cordillera en el punto precisamente en que se divide en dos ramales, hice marchar por el de la derecha al ciudadano teniente coronel Feliciano García con el batallón Guerrero y compañía de Tlaxiaco, dándole órdenes que se posesionara del Dominante y permaneciera en él hasta nueva orden. Yo seguí con el resto de la brigada, por la cima del ramal de la izquierda hasta posesionarme del crestón que lo termina hacia el noroeste de la hacienda de Aguilera y como a 500 metros de ella. Allí permanecí en observación de los movimientos que por el sur de la ciudad hacían la 1ª y 3ª brigadas; y cuando éstos me indicaron que había llegado el momento de descender del crestón, lo verifiqué ocupando la referida hacienda, donde establecí mi campamento habiendo tomado antes todas las medidas de seguridad convenientes. Dos horas después llegó la artillería, municiones y maestranzas, y el cuartel general quedó allí establecido.

El 21 me ordenó usted hiciera estrechar el sitio por el norte del frente del Carmen y occidente de la ciudad; el comandante de batallón ciudadano Carlos Pacheco fué designado para mandar y establecer esta línea, bajo mi vigilancia y dirección. El diario de las operaciones formado por este jefe, tengo el honor de dirigirlo a usted en pliego separado.

El día 22 por disposición de usted mandé ocupar con 100 hombres del batallón de Costa Chica las manzanas de Pasajuego, situadas al norte de Santo Domingo.

El 23 recibí de ese cuartel general para poner a disposición del coronel ciudadano Faustino Vázquez Aldana 130 hombres del batallón Morelos y 60 del batallón Patria. Esta fuerza relevó en la misma noche los 100 hombres de Costa Chica que cubrían las manzanas antes indicadas, las cuales formaron una línea que quedó a las órdenes del citado jefe. En la noche del mismo día se construyó un parapeto al norte del fuerte de Zaragoza en el cerro llamado de la Libertad distante 150 a 200 metros

del primero; esta obra fué defendida por la fuerza del teniente coronel García que desde el 20 permanecía en el Dominante.

Al aclarar el día 24, el fuerte de Zaragoza rompe un fuego vivísimo de cañón sobre nuestro parapeto, y nuestros tiradores hacen un fuego muy bien sostenido sobre las piezas, cuyos disparos cesan después de media hora. No tuvimos novedad.

En los días 25, 26, 27, 28 y 29, el resto de la brigada ha permanecido en el cuartel general como sostén de la artillería y lista a moverse a donde fuera necesario, como le verifiqué todas las veces que por lo nutrido de los fuegos en las líneas se creyó que el enemigo hacía una salida.

En la madrugada del día 30 se me pidieron 60 hombres del batallón de Chiautla, los cuales marcharon con usted para servir de sostén a la media batería de piezas rayadas que se colocó en el cerro de la Libertad y después del cañoneo que tuvo lugar la mañana de ese día, esta fuerza se retiró sin novedad.

El 31 a las cinco y media de la tarde se me comunicó por uno de los ayudantes de ese cuartel general la orden de marchar con 200 hombres de mi brigada a situarme en la 1ª calle del Sagrario, donde recibí la verbal de usted para ocupar los fuertes de Santo Domingo y el Carmen que acababan de rendirse, quedando sus defensores como prisioneros de guerra. La ocupación de dichos fuertes por la fuerza de mi mando tuvo lugar a las siete; y en el acto procedí a recoger los cañones, fusiles, carabinas y municiones del enemigo, todo lo cual puse a disposición del comandante general de artillería teniente coronel ciudadano Guillermo Palomino. El teniente coronel ciudadano Feliciano García, en cumplimiento de las órdenes que se le comunicaron, ocupó con su fuerza la de su mando que cubría el cerro de la Libertad, el fuerte de Zaragoza y como yo, puso a disposición del mi ciudadano comandante general los cañones, armamento y municiones que en él existían.

En el fuerte de Santo Domingo se encontró un depósito de vestuario cuya relación marcada con el número 1 tengo el honor de acompañar. En el del Carmen se recogieron cincuenta y cinco caballos que puse a disposición de ese cuartel general; así como una gran cantidad de víveres, que entregué al ciudadano Carlos Thiele, comisionado para recogerlos.

Los muertos y heridos que tuvo la brigada de mi mando durante el asedio de los fuertes enemigos, constan en la relación nominal que marcada con el número 2, tengo el honor de adjuntarle.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

He dado a usted, ciudadano general, un parte sencillo de los hechos de mi brigada y antes de terminarlo debo recomendar a ese cuartel general el honroso comportamiento de los individuos que la forman, pues todos, sin distinción de clases, han llenado su deber cumplidamente. Debo, no obstante, hacer una recomendación muy especial del digno comandante de batallón ciudadano Carlos Pacheco, así como de los oficiales que tuvo a sus órdenes; pues tanto él como ellos desplegaron un celo y actividad nada comunes, en el cumplimiento de sus deberes.

Réstame, ciudadano general, felicitarlo por el feliz desenlace de la gloriosa campaña de Oaxaca, comenzada el 3 de octubre en las lomas de los Nogales y terminada el 31 del mismo con la rendición de los fuertes en que se habían reducido los restos de las armas imperialistas, para prolongar más su agonía.

Independencia y República. Oaxaca, noviembre 3 de 1866.—*Manuel González*.—Ciudadano general en jefe de la Línea de Oriente.—Presente.—Es copia.—*F. Vázquez Aldana*.

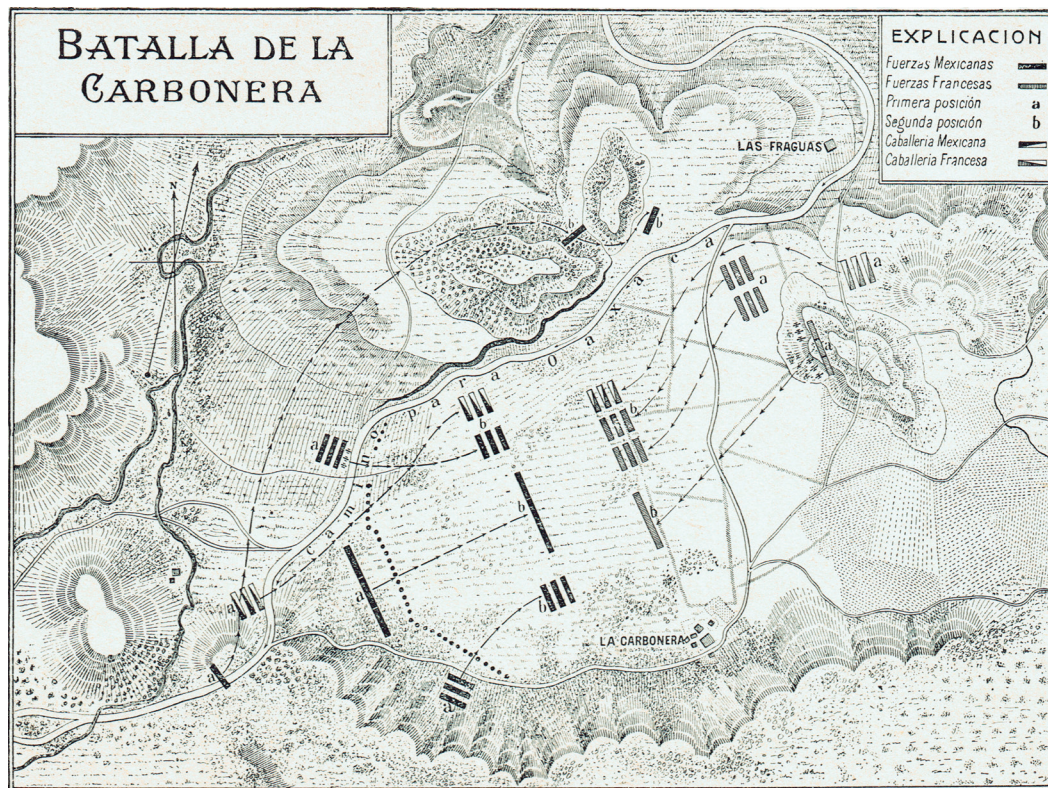
Número 8.—Ejército de Oriente.—1ª división.—2ª brigada.—Coronel en jefe.—Ciudadano general: Tengo el honor de dirigir a usted el diario de las operaciones formado por el ciudadano comandante de batallón Carlos Pacheco, jefe de la línea que se llamó de Xochimilco, cuyo tenor es el siguiente:

“Octubre, 21.—Ocupada la hacienda de Aguilera por la 2a. brigada, recibí orden del ciudadano coronel en jefe de ella, para ocupar la iglesia de Xochimilco, lo que verifiqué con 50 hombres del batallón Fieles y 15 del batallón Chiautla, y que después de ponerlos en estado de defensa, avanzase con violencia, todo lo posible, hacia el fuerte del Carmen ocupado por el enemigo, teniendo cuidado de cubrir mi derecha que podía ser batida por la guarnición del cerro, que llamamos fuerte de Zaragoza; esta orden quedó cumplida en muy poco tiempo; avanzando hasta la raya de Xochimilco.

“Octubre 22.—Con objeto de apagar los fuegos del tambor de la derecha del Carmen, dispuso usted que se ocuparan y se pusieran en estado de defensa, una pequeña manzana que enfila la primera calle de Pasajuego, cuyo nombre se ignora por no constar en el plano de esta ciudad; la manzana al norte del Carmen conocida por el nombre del Salmón y la que se halla entre la primera calle de dicho convento y la primera de Pasa-

juego. La primera de estas manzanas fué aspillerada en todas direcciones, pues usted la consideró como el punto de donde debían partir los trabajos para cortar las comunicaciones entre el fuerte de Zaragoza y los de la ciudad. La segunda y tercera manzanas fueron también aspilleradas, habiéndose construído un parapeto en la azotea de la segunda (Casa del Salmón). Como consecuencia de la ocupación de estos puntos, el enemigo se ha visto precisado a tapar todas las aspilleras del expresado tambor, pues era mucho lo que sufría por nuestros fuegos; suspendiendo también un trabajo que emprendía en uno de los corredores interiores del Carmen después de haberle matado en él dos austriacos y un mexicano. Este día ha sido reforzada la línea con 600 hombres de la compañía de Peras y piquetes de Tepeji y Tehutzingo, cuya fuerza dispuso usted que quedara de reserva en la iglesia de Xochimilco. Por la noche el enemigo hizo una salida por la primera calle de Pasajuego, y fué rechazado con alguna pérdida. Se construyó un parapeto en la primera calle del Carmen, y a 60 metros del tambor.

“Octubre 23.—Se dió principio por disposición de usted a un camino cubierto con fuegos de revés, desde el parapeto de la primera calle del Carmen a la manzana que enfila la primera del Pasajuego. El enemigo a las nueve de la mañana, y desde las alturas del convento, rompe un fuego vivo sostenido por la artillería y fusilería sobre nuestros puntos, y después de una hora es obligado por nuestros tiradores a abandonarlas. A las doce del día, el enemigo abre una tronera en la pared de la huerta del Carmen, coloca una pieza con objeto de abrir brechas en la manzana del Salmón, y nuestros tiradores apagan los fuegos de ésta; la tronera es cerrada con sacos de tierra sin haber logrado su objeto el enemigo. En la tarde y por dos disposiciones de usted se ocuparon la primera, segunda y tercera calles de la Emperadora y en la noche se comunicaron dichas por caminos cubiertos de fuegos de frente y de revés; con esto queda nuestra línea unida a la que se halla a las órdenes del ciudadano comandante Patricio Hernández. Del cerro de Zaragoza destaca el enemigo sobre nuestra línea varios tiradores y son rechazados con pérdida de un hombre. El teniente ciudadano Tomás Garcés es comisionado por usted con una pequeña fuerza para evitar que el enemigo del mismo cerro se comunique con el barrio del Marquesado; se logra el objeto con pérdida de un sargento 2º herido y conducido al hospital. En la tarde de este día se concluyó el camino cubierto que, por disposición de usted se sacó de la man-



PLANO DE LA BATALLA DE LA CARBONERA

(Bernardo Reyes. "El General Porfirio Díaz.")

zana situada al oriente, perteneciente a la línea que mandaba el ciudadano coronel Vázquez Aldana, con cuyo camino quedó concluída la obra de circunvalación de los fuertes enemigos.

“Octubre 24.—La línea ha sido reforzada por orden de usted con 15 hombres de Fieles y 10 de Chiautla, acompañados de 7 oficiales de la legión de infantería; habiéndose dado el mando de las tres manzanas de la Emperadora, al capitán ciudadano José Ojeda; el de la manzana que enfila la primera del Pasajuego, al comandante graduado, capitán ciudadano Francisco Higareda; el del parapeto de la primera calle del Carmen y manzana de su derecha, al capitán ciudadano Francisco Paredes, y el de la de Salmón al capitán ciudadano Antonio Camarillo. El fuego del enemigo ha sido lento y aunque ya no aparece en las alturas, en las huertas de Santo Domingo y el Carmen se le hicieron dos muertos y un herido; por la noche, durante media hora, hubo un tiroteo muy fuerte. Se concluyó el camino cubierto principado ayer.

“Octubre 25.—Por mandato de usted se me incorporaron 30 hombres del batallón de Costa Chica, para que quedaran en la iglesia de Xochimilco, disponiendo que la reserva que allí se encontraba se situara en un punto más inmediato a la línea, con objeto que en caso ofrecido su auxilio fuera más pronto y eficaz. En este día han quedado concluídas y perfeccionadas las obras de las manzanas, cuyos ángulos salientes, así como los zaguanes, puertas y ventanas, han sido revestidos interiormente. En el día ha habido varios tiroteos, y en todos el enemigo ha sufrido bastante.

“Octubre 26.—Se concluyó un tambor al norte de la manzana que mandaba el ciudadano capitán Higareda y al sur una flecha. Nuestros tiradores han tenido un reñido combate con algunos austríacos que descendieron del fuerte de Zaragoza; teniendo un sargento 2º y un soldado heridos.

“Octubre 27.—En la misma manzana se construyó una flecha sobre una azotea, de la cual se hace mucho daño al enemigo, principalmente al que ocupa la iglesia de la Sangre de Cristo. En la noche se construyó un parapeto bastante fuerte frente al Carmen, a distancia de una cuadra, y se colocó en él una pieza de montaña.

“Octubre 28.—En este día se ha hecho algún daño al enemigo en los patios de Santo Domingo y el Carmen, únicos puntos en que se avista.

“Octubre 29.—La artillería, tanto del cerro como de los conventos, obra activamente sobre nuestra línea.

“Octubre 30.—Se sostiene un vivo fuego de cañón en el parapeto de frente al Carmen, al que apenas contestaba el enemigo.

“Octubre 31.—Suspensión de fuegos; el enemigo ha tocado parlamento varias veces en el cerro, y al fin es contestado por nosotros. En la noche nuestras fuerzas toman posesión de todos los fuertes del enemigo que se ha rendido, con sólo la garantía de la vida.

“Noviembre 1º—A las 10 de la mañana recibí orden de usted para avanzar con la fuerza que he tenido el honor de mandar, al fuerte del Carmen, en cuyo punto se ha incorporado a sus respectivos cuerpos.

“Aquí termina, ciudadano coronel, la narración de las operaciones practicadas en la línea de mi mando; suplicándole se sirva disimular los defectos que en ella abundan y enmendarla en lo que crea conveniente, pues nadie mejor que usted está al tanto de lo ocurrido en ella.

“Me es grato, ciudadano coronel, manifestar a usted que tanto los ciudadanos oficiales como la clase de tropa, han llenado cumplidamente sus deberes, y no dudo que usted que ha visto su comportamiento, sabrá recomendarlos al ciudadano general en jefe, a fin de que se les guarden las consideraciones a que se han hecho acreedores.”

Y lo transcribo a usted para su conocimiento, manifestándole que, en oficio separado, doy parte a ese cuartel general de las demás fuerzas de la brigada de mi mando, durante el asedio de esta plaza.

Independencia y República. Oaxaca.—Noviembre 3 de 1866.—*Manuel González*.—Ciudadano general en jefe de la línea de Oriente.—Presente.—Es copia.—*Faustino Vázquez Aldana*.

Número 9.—Ejército Republicano. — Brigada del Centro. — Coronel en jefe.—C. General.—Después de la jornada del día 3 en Tlacolula, de la que di a usted parte separado, me fué preciso volver al cuartel general de la brigada de mi mando que estaba en el pueblo de Ixtepeji, para elaborar algunas municiones y unirme a la facción que dejé en marcha a las órdenes del teniente coronel ciudadano Luis Ballesteros; pero en los días 4 y 5 pude con muchas dificultades dotar la fuerza que, aunque no era suficiente para una batalla, y mucho menos para atacar una plaza, yo quise aprovechar el entusiasmo, no sólo de los soldados, sino de todos los pueblos que se me presentaban armados de palos, puñales y algunas armas de fuego, en pequeño número; dispuse el día 6 emprender

mi marcha sobre la plaza, y así lo verifiqué, tomándola a poca costa, pues aunque el enemigo se había propuesto defenderla, primero en los portales y luego en cada esquina de las que conducen a los fuertes de Santo Domingo y el Carmen, esto no les fué posible, porque habiendo destacado a los dos cumplidos tenientes ciudadanos Mauro Vázquez y Roque Alvarez, al flanco derecho de los buenos capitanes ciudadanos Félix Rodríguez y Antonio Pacheco, que llevaban el centro, hicieron encerrarse a los austriacos y traidores con mucha facilidad, reduciéndose a los fuertes referidos. La ocupación de la plaza la concluí a las siete de la noche de este día, tomando las principales posiciones del centro, y dejando mi reserva en la calle de la Alameda, para que estuviese expedita a moverse a donde fuera necesario si el enemigo se atrevía a salir fuera de las trincheras o a mí me hubiera convenido cualquier movimiento rápido, tanto más cuanto que el hospital lo tenía situado en el panteón, punto de una retirada; el día 7 se horadaron las manzanas del Obispado, Moneda, la de Quintas, que formaban una línea y la del Correo Viejo, la de D. Luis Mejía, el Teatro y Santa Catarina, que formaban otra línea, habiendo quedado dividido del enemigo sólo por el ancho de la calle, y comenzado a recibir el fuego de su artillería que siempre han despreciado nuestros soldados. Así permanecí los días 7, 8, 9 y 10 en que el enemigo se limitó a defenderse y a arrojar a la plaza continuamente proyectiles de a 7 pulgadas que más bien molestaban a las familias pacíficas que a la tropa. El día 11 en que recibí órdenes de usted, robustecí mis líneas y reservas, formé nuevos trabajos de fortificación y se estrechó el sitio hasta dejar reducido el campo enemigo a los fuertes de Santo Domingo y el Carmen. El día 16 retiré con el mayor orden la brigada sin perder un solo hombre y fui a recibir nuevas órdenes de usted a la hacienda de Aguilera para marchar, incorporado a la división, a la acción de la Carbonera.

El día 20, al regreso de la Carbonera, recibí orden de usted para ocupar la plaza y mis demás posiciones que el enemigo había ya destruído, y que queriendo defenderlas se las quitamos a viva fuerza en los combates que usted ha presenciado, y los que dieron a la segunda línea del Peñasco que mandaba el ciudadano comandante Patricio Hernández, fueron rechazados a pesar de estar la mayor parte incendiada por ellos y destruída por su artillería. La línea mandada por el ciudadano coronel Luis Pérez Castro, no sufrió ataque, pero sí mucho fuego de artillería, desde el día en que se rindió el enemigo y que se ocuparon los fuertes.

Todos los jefes, oficiales y tropa que componen la brigada de mi mando, cumplieron con su deber.

Acompañé a usted el estado de los muertos y heridos que tuve en todos los días del sitio.

Independencia y República, Oaxaca, noviembre 4 de 1866.—*F. Díaz.*

Ciudadano general en jefe de la línea de Oriente.—Presente.—Es copia.—*Faustino Vázquez Aldana.*

Número 10.—Ejército de Oriente.—Brigada de caballería.—General en jefe.—En cumplimiento de la orden general de 3 del presente, tengo el honor de participar a usted para su superior conocimiento, los movimientos ejecutados por la brigada de mi mando, cumpliendo así con las superiores órdenes recibidas de ese cuartel general.

El día 8 del próximo pasado rendimos la jornada de Miahuatlán y quedé situado con la brigada en la garita de Xoxo. El 9 del mismo después de haber recibido la orden correspondiente, emprendí mi marcha para la hacienda de Montoya, agregándose a mi fuerza la brigada de caballería mandada por el ciudadano coronel Campillo, y permanecemos en dicha hacienda hasta el día 10 que se me ordenó me pasara con mi fuerza a la hacienda de Panzacola. El 15 a las cinco de la tarde, por conducto del ciudadano Antonio Sánchez, ayudante de ese cuartel general, situado en la hacienda de Aguilera, se me comunicó que a las doce en punto de la noche ocurriera a ese cuartel general con el fin de tratar del levantamiento del campo para tomar el rumbo de Miahuatlán, a cuya hora de realizarse esta disposición, se recibió una carta del ciudadano general Figueroa avisando que ya venía en auxilio de la división; y desde luego se dispuso a marchar rumbo a San Juan del Estado, para cuyo fin recibí la orden verbal de usted para que me marchara a retaguardia de las infanterías. El 16 a las nueve y media de la mañana de este día hice el movimiento, y a las cinco y media de la tarde, rendimos la jornada en San Juan del Estado, y se me ordenó acampara en las lomas inmediatas del referido pueblo. El 17 a las doce del día se me ordenó que la brigada estuviera lista, lo que ejecuté inmediatamente, para contramarchar tan luego como arribara el ciudadano general Figueroa con su brigada de infantería; a la una y media de este mismo día arribó y continué mi marcha a retaguardia de las infanterías, según la superior disposición; a las cinco de la tarde llegamos a la villa de Etla donde se me ordenó que mandara continuar su marcha el Escuadrón Tepeji y brigada de caba-

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

llería del ciudadano coronel Campillo, y esta fuerza quedó situada en la hacienda Blanca como avanzada; a las doce de la noche de ese mismo día se me ordenó que la fuerza avanzada en la hacienda Blanca se reconcentrase en Etla para marchar rumbo a Huitzo, de allí a la Carbonera, lo que se cumplió debidamente. El 18 como a las doce y media de la mañana, marchamos para la Carbonera, yendo a retaguardia de la infantería hasta que llegamos a las lomas de aquel punto, donde hicimos alto y comenzamos a tomar posición, según se nos mandaba, en la línea de batalla que se estableció, ocupando con mi brigada la izquierda hasta como a las dos y media de la tarde, que cargamos contra el enemigo y sin embargo de la decisión de nuestros valientes soldados, fuimos arrollados tres veces, hasta que por último dimos la carga decisiva y logramos hacer la dispersión completa de aquél, continuando el alcance hasta lograr tener en nuestro poder todos los prisioneros austríacos; teniendo que lamentar en esta función de armas, por nuestra parte, los muertos y heridos que tuvimos y de los cuales le acompaño a usted la relación. Concluida ya la acción recibí orden de contramarchar hasta la hacienda de la Matanza. El 19, como a las 2 de la tarde, emprendí mi marcha a retaguardia de la división, quedándose la caballería del ciudadano coronel Campillo en la villa de Etla, para incorporarse a la brigada del ciudadano general Figueroa, y continué mi marcha con la brigada de mi mando hasta la hacienda de Dolores. El 20 continuamos la marcha para esta ciudad, situándome en la hacienda de Montoya, donde recibí orden ese mismo día para que me situara en la de Panzacola, lo que se ejecutó en el acto. El 21 recibí orden verbal para que desde en la noche de ese mismo día se situaran en la falda del fuerte de Zaragoza, 80 dragones, apostándolos por parejas, y se pusieran avanzadas, una de 20 hombres en el cementerio de la Soledad, otra de 15 en la garita del Marquesado, otra de 10 en el camino de la villa de Etla y otra de 10 en el camino del río de San Jacinto, y este servicio se hizo con la exactitud que él demandaba, por tratarse nada menos que de estar en observación del enemigo y hostilizarlo en todo lo posible haciendo esta fatiga en los mismos términos hasta el día 31. El 29 se remitieron a ese cuartel general dos prisioneros traidores prófugos del fuerte de Zaragoza, que fueron aprehendidos por la avanzada de la garita del Marquesado y sus nombres son: Francisco Hernández y Francisco Vargas, los cuales me manifestaron la situación que guardaban en el fuerte y de lo cual formé

una ligera relación que mandé a usted adjuntamente con la nota de remisión de los prisioneros en la fecha. El 30, como a las nueve de la noche se remitieron con el ciudadano comandante Crescencio García, cuatro austríacos que desertaron del fuerte de Zaragoza, armados. El día 1º del corriente se dispuso por la orden general que entrara la brigada a la población tomando por alojamiento los mesones de la Soledad y Húsares, y con estas órdenes se cumplió hasta el día 2, siendo necesario haber ocupado el mesón de la Luna, con el conocimiento del ciudadano mayor general.

Estas han sido mis operaciones, ciudadano general, y emito recomendarle a usted la conducta militar de los ciudadanos jefes, oficiales y tropa que forman la brigada de mi mando, pero usted justo apreciador de los buenos servicios de los buenos mexicanos, los recibirá en su verdadero valor.

Independencia y Libertad. Oaxaca, noviembre 4 de 1866.—V. Ramos.—Ciudadano general Porfirio Díaz, en jefe de la línea de Oriente.—Presente.—Es copia.—*Faustino Vázquez Aldana*.

Número 11. Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—Coronel del estado mayor general.—Ciudadano general: Hallándome en el pueblo de Tuxtepec el día 18 del corriente se recibió la noticia de la brillante victoria obtenida por usted y las fuerzas de su mando en Miahuatlán, y después de la cual se encontraba sitiando a los imperiales de esta plaza. En el mismo día emprendí mi marcha para incorporarme a usted, lo que verifiqué el día 23 del mismo, en el cuartel general situado en la hacienda de Aguilera, y como la noche del mismo día tuvo usted la bondad de encargarme el mando de la parte norte de esta capital para reducir el sitio a los fuertes de Santo Domingo y el Carmen, tengo el honor de dar a usted parte de las novedades ocurridas, y de los trabajos que se verificaron en la expresada línea.

El 23 en la noche fué ocupada en presencia de usted y bajo su dirección, la 1ª manzana que de la esquina de la plazuela de Guadalupe se extiende del este al oeste, quedando concluido para el amanecer el camino cubierto que nos comunicaba con la 2ª manzana de la misma línea y el parapeto que batía el reducto enemigo que estaba situado al este del fuerte de Santo Domingo.

En la noche del 24, protegidos por el fuego de artillería que fué colocada personalmente por usted para batir los fuertes de Santo Do-

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

mingo y el Carmen, se construyó el parapeto y camino cubierto que conducía de la 2ª a la 3ª manzana, la cual fué ocupada, comenzándose al amanecer otro camino cubierto, que comunicó ésta con la siguiente llamada de Salmón, y que habiendo sido concluída en la tarde, lo quedó la línea de circunvalación al enemigo por este rumbo.

El día 25 se construyó un camino cubierto para comunicar con la manzana del Tívoli, e inmediatamente procedí a levantar un nuevo parapeto avanzando sobre las posiciones enemigas, para ocupar como lo verifiqué, las manzanas nombradas de Cházari y Benavides, que corren de este a oeste, hasta quedar en el ángulo formado por las obras avanzadas de Santo Domingo y el Carmen, y con cuya operación las aspilleras que ocuparon los tiradores de mi línea, quedaron a 15 metros frente de los tiradores enemigos, cuyos fuegos quedaron apagados.

En los días subsecuentes se practicaron en los ángulos de las manzanas revestimientos y obras interiores para resistir el fuego de la artillería enemiga, así como las galerías de minas determinadas por usted en sus instrucciones.

La mayor parte de estas obras fueron construídas bajo la vigilancia de mi segundo en jefe ciudadano teniente coronel de infantería Eduardo Paredes, ayudado por el subteniente del batallón la Patria, ciudadano Francisco Ginés.

Tanto éstos como los ciudadanos jefes, oficiales y tropa de los batallones Morelos y Patria, que fueron a mis órdenes para cubrir la línea, han cumplido exactamente con su deber, y los recomiendo a usted por su bizarría e intrepidez, en todos los momentos que tuvieron que practicar los trabajos de zapa bajo los fuegos enemigos, debiendo manifestar a usted la satisfacción de no lamentar por nuestra parte ninguna pérdida.

Felicitó a usted, ciudadano general, por el feliz éxito obtenido en el asedio de esta plaza, así como por las gloriosas batallas de Miahuatlán y la Carbonera, protestándole a la vez mi respeto y subordinación.

Independencia, República y Reforma. Oaxaca, octubre 31 de 1866.
F. Vázquez Aldana.—Ciudadano general en jefe de la Línea de Oriente. Presente.—Es copia.—*Faustino Vázquez Aldana*.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

A. EJERCITO REPUBLICANO.—PRIMERA DIVISION
MAYORIA GENERAL

Lista nominal de los prisioneros traidores hechos en la toma de esta ciudad el 31 de octubre de 1866.

EXTRACTO

General de brigada, 1; ídem graduado, 1; coroneles, 3; tenientes coroneles, 3; capitanes, 12; tenientes, 13; subtenientes, 16; sargentos primeros, 4; ídem segundos, 9; Soldados 340; *total*, 357. Resguardo, 15; empleados, 1; reos de cárcel 89; paisanos, 11; escribientes, 2.

EJERCITO REPUBLICANO.—MAYORIA GENERAL

Relación nominal de los prisioneros traidores hechos en la toma de esta ciudad, el 31 de octubre de 1866.

General de brigada Carlos M. Oronoz; ídem coronel Juan Ortega; coroneles: Manuel Palomino, Desiderio Quintana, Pedro Torres; tenientes coroneles: Julián Domínguez, Francisco Vela, Pedro Garay; capitanes: Manuel R. Hernández, Manuel Balderas, Jesús Castañeda, Jesús Rojas, Amado Granja, Juan Herrera, Luis Navarro, José M. Pérez, José María Ramos, Benito Arango, Felipe Romero, Bernabé Salgado; tenientes: Juan Mugarrieta, Francisco Quezada, José Calderón, Nicolás Aragón, Tomás Becerra, Manuel Romero, Francisco Trillanes, Felipe Velázquez, Salomé Argueta, Basilio Liévana, Mariano Navarro, Florencio Luengas, Eduardo Ramírez; subtenientes: Manuel Díaz, Prisciliano Domínguez, Lauro Prieto, José Urbina, Crescencio Castro, Francisco Navarro, Ignacio Olvera, Antonio Vázquez, Benjamín Cortés, Pedro Carpio, José Avella, Prisciliano Gómez, Anastasio Vargas, Manuel Ponsoda, Bartolo M. Aguilera, Espiridión Vázquez; sargentos primeros: José Jiménez, Ignacio Pérez, Alejandro Hernández, Francisco Jiménez; sargentos segundos: Dionisio Sierra, Santos Cervantes, Juan Arvea, Tiburcio Fera, Jacinto Juárez, Lucio Catalán, Pedro López, Pablo López, José María Monterrubio; soldados: Lorenzo Sierra, Manuel Ramos, Feliciano Sánchez, Leonardo Martínez, Miguel Ledesma, Secundino Romero, José Donaciano, Luis Hernández, José María García, Félix Osorio, Manuel Santiago, Domingo Morales, José Gómez, Pascual Pérez, José María Vázquez, Alejo García,

<p>Fuerzas mexicanas</p> <p>infantería..... caballería..... tiradores..... dirección de marchas.....</p>	<table border="1" style="margin: auto;"> <thead> <tr> <th colspan="2">POSICIONES</th> </tr> <tr> <th>1ª</th> <th>2ª</th> </tr> </thead> <tbody> <tr> <td style="text-align: center;"></td> <td style="text-align: center;"></td> </tr> <tr> <td style="text-align: center;"></td> <td style="text-align: center;"></td> </tr> <tr> <td style="text-align: center;"></td> <td style="text-align: center;"></td> </tr> </tbody> </table>	POSICIONES		1ª	2ª							<p>Fuerzas francesas</p> <p>infantería..... caballería..... artillería..... tiradores..... dirección de marchas.....</p>
POSICIONES												
1ª	2ª											
<p>POSICIONES SIMULTANEAS</p> <p>fuerzas mexicanas fuerzas francesas</p>												
a		a'										
b		b'										

2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
<http://ru.historicas.unam.mx>

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

Pedro Antonio, José María Méndez, Agustín Canseco, José Pérez, Juan Cruz 1º, Felipe Rodríguez, Felipe Zavaleta, José María Jiménez, Pablo Luis, Santiago López, Juan de Dios Hernández, Francisco Matías, Juan Cruz 2º, Casimiro Sánchez, Apolonio Martínez, Juan Cortés, Pedro Espinosa, Bartolo E. Hernández, José María López, Tomás Morales, Sixto Muñoz, Angel Martínez, Mariano Chincolla, Anastasio Martínez, Francisco Cruz, Procopio Cuevas, José María Martínez, Juan María Martínez, Manuel Caballero, Pablo Martínez, Andrés Somuano, Isidro Pérez, Mónico Martínez, Pedro Soriano, Angel Jiménez, José María González, Miguel Gómez, León Sandoval, Joaquín Castillo, Leocadio Méndez, Nicolás Martínez, Nicolás Gabriel, Leandro Peralta, Juan Mendoza, Bernardo Aragón, Luis Pérez, Jesús Ambrosio, Esteban López, Francisco Ramírez, Bartolomé Martínez, Juan de Dios Tomás, Leocadio Pérez, Bartolomé Mendoza, Manuel Solórzano, José María Reyes, Agapito Hernández, Francisco Ramírez, Crescencio Alcázar, Manuel Cruz, Pedro Hernández, Pantakón Corona, Juan Martínez, Albino Ramos, Esteban Molina, José Cano, Justo Mendoza, José Melchor, Narciso Bautista, José María Flores, Juan Santos, Policarpo Carrasco, Francisco Moreno, Juan Cuevas, Guadalupe Carrión, Ricardo Nuga, Francisco Santos, Atilano Acosta, Wenceslao Sol, Basilio Hernández, Ventura Reyes, José Sierra, Francisco Ortiz, Juan Rojas, Nemesio Sagueta, Tiburcio Ríos, Lino Toscano, José Sebastián, Vicente Cruz, Antonio Contreras, Juan Méndez, Máximo García, Tiburcio Roque, Zacarías Infantes, Rosalino Calderón, Juan Bautista, Jacinto Ramírez, Luis Martínez, Román Orozco, Juan López, José María, Ildefonso Ramírez, José Cabrera, José D. Manuel, Ambrosio Cruz, Antonio Sánchez, Prudencio Bazán, Juan Pioquinto, Justo Pérez, Francisco Hernández, Justo Villavicencio, Timoteo Ramos, José María Nolasco, Manuel Avendaño, Silverio Mendoza, Estanislao Carrera, Lorenzo Calderón, Macedonio Marín, José Martínez, José Tiburcio, Juan Villavicencio, Antonio José, Manuel Gutiérrez, José Villavicencio, Manuel Antonio, Felipe Cano, Antonio Hernández, Juan Ulloa, José María Sánchez, Juan Arellano, Pánfilo López, Juan Medina, Nazario Velasco, Amado Vázquez, Feliciano Martínez, Mateo Ramos, Feliciano López, Manuel López, Lorenzo Pérez, Gregorio Melchor, Francisco Martínez, Romualdo Sierra, Felipe Contreras, Epitacio Ramírez, Tomás Silva, Lorenzo Morales, Manuel Cuevas, Calixto Bistray, Pedro Jiménez, Margarito Cruz, José Bolaños Cruz, Basilio Carranza, Mateo López, Cornelio Rivera, Tiburcio

Reyes, Valentín Sánchez, Eugenio Rosas, Juan de la Cruz, Atanasio Somuano, José Ramos, Miguel Santos, Miguel Aguilar, Apolonio Franco, Manuel Castillo, Juan Martínez, Nazario Martínez, Valentín Ríos, Aniceto Ramos, Gregorio Sánchez, Quirino Agüero, Lorenzo Patiño, Francisco Robles, José María Martínez, Patricio Montaña, José María Sánchez, Mauricio Patiño, Dionisio Sánchez, Luis Agüero, Ambrosio Solano, José María Sánchez, Nemesio Agüero, Antonio Martínez, Luis Amador, Arcadio Solano, Gregorio Conderso, Teófilo Soriano, Margarito Villavicencio, Caralampio Sánchez, Pedro Agüero, Perfecto Hernández, Pablo Martínez, Juan Franco, Victoriano Serrano, Manuel Rodrigo, José Olivera, Francisco Martínez, José D. Cruz, Julián Jerónimo, Hermenegildo Ruiz, José Luis Vázquez, Apolonio Fuentes, Agustín López, Juan Aquino, Bernardo Serna, Máximo Jarcela, Mucio Arellano, Marcelino Escamilla, Francisco Rivera, Victoriano Jiménez, Agustín Rebollo, Dionisio Vázquez, Pascual López, Teodoro Gutiérrez, Apolinar Sánchez, José Cruz, Cosme Damián, Manuel Salinas, Crisanto Flores, Francisco Olivera, Guillermo García, Rosendo Flores, Nicolás Salmerón, Pedro Nolasco, Manuel Nájjar, José García, Librado Gómez, Pánfilo Torres, Pedro Mijangos, Victoriano Arrazola, Severiano Cuevas, Ignacio Cruz, José María López, Felipe Reyes, Jacinto Salas, Agustín Carpio, Juan F. Zárate, Cesáreo Gacejas, Faustino Molina, Máximo Marcial, José Cruz, José Juárez, Mateo López, Julio Cruz, Sebastián Ruiz, Diego Leyva, Manuel Martínez, José Ramírez, Marcos Sánchez, Félix García, Feliciano Manuel, Doroteo Morales, Pablo Casimiro, Francisco Osorio, José María Ramírez, José Arango, Andrés Colmenares, Nicolás Lorenzo, José Soriano, Fructuoso Ramos, Alejo Santiago, Juan Rodríguez, Agustín Olivera, José López, Bernardo Pérez, José María Martínez, Justo Pacheco, Leonardo Flores, Manuel Pacheco, Laureano Ruiz, Fernando Pascual, José Carlos, Benigno Moreno, Manuel Méndez, Nazáreo Castellanos, Onofre Castellanos, José Castellanos, Herculano Soto, Prisciliano Martínez, Justo Rufino, Juan Margarito, José Pascual, Cornelio Hernández, Agustín López, Manuel Pérez, Juan Inocente, Juan P. Tomás, Felipe González, Marcelino Hernández, Damasio López, Macedonio Bojes, José Caribi, José Bolaños, José María Poncelas, Hilario Martínez, Melchor Gutiérrez, Federico Ramírez, Nemesio Sánchez, Manuel Celaya, Felipe Peña, Severo Alderete, Laureano Pérez, Ignacio Gómez, Marcos Martínez, Rafael Valde, José Ramos, Anastasio Platas

Pablo Sánchez, Francisco Delgado, Juan Moreno, Juan Romualdo, Faustino Colmenares, Antonio Reyes, Néstor Castellanos, Francisco Vázquez, José Lascars, José María Illescas, Francisco Vázquez, Telestoro Vázquez, Urbano Vázquez.

Resguardo de alcabalas.—José María Castañeda, Crescencio Luján, Francisco García, José María Alarcón, Benigno Alarcón, Santiago Ojeda. Francisco Ojeda (hijo), Francisco Raba, Juan Ramírez, José Manzano, Ignacio Díaz, Mariano Muñoz, Aurelio Bolaños, Manuel Palacios, Benigno Olguín; Sastre, Gregorio Cejudo.

Empleados de hacienda.—Escribientes: Juan Aguirre, Manuel Cortés, Leandro Castellanos.

Reos de la cárcel.—Guillermo García, Prisciliano Legaspes, Francisco Angel, Juan D. Jarquin, Secundino Rivera, Rosalío Pérez, Cecilio Hernández, Guillermo Cortes, Calixto Filio, Vicente Fuentecilla, Juan Sánchez, Carolino García, Santiago García, Juan José García, Lucas López, José María García, Antonio López, Francisco de la Cruz, Atanasio Almogábar, José Vázquez, Francisco Cruz, José León Martínez, Juan Ogayar, Juan Pablo Martínez, Máximo López, Felipe Alonso, Manuel Gómez, Pedro López, Manuel A. Velasco, Raimundo Arango, José María Abundi, Bonifacio Sosa, Catarino Sánchez, Manuel María Ventura, Leonardo Santiago, Juan García, Manuel Orzes, Miguel Fabián, Narciso Sosa, Manuel Marcelino, Manuel Bonequi, José Exiquio, Gabino Rojas, Andrés Santiago, Pedro Jacobo, Florentino Trinidad, Trinidad Ruiz, Juan Hernández, Francisco Ramírez, Francisco Méndez, Pablo Casimiro, Juan Esteban, Luciano Javier, José María Hernández, Simón Rodríguez, Miguel Vázquez, Francisco Baltasar, Juan Sánchez, Eugenio García, Ventura Rendón, Pedro Ruiz, José de Jesús del Valle, José Hernández, Manuel García, José Sánchez, Andrés Venegas, Lázaro de la Cruz, Mariano López, Ignacio Luis, José González, Cosme Méndez, Pedro Barranco, Pedro Luis, Juan Galván, Lázaro López, Mariano Pacheco, Gervasio Robles, Gumersindo Quevedo, Rafael Martínez, José Patricio Pérez, Manuel Gómez, Juan Pacheco, Gervasio Pinelo, Félix Hernández, Atanasio Raimundo, Francisco Mendoza, Laureano Ortiz.

Paisanos.—Domingo Alonso, José María Prieto, José María Conde, Atenógenes Liébana, Manuel García.

21. II. *Carta del general Díaz al señor Romero*

“Oaxaca, noviembre 11 de 1866.

“Muy apreciable amigo:

“Por las muchas y graves ocupaciones de la situación actual en este Estado, no había podido contestar a usted a tiempo sus dos apreciables de 19 de septiembre y 22 de agosto últimos, pero lo hago hoy, y en ésta lo instruiré de todo.

“Recibí los impresos que se sirvió usted mandarme y espero que continuará en sus favores.

“Estoy enterado de que, en efecto, marcha la política de una manera brillante. Como usted sabe, el interior hace progresos y nosotros por acá hacemos cuanto podemos. De septiembre a fin de octubre, hemos ganado cinco batallas en las cuales hemos destruido todo lo que el imperio tenía en este Estado y del cual estamos en posesión con todo lo que aquél tenía para sí. Todo esto, mejor explicado, lo habrá visto usted en los impresos diversos que he tenido el gusto de mandarle.

“Los acontecimientos se precipitan por acá. Con la llegada de Castelnau, Maximiliano se salió de México y está en una finca próxima a Orizaba. Se ignora el objeto, pero según todas las probabilidades, está en expectativa del desenlace, para estar inmediato a Veracruz. Le ha servido de pretexto la enfermedad de Carlota, y en espera de una noticia sobre su enfermedad, se acerca al puerto. Dentro de poco se descubrirá la incógnita.

“Situado en este Estado por haber concluido con las fuerzas imperiales de él, según habrá usted visto, por mis anteriores e impresos que tuve el gusto de enviarle, nuestra comunicación es más fácil y más violenta por Tlacotalpam y Veracruz, que será por donde vaya la presente.

“Me habla usted de armas y municiones, y esto me obliga a encargar a usted las que necesito. Tales son: mil carabinas de Spencer de doce tiros y suficiente número de municiones, todo para infantería; cuatro mil granadas por el modelo que presentará el comisionado ad hoc; quinientas pistolas del número 1, que creo son las más grandes, de cilindro, de seis tiros, y quinientos sables fuertes de munición.

“Para recibir todo eso y lo más que se pueda, tengo ahora expeditos los puertos del sur del Estado, por donde con seguridad me puede venir cualquier cosa. Nuestro amigo Terán, en efecto, está ya en campaña, y está ahora conmigo en este cuartel general.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

“Recibí los periódicos y he visto con mucho gusto la proclama del presidente que es, en efecto, muy significativa. Nada he visto que digan los periódicos imperialistas sobre ella.

“Santa Anna sin duda está loco según los pasos que está dando. Sólo él es capaz de ello.

“Remito a usted los últimos boletines publicados en esta ciudad, para que conozca el estado de nuestra organización. Quedó ésta concluida, habiendo colocado a personas que no tienen mancha. Me ha costado trabajo, pero he conseguido mi objeto.

“Deseo buena salud para usted y que mande como a su amigo que le aprecia.—(Firmado) *Porfirio Díaz*.—Señor don Matías Romero.—Washington.”

21. III. *Carta del general Díaz al señor Romero*

“Oaxaca, noviembre 26 de 1866.

“Señor mío y apreciable amigo:

“En mi anterior del 11 del corriente, dije a usted que después enviaría con un comisionado el modelo de proyectiles que necesito y algunas otras cosas más y al efecto pasa en persona el ciudadano Fidencio Hernández uno de los que con carácter de jefes de los de la Sierra ocupó esta ciudad el 6 del pasado.

“El citado Hernández, pondrá en manos de usted el modelo de una granada, de las piezas rayadas que quité a los austríacos en la Carbonera. De estas granadas quiero cuatro mil, como dije a usted en mi anterior.

“Quiero también mil carabinas por el sistema de Spencer de a doce tiros cada una, y el suficiente número de municiones propias para infantería; esto es, de cañón largo como fusil y su respectiva bayoneta o marrazo.

“Quiero igualmente quinientas carabinas por el mismo sistema y de cañón pequeño propias para caballería; quinientas pistolas de cilindro de seis tiros y las más grandes que sea posible, que a mi juicio son del número 1, y quinientos sables de munición, pero fuertes.

“Por acá no tenemos novedad particular, pues aun los de Tehuantepec, no pudiendo sostenerse en la Villa, se han salido y a mi juicio, pronto cederán desbandándose o dando cuenta de ellos los juchitecos.

“Maximiliano continúa en Orizaba, aislado del todo, y según las

noticias que recibo, tratado con mucho desprecio por los franceses y los traidores. Creen muchos que se consideran como prisionero de los primeros hasta que no haya una verdadera y formal abdicación.

“Márquez y Maximiliano han tenido sus entrevistas en el mismo Orizaba y según los periódicos, marchó el primero para México. Miramón que desembarcó junto con Márquez, se asegura que permanece aún en Orizaba.

“Yo continúo en esta capital porque la falta de recursos no me permite moverme tan pronto como yo quisiera. Siendo esta falta la rémora principal para todos mis movimientos, pues carezco aun de lo más preciso para la tropa, especialmente en esta estación, cuya circunstancia me ha obligado a despachar una parte de mi caballería, a los límites de Puebla, sin darles el equipo que necesitan.

“Por esta misma falta, no puedo remitir a usted el valor de los proyectiles y armas que le pido, pero fío en la actividad y eficacia de usted y en el patriotismo del ciudadano presidente, a quien suplico le dé cuenta con la presente, por si yo no lo pudiera hacer, que me proporcionarán lo que antes he referido.

“Sírvasse usted dar grandes expresiones a su familia, recibiendo para sí las más cordiales pruebas de cariño de su servidor que b.s.m.

“Aumento.—Sírvasse usted decirme lo que sepa de nuestro amigo Justo a quien esperaba tener a mi lado en esta fecha y cuya falta aun de cartas, me está poniendo con cuidado.—S.S.S.

“Aumento.—Quiero también que me consiga usted trescientos pares de botas para caballería comunes, y de las más fuertes y de más duración.

Dispense usted tanta molestia y mande a su amigo (firmado) *Porfirio Díaz*.

“Aumento.—En la carta que dirijo al señor presidente le suplico conceda una medalla para mis compañeros de armas, por las glorias que han obtenido; y creyendo que accederá a mi súplica, envío a usted un modelo por el cual quiero que se haga la que pido y que inmediatamente se le dé cuenta para que se le coloque en la heráldica. Mucho agradeceré a usted que al regresar mi comisionado Hernández, traiga consigo el decreto del señor presidente y la medalla respectiva. S. S. S.—(firmado) *Díaz*.—Señor Don Matías Romero, Ministro de México en Washington.”

22. *Parte oficial de la acción de la Chitova dado por el general Díaz.*

República Mexicana.—Gobierno del Estado Libre y Soberano de Oaxaca.—Secretaría.—Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.

Con esta fecha digo al ciudadano Ministro de Guerra lo que copio:
“Ciudadano Ministro:

“Hoy al amanecer emprendí mi marcha del pueblo de Jalapa, y media hora después de mi salida, el enemigo comenzó a hostilizar mi columna por la retaguardia y a amagar sus flancos protegido por el bosque y lo escabroso del terreno.

Inmediatamente ordené que un batallón colocado en tiradores y con las reservas necesarias, viniera conteniéndolo por cerca de tres leguas hasta llegar a este punto, donde escogí posiciones y dispuse lo conveniente para recibirlo, formando mis tropas en batalla con la caballería a la izquierda y el centro apoyado con dos piezas de artillería sobre una pequeña altura.

“Engañado el enemigo creyó que veníamos huyendo y nos cargó con bastante furor toda su fuerza de 700 hombres de infantería y como 100 dragones, rompiendo un nutrido fuego de fusilería y trabándose un rudo combate que duró hora y media, concluyendo por ser rechazado y perseguido por el batallón “Libres de Oaxaca” y por dos escuadrones de nuestra caballería, sobre la que se había arrojado la del enemigo al principio del combate.

“El enemigo dejó sobre el punto 13 cadáveres, se le quitaron 22 caballos, 23 mosquetes, teniendo por nuestra parte que lamentar la pérdida de un soldado que fué muerto y dos heridos.

“En el acto continuó mi marcha para Tehuantepec.

“Lo que tengo el honor de participar a usted para su conocimiento, suplicándole se sirva ponerlo en el del ciudadano presidente de la República.

“Lo transcribo a usted para su conocimiento, y para que se le dé publicidad.

“Independencia, República y Reforma. Rancho de la Chitova, diciembre 19 (a la una de la tarde) de 1866. — *Porfirio Díaz*.—Ciudadano general Alejandro García, segundo en jefe de la Línea de Oriente. — Oaxaca.”

“Es copia que certifico. Oaxaca de Juárez, enero 19 de 1893.—*Manuel Martínez Gracida*, oficial mayor.”

“Enero 19 de 1893.—*Manuel Martínez*.”

23. I. *Armas enviadas por nuestro ministro en Washington*

Carta del general Díaz al señor Romero

“Oaxaca, noviembre 27 de 1866.

“Muy querido amigo:

“Después de escritas y cerradas mis dos anteriores me ha parecido conveniente recomendar a usted vea si es posible que se me puedan hacer tres piezas rayadas del mismo calibre, cuyo modelo presenta a usted don Fidencio, mi comisionado, debiendo ser las piezas del sistema prusiano, que son las que tengo en mi poder, y en el caso de no ser posible, mandaré a usted un modelo de aquéllas para que sean iguales. Si el tiempo me alcanza irá con esta misma carta y si esto no fuera posible, procuraré mandarle las medidas por el paquete próximo.

“En cuanto al montaje lo quiero de hierro y el mismo don Fidencio dirá su construcción.

“Si en lo dicho arriba hubiere dificultad, me parece que sería conveniente construir otras tres piezas aunque no fuera por el sistema prusiano, sino por el de los Estados Unidos, pero siempre del mismo calibre del modelo y en este caso el número suficiente de proyectiles de estas piezas.

“En fin todo queda a la prudencia de usted e instrucciones que le dará el citado Hernández para que las cosas sean lo mejor posible.

“Disimule usted tanta molestia que le ocasiona, y seguro del afecto que le profesa, mande a su amigo y S.Q.B.S.M.—(firmado) *Porfirio Díaz*.

“Señor don Matías Romero, ministro de México en Washington. Aumento. Dice el señor general se sirva ver el pliego del señor ministro para cuyo efecto va abierto.”

23. II. *Carta del general Díaz al señor Romero*

“Oaxaca, enero 17 de 1867.

“Estimado amigo:

“Escritas desde noviembre las adjuntas, han regresado otra vez

porque Fidencio no pudo pasar de las cercanías de Minatitlán. Entre tanto los señores Benítez y Baranda llegaron con el convoy el día 4 del pasado a Minatitlán, y ya tuve la felicidad de terminar en pocos días la campaña de Tehuantepec. Sólo espero la llegada del armamento y municiones para seguir mi marcha sobre Puebla, donde será más fácil comunicarnos por conducto de don Salvador Herrera, de Veracruz, o don Jesús López, de Puebla, o de José Antonio que se halla en México.

“En vez de Fidencio sale su hermano de usted con objeto de traer los efectos que constan en la nota adjunta cuya necesidad se me hace sentir todos los días. El señor su hermano de usted es y continúa empleado de dotación en la oficina de alcabalas, con un pequeño sueldo que continuará recibiendo su familia, pero no habiéndome sido posible darle más de \$250 para gastos de viaje, suplico a usted le proporcione lo necesario para su regreso y subsistencia en esa, ya sea de los fondos públicos que tenga usted a su cargo, como auxilio al cuartel general de Oriente, o en último caso librando por su importe contra la comisaría del ejército de Oriente seguro de que no lo dejaré a usted en descubierto.

“En una palabra, yo me prometo que usted hará lo que sea posible por el pronto regreso de mi comisionado y por el éxito de su encargo como asunto de servicio y de la mayor importancia.

“Sin más por ahora, que ya no tengo tiempo, me refiero en todo a las explicaciones del señor Romero; suplico a usted que presente mis recuerdos a su estimable familia y mande lo que guste a su afectísimo amigo atento y seguro servidor.—*Porfirio Díaz*.

“Adición. Con ésta deberán entregar a usted una granada, modelo de las que necesito para las piezas quitadas al enemigo. En Minatitlán tenemos al señor don Daniel Price, súbdito inglés, muy buen amigo, que es el encargado de remitir a usted ésta.—Salud.—*Porfirio Díaz*.”

24. *Juan Pablo Franco*

Vamos a reproducir lo que expresaron algunos periódicos de la ciudad de México con motivo de la muerte de Franco. Dijo *La Sociedad*, en su número del 11 de febrero de 1867: “No habíamos querido consignar hace cuatro o seis días la noticia del fusilamiento del señor licenciado don Juan Pablo Franco en Oaxaca, así por no dar semejante golpe a su familia que reside en México y que ignoraba todavía la suerte del prisionero, como

por alimentar una vaga esperanza de que no resultara confirmada tan triste noticia. Hoy la hallamos en las columnas de otros periódicos, con referencia a cartas de Puebla y de Oaxaca, y no podemos por lo mismo excusarnos de darla a nuestros lectores. Se recordará que el señor Franco, prefecto departamental, primero, y después visitador imperial de Oaxaca, fué aprehendido el 15 de diciembre último, cerca de Tecamachalco, por una guerrilla, cuando venía acompañando a su familia, y llevado a la ciudad de Oaxaca, donde los disidentes le sometieron a un consejo de guerra. No obstante el alto puesto que ocupó bajo el régimen imperial, los antecedentes liberales del señor Franco, sus relaciones personales con los individuos del partido republicano más influyentes en Oaxaca, la moderación y templanza con que trató en su jurisdicción a todas las personas de ese mismo partido, y las simpatías que la generalidad de ellas le profesaba, hacían esperar fundadamente que no se atentaría contra su vida; máxime recordando la práctica y las instrucciones del general Díaz a sus subordinados, relativamente a remitir a los supremos poderes federales el juicio y la absolución o castigo de los ciudadanos a quienes los adversarios del régimen imperial reputan culpables. Sin embargo el Consejo de guerra condenó a muerte el 26 de enero al señor Franco, y aunque las señoras, los mismos republicanos y la generalidad del vecindario de Oaxaca, elevaron peticiones y dieron cuantos pasos eran posibles para conseguir el indulto, el señor Franco fué fusilado el 30 en la mañana, en el llano de Guadalupe. Este hecho sangriento habrá conmovido hondamente a aquella población y no causará menos penosa impresión en todo el país: siendo por otra parte muy desfavorable a la revolución; a juicio de aquellos de sus mismos partidarios que procuran hacerla aparecer con un carácter de templanza que pudiera influir, para el caso de consumarse su triunfo, en la conciliación de los partidos.”

El Cronista de México, número del 11 de febrero de 1867, dijo: “Oaxaca.—Del rumbo de Puebla nos dan la siguiente lamentable noticia:—El señor don Juan Pablo Franco, que desempeñó en Oaxaca el encargo de prefecto superior, visitador y comisario imperial del mismo, ha sido ejecutado en aquella ciudad la mañana del lunes treinta del próximo pasado enero, en el llano de Guadalupe, a virtud del terrible fallo que en su contra pronunció el tribunal militar que lo procesó. La población estaba consternada con el horrible suceso que acababa de pasar y que para evitarlo se suplicó con insistencia no fuese con-

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

firmada la sentencia del Consejo. Más de quinientas señoras y un crecido número de personas notables suscribieron razonados ocurso implorando el perdón de la víctima, sin que esas solicitudes obtuvieran un resultado favorable. En el ejercicio de sus funciones impartió profusamente sus favores a los disidentes; trató con benevolencia y caballerosidad al jefe de ellos don Porfirio Díaz; le evitó disgustos y pesares en los momentos de su rendición al mariscal Bazaine y aun lo auxilió con el oro que tenía en el bolsillo para que hiciese cómodamente el viaje a Puebla, a donde fueron conducidos los prisioneros de esa época. El mismo señor Franco, después de la capitulación que celebró el general Oronoz, el 31 de octubre del año pasado, venía de Tehuacán acompañando a su señora y a sus tres pequeños hijos, y fué aprehendido por el guerrillero Sánchez Gamboa, de San Juan Ixcaquistla, en el pueblo de Tecamachalco, en donde le exigió diez mil pesos por su rescate. Lo condujo a Huajapam, y de allá fué llevado a Oaxaca en cuya ciudad se le encarceló. Nada ha bastado para evitar el derramamiento de la sangre del señor Franco, que demandaba la gratitud de los pretendidos liberales. Es tristísimo reflexionar las consecuencias de este acontecimiento, más doloroso aún, porque la víctima deja una señora viuda con dos niñas y un niño, que quedan en la orfandad."

Y *El Pájaro Verde*, número del 12 de febrero de 1867, transcribía los fragmentos anteriores precediéndolos de este párrafo: "Los periódicos de ayer, hablan de este buen ciudadano (Franco), víctima sacrificada a ruines venganzas, bajo la bandera de esos embusteros que dicen defender, entre otras cosas, la abolición de la pena de muerte".

El mismo *Pájaro Verde*, en su número del 11 de febrero, decía: "El señor don Juan Pablo Franco.—Las cartas venidas últimamente de Oaxaca alcanzan hasta el 30 de enero. En una de ellas se dice lo siguiente:

"Aún no vuelve en sí la población del horror que le han causado los fríos asesinatos perpetrados por Lino Cervantes, primo de don Porfirio Díaz, en el partido de Pochutla, y el incendio que ejecutó en los pueblos de San Pedro Mixtepeque y la Galera, cuando hoy se ha derramado la sangre del desgraciado don Juan Pablo Franco, que sirvió al imperio de prefecto superior, comisario y visitador imperial de este departamento. Los asesinatos cometidos en Pochutla han tenido lugar después de la garantía que Lino Cervantes dió a Román Manzano, pues convino en garantizarle a él y a sus subordinados las vidas, y dejarles su libertad personal, a condición de que depusieran las armas, lo cual hecho, tomó

Cervantes a Manzano, que es hijo de Eustaquio, a su compañero Alejo Lona, que estuvo condecorado por el emperador con la cruz de Guadalupe, y a otros dos mandándolos fusilar inmediatamente. El asesinato de Franco ha sido en estos momentos aflictivos, y se ejecutó en la mañana de hoy en el ejido de Guadalupe, no obstante las representaciones de casi todos los particulares más notables, y aun de muchas señoras. El interés por la vida de Franco, de este vecindario, le salva de la horrible nota que le recae sobre los autores del atentado que no quiso cometer Sánchez Gamboa en Tecamachalco el 15 de diciembre del año pasado, y después de mes y medio se ha llevado a cabo la venganza más villana por los señores que blasonan humanidad y liberalismo, por los que proclaman la abolición de la pena de muerte.”

En el periódico de la ciudad de México *La Sociedad*, número del 10 de marzo de 1867, se leen los documentos siguientes:

“Mi apreciable señora doña Inés Larráinzar de Franco.—He recibido la funesta noticia de la muerte de su esposo. Profundamente conmovido por tan triste acontecimiento, tan duro para mi corazón, doy a usted el pésame, acompañándola en la honda pena que la aflige por la irreparable pérdida que han sufrido usted y la patria.

“No olvidaré nunca, señora, la valerosa lealtad, distinguidos servicios que el señor Franco prestó en tan difíciles tiempos a la nación, y al hacer a usted esta manifestación de mi gratitud, le envío las seguridades de mi benevolencia y soy su afectísimo. —*Maximiliano*.—Querétaro, febrero 28 de 1867.”

“La señora viuda de Franco ha dirigido a S. M. la siguiente respuesta:

“Señor: He tenido la honra de recibir la carta que V. M. se sirvió dirigirme, con motivo de la muerte de mi esposo, Juan Pablo Franco.

“Los sentimientos que por tan triste suceso se digna V. M. manifestar me han conmovido profundamente. Es un consuelo para mí ver estimados de una manera tan honrosa los servicios que mi desgraciado esposo tuvo la dicha de prestar a su patria y a la augusta persona de V. M. hasta sacrificarle su reposo, su bienestar y su propia existencia. Irreparable es la pérdida que he experimentado, eterno será mi dolor; pero en el fondo del corazón abrigaré siempre la mayor gratitud por las nobles palabras de V. M. y el testimonio de alta benevolencia con que ha tenido a bien distinguirme.

“Señor: Soy, con profundo respeto, obediente servidora de V.M.I.—*Inés L. de Franco*.—México, marzo 7 de 1867.”

El diario de la ciudad de México *La Revista Universal*, número del 9 de octubre de 1867, publicó el siguiente editorial:

“Damos el lugar preferente al artículo que nos ha remitido uno de nuestros apreciables colaboradores, y suplicamos por el honor del desgraciado señor Franco y de México a nuestros colegas, copien el artículo que pone en claro hechos que la historia debe recoger.

Un hecho histórico

Los que vivimos hoy debemos transmitir a los que vivirán después de nosotros los sucesos públicos que califiquen a sus autores y que servirán o de lección o de ejemplo para el porvenir. El hombre colocado en sus momentos últimos, diciendo lo que convence a su alma y lo que insta a su corazón, es digno de toda fe; no se miente entonces ni se buscan amigos que alaben, ni que halaguen en manera alguna.

Tenemos a nuestra vista una obra escrita en estos días, que tiene por objeto describir a algunos de los hombres que han figurado en los últimos sucesos. Estos, pintados por el escritor, según que los haya examinado por sí, o los haya calificado por lo que oyera de otras personas, presentan hechos últimos que son la verdadera calificación que debe de hacerse de sus autores. *El fin corona la obra*, dice un proloquio; y nadie duda que lo que se hace, que lo que se dice, frente a una muerte inevitable e indiferible, es la verdad y por esta verdad ha de estimarse al hombre que dice o que hace algo. Uno de los hombres, objeto de aquella obra titulada *La Hija de Oaxaca*, es D. J. P. Franco, que murió en Oaxaca.

Bien pudo ser el señor Franco el hombre descrito en la obra, al menos hay quien dude y hay quien niegue los hechos que de él refiere el autor de *La Hija de Oaxaca*. Alguno opina que el autor no fué testigo de los hechos, por haberlos recibido de quien se los comunicó; alguno cree que fueron falsos los hechos, atentas las calidades de educación, instrucción y situación social del señor Franco; otro asegura que el odio de los que informaron al autor de la obra los inventó en su desahogo, y deduce de aquí que no debe darse crédito alguno a ella porque es la expresión de un genio enemigo al señor Franco.

Sin entrar nosotros, y aun sin provocar además ni aceptar la discusión consiguiente, creemos que debemos escribir para perpetua memoria, hechos comunicados por persona que fué testigo presencial, que vive todavía y

está pronta a repetirlos con juramento cristiano, y que se justifican con documentos. Sirvan, pues, estos hechos y por si los omitiere el ator de *La Hija de Oaxaca*, en lo que aún no publica como adición a la obra, y como verdadera, justa y necesaria calificación del señor Franco. Injusta sería la que se hiciera en razón de unos cuantos hechos, y más siendo éstos durante su vida pública, en la que pudo cometer errores, aunque fueran precedidos de recta intención. La historia, si ha de ser imparcial, lo ha de presentar todo, para que la estima de los coetáneos así como el juicio de la posteridad, tengan en qué fundarse. Tanto más cuanto que el señor Franco atravesó la época cruel en que se agitaron los espíritus por esa pasión que nada ni a nadie perdona, que no transige, ni se da por satisfecha sino con la muerte del adversario. Los días del señor Franco fueron la dominación del odio político, de ese fanatismo político que ha hecho y hará correr a torrentes la sangre de los hombres, sin distinción, sin término, sin remedio.

Capturado fué el señor Franco por un coronel llamado Sánchez Gamboa. Este quitó al señor Franco el rico prendedor, el rico anillo y el reloj que usaba, sin que hasta hoy se haya sabido el fin que tuvieran. Ese coronel murió herido de bala en el sitio de Puebla.

Se exigió al señor Franco por su rescate diez mil pesos. Comenzaron las diligencias hasta obtener las libranzas para el futuro pago. Repentinamente fué conducido a Oaxaca, juzgado por un consejo de guerra y llevado al patíbulo.

La señora su madre no lo abandonó jamás; estuvo siempre con él, aun en la prisión, y lo acompañó hasta el cadalso, del que fué separada por el sacerdote que auxilió al señor Franco. Cuando se le comunicó la sentencia de muerte, pidió un sacerdote, tomó su libro de devoción, se hincó delante de un crucifijo, y empezó a orar. La señora su madre comenzaba a hablarle, y recibió por justa respuesta estas palabras:—"Madre, dentro de pocas horas compareceré, para ser juzgado ante Dios. Si usted, señora, va a perderme como hijo, queda a usted un Padre Omnipotente." En este acto le señaló al crucifijo, y agregó: "Los momentos son preciosos, no volverán: es preciso aprovecharlos y no perderlos." Y continuó su oración.

Se confesó, y en seguida escribió a su esposa la siguiente carta:

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

“Oaxaca, enero 27 de 1867.

“Mi muy amada esposa:

“Hoy a las doce, se me notificó la sentencia de muerte, y mañana a las seis de la mañana seré ejecutado. Se ha cometido una injusticia conmigo, pero perdono de todo corazón a sus autores, y te ruego por el bien de mi alma, porque así nos lo manda nuestro Redentor, y por el amor que me has tenido, los perdones tú también, y **hagas que los perdonen nuestros queridos hijos, nuestros parientes y amigos.**

“Esta tarde hice mi confesión general, y en la madrugada tendré la indecible felicidad de recibir el precioso cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo; confío en su infinita misericordia que me perdonará mis culpas y me recibirá en su seno. Estoy conforme y tranquilo y pudiera decirte: sin pesar, si sólo se tratara de mi vida que ofrezco a Dios, pero te dejo a ti que has sido mi tierna y fiel compañera de mi existencia, a nuestros amados hijos, a mi desgraciada mamá y demás familia, y esto destroza mi corazón. Nuestro Dios quiera aceptar este sacrificio que es para mí el más doloroso.

“He nombrado por mis albaceas a ti, a don Prudencio y a Uriarte; sería bueno que don Prudencio se viniera para ésta.

“Te suplico te conformes con la voluntad divina: consuela y cuida a nuestros hijos; dales una educación ante todo cristiana, y perdóname en lo que te haya ofendido.

“Otro encargo: que mi mamá acabe sus días a tu lado; ambas se consolarán.

“Esta es también mi despedida a todos los parientes y amigos; que todos rueguen a Dios por mí.

“Dios haga feliz a mi patria: Dios cuide de ti y de mis desgraciados hijos. Adios, adios para siempre. Te remito el Santo Ligno que he llevado siempre al cuello; llévalo tú también. Adios, esposa mía muy querida. Adios, amados hijos míos.

“Tu esposo que tanto te ha amado y que espera reunirse contigo en una patria mejor.—*J. P. Franco.*—A las once de la noche.”

Venido que fué el día designado para su muerte, se aseó lo mejor que pudo. Llegada la hora de ir al patíbulo, tomó en la mano izquierda el crucifijo, en la derecha una mascada, y marchó con firme paso hasta el lugar en que había de morir. Pronunció con sonora y fuerte voz estas pa-

labras: “Muero sin haber hecho traición a mi patria; antes bien, he procurado su felicidad; otros no lo creen así, los perdono de todo mi corazón, pidiendo a Dios que mi sangre al derramarse aplaque su enojo contra mi patria, y salve a mis enemigos.”

Ignoramos si el autor de *La Hija de Oaxaca* sea católico o si ignora o sabe la moral de esta religión, toda verdadera como divina. Pero sí creemos que apreciará estos hechos en su verdadero valor. Recordará que los romanos colocaban en el número de sus dioses a los hombres que perdaban a sus enemigos.

Nosotros a fuer de católicos y por convicción, diremos que el señor Franco obedeció en sus instantes últimos el sublime precepto que ignoró la generación de los antiguos sabios que existieron antes del Salvador del Mundo, de Jesucristo, el Hijo de María; precepto difícil para el hombre pervertido por la soberbia; precepto fácil para el hombre que imite a aquel modelo que, como él mismo dijo, fué *manso y humilde de corazón*, hasta para pedir favor a sus enemigos, en los momentos mismos en que el odio y la saña de ellos lo quitaban de la lista de los vivientes.

A. G. E.

Ignoramos quién fué el autor de este remitido. La novela que le dió margen es un tomo en 4º de 300 páginas. Su portada dice: *La Hija de Oaxaca o La Intervención Francesa en México*; novela histórica dedicada al ciudadano Benito Juárez, presidente de la República Mexicana, por A. L. Nolf, redactor de *La France Libérale*. Traducida del francés por el señor don Carlos G. de Hassey, profesor de idiomas. México. Imprenta literaria. 1867”. “Es curioso anotar que en el mismo periódico está anunciada la venta de la obra de Nolf, la que parece que iba a constar de más tomos, pues en dicho anuncio sólo se ofrece en venta el tomo primero. No sabemos que se haya publicado otro; en el único que conocemos está en la página 300 la palabra FIN. Nos limitaremos a copiar el retrato que Nolf trae de Franco: “Franco era un hombre sin talento y de un carácter débil, pero reemplazaba la fuerza con la terquedad, y la inteligencia con la viveza y la astucia. Nacido en Chiapas, llegó no se sabe cómo a desempeñar un papel político en el Estado de Oaxaca, donde era generalmente odiado, aun por los hombres de su partido. Fué uno de los primeros y de los más ardientes partidarios del Imperio, y si es dable creer a la crónica de antecámara, desde su primera entrevista con el emperador se postró a sus pies, le tomó una mano y la besó exclamando: “Vos sois el hombre de ojos

azules y cabellera rubia que hace tanto tiempo fué prometido al país, para darle riqueza y prosperidad.” La adulación, el atrevimiento y la vanidad del cumplimiento agradó a Maximiliano, quien lo levantó, le abrazó y le condecoró, le nombró prefecto de Oaxaca, le hizo comisario imperial de tres Estados, etc., etc... Como poseía bien el francés, se había por sí mismo adherido al estado mayor del mariscal Bazaine, que se servía de él como un cicerone o espía, según las circunstancias. Teniendo necesidad de dinero, Franco no desdeñó, a pesar de sus títulos, hacerse negociante, pero negociante a su modo, pues desde que hubo puesto el pie en el primer pueblo de su Estado, impuso a todas las poblaciones, a todas las haciendas, cierta cantidad de forraje, que debían entregar a la intendencia francesa. En seguida recibía el dinero, pero no pagaba a los proveedores, bajo pretexto de que habían estado en connivencia con los liberales, y que por consiguiente todos eran traidores. Desde que llegó ante las sitiadas murallas de Oaxaca, Franco tomó su rango de prefecto; no salía más que escoltado y rodeado de un brillante estado mayor. Comenzó su organización civil; nombró jueces, alcaldes, y llegó a ser tan insolente, tan arrogante que era inaccesible para la mayor parte de los mortales; pero cuando se trataba del emperador, de Bazaine, de un jefe cualquiera en más alta posición que él, Franco se dislocaba entonces la espina dorsal a fuerza de saludos, y se hubiera arrodillado gustoso cien veces cada día delante del trono que le había dado su posición. Tal era el hombre que, en la época que comienza nuestra historia, presidía los destinos de tres grandes Estados de México.”

Manuel Martínez Gracida, en sus “Efemérides Oaxaqueñas” (México, 1892), dice: “1867.—Enero, 6.—Llega a Oaxaca como a la una de la tarde, conducido entre filas, el visitador imperial don Juan Pablo Franco, sin que una sola voz se levantara a insultarle en su desgracia. Sus conductores le guardaron toda clase de miramientos en el camino, para probarle que el imperio hizo andar pie a tierra a los prisioneros oaxaqueños, los cuales fueron tratados de una manera indigna de un pueblo civilizado. Luego que lo pusieron a disposición del gobierno se le sometió a proceso, conforme a las leyes, y con todas las garantías que ellas dan al acusado, aun con infracción de la ley de 25 de enero de 1862. El fiscal de su causa lo fué el coronel Rafael Ballesteros, y su defensor, el licenciado José Isaac Cañas.”

“Enero, 26.—Es sentenciado el licenciado don Juan Pablo Franco por

el consejo de guerra a la pena de muerte. Reconoció como fundamento tal sentencia el número considerable de oaxaqueños que fueron pasados por las armas por orden del señor Franco, entre ellos los señores Heras, de Cuicatlán, así como el incendio y robo de Necaltepec y Jayacatlán, ejecutados por los imperialistas al mando de Franco. Muchas señoras se interesaron con el gobernador García, a fin de salvarle la vida... —

Enero, 20.—Es pasado por las armas, a las siete de la mañana, el licenciado Juan Pablo Franco, en el pasajuego del llano de Guadalupe, por el delito de traición a la patria.”

El general Ignacio Escudero, en *Sus apuntes históricos de la carrera militar del señor general Porfirio Díaz, presidente de la República Mexicana* (México, 1889), dice: “La ciudad de Oaxaca, que en febrero de 1865 había sido ocupada por el ejército francés, quedaba recuperada para la República por el mismo jefe que casi dos años antes había tenido que sucumbir ante la superioridad del invasor. Y todos los reos de infidencia que temblaban de terror al ver avanzar al triunfante héroe republicano, vieron con asombro que la clemencia del vencedor salvaba sus vidas cuando una ley inflexible y justa les condenaba a muerte a los que no quisieron aceptar la garantía de la capitulación, y que buscaban en la fuga un medio para volver a unirse con los imperialistas y seguir aquella lucha insensata y fratricida. Franco, el antiguo comisario imperial, que tanto había trabajado por el gobierno usurpador, implantado por la Francia, fué uno de los que cayeron bajo el fallo terrible de la ley; acaso influyó en esa ejecución un episodio desconocido hasta hoy y que nos creemos obligados a contar, y porque revela con una precisión admirable el carácter de aquella época de luchas, de sacrificios y de gloria. Cerca de Oaxaca, en Yanhuítlán, había dos hermanos, pintor uno, comerciante el otro; y ambos honradísimos, trabajadores y patriotas y que veían con odio al invasor y a sus aliados. Eran los Rodríguez, que así se llamaban estos buenos patricios, indios de raza pura, que a fuerza de inteligencia y de actividad habían alcanzado una buena posición y una gran influencia en los pueblos circunvecinos. Uno de ellos, sobre todo, se quiso consagrar al servicio de la causa nacional, y prestó grandes auxilios al general Díaz, desde que éste apareció en el Estado y comenzó su admirable campaña de guerrillero. Pronto fué denunciado Justo Rodríguez, el comerciante, ante el jefe imperialista, quien lo mandó reducir a prisión; llevado el noble patriota ante la corte

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

marcial, ésta lo condenó a muerte. Rodríguez fué encapillado en el acto y sólo se le permitió hablar con su hermano. La escena fué terrible entre aquellos dos hombres que tanto se amaban, y uno de los cuales iba a morir por su adhesión a la patria. Después de abrazarse estrechamente, el que iba a ser fusilado, con una serenidad digna de aquella gran alma, dijo a su hermano el pintor:

—Quiero que me retrates en el acto.

—¿Que te retrate?

—Sí, ve a traer un lienzo, pinceles y colores. Le llevas ese retrato al general Porfirio Díaz el día que ocupe la ciudad, que será muy pronto, y se lo entregas como un recuerdo mío, diciéndole que en esta hora suprema sólo un favor le pido: ¡Que no tenga piedad para los traidores! Que cuando quiera perdonar a uno de los que han vendido a la Patria, vea mi retrato, y recuerde que al marchar al patíbulo no le he pedido en recompensa de mis servicios más que venganza en nombre de la Patria y de mi familia, que queda acaso en la miseria y la orfandad. El pintor con los ojos nublados por el llanto, hizo lo que le suplicaba su hermano, y retrató a éste, con una verdad de expresión admirable. Al día siguiente el mártir era fusilado por los imperialistas. Pero su última voluntad fué cumplida religiosamente. El general Díaz, al llegar a Yanhuitlán, se alojó en la casa de su antiguo amigo, Justo Rodríguez, y allí se le presentó el hermano de éste, llevándole el retrato del mártir de la patria y su terrible testamento de venganza. En esos momentos recibió también el general en jefe la noticia de que Franco, el comisario imperial, había sido capturado, y la solicitud del indulto del traidor. ¡Porfirio denegó el indulto, y Franco fué pasado por las armas!”

Andrés Portillo, en su obra titulada *Oaxaca en el centenario de la independencia nacional* (Oaxaca, 1910), hablando de la casa número 39 de la 6ª calle de Independencia, de dicha ciudad, dice:

“En el año de 1865 habitó la misma casa don Juan Pablo Franco, también gobernante de Oaxaca, que tuvo fin trágico por cuestiones de política. Su muerte fué lamentada en la sociedad porque aquel funcionario era persona de carácter afable y porte caballeroso.”

El ingeniero Manuel Rivera Cambas en su obra titulada *Historia de la Intervención Europea y Norteamericana en México y del Imperio de Maximiliano de Habsburgo* (tomo II, México, 1890), publicó el retrato de Juan Pablo Franco. Al pie de él se lee: “Con su influencia y actividad

auxilió a las fuerzas que el mariscal Bazaine condujo para sitiar y tomar a Oaxaca, facilitando gente en la apertura de caminos y en la conducción de víveres y pertrechos. Al rendirse Oaxaca, quedó Franco de prefecto político, siendo su posición muy difícil por haber seguido en puestos de importancia personas reconocidas notoriamente por sus opiniones en favor de los republicanos. El visitador Franco estuvo investido con algunas de las facultades concedidas a los comisarios imperiales, y además se le permitió que cuando fuera a desempeñar su nuevo empleo, pudiera nombrar persona que lo sustituyera en la prefectura.” (M. M. C.)

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

25.—*Testamento del señor José Cruz Díaz, padre del General Porfirio Díaz.*

Sello Tercero. Dos reales. Para los años de mil ochocientos treinta y dos y ochocientos treinta y tres.

En el nombre de Dios Todo Poderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, digo yo, José de la Cruz Días, que hallandome gravemente enfermo pero en mis sentidos, creo y confieso en el misterio de la Beatísima Trinidad y en todo lo que la Sta. fe católica nos enseña, que aun cuando por sugestión del Demonio, devilidad mía o cualquiera otro motivo, o alguna calentura pronunciare alguna cosa contra nuestra Santa fe católica, lo anulo y detesto, poniendo por testigos á Dios Ntro. Sor. y a la Virgen María Ntra. Sra. y al Patriarca Sor. Sn. José:

Digo yo, que hallándome en este estado es mi última voluntad dejar por álvacea, heredera, y curadora de mis menores hijos á mi esposa M^a Petrona Mori, que son mis hijos Desideria Josefa Díaz, Manuela Josefa, Nicolasa Macedonia, José Cruz Porfirio, y Felipe Santiago de la Cruz, en quienes repartirá mi dicha esposa conforme le convenga por derecho de justicia: siendo de advertir, que queda en litigio una casa situada una cuadra antes del Matadero, y un solar a espaldas de Patrocinio, de las que seguirá su secuela hasta su conclusión, y juntamente que cobre varios piquitos de reales que se me deben.

También advierto, que si falleciere yo y se presentare á mi albacea alguna firma en contra mía de deuda, antes ó después de esta fecha, es nula y de ningún valor pues no reconozco deuda ninguna a nadie.

Por tanto, y siendo todo esto verdad, lo hicieron á mi suplica, ruego y encargo los testigos, a falta de Escribano por imposibilidad física, en 16 días del mes de Octubre de mil ochocientos treinta y tres años.

Jose Crus Díaz. ()*

José Rafael Ojeda

José de Zarate

José Felipe Matos

* Se conservó la ortografía original. Estos documentos se tomaron del archivo del Gral. Díaz. A. M. C.

26.—*Recibo a cuenta del alquiler del Mesón de la Soledad, propiedad del monasterio de Santa Catalina de Sena; mesón donde nació el general Porfirio Díaz.*

Recivi de D^{na} Petrona Mori Viuda del finado Dn José Cruz y Díaz sesenta y dos pesos que en Cuenta del Alquiler de la Casa, Nombrada Meson dela Soledad afavor del Monasterio de Sta. Catalina de Sena de este Estado de Oajaca; Y queda restando hasta primero de Abril de 1834 treinta y siete pesos, Esto es rebajado mes y ocho días, que ocupó las tropas C. Canalizo en dicho Meson — Y para que conste lo firmo, como cobrador de dichas fincas.

Casimiro Hernandez.

Rui. de la dicha viuda quarenta y ocho pesos y queda deviendo hasta primero de julio de dicho año de 834 treze pos. Y lo firme en 3 de dicho mes y año.

Casimiro. ()*

27.—*Acta en que aparece electo el C. Porfirio Díaz como regidor primero del Ayuntamiento de Oaxaca.*

Sesión Extraordinaria del día 12 de febrero del año de 1858.—Reunidos en la Sala Capitular los señores alcaldes 1º Lic. Don José Guerrero 3º Lic. Don José Antonio Noriega, regidores don Pedro Ramos, don Juan F. Moreno, Lic. don Ramón Rodríguez, don Calixto Tamayo, don Ignacio Orozco, don Flavio Maldonado y don Marcos Castellanos bajo la presidencia del señor Gobernador del centro con objeto de celebrar un cabildo extraordinario, se dió principio a la sesión con la lectura del acta del anterior que fue aprobada.

En seguida se dió lectura a la computación que presentó la comisión nombrada al efecto, de los votos emitidos por los habitantes de esta capital para jueces de primera instancia, alcaldes, Presidente, regidores y síndico del E. Ayuntamiento Constitucional, en las elecciones que se ve-

* Se conservó la ortografía original.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

rificaron el día 6 de diciembre último con arreglo a la ley orgánica del Estado.

Después de dicha lectura en que se fueron mencionando uno a uno los nombres de los individuos que obtuvieron votos, resultó haber obtenido mayoría para juez 1º el C. Lic. José Gregorio Iribarren; para 2º el C. Gregorio Varela, y para 3º el C. Lic. Ignacio Atristain; para Alcalde 1º el C. Francisco Muniaga; para 2º el C. Mariano Benavides, y para 3º el C. Luis Esperón; para Presidente el C. Ignacio Mejía, para *Regidor 1º* el C. *Porfirio Díaz*, para 2º Manuel S. Posadas, para 3º el C. Lic. José Guerrero, para 4º el C. Ignacio Pombo, para 5º el C. Pedro Ramos, para 6º el C. Manuel Díaz Ordaz, para 7º el C. Lic. José Antonio Noriega, para 8º el C. Lic. Joaquín Septien, para 9º Manuel de Jesús Ruiz, para 10º Justo Santa Anna, para 11º José García y Goytia, para 12º Antonio Mata Cervantes, para 13º el C. Francisco Cruz, y para Síndico el C. Lic. Esteban Maqueo.

Puesta a discusión, sin ella y previo el requisito que previene el artículo 12 de dicha ley, se aprobó en todas sus partes; declarando S. E. quedan electos popularmente para los encargos referidos los CC. que se han mencionado y acordó se comunique los nombramientos respectivos a los electos en la forma prevenida por la ley, previniéndoles se presenten el miércoles 17 del corriente a las nueve de la mañana en el Palacio Municipal a fin de prestar el juramento de estilo.

Por último, acordó S. E. se remita al Superior Gobierno del Estado, copia certificada del cómputo general de los votos emitidos en las relacionadas eleccioness para que si el E. S. gobernador lo tiene a bien, mande se dé a la prensa para conocimiento del público. Con lo que concluyó la sesión a la que no asistieron por ocupación Señores Benavides, Atilano Minogabar y Esperón, con licencia el señor Calvo y Mata Vázquez, y sin ella el señor Alcalá.

Para constancia se levantó esta acta que firmó el señor gobernador del Centro como Presidente, los señores presentes y el suscrito encargado de Sría. *José Antonio Gamboa. José Guerrero. José Antonio Noriega. Pedro Ramos. Juan F. Moreno. Ramón Rodríguez. Calixto Tamayo. Ignacio Orozco. Flavio Maldonado. Marcos Castellanos. Martín González* encargado de la Sría.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Es copia de su original que certifico. Sría de E. Ayuntamiento. Oaxaca, febrero 12 de 1858.

Martín González, encargado de la Sría. (rúbrica).

28.—Se anuncia a don Porfirio Díaz su ascenso a teniente coronel por el gobernador de Oaxaca.

Secretaria del despacho de Gobierno de Oaxaca

Con esta fecha digo al señor don Porfirio Díaz lo que copio:

“El E. Sr. Gobernador del Estado se ha servido ascender a V. S. al grado de Teniente Coronel; disponiendo que entre tanto saca y requisita su despacho, la presente comunicación le sirva de título bastante.

Al comunicarlo a V. S. para su satisfacción, tengo el honor de felicitarlo por la merecida consideración con que ve este Gobierno sus buenos servicios.”

Y lo transcribo a V. S. para su conocimiento y efectos consiguientes, renovándole las seguridades de mi aprecio y consideración.

Dios y Libertad, Oaxaca, junio de 1859.

Dublan.

Junio 21.

De enterado y a la mesa de guerra.

29.—Don Porfirio Díaz, comandante del distrito de Tehuantepec, anuncia la forma en que protege el depósito de armas y municiones a su cuidado.

Comandancia Gral. del
Distrito de Tehuantepec.

Hoy he tenido noticia de que el enemigo con fuerzas respetables ha ocupado la capital, y destacado fuerzas para este Istmo con el fin de apoderarse de los convoyes que para el Estado de Guerrero conducen los se-

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

ñores generales Pérez Hernández y doctor Smith y que tengo almacenados por falta de embarcaciones que los conduzcan a su final destino.

En vista de la situación y cumpliendo con las instrucciones que al partir me dejó el mencionado señor general, he dispuesto pasar a Juchitán y el armamento y municiones de que soy depositario y custodio. Para poder hacerme capaz de defensa contra la fuerza que ha de batirme, he dispuesto que una parte del armamento, municiones y equipos antes mencionados se ponga en manos de los juchitecos. Vuestra excelencia comprenderá que en la situación que voy a ocupar no puedo proporcionarme recursos pecuniarios si quiero conservar bien sentada la merecida fama del Supremo Gobierno, y que son muchos los que necesito para el socorro de las fuerzas que, con recursos o sin ellos debo crear: en tal virtud, espero que conocida por Vuestra Excelencia la necesidad indicada, no necesitare pedir su satisfacción.

Es casi indudable que lo que el enemigo ambiciona, a más de mi depósito, es la posesión de un puesto, como lo es que no dejándolo yo en posesión pacífica del de Ventosa intentará tomar el de Minatitlán, con el doble objeto de usarlo como puesto y cortarnos la correspondencia, formando una escala para obrar sobre esa plaza.

Dígole a Vuestra Excelencia con objeto de que informado de nuestra situación y tendencias del enemigo, pueda arreglar con la táctica que lo distingue sus procedimientos militares, disfrutando entre tanto la honrosa satisfacción de reiterarle la protesta de mi aprecio y debida subordinación.—Dios y Libertad.—Tehuantepec. Noviembre 12 de 1859: *Porfirio Díaz*.
Noviembre 22/859.

Que se aprueban sus disposiciones y que ya se da orden a Fomento para que todos los productos libres de la Agencia de Minatitlán se pongan a disposición del señor Díaz.

Que se cuenta con su inteligente celo y su decisión por la causa que ahora más que nunca necesita del valor de sus hijos.

Rúbrica.

Es copia. *Ignacio Escudero*.

30.—*Don Porfirio Díaz anuncia que pone a salvo las armas y municiones a su cargo, en vez de destruirlas.*

Comandancia General del Distrito de Tehuantepec.

En este momento que serán las tres de la tarde, fué en mi poder la muy respetable nota oficial de Vuestra Excelencia en que se sirve manifestarme que el excelentísimo señor presidente ha tenido a bien disponer que el armamento, municiones y equipo, que con destino al sur, se halla en esta plaza por falta de embarcación, sea puesto en manos fieles para su salvación, y en último caso destruido o puesto a pique en el Pacífico.

En vista de esta comunicación, procedo, autorizado, hoy mismo a la práctica de lo que animado de los mismos deseos que Su Excelencia había resuelto como verá Vuestra Excelencia en mi oficio de esta mañana con la única diferencia de que no destruyo el armamento sobrante porque todavía puedo salvarlo y me limito a colocarlo en un buen escondite con escolta y sobre 25 qq de pólvora para volarlo a última hora, que probablemente no llegará si esa plaza no abandona (sic) y tal vez en ningún caso. Siendo seguro aun en el caso adverso que el enemigo no lo aprovecha aunque triunfase de todos nosotros.

Vuestra Excelencia debe estar seguro de que sus órdenes deben ser exactamente efectuadas y sólo me separé de su cumplimiento literal en el caso de exigirlo así las circunstancias, sin perder de vista en ningún caso la idea dominante del excelentísimo señor presidente, al imponer sus órdenes.

Al decirlo a Vuestra Excelencia en debida contestación a su nota arriba mencionada, me honro reiterándole la oferta de mi subordinación.

Dios y Libertad.—Tehuantepec.—Noviembre 12 de 1859.— *Porfirio Díaz*.—Rúbrica.—

Es copia. *Ignacio Escudero*.

Excelentísimo señor Ministro de Guerra y Marina.

31.—Se aprueba con elogio el salvamento de armas y municiones.

Excelentísimo señor:

Con satisfacción se ha impuesto el excelentísimo señor presidente del oficio de usted fecha 12 del actual en que participa las medidas que ha tomado para impedir que el armamento y municiones del Estado de Guerrero que tiene usted en depósito caigan en poder del enemigo en el caso inesperado de que ataque y tome a esa plaza.

Su Excelencia se ha servido aprobar todas esas medidas y dispone

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

además que este Ministerio recomiende al de Fomento como hoy la verifica, prevenga a la Agencia de Coatzacoalcos que ponga todos sus productos libres a disposición de usted.

El Supremo Gobierno cuenta con el inteligente celo y decisión de usted por la causa que ahora más que nunca necesita del valor y constancia de sus hijos.—Reproduzco a usted las seguridades de mi consideración. Dios y Libertad.—Noviembre 22 de 1859.

Ocampo.—Rúbrica.

Señor teniente coronel don Porfirio Díaz, jefe político y comandante militar del Distrito de Tehuantepec.

Es copia. Ignacio Escudero.

32.—Informa el Sr. Díaz de sus movimientos relacionados con el salvamento de armas y municiones.

Brigada Mixta. Comandante en Jefe.
Excelentísimo señor:

Habiendo tenido noticias seguras de que marchaba sobre Tehuantepec una sección de fuerza reaccionaria procedente de Oaxaca; que al aproximarse a la ciudad se le incorporaron los patricios y pochutecos capitaneados por Maurano, dispuse trasladarme a esta Villa con la guarnición de mi mando y depósito de armas, municiones y equipo pertenecientes al Estado de Guerrero y Dr. Smith con el objeto de proporcionarme así, en medio de un pueblo amigo y entusiasta, todas las ventajas posibles, explotando los recursos para prevenir el golpe que me amenazaba si permanezco en Tehuantepec, donde no sólo estaba aislado, sino rodeado de enemigos, de quienes indudablemente fuera víctima, si no es que expongo cuando menos el depósito que debía salvar a toda costa para que no cayera en manos del enemigo.

Mi cálculo fué exacto porque en efecto he alcanzado los recursos que me prometí hasta el grado de considerarme fuerte para invadir al enemigo, según se ve del parte que por separado remito a Vuestra Excelencia.

Luego que me situé en esta Villa me ocupé de organizar e instruir

fuerzas contando con el licenciado don Tiburcio Montiel, que ejerciendo en Tehuantepec la profesión, lo nombré en virtud de las facultades extraordinarias que por el Superior Gobierno del Estado se me han conferido en decreto del 17 de junio del año corriente, teniente coronel; y hoy figura de mayor general de la brigada que mando. Realizáronse entonces las instrucciones que el Ministerio de la Guerra me da con fecha 5 del corriente relativas a la suerte que debieron correr las armas depositadas, y distribuir gran parte a los vecinos, tanto del barrio de San Blas como de Juchitán, con el doble objeto de conservar el orden público y defender el resto del depósito que caminará a su destino luego que haya oportunidad, que se espera en momentos, sirviendo aquí entre tanto de un aliciente para atraerse a este terreno al enemigo en donde según todas las probabilidades se encontrará un sepulcro.

Sírvase Vuestra Excelencia poner todo lo referido en conocimiento del Excelentísimo Señor Presidente de la República, aceptando Vuestra Excelencia renovadas las consideraciones de mi distinguido aprecio y subordinación.

Dios y Libertad.—Juchitán.—Noviembre 26 de 1859.—*Porfirio Díaz*.

Excelentísimo señor Ministro de Guerra y Marina, Heroica Veracruz.

Diciembre 21. Se aprueban sus determinaciones y se confía en su buen juicio y actividad.

Es copia. *Ignacio Escudero*.

33.—*Parte rendido acerca de la acción de Santa María Reo.*

Brigada Mixta. Comandante en Jefe.

Excelentísimo señor:

Antier a las diez del día he recibido parte oficial del capitán don Mariano Gallegos, en jefe de la sección de observación sobre Tehuantepec en que me participa que el enemigo en número de seis o setecientos hombres de infantería y cien caballos había ocupado aquella plaza el día anterior. En el momento dispuse una sección en número de trescientos cuarenta y dos infantes pertenecientes a los batallones 2º de Oaxaca, Independencia, partida suelta de Juchitán y escolta de estado mayor y dejando en esta plaza a mi segundo, el teniente coronel don Pedro Gallegos con el resto de los mencionados cuerpos, el escuadrón Juárez y una pieza de montaña. tomé el mando de la sección antes mencionada y con ella me dirigí a

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

Tehuantepec, llevándome de 2º en jefe al teniente coronel licenciado don Tiburcio Montiel, mayor general de la brigada.

En los suburbios de Tehuantepec se me incorporó en la madrugada de ayer, la sección de observación, compuesta de sesenta samblaseños, y habiéndome informado verbalmente su jefe de que el enemigo ocupaba con su infantería los tres cerritos de Santa María Reo, Tagolaba y Liera cuyas alturas forman un triángulo y distan entre sí medio tiro de fusil: y que la caballería se hallaba emboscada bajo los fuegos de dichas posiciones, dispuse que la sección de observación se situase a la derecha del enemigo en el punto llamado Portillo de San Blas, con orden de tirotearlo desde allí, entre tanto yo con el grueso de la fuerza pasaba el río a distancia en que no podía ser visto y cargar sobre él hasta llegar a la bayoneta cuando sintiese que yo hacía otro tanto por la retaguardia.

Practicada la maniobra colocados bajo los fuegos del enemigo, y cuando éstos se com. (roto) vigorosamente dí la señal acordada para que el mayor del 2º Batallón, capitán don Francisco Cortés, con una columna de ochenta hombres acometiesen a paso veloz al cerro de Tagolaba, sirviendo la misma señal para que el comandante de la partida suelta, capitán don Cosme Gómez, con igual número y en los mismos términos lo hiciesen sobre el de Santa María Reo a la vez que la sección de observación ejecutaba la orden arriba indicada.

Cien hombres del 2º de Oaxaca y ochenta de Independencia, en columna doble y marchando también a paso veloz, cubrían la retaguardia de las dos columnas de asalto a los cinco minutos de empeñado, rudo y general combate, la última de las columnas dobles compuesta de Independencia, al mando de su comandante accidental, capitán Apolonio Jiménez, tuvo que dar frente a retaguardia para resistir a la caballería, que como era de esperarse, atacó bruscamente mientras el 2º de Oaxaca al mando de su jefe accidental, comandante de batallón don Vicente Altamirano, la flanqueó y puso en fuga, en la que fué perseguida más de dos millas por la fuerza de Independencia, mientras que el 2º tomó a la bayoneta el cerro de Liera único en que el enemigo apoyaba aún su **ultima resistencia**.

Lo reñido y más interesante de este hecho de armas, que comenzó a las seis de la mañana, duró quince minutos, continuando el tiroteo sobre los fugitivos hasta las ocho y tres cuartos, hora en que ya no fué posible molestar a la caballería, que huyó rumbo a Oaxaca y la infantería había

desaparecido en el bosque en completa dispersión, tomando cada uno el rumbo de su país.

Por informe de los prisioneros y por los datos de la papelería tomados al enemigo, me consta que se me han presentado en combate setecientos infantes procedentes de Oaxaca y Pochutla, entre los que se contaban los patricios de Tehuantepec, más cien dragones poblanos al mando de don Mariano Trujeque.

El enemigo ha dejado en el campo de batalla diez y siete muertos de los cuales tres son jefes u oficiales, veintinueve fusiles, nueve cajones de parque y demás efectos de guerra que aparece en el estado adjunto marcado con el número uno: cinco prisioneros, oficial uno de ellos, de los que mandé pasar por las armas en el acto a éste por haber sido convencido de su clase y a otro por traidor, antiguo guardia nacional de Oaxaca, pasado al enemigo.

Por nuestra parte tenemos que lamentar la pérdida del bizarro subteniente José María Martínez y del sargento 2º Lino Sánchez, ambos de Cazadores del 2º batallón de Oaxaca y quedan gravemente heridos el mayor accidental del 2º batallón de Oaxaca, capitán don Francisco Cortés; subteniente de granaderos del mismo cuerpo Mónico Almeida, partida suelta de Juchitán, Miguel López y cinco individuos de tropa.

No tengo recomendación particular que hacer al Supremo Gobierno y me limito a manifestarle por el digno conducto de vuestra excelencia, que los jefes, oficiales y tropa que concurrieron a la función de armas de ayer han manifestado durante ella que son oaxaqueños y llevan en el corazón la fe de los principios que sostienen.

Sírvase vuestra excelencia elevar lo expuesto al conocimiento del excelentísimo señor presidente de la República, felicitándolo a mi nombre por este nuevo triunfo que ha alcanzado la causa constitucional, aceptando entre tanto, la reiterada protesta de mi aprecio y debida subordinación.

Dios y Ley.—Juchitán —Noviembre 26 de 1859.—*Porfirio Díaz*.—*rúbrica*.—Excelentísimo señor Ministro de Guerra y Marina.—H. Veracruz.

34.—*Parte de don José M. Cobos, transcribiendo el del coronel Ignacio Ojeda.*

Excelentísimo señor:

Tengo el pesar de transcribir a Vuestra Excelencia la comunicación

que acabo de recibir del señor coronel don Ignacio Ojeda y que a la letra dice así:

“Con bastante sentimiento tengo el honor de poner en el superior conocimiento de Vuestra Excelencia, que entre siete y ocho de la mañana del día de ayer fuí atacado por el enemigo, por los cuatro costados del punto de mi posición, quienes según mi cálculo y el de los demás jefes y oficiales que me acompañaban el número de ellos ascendía sobre mil quinientos hombres más que menos: y como la guarnición de mi mando compuesta de los cuerpos Larracilla, el señor Manzano, la caballería del señor Trujeque y mi fuerza sólo constaba en número de 650 hombres, no eran suficientes para cubrir todas las avenidas del punto mencionado; por tal motivo y siendo el enemigo superior al de las fuerzas de mis órdenes, sin embargo de esto tuve que resistir por espacio de dos horas un combate reñido y como viese flanqueado mi punto por derecha e izquierda, me fué preciso romper la línea en el mejor orden, en donde acontecieron desgracias por una y otra parte, las que hasta hoy no puedo calcular por no haber aún reunídose toda la fuerza, principalmente la mía, que quedó esparcida en su terreno; pero por el parte minucioso de los jefes de los cuerpos que me han dado en lo verbal, al señor Lazarrilla se le calculan como quince hombres entre muertos y heridos; al señor Trujeque diez y nueve, a Pochutla sobre veintitantos y la mía, acompañada del paisanaje, ignoro hasta aquí lo que entre ella ha ocurrido, pero por las noticias que me han llegado, ha sufrido un descalabro. La fuerza enemiga puedo asegurar a Vuestra Excelencia que tuvo sobre ochenta a cien hombres entre muertos y heridos.

Sólo me resta manifestar a vuestra excelencia el brillante comportamiento de todos los señores jefes y oficiales y tropa que se hallaron en esta función, advirtiéndole que la caballería no obstante lo montuoso del terreno, dió su carga al enemigo, causándole un gran descalabro.

Si en mi tránsito para esa capital lógrase adquirir algunos datos más de la función indicada, como ya me ocupo en hacerlo, daré a vuestra excelencia el detall correspondiente. Esta función me proporciona, etc. Las Vacas.—Noviembre 26 de 1859.” Y lo transcribo a vuestra excelencia para su conocimiento y el de el excelentísimo señor presidente, advirtiéndole que para neutralizar los efectos de este desgraciado acontecimiento, he tomado prontas y enérgicas medidas, de las cuales me prometo un éxito favorable, y consiguientemente la recuperación de Tehuantepec.

Dios y Ley.—Oaxaca.—Noviembre 29 de 1859.—*José M. Cobos.*—*rúbrica.*

Excelentísimo señor Ministro de la Guerra, don Antonio Corona.

Diciembre 2/59.

Que el Gobernador se ha impuesto con sentimiento de este acontecimiento y que aunque no concibe cómo se permitió a la fuerza enemiga circunvalar a la que mandaba Ojeda, observa que ésta ya en ese caso adoptó el medio más honroso, abriéndose paso.

Que se espera, como indica, dictará las medidas más eficaces para volver a ocupar a Tehuantepec y se le encarga muy eficazmente que su acción sobre el Istmo de Tehuantepec sea tan activa como segura en sus resultados; pues por manera alguna deben aventurarse hechos de armas en que no haya probabilidades de triunfo. Que la ocupación del Istmo es como se le tiene anunciado, y él lo sabe muy bien, de una importancia suma en el orden político y militar y por lo mismo debe fijar particularmente su atención en las operaciones que sobre él se emprendan.—Una *rúbrica.*

Es copia. *Ignacio Escudero.*

35.—*Se acusa recibo del parte del coronel Ignacio Ojeda.*

El Excelentísimo señor Presidente se ha impuesto con sentimiento de la nota de Vuestra Señoría de 29 del próximo pasado en que transcribe la que le dirigió el señor coronel don Ignacio Ojeda, participándole el descalabro que sufrió la sección de tropas de su mando a orillas de Tehuantepec el 25 del mismo mes; aunque no concibe su excelencia cómo se permitió a la fuerza enemiga que circunvalase a la que mandaba el señor Ojeda, observa que una vez cercada adoptó el medio más honroso, rompiendo la línea enemiga para abrirse paso.

Espera su excelencia el general P. que como indica vuestra señoría en su nota que contesto, dictará las medidas más eficaces para volver a ocupar Tehuantepec, recomendándole muy eficazmente que su acción sobre el Istmo sea tan activa en sus medios como segura en sus resultados, pues por manera alguna debe aventurarse hechos de armas en que no haya probabilidades de triunfo.

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

La ocupación y pronta sujeción del Istmo de Tehuantepec es de suma importancia en el orden político y militar, como repetidamente lo he manifestado y Vuestra Señoría comprende muy bien; y por tanto debe fijar particularmente su atención en las operaciones que se emprendan sobre él, para que sus resultados redunden en provecho del servicio nacional, etc.—

Diciembre 2 de 1859.—*Corona.*

Señor Comandante General del Departamento de Oaxaca.

Es copia. *Ignacio Escudero.*

36.—Respuesta al parte del teniente coronel Porfirio Díaz acerca de su salida de Tehuantepec.

GUERRA.

Habiendo dado cuenta al señor presidente en el oficio de vuestra señoría, fecha 26 de noviembre último en que participa los buenos resultados de su traslación a ese punto y abandono de Tehuantepec, de su distribución de una parte del armamento consignado a Acapulco y del nombramiento que he hecho en la persona del señor licenciado don Tiburcio Montiel para teniente coronel y mayor general de la brigada de su digno mando, su excelencia aprueba todas las determinaciones de vuestra señoría porque confía en su buen juicio, actividad y patriotismo.

Al decirlo a vuestra señoría en contestación de su oficio citado, le renuevo las protestas de mi distinguida consideración.

Dios y Libertad.—Diciembre 21 de 1859.—*Ocampo.*

Señor Teniente Coronel don Porfirio Díaz, Jefe Político y Comandante Militar de Tehuantepec, Juchitán.

Es copia. *Ignacio Escudero.*

37.—Respuesta al teniente coronel Porfirio Díaz acerca de su triunfo en Tehuantepec.

Por la comunicación que Vuestra Señoría dirigió a este Ministerio con

fecha 26 de noviembre último se ha enterado el excelentísimo señor presidente con mucha satisfacción del triunfo alcanzado por las tropas de su digno mando el día anterior en Tehuantepec sobre fuerzas muy superiores del enemigo, así como queda impuesto por los documentos que vuestra señoría acompaña del detall de muertos, heridos y prisioneros hechos a los facciosos e igualmente de los efectos de guerra y armamento que aquél dejó en su fuga y siendo muy grato a su excelencia el honroso comportamiento de los jefes, oficiales y guardias nacionales, que también han sabido combatir en esa jornada, ha acordado les dé vuestra señoría las debidas gracias a nombre del Supremo Gobierno por su decisión y patriotismo, como en lo particular las recibirá vuestra señoría de S. E. que espera seguirán desplegando aquéllos en todo, el mismo valor y entusiasmo de su digno jefe, disponiendo también el propio excelentísimo señor presidente, se sirva vuestra señoría formar una relación de los mismos señores jefes, oficiales o individuos de la clase de tropa que se hayan distinguido en la acción de que me ocupo, y la remita a esta Secretaría para que sean recompensados cual es justo.

Dígoles a vuestra señoría de orden de su excelencia para su conocimiento y satisfacción en respuesta a su citado oficio recomendándole las protestas de su distinguido aprecio.

Dios y Ley.—Diciembre 21 de 1859.—Ocampo.

Señor Teniente Coronel don Porfirio Díaz, Jefe Político y Comandante Militar de Tehuantepec.

38.—*Carta del Lic. Joaquín Baranda al Gral. Díaz.* *

México, enero 30 de 1893.

Señor Presidente General don Porfirio Díaz,
 Presente.

Muy estimado señor y fino amigo:

He tenido la honra de recibir, con la apreciable carta de usted fecha el 21 de diciembre último, un ejemplar del primer tomo de sus "Memorias", que comenzó usted a escribir por indicaciones amistosas fundadas en causas de interés público, y cuyo primer tomo se ha impreso con-

* Se debe a la gentileza del distinguido escritor e historiador yucateco don Carlos R. Menéndez poder publicar esta carta cuyo original él conserva. A. M. C.

fidencialmente con el objeto de darlo a conocer en esa forma a algunos de los amigos de usted, a fin de oír la opinión de éstos sobre la conveniencia y oportunidad, tanto de publicar la parte impresa, cuanto de continuar el trabajo emprendido bajo la inspiración de los más patrióticos sentimientos.

Me permitirá usted, ante todo, que le dé expresivas gracias por haberme incluido bondadosamente en el número de dichos amigos; y para justificar que no se ha equivocado usted al proceder así y que aspiro a merecer este título que tengo en gran estima, voy a dar a usted mi opinión, que por poco que valga, siempre tendrá en su abono la sinceridad con que la emito.

Las Memorias de usted serán de notoria importancia, lo que no es de extrañar, si se atiende a que los hechos que constituyen la vida pública de usted están identificados, primero, con dos períodos gloriosísimos de la historia nacional, el de la Reforma y el de la segunda Independencia; y después, con el período de paz y de progreso material e intelectual en que, por fortuna, ha entrado la República bajo el amparo de sus instituciones fundamentales.

No hay en el tomo impreso ni afectación, ni exageraciones; por el contrario, se nota naturalidad en la narración y exactitud en las fechas, circunstancias que acusan criterio imparcial y privilegiada memoria. Es un libro que ofrece abundante y escogido material. Su lectura es instructiva y amena; despierta el interés y excita la curiosidad a tal extremo que no se deja de la mano sino después de haber recorrido todas sus páginas.

En este concepto, e invirtiendo el orden de los puntos de consulta, no vacilo en consignar que considero necesario y útil que usted, a medida que se lo permitan las complejas ocupaciones a que está consagrado, continúe escribiendo sus Memorias, porque de no hacerlo cegaría usted una de las fuentes principales de la Historia, *que consiste en las referencias de quien ha estado presente o pudo tener conocimiento de los sucesos*; y usted estuvo presente, y no sólo tuvo conocimiento, sino que fué autor y ejecutor de los sucesos que refiere. De consiguiente, el silencio de usted, por una parte, mutilaría la historia patria, dejando inéditos datos preciosos por su indiscutible autenticidad, y por otra daría ocasión a que la ignorancia y las pasiones falsearan los hechos con menoscabo de la verdad y la justicia.

Respecto al segundo punto, me veo en el caso de decir con toda leal-

tad, que no creo ni oportuno ni conveniente dar inmediata publicidad a las Memorias de usted. Que queden escritas y aun impresas; pero que no salgan a la luz pública, a lo menos, mientras ocupe usted la Primera Magistratura de la Nación. Déjelas usted como una nueva y valiosa herencia para sus hijos y para sus conciudadanos. Esta conducta han seguido los hombres que a semejanza de usted, han presidido grandes acontecimientos y personificado una época en la serie gradual de las evoluciones humanas. Para no rebuscar ejemplos en comprobación de lo dicho, echo mano del más cercano y análogo, del general Grant, que empezó a publicar sus Memorias después que se separó de la presidencia de la República de los Estados Unidos y las acabó en los últimos días de su vida, cuando ya la muerte les imprimía su severo carácter.

Por lo común, los que están en la vida activa de la política: los que desempeñan el más alto cargo, en la jerarquía democrática de los cargos públicos, no pueden sobreponerse a sí mismos y colocarse en la esfera serena a que se elevan los que ejercen la noble magistratura de la Historia. La misma posición que ocupan trae consigo simpatías y antipatías, adhesiones y hostilidades, agraciados y resentidos, adictos y adversarios, y tienen que adaptarse al medio en que viven, y ceder quizá inconscientemente, a su natural y poderoso influjo.

Muy lejos estoy de suponer que usted al escribir la primera parte de sus Memorias, haya pagado ese tributo de disculpable debilidad; pero no faltarían quienes lo supusieran, bueno es que no tengan ni siquiera pretexto en qué fundarse.

A juzgar por lo que he leído de las Memorias, parece que usted ha tenido presente la conocida sentencia de Polibio: *si no sabeis aplaudir a los enemigos y censurar a los amigos cuando lo merezcan, no escribais*; sin embargo, ¿reconocerán todos tal fortaleza de ánimo en el Jefe del Estado al tratar los hechos contemporáneos y de personas, muchas de las cuales viven aún y toman parte en los negocios públicos? ¿No le harán el cargo de que al escribir ha querido halagar y enaltecer a sus amigos y deprimir a los que no lo son? ¿Su trabajo estará exento de toda sospecha?

Estas reflexiones me ratifican en la opinión de que no es oportuno y conveniente publicar, por ahora, las Memorias de usted. Los que ejercen el mando supremo, tienen, entre otras restricciones, la de no externar públicamente sus juicios: deben procurar conocer a los hombres pa-

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

ra aprovechar sus servicios donde sean más útiles, y encerrarse en el círculo reservado y discreto de sus facultades legales.

He dudado mucho si trataría de la Introducción a las Memorias de usted, porque habiendo sido escrita por otra persona tal vez no esté comprendida en la modesta consulta de usted, pero como aparece impresa en las Memorias, y es de colegir que si éstas se publican se publique también aquélla, no puedo excusarme de decir algo en el particular, reconociendo y confesando previamente la competencia y honorabilidad del autor: porque de no hacerlo faltaría a mi propósito de manifestar a usted, sin embajes, todo lo que pienso y todo lo que siento.

En la Introducción hay algunas apreciaciones de notoria inoportunidad, aun dado el caso de que fueran ciertas y fundadas, como las que atañen a los movimientos revolucionarios de la Noria y de Tuxtepec, que se califican allí *de graves errores políticos altamente perjudiciales así a la República como a usted mismo*. El movimiento de Tuxtepec fué el origen de la situación actual; y si el haberlo promovido se considera grave error, altamente perjudicial, se mina por su base esa situación.

Yo no puedo ser más imparcial en la cuestión, pues sabe usted que no fuí partidario ni de uno ni de otro movimiento, y que resistí a los dos hasta donde me fué posible, en cumplimiento de mi deber; pero esto no me impide conocer y declarar que el movimiento de Tuxtepec fué aceptado por la Nación, más que como plan político, como la forma de satisfacer sus necesidades económicas, de realizar sus impacientes aspiraciones al progreso y legitimado posteriormente por el pueblo mexicano al ejercer el más importante de sus derechos constitucionales. El error, si lo hubo, ha quedado completamente borrado, con la aquiescencia de concurso de todos los mexicanos que constituyen el gran partido liberal, y los resultados obtenidos, en vez de ser perjudiciales para la Nación y para usted, han sido sin duda, benéficos y honrosos en todo sentido.

Hay en la Introducción otras apreciaciones de menos trascendencia, aunque igualmente extemporáneas e inconvenientes, como la de haber contraído compromisos con gente turbulenta y sin principios y la de haber proclamado principios políticos y reformas económicas que no fuera posible sostener, y hay por último, una inexactitud al afirmar que en la elección presidencial de 1871 usted obtuvo mayor número de votos que el señor Juárez, pues según el dictamen de la Comisión Escrutadora presentado el 29 de septiembre de aquel año, y que consta publicado en el

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

“Diario de los Debates” del 6º Congreso de la Unión, Tomo I, el señor Juárez obtuvo 5,837 votos, usted 3,555 y el señor Lerdo 2,874. Esta rectificación exclusivamente histórica, en nada podrá relajar el merecido prestigio de que usted gozaba desde aquella época.

Sería necia adulación indigna de usted y de mí, asegurar que usted no ha cometido errores en su vida pública; pero francamente me resistí a convenir en que sea tiempo de publicarlos *urbi et orbe* y mucho más en que siendo usted Presidente de la República los publique y autorice uno de sus secretarios de Estado. Todavía la posteridad no ha llegado para usted.

Esperando que usted no verá en esta carta particular sino el deseo sincero de corresponder a la confianza con que me ha distinguido, me es grato repetirme de usted con la mayor consideración, su muy adicto amigo, atento y seguro servidor.

*Joaquín Baranda. **

* En tres palabras parece haber habido error del copista, pero no afecta al original. Debido a un cambio de imprenta, hay algunos errores tipográficos, aunque no trascendentales. (A. M. C.)

I N D I C E

	Pág.
CAPÍTULO XXVI.—Sitio de Puebla.—Del 16 al 26 de marzo de 1863.....	5
CAPÍTULO XXVII.—Manuel González.—Del 10 de febrero al 31 de marzo de 1862	7
CAPÍTULO XXVIII.—Sitio de Puebla.—San Marcos, La Cerbatana, Posición del coronel González, Manzana del general La Llave.—Del 1º al 7 de abril de 1863	9
CAPÍTULO XXIX.—Sitio de Puebla.—Manzana Sánchez Román.—Santa Inés. Del 19 al 25 de abril de 1863.....	22
CAPÍTULO XXX.—Batalla de San Lorenzo.—8 de mayo de 1862.....	26
CAPÍTULO XXXI.—Rendición de Puebla.—Del 10 al 18 de mayo de 1863....	28
CAPÍTULO XXXII.—Primera evasión de Puebla.—Del 19 al 23 de mayo de 1863.	31
CAPÍTULO XXXIII.—Evacuación de la Capital.—Del 24 de mayo al 20 de junio de 1863.	33
CAPÍTULO XXXIV.—Ejército del Centro.—Del 10 de junio al 1º de septiembre de 1863	36
CAPÍTULO XXXV.—Marcha para Oaxaca, Tasco y Pungarancha.—Del 1º de octubre al 1º de diciembre de 1863.....	41
CAPÍTULO XXXVI.—Llegada a Oaxaca.—Del 1º de diciembre de 1863 al 1º de agosto de 1864	45
CAPÍTULO XXXVII.—Invasión de Ortega al Estado de Chiapas.—Del 1º de junio de 1863 al 12 de abril de 1864.....	47
CAPÍTULO XXXVIII.—Maximiliano y los franceses.—Del 7 de junio de 1863 al 15 de julio de 1867.....	49
CAPÍTULO XXXIX.—San Antonio Nanahuatipan.—10 de agosto de 1864....	53
CAPÍTULO XL.—Invitación del general Uruga para servir a Maximiliano.—Del 1º de marzo al 27 de noviembre de 1864.....	57
CAPÍTULO XLI.—Patentes de Corso.—Del 15 de noviembre de 1864 al 31 de diciembre de 1865	63
CAPÍTULO XLII.—Preparativos para el sitio de Oaxaca.—San Isidro.—Del 17 al 27 de diciembre de 1864.....	65
CAPÍTULO XLIII.—Sitio de Oaxaca por el mariscal Bazaine.—Aguilera.—Del 28 de diciembre de 1864 al 9 de febrero de 1865.....	70
CAPÍTULO XLIV.—Rendición de Oaxaca.—Del 8 al 9 de febrero de 1865....	76
CAPÍTULO XLV.—Conducción a Puebla como prisionero de guerra.—Del 10 al 28 de febrero de 1865.....	79
CAPÍTULO XLVI.—Prisión en Puebla.—Del 1º de marzo al 19 de septiembre de 1865	81
CAPÍTULO XLVII.—Segunda evasión de Puebla.—20 de septiembre de 1865.	86

	Pág.
CAPÍTULO XLVIII.—En camino de Puebla para el rancho del coronel Bernardino García.—21 de septiembre de 1865.....	90
CAPÍTULO XLIX.—Tehuiztingo.—22 de septiembre de 1865.....	93
CAPÍTULO L.—Piaxtla.—23 de septiembre de 1865	94
CAPÍTULO LI.—Tulcingo.—1º de octubre de 1865.....	96
CAPÍTULO LII.—Visita del general Alvarez en la Providencia.—Del 10 de octubre al 20 de noviembre de 1865.....	98
CAPÍTULO LIII.—Ocupación de Tlapa.—25 de noviembre de 1865.....	101
CAPÍTULO LIV.—Comitlipa.—4 de diciembre de 1865	103
CAPÍTULO LV.—Operaciones contra Silacayoapan y Tlaxiaco.—Del 6 de diciembre de 1865 al 24 de febrero de 1866.....	105
CAPÍTULO LVI.—Reposición en el mando de la línea de Oriente.—Del 20 de septiembre al 2 de febrero de 1866	110
CAPÍTULO LVII.—Lo de Soto.—25 de febrero de 1866.....	115
CAPÍTULO LVIII.—Pinotepa y Jamiltepec.—Del 26 de febrero al 12 de abril de 1866	117
CAPÍTULO LIX.—Putla.—Incorporación de Vizoso.—14 de abril de 1866.....	119
CAPÍTULO LX.—Prórroga del periodo constitucional del señor Juárez.—Del 30 de noviembre de 1865 al 9 de mayo de 1866.....	122
CAPÍTULO LXI.—Pláticas con el general Trujeque.—Del 1º al 8 de mayo de 1866	125
CAPÍTULO LXII.—Chautla-Tlaxiaco.—Del 9 de mayo al 31 de julio de 1866	127
CAPÍTULO LXIII.—Operaciones militares.—Del 1º de julio al 31 de agosto de 1866	133
CAPÍTULO LXIV.—Huajuapam de León.—Del 15 de agosto al 13 de septiembre de 1866	139
CAPÍTULO LXX.—Regreso a la campaña del coronel Félix Díaz.—Del 9 de febrero de 1865 al 14 de septiembre de 1866.....	144
CAPÍTULO LXXVI.—Nochixtlán.—28 de septiembre de 1866	146
CAPÍTULO LXXVII.—Miahuatlán.—3 de octubre de 1866	149
CAPÍTULO LXXVIII.—Cuarto sitio de Oaxaca.—Del 5 al 16 de octubre de 1865.	159
CAPÍTULO LXXIX.—La Carbonera.—18 de octubre de 1864.....	162
CAPÍTULO LXX.—Quinto sitio y toma de Oaxaca.—Del 20 al 31 de octubre de 1865	169
CAPÍTULO LXXI.—La Chitova.—19 de diciembre de 1865	171
CAPÍTULO LXXII.—Tequisitlán.—26 de diciembre de 1865.....	173
CAPÍTULO LXXIII.—Don Justo Benítez.—Del 1º de enero de 1863 al 31 de enero de 1867	176
CAPÍTULO LXXIV.—Canje de prisioneros arreglado con el mariscal Bazaine.—Oferta de armas y de plazas fuertes.—Del 20 de octubre de 1866 al 31 de enero de 1867	182
CAPÍTULO LXXV.—Armas enviadas por nuestro ministro en Washington.—Del 1º de octubre de 1866 al 31 de enero de 1867.....	188
CAPÍTULO LXXVI.—Don Juan Pablo Franco.—Del 4 de octubre de 1866 al 30 de enero de 1867	191

A P E N D I C E

	Pág.
APENDICE	193
Cartas del general Jesús González Ortega. (Marzo de 1863).....	195
Ataque al convento de San Agustín	202
Despacho del general Forey al ministro de la guerra. (Cerro de San Juan, 2 de abril de 1863)	203
Parte del general H. Brincourt al general Forey. (Atlixco, 15 de abril de 1863).	205
Parte del general Felipe Berriozábal.— (Zaragoza, 25 de abril de 1863) ...	206
Parte del general Forey al ministro de la Guerra. (Cerro de San Juan, 18 de mayo de 1863)	208
Parte del general Forey. (Puebla, 20 de mayo de 1863)	211
Telegramas del general Díaz respecto de la aproximación del ejército francés a la ciudad de México. (mayo de 1863)	216
Carta del general Díaz al señor Romero. (Acámbaro, 3 de julio de 1863)....	217
Carta del general Díaz al señor Romero. (San Juan del Río, 12 de agosto de 1863)	218
Carta del general Díaz al señor Romero. (San Juan del Río, 19 de agosto de 1863)	218
Carta del general Díaz al señor Romero. (San Juan del Río, 22 de agosto de 1863)	219
Carta del general Díaz al señor Romero. (San Juan del Río, 25 de agosto de 1863)	220
Carta del general Díaz al señor Romero. (San Juan del Río, 27 de agosto de 1863)	222
Carta del general Díaz al señor Romero. (San Juan del Río, 31 de agosto de 1863)	222
Carta del general Díaz al señor Romero. (San Juan del Río, 10 de septiembre de 1863)	223
Nota del doctor don Manuel Mestre Ghigliazza	224
Carta del general Díaz al señor Romero. (Oaxaca, 12 de abril de 1864)	225
Carta del general Díaz al señor Romero. (Oaxaca, 3 de mayo de 1864)	226
Protesta de la guarnición de la plaza de Oaxaca contra el Imperio. (junio 21 de 1864)	227
Carta del general Díaz al señor Romero. (Oaxaca, 26 de julio de 1864)	230
Una carta del general López Uraga. (Queréndaro, 30 de octubre de 1863)...	231
Carta del general Díaz al señor Romero. (Oaxaca, 15 de noviembre de 1864) ...	232
Proclama del general Díaz al ejército de Oriente. (Oaxaca, 23 de agosto de 1864)	235
Parte de la acción de Tlaxiaco, dado por el coronel don J. Segura. (Tlaxiaco, 18 de octubre de 1864)	236
Parte de la acción de Coxcatlán, dado por el coronel don Ladislao Cacho. (Teotitlán, 20 de octubre de 1864)	237
Parte de la acción de Coxcatlán, dado por el general Luis Pérez Figueroa (Teotitlán del Camino, 20 de octubre de 1864)	238
Parte de la acción de Quilitongo, dado por el coronel don Félix Díaz (San Francisco Telistlahuaca, 8 de noviembre de 1864)	239

	Pág.
Carta del general Díaz al señor Romero. (Oaxaca 17 de diciembre de 1864)	241
Carta del general Díaz suscrita por el señor Benítez. (Oaxaca, 10 de enero de 1865)	241
Nota del doctor don Manuel Mestre Ghigliazza	242
Relación hecha por el señor Rafael J. García de los sucesos que tuvieron lugar en Oaxaca durante el tiempo que oc ciudad el general Díaz, de 1863 a 1865. (Oaxaca, junio de 1865)	243
Segunda evasión de Puebla. (20 de septiembre de 1865)	264
Carta del general Díaz al mayor Kerschel	265
Se ofrecen mil pesos a quien aprehenda al general Díaz	266
Circular telegraphada del conde de Thun en que se anuncia la evasión del general Díaz y recomienda se le aprehenda	266
Circular del director de la cancillería del cuerpo auxiliar en que se ofrece un premio por la aprehensión del general Díaz	266
Oficio del juzgado municipal de Acatzingo sobre el mismo asunto	267
Carta del general Díaz al señor Romero, fechada en Puebla el 8 de septiembre	
Carta del general Díaz al señor Romero, fechada en Puebla el 8 de septiembre de 1865	267
Documentos del Archivo de Cancelados.—Partes oficiales sobre la evasión del del general Porfirio Díaz	267
Del Ministro de la Guerra al Mariscal Bazaine informe del subprefecto de Tepeaca	268
Se anuncia el retiro de las fuerzas napoleónicas	269
El general Díaz resume el mando del ejército de Oriente	270
Carta del general Díaz al licenciado don Justo Benítez (Tlapa, septiembre 26 de 1865)	271
Carta del general Díaz al licenciado don Justo Benítez. (Octubre 2 de 1865)	272
Carta del general Díaz a don José Antonio Godoy, cónsul de México en San Francisco. (Cuesta de Santa Rosa, diciembre 30 de 1865)	273
Carta del general Díaz al señor don Rafael J. García. (Yoxondua, enero 20 de 1866)	275
Nota del doctor don Manuel Mestre Ghigliazza	277
Carta del general Díaz al señor Romero (Atoyaquillo, febrero 2 de 1866) ...	278
Carta del general Díaz al señor Romero (Quetzala, marzo 15 de 1866)	279
Documentos del Archivo de Cancelados.—Parte del general Alejandro García	
Nuevo parte del general García	280
Carta del general Díaz al señor licenciado don Justo Benítez	281
Carta del general Díaz al señor Romero (Xochihuehuetlán, 24 de junio de 1866)	284
Carta del general Díaz al señor Romero (Huamuxtitlán, 28 de julio de 1866)	285
Carta del general Díaz al señor Romero (Ixcaquistla, septiembre 1º de 1866)	286
Carta del general Díaz al señor Romero Campo sobre Huajuapam, 5 de septiembre de 1866)	288
Carta del general Díaz al señor Romero (Tlaxiaco, septiembre 9 de 1866) ..	288
Carta del general Díaz al señor Romero (Ixta. septiembre 26 de 1866)	289
Carta del general Díaz al señor licenciado Justo Benítez. (San Miguel Peras, 28 de s e de 1866)	290

	Pág.
Carta del general Díaz al señor Romero (San Miguel Peras, 28 de septiembre de 1866)	292
Detall de la batalla de Miahuatlán	292
Parte de la batalla de Miahuatlán, dado por el coronel González al general Díaz, el 4 de octubre de 1866	297
Parte oficial de la batalla de la Carbonera, dado por el general Díaz	300
Documentos del Archivo de Cancelados, parte del capitán-comandante Fabián Espejo	310
Partes de los generales Alejandro García y Porfirio Díaz	313
Parte oficial de la ocupación de Oaxaca, dado por el general Porfirio Díaz ..	315
Lista nominal de los prisioneros traidores hechos en la toma de esta ciudad (Oaxaca) el 31 de octubre de 1866	331
Lista de prisioneros con la fecha de la anterior	332
Carta del general Díaz al señor Romero (Oaxaca, 11 de noviembre de 1866)	335
Carta del general Díaz al señor Romero (Oaxaca, 26 de noviembre de 1866)	337
Parte oficial de la acción de la Chitova, dado por el general Díaz	339
Armas enviadas por nuestro ministro en Washington. Carta del general Díaz al señor Romero (Oaxaca, noviembre 27 de 1866)	340
Carta del general Díaz al señor Romero (Oaxaca, enero 17 de 1867)	340
Juan Pablo Franco	341
Un hecho histórico	341
Testamento del señor José Cruz Díaz, padre del general Porfirio Díaz	353
Recibo a cuenta del alquiler del Mesón de la Soledad, propiedad del monasterio de Santa Catalina de Sena; mesón donde nació el general Porfirio Díaz ..	354
Acta en que aparece electo el C. Porfirio Díaz como regidor primero del Ayuntamiento de Oaxaca	354
Se anuncia a don Porfirio Díaz su ascenso a teniente coronel por el gobernador de Oaxaca	356
Don Porfirio Díaz, comandante del distrito de Tehuantepec, anuncia la forma en que protege el depósito de armas y municiones a su cuidado	356
Don Porfirio Díaz anuncia que pone a salvo las armas y municiones a su cargo, en vez de destruirlas	357
Se aprueba con elogio el salvamento de armas y municiones	358
Informa el señor Díaz de sus movimientos relacionados con el salvamento de armas y municiones	359
Parte rendido acerca de la acción de Santa María Reo	360
Parte de don José M. Cobos, transcribiendo el del coronel Ignacio Ojeda	362
Se acusa recibo del parte del coronel Ignacio Ojeda	364
Respuesta al parte del teniente coronel Porfirio Díaz acerca de su salida de Tehuantepec	365
Respuesta al teniente coronel Porfirio Díaz acerca de su triunfo en Tehuantepec	365
Carta del licenciado Joaquín Baranda al general Díaz	366

INDICE DE ILUSTRACIONES

Testamento del señor José Cruz Díaz, padre del general Porfirio Díaz

5

	Pág.
Recibo a cuenta del alquiler del Mesón de la Soledad, propiedad del monasterio de Santa Catalina de Sena; mesón donde nació el general Porfirio Díaz ..	13
Acta en que aparece electo el C. Porfirio Díaz como regidor primero del Ayuntamiento de Oaxaca	21
Poder al licenciado Juan Vázquez, presidente del Supremo Tribunal de Justicia de Oaxaca para que en su nombre contraiga matrimonio con la señorita Delfina Ortega	29
Marcha estratégica del general Porfirio Díaz, de Querétaro a Oaxaca según el general Bernardo Reyes	37
Pruebas de la impresión de las “Memorias” corregida personalmente por el general Porfirio Díaz	45
Coronel Porfirio Díaz hijo, quien facilitó a la Universidad el Archivo de su padre el general Díaz para su publicación	53
El joven Porfirio Díaz hijo, al salir del Colegio Militar, mostrando ya el uniforme del Estado Mayor	61
Catedral de Huajuapam de León, Oaxaca	69
El Calvario, Huajuapam de León, Oaxaca	77
Presidente don Ignacio Comonfort	101
Napoleón III	109
Conde Dubois de Saligny	117
Barón de Magnus	125
General Ignacio Mejía	149
Mariscal Bazaine, jefe de las fuerzas francesas de invasión	157
El príncipe Maximiliano con sus tres hermanos, sentado el Emperador Francisco José	165
Maximiliano con sus tres hermanos, luciendo el uniforme de marino	173
General José López Uruga, quien invitó al general Porfirio Díaz para unirse a Maximiliano	197
General Jesús González Ortega, jefe de las fuerzas republicanas	205
General Forey, que dirigió el ataque contra Puebla	213
La calle de San Marcos, según litografía de <i>El Sitio de Puebla</i> , por Tirso Rafael Córdoba	221
El general Brincourt, uno de los atacantes de Puebla	245
El Hospital de los Pobres, según litografía de <i>El Sitio de Puebla</i> , por Tirso Rafael Córdoba	253
El general Porfirio Díaz en la época de la defensa de Puebla. Cuadro existente en el Museo de la misma ciudad	261
Incendio del templo de San Agustín, según litografía de <i>El Sitio de Puebla</i> por Tirso Rafael Córdoba	269
General Felipe Berriozábal	293
General Neigre, uno de los jefes de las fuerzas invasoras	301
Convento de Santa Inés, según litografía de <i>El Sitio de Puebla</i> , por Tirso Rafael Córdoba	309
El guerrillero francés coronel Dupin	317
Plano de la Carbonera	325
Plano de Miahuatlán	333

*Archivo del general Porfirio Díaz
Memorias y documentos*

se terminó de producir el 17 de mayo de 2018. La edición en formato electrónico PDF (130 MB) estuvo a cargo del Departamento Editorial del Instituto de Investigaciones Históricas, Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México.

Participaron en la edición: Rosalba Cruz (edición del proyecto), Natzi Vilchis (edición técnica), Isabel Hernández (digitalización), Javier Trejo (formación) y Lorena Pilloni (metadatos).